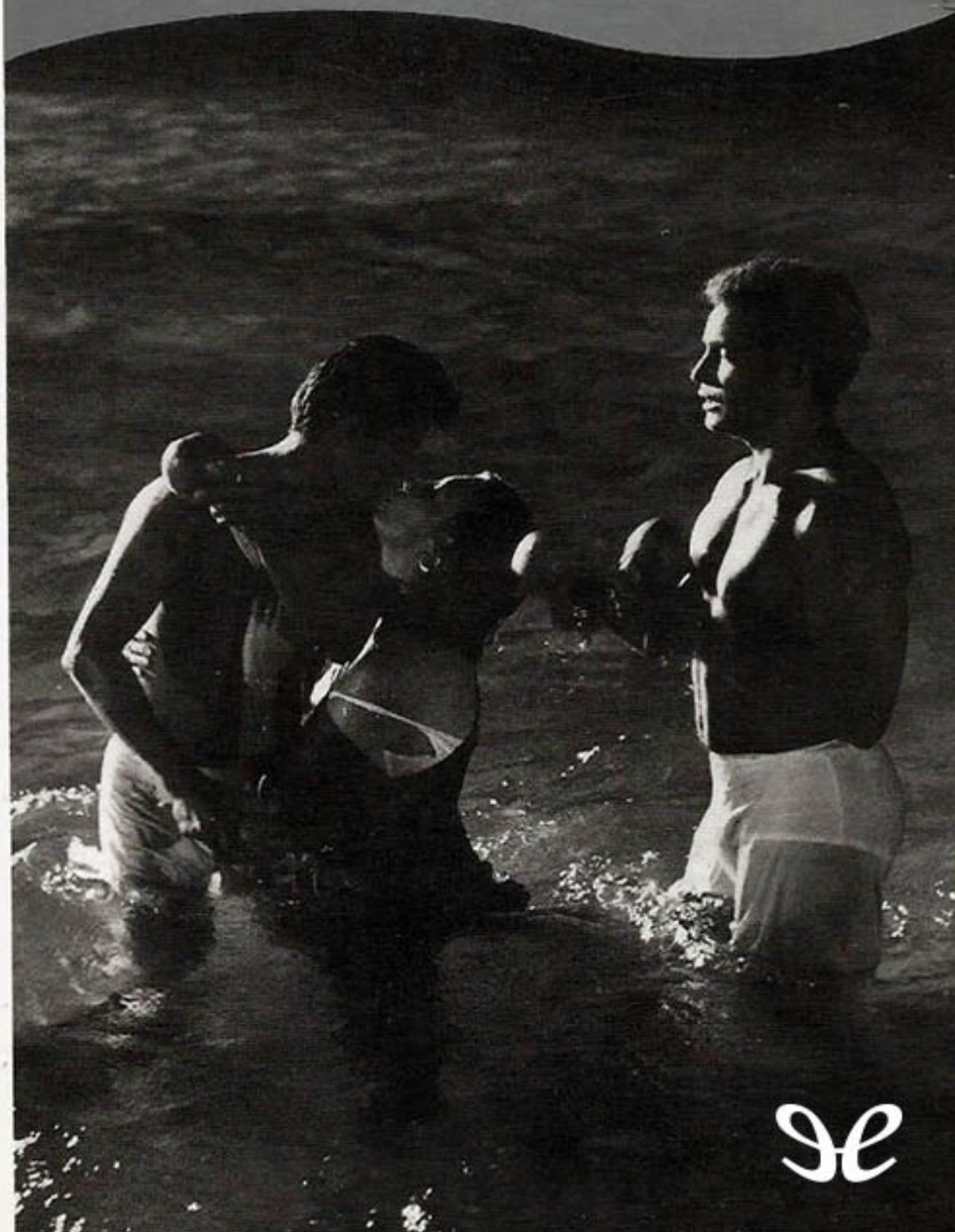


LA NOCHE DE LA IGUANA

Y OTROS RELATOS

Tennessee Williams



se

Tennessee Williams es mundialmente conocido por obras como *Un tranvía llamado deseo*. Pero este escritor del sur de Estados Unidos escribió notables relatos, muchos de ellos semilla de futuras obras de teatro. Aquí se aprecia su poética de la soledad, de la oscuridad y del desasosiego, a través de unos personajes siempre originales.



Tennessee Williams

La noche de la iguana y otros relatos

ePub r1.1
Titivillus 08.03.18

Antolín Rato, 2006
Traducción: Mariano Antolín Rato

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Tennessee Williams (1911-1985) es uno de los grandes de la literatura norteamericana del siglo xx. Nacido Thomas Lanier Williams en el Profundo Sur y educado en la agobiante tradición episcopaliana, pasó por la universidad sin entusiasmo. En 1945 consiguió un éxito inesperado en Broadway con *El zoo de cristal*. Seguirían otras obras teatrales, como *Un tranvía llamado deseo*, *Verano y humo*, *La rosa tatuada*, *La gata sobre el tejado de cinc caliente* y *La noche de la iguana*, esta última en 1961, que lo hicieron mundialmente famoso y confirmaron como un autor entregado a la vivisección de las relaciones humanas en un mundo agonizante; generalmente el de su Sur natal, donde el sexo, la violencia y el arte desempeñan un papel fundamental. Antes de cumplir los veinte años ya había escrito poesía y relatos, género este último al que se dedicó durante toda su vida. Personaje controvertido y aparatoso, alcohólico, drogadicto y homosexual, publicó, antes de morir, unas apasionantes memorias.

Aunque sus obras teatrales son las más conocidas, también escribió novelas: *La primavera romana de la señora Stone* (1950) y *Moisés y el mundo de la razón* (1975), así como cuatro volúmenes de relatos cortos *Un brazo y otros relatos*^[1] (1948), *Caramelo fundido*^[2] (1954), *Un empeño caballeresco*^[3] (1966) y *Ocho damas poseídas*^[4] (1974). Menos conocida es su faceta de poeta.

La venganza de Nitocris

The Vengeance of Nitocris (1928)

I

Osiris es vengado

Silenciosas estaban las calles de Tebas, la muy poblada. Los pocos que las recorrían se desplazaban con la vaga fugacidad de murciélagos cerca del alba, y apartaban la cara del cielo como si temieran ver lo que en sus fantasías podría amenazar desde allí arriba. Extraños y agudos conjuros de tono quejumbroso se oían a través de las puertas atrancadas. En las esquinas, grupos de sacerdotes desnudos y ensangrentados se arrojaban repetidamente y soltando fuertes gritos sobre las desiguales piedras de los caminos. Hasta perros, gatos y bueyes parecían afectados por alguna extraña amenaza y, desalentados, presentían algo malo; se encogían, malparían. Toda Tebas estaba aterrorizada. Y sin duda había motivo para su miedo y sus lamentosos gemidos. Se había cometido un sacrilegio espantoso. En todos los anales de Egipto no existía registro de algo tan monstruoso.

Hacía cinco días que no se encendían los fuegos del altar del dios de dioses, Osiris. Los sacerdotes consideraban que era una grave ofensa permitir, aunque sólo fuera un momento, que los altares del dios estuviesen a oscuras. Se sabía que años enteros de escasez y hambruna serían resultado de semejante ofensa. Pero ahora los fuegos de los altares se habían extinguido a propósito, y llevaban extinguidos cinco días. Era un sacrilegio que no tenía nombre.

De hora en hora se esperaba el acontecimiento de alguna tremenda calamidad. Tal vez en el transcurso de la noche que se acercaba, un potente temblor de tierra sacudiera la ciudad, o un fuego del cielo la barrería; una plaga espantosa se abatiría sobre ellos, o un monstruo del desierto, donde se contaba que moraban monstruos enfurecidos y horrorosos, se les echaría encima, y el propio Osiris se alzaría, como anteriormente había hecho, y devoraría todo Egipto con su furia. Sin duda una aterradora catástrofe semejante se abatiría sobre ellos antes de que hubiera terminado la semana. A no ser... a no ser que se reparara el sacrilegio.

Pero ¿cómo se podría reparar? Tal era la cuestión que grandes señores y sacerdotes debatían. Sólo el faraón había cometido sacrilegio. Fue obra de él, encolerizado porque el puente, en cuya construcción había empleado cinco años para un día poder cruzar el Nilo en su carroza como una vez había alardeado que haría, había sido barrido por la crecida de las aguas. Bramando de rabia, el faraón había azotado a los sacerdotes del templo. Había atrancado las puertas del templo y con su propio aliento había apagado las antorchas sagradas. Había profanado los altares que fueron consagrados con los cadáveres abiertos en canal de animales. Hasta, se decía en tenues susurros sobresaltados, que en una burlesca ceremonia de adoración había quemado la carroña de una hiena, el animal que Osiris más aborrecía, sobre el santo altar dorado, ¡un altar sobre el que ni siquiera los sacerdotes de mayor dignidad osaban dejar descansar sus manos desnudas!

Sin duda, aun cuando él fuera faraón, soberano de Egipto y detentador del águila dorada, no se le podía permitir que cometiese tamaños sacrilegios sin castigo por parte de los hombres. El dios Osiris esperaba que le infligieran ese castigo, y si dejaban de hacerlo, sobre ellos caería un castigo de los cielos.

De pie ante la aterrorizada asamblea de nobles, el gran Kha Semblor hizo un gesto con las manos. Se alzó un grito de los que miraban. Se había dictado sentencia. Se había dictado sentencia de muerte como condena para el faraón.

Las pesadas puertas atrancadas se abrieron lentamente. La multitud salió, y al cabo de una hora un grupo bien organizado recorría las calles de Tebas camino del palacio del faraón. La justicia de la multitud se iba a llevar a cabo.

En el interior de los pórticos resplandecientes del palacio, el faraón, soberano de todo Egipto, observaba con cejas enarcadas el ordenado pero amenazador acercarse de la multitud. Adivinaba su propósito. Pero ¿acaso no era él su faraón? Él era capaz de competir con los dioses, ¿cómo iba a temer a unos meros perros humanos?

Una mujer se agarraba a su rígido brazo. Era alta y tan majestuosamente hermosa como él. Una túnica de lino, tan doradamente brillante como el sol, envolvía su cuerpo estrechamente, y había adornos de azabache alrededor de su cuello y frente. Era la bella y muy amada Nitocris; la hermana del faraón.

—¡Hermano, hermano! —exclamó—. ¡Enciende los fuegos! ¡Apacigua a los perros! ¡Vienen a matarte!

Sólo más firmeza hizo presa de la mirada del faraón. Apartó a un lado a su implorante hermana, e hizo señas a sus servidores.

—Abrid las puertas.

Sobresaltados, temblorosos, los hombres obedecieron.

El arrogante señor de Egipto desenvainó su espada. Hendió el aire con un mandoble que hubiera partido en dos una piedra. Se plantó en los empinados escalones que, entre elevados pilares polícromos, llevaban a las puertas del palacio. El pueblo le vio. De sus labios se alzó un bramido.

—¡Enciende las llamas!

La efigie del faraón se mantuvo inflexible como una roca. Soberbiamente alto y musculoso, con los brazos y piernas descubiertos resplandeciendo como cobre bruñido a la luz del brillante sol, con el cuerpo erguido y tenso en actitud de desafío, parecía sin duda un mortal casi capaz de desafiar a los dioses.

La multitud, encabezada por nobles y sacerdotes de negra vestidura, que había llegado a los pies de los escalones, retrocedió ante el desafío imponente y magnífico de su gran gobernante. Se sentían como demonios que habían asaltado los cielos y habían quedado desconcertados y llenos de vergüenza ante la mera visión de lo que habían asaltado. Sobre ellos se impuso el silencio. Sus brazos levantados vacilaron y descendieron. Un momento más y hubieran caído de rodillas.

Lo que pasó después no pareció menos que un milagro. En su triunfo y exultación, el faraón había olvidado los bordes desmenuzados de los escalones.

Antiguos de siglos, había partes de esos escalones que se hundían. A una de esas partes había descendido el pie con sandalia dorada del faraón, y el escalón no fue lo bastante fuerte para soportar su enorme peso. Con ruido de barro se rompió. Un grito de asombro salió de la multitud; el faraón iba a caer. Vacilaba, se tambaleaba en el aire, esforzándose por conservar el equilibrio. Parecía como si luchara cuerpo a cuerpo con una serpiente monstruosa, invisible, enroscada en torno a su resplandeciente cuerpo. Un grito ronco salió despedido de sus labios; cayó su espada; y luego su cuerpo se derrumbó con ruido sordo con una serie de tremendos saltos mortales, y aterrizó, despatarrado, a los pies de la multitud boquiabierta. Por un momento hubo un intenso silencio. Y luego llegó el grito de un sacerdote.

—¡Una señal de dios!

Aquel vibrante grito pareció devolver a la multitud toda su rabia de lobos. Se echó hacia adelante. El cuerpo que se debatía del faraón fue levantado y hecho trizas por sus manos y sus armas. Así fue vengado el dios Osiris.

II

Un faraón es vengado

Una semana después otra gran asamblea de personas se presentó ante el palacio de brillantes pilares. Esta vez se encontraban allí para saludar a un nuevo gobernante, no para asesinarlo. La semana anterior habían destronado al faraón y ahora proclamaban emperatriz a su hermana. Los sacerdotes habían declarado que era voluntad de los dioses que le sucediera su hermana. Ésta era reconocidamente hermosa, devota y discreta. El pueblo no se mostró reacio a aceptarla.

Cuando la mujer se acercaba bajando los escalones del palacio en su espléndido palanquín después de que la alambicada ceremonia de coronación hubiera concluido, correspondió a los vítores de la multitud con una sonrisa que no podría haber parecido más amistosa y amable. Nadie sería capaz de saber por aquella sonrisa de sus labios con carmín lo que dentro de su corazón estaba pensando:

«Éstos son los que mataron a mi hermano. ¡Ah, dios Isis, concédeme el poder de vengar su muerte en ellos!»

No mucho después de que la piadosa Nitocris accediese al dorado trono de Egipto, se susurraban rumores de que una vasta y misteriosa empresa se llevaba a cabo en secreto. Se había apreciado la presencia de gran número de esclavos a los que cada amanecer se embarcaba en gabarras y se llevaba río abajo hasta un punto desconocido, donde trabajaban a lo largo del día, regresando después de anochecer. Los esclavos eran etíopes, incapaces tanto de hablar como de entender el idioma egipcio, y por tanto los curiosos no pudieron obtener ninguna información de ellos con respecto a sus misteriosas excursiones cotidianas. La opinión general, con todo, era que la devota reina estaba haciendo construir un gran templo a los dioses y que cuando estuviese terminado se celebrarían enormes banquetes públicos en su interior antes de su consagración. La reina trataba de que fuera un regalo sorpresa para los sacerdotes, que siempre estaban deseosos de nuevos lugares de adoración y estaban insatisfechos con sus viejos altares, que decían que habían sido mancillados.

Durante todo el invierno los esclavos repitieron diariamente sus excursiones. La navegación de cualquier tipo por la parte baja del río quedaba restringida durante varios kilómetros a treinta y cinco metros de una de las orillas. Cualquier embarcación a la que se encontraba violando esa restricción era atacada por una galera de hombres armados y obligada a volver a los límites establecidos. Lo único que se podía saber era que estaba en construcción un templo prodigioso o un edificio de algún tipo.

Fue a finales de primavera cuando los viajes de los trabajadores por fin se interrumpieron. Se levantaron las restricciones sobre la navegación fluvial. Los hombres que fueron impacientes a examinar la construcción misteriosa volvieron con historias de un templo nuevo y magnífico, rodeado de un ubérrimo verdor tropical,

situado cerca de la orilla del río. Era un templo al dios Osiris. La reina lo había hecho construir probablemente porque quería reparar en lo posible el sacrilegio de su hermano y librarle de alguno de los castigos que sin duda padecía. Sería consagrado dentro de un mes con un gran banquete. Todos los nobles y los altos sacerdotes de Osiris, de los que había un número tremendo, iban a ser invitados.

Jamás se habían mostrado más pródigos los complacidos sacerdotes en sus alabanzas a la reina Nitocris. Cuando ésta recorría las calles en su palanquín descubierto, cegando ojos con el brillo de sus ornamentos dorados, las exclamaciones de la gente casi eran frenéticas al ensalzarla.

De conformidad con las predicciones de los chismosos, antes de que hubiera terminado el mes el banquete había sido anunciado formalmente, y a toda la nobleza y los sacerdotes de Osiris se les habían distribuido invitaciones para asistir.

El día de la consagración, que iba a ser seguido por la noche del banquete, hubo una fiesta de gala. A mediodía los invitados de la emperatriz formaron una animada comitiva a la orilla del río. Barcazas vistosamente engalanadas flotaban en los amarraderos a la espera de que se completaran los preparativos para el traslado de los invitados hasta el templo. Todos se prometían un día festivo de gran diversión, y los lascivos epicúreos imaginaban un delicioso banquete con abundantes carnes, frutas, manjares exquisitos y otros excesos menos inocentes.

Cuando llegó la reina, en sus oídos resonó un clamor de gritos. Ella correspondió con sonrisas encantadoras y graciosas inclinaciones. El observador más perspicaz no habría apreciado nada, a no ser la mayor cordialidad y bondad reflejadas en su porte hacia los que tenía alrededor. Ningún fugaz movimiento, ninguna expresión de su adorable rostro habría hecho sospechar nada excepto una absoluta afectuosidad en sus sentimientos o sus intenciones. Las ratas, cuando seguían al Flautista de Hamelín por las calles, extasiadas por las notas de su flauta mágica, no habrían sido menos aprensivas con respecto al gran peligro que se cernía sobre ellas de lo que se mostraban los invitados de la emperatriz cuando la seguían en las barcazas vistosamente engalanadas, cantando y riendo aguas abajo de un Nilo arrebolado por el sol.

Las descripciones más gráficas de quienes ya habían visto el templo no prepararon a los demás para el espectáculo de belleza y suntuosidad que éste ofrecía. Voces entrecortadas de asombro salieron de los sacerdotes. ¡Qué lugar en el que celebrar sus ceremonias! Empezaron a considerar que el sacrilegio de la muerte del faraón, después de todo, no debería lamentarse tanto dado que era el responsable de la construcción de aquel nuevo y glorioso templo.

Las columnas eran imponentes y estaban pintadas con el mayor arte. El propio templo era proporcionalmente amplio. Su parte central estaba sin techar. Encima de la entrada estaban cincelados los diversos símbolos del dios Osiris, con una destreza esplendorosa. El edificio era inmensamente grande, y ante el fondo del verde follaje ofrecía una imagen de una belleza que casi dejaba sin respiración. Sirvientes etíopes

se mantenían de pie a cada lado de la puerta; sus brillantes cuerpos negros adornados con cintas de brillante oro. En el interior los invitados sintieron un asombro incluso mayor. De las paredes colgaban magníficos tapices pintados. Los altares eran más hermosos aún y estaban tallados con mayor detalle que cualquiera de los anteriormente vistos. Sustancias aromáticas ardían sobre ellos y despedían un fragante humo. Los vasos sagrados eran de los metales más exquisitos y costosos. Urnas y cofres de oro se apilaban con frutos perfectos de todas clases.

Ah, sí. Un lugar espléndido para llevar a cabo sacrificios, exclamaron cautivados los sacerdotes, que no dejaban de mirar.

Ah, sí, en efecto, se mostró de acuerdo la reina Nitocris, sonriendo con ojos un tanto atravesados, un lugar espléndido para sacrificios; en especial para el sacrificio humano que había estado planeando. Pero todos los que observaron aquella engañosa sonrisa la interpretaron como de agrado ante el placer que su creación en honor de su dios común había proporcionado a los sacerdotes de Osiris. Y ninguna sombra de presagio se cernía sobre el corazón de los gozosos invitados.

La ceremonia de consagración ocupó la tarde entera. Y cuando alcanzó su impresionante conclusión, la numerosa asamblea, con los órganos olfativos temblorosos debido al apetitoso olor de las carnes asadas, estaba completamente entregada e impaciente por el banquete que le aguardaba. Miraron en torno suyo, fijándose que el edificio entero se componía de un anfiteatro de una pieza, y preguntándose dónde podría estar la estancia del banquete. Sin embargo, cuando se completó el canto procesional definitivo, la reina llamó a varios fornidos sirvientes, y por medio de unas anillas de hierro sujetas al borde del otro extremo levantaron una parte del suelo, revelando a los atónitos invitados el hecho de que la escena del banquete iba a ser una inmensa cripta subterránea.

Tales criptas eran indudablemente poco corrientes entre los egipcios. La idea de un banquete dentro de una de ellas era nueva y atractiva. Exclamaciones de emoción salieron de la ansiosa y excitada multitud, que se apresuró hacia adelante para contemplar las profundidades, ya brillantemente iluminadas. Debajo de ellos vieron una sala de un tamaño tan enorme como el anfiteatro en el que habían estado. Estaba llena de mesas para el banquete sobre las que habían servido los alimentos más deliciosos y abundantes, y contables vinos espumosos que saciarían a los asistentes a un banquete del propio Baco. Alfombras suntuosas y espesas cubrían los suelos. Entre las mesas pasaban doncellas semejantes a ninfas, y en un extremo de la sala, arpistas y cantantes de pie interpretaban una música sublime.

El aire resultaba fresco debido a la humedad subterránea, y estaba deliciosamente fragante gracias a los perfumes de las hierbas aromáticas que ardían y a los sabrosos olores del festín. Si hubiera sido el propio cielo lo que la multitud de invitados de la reina contemplara allí abajo, no habría considerado decepcionante la visión. Tal vez incluso si hubieran sabido la espantosa amenaza que acechaba en aquellos muros adornados con vistosas colgaduras debajo de ellos, aún habrían encontrado el

atractivo de la escena del banquete difícil de resistir.

El decoro y la compostura casi fueron olvidados por completo durante el rápido descenso de los invitados. Los escalones no eran lo suficientemente amplios para permitir el paso de todos los que se precipitaron por ellos, y algunos se cayeron, aunque aterrizaron sin daño en las gruesas alfombras. Los propios sacerdotes olvidaron su habitual dignidad y reserva cuando contemplaron la belleza de las doncellas que servían.

Todos los invitados se reunieron de inmediato en torno a las mesas del banquete, y la hora siguiente estuvo ocupada por los deleites de la gula. El vino no tenía límites, y pasaba lo mismo con la sed de los invitados. Las copas se volvían a llenar en cuanto las dejaban vacías las bocas insaciables de los bebedores. Los cantos y las risas, las danzas y el jolgorio inmoderado se hicieron cada vez menos contenidos, hasta que el banquete se convirtió en una delirante orgía.

Sólo la reina, sentada sobre una tarima tapizada desde la que podía observar la sala entera, se mantenía ajena al jolgorio general. Tenía las espesas cejas negras fruncidas; sus luminosos ojos negros brillaban extrañamente entre los estrechos párpados pintados. Había algo característicamente felino en el fruncimiento de sus graciosos labios rojos. De vez en cuando sus ojos buscaban la parte del muro a su izquierda, donde colgaban espléndidos tapices trenzados de Oriente. Pero no parecía que fueran los tapices lo que miraba la reina. El color le iluminaba la frente y sus delgados dedos se hundían tensos en los almohadones sobre los que se reclinaba.

En su pensamiento la reina Nitocris estaba viendo una imagen pavorosa. Era la imagen de una sala de orgía y regocijo súbitamente convertida en una sala de horror y espanto, con seres humanos borrachos y lujuriosos, y al momento siguiente aullando atrapados por una atroz muerte repentina. Si alguno de los presentes hubiera tenido el poder de ver también esa imagen de extremo horror, habría salido frenéticamente a gatas en busca de escape. Pero nadie tenía tal poder.

El banquete prosiguió con creciente desenfreno hasta plena noche. Algunos de los invitados, asquerosamente glotones, aún se atiborraban en las grasientas mesas. Otros yacían caídos en un pasmo ebrio, o estaban tumbados amorosamente con las jóvenes esclavas. Pero la mayoría de ellos, formando un gran círculo irregular, iba dando saltos por la sala en una danza bárbara de júbilo enloquecido, arrastrándose unos a otros, tropezando, con un grosero contento y haciendo resonar el recinto con sus incesantes gritos, risas y roncós cantos.

Cuando la hora estaba cerca de la medianoche, la reina, que había estado sentada como en trance, se alzó de la tarima tapizada. Realizó una última y atenta inspección de la atestada sala del banquete. Era una escena que deseaba grabar permanentemente en su cerebro. En el futuro obtendría mucho placer al recordar aquella imagen, y luego imaginar lo que venía después: ¡un terror absoluto y total irrumpiendo en aquella alegría desenfadada!

Se bajó de la tarima y se dirigió rápidamente a los escalones. Su marcha no causó

impresión a los juerguistas. Cuando llegó a lo alto de los escalones, la reina miró hacia abajo y comprobó que nadie había notado su salida.

A lo largo de los muros del templo, sombríamente iluminado y con aspecto fantasmagórico de noche, con el fresco viento del río penetrando y doblando las llamas de los elevados candelabros, fornidos guardias se mantenían en sus puestos, y cuando la silueta de la reina de manto dorado surgió por la apertura, avanzaron a toda prisa hacia ella. Con un gesto, ella les indicó que colocaran la losa de piedra y la ajustaran en los bordes de la apertura. Con un torno silencioso y adecuado para la tarea, obedecieron la orden. La reina se inclinó. No había cambios en los agitados sonidos de abajo. Todavía no se sospechaba nada.

Recogiendo los suaves y brillantes pliegues del manto en torno suyo con dedos que temblaban por la impaciencia, agitación e intensa emoción que sentía, la reina atravesó rápidamente el suelo de piedra del templo hacia la fachada delantera abierta por la que penetraba el viento de la noche, agitando el manto en ondas llenas de brillos en torno a su esbelta y graciosa silueta. Los esclavos la siguieron en una fila silenciosa, perfectamente conscientes del acto monstruoso que se iba a llevar a cabo y sin mostrarse reacios a desempeñar su papel.

Escalera del palacio abajo, iluminada por la blanca luna, pasó la sobrenatural procesión. Su marcha los llevaba por un sendero evidentemente secreto entre espesas palmeras que con sus apagadas voces parecían susurrar protestas escandalizadas frente a lo que se iba a hacer. Pero en su inflexible decisión, la reina no iba a ser disuadida por dios u hombre. La venganza, la más intensa de las pasiones, la hacía dura como una piedra.

El sendero llevaba a un rústico y en apariencia recién construido desembarcadero de piedra. Por debajo se encrespaban las frías y oscuras aguas del Nilo. Allí el grupo hizo un alto. Sobre aquel desembarcadero de piedra adquiriría sentido aquella espantosa procesión de medianoche.

Con una palabra dicha en voz baja, la reina ordenó a sus seguidores que se detuvieran. Ella llevaría a cabo con sus propias manos la venganza.

En la parte delantera del desembarcadero, unas cuantas palancas de aspecto fantástico se extendían hacia arriba. La reina avanzó hacia ellas, lenta y rígida, como un verdugo asciende los escalones del patíbulo. Cuando hubo llegado junto a ellas, agarró una de las palancas, violentamente, como si fuera el cuello de un odiado enemigo. Luego, con una rápida aspiración, alzó la cara hacia el cielo iluminado por la luna. Aquél para ella fue un momento de éxtasis supremo. Agarrado con la mano tenía un instrumento que enviaría una muerte espantosa sobre aquellos de los que deseaba vengarse. Tenía sus vidas tan aferradas con la mano como tenía aquella barra de hierro.

Lentamente, gozando de cada segundo lleno de triunfo de aquel momento de éxtasis, la reina volvió la cara nuevamente hacia la palanca formidable de su mano. Pausadamente la hizo retroceder hasta su límite. Se trataba de una palanca que abría

el muro de la cripta del banquete. Que daba entrada a la muerte. Ya sólo quedaba otra palanca entre los invitados, que probablemente todavía disfrutaban tranquilamente, y el espantoso destino que ella había dispuesto para ellos. Sobre aquella palanca estaban ahora cerrados sus enjorjados dedos. Violentemente en esta ocasión, tiró de ella; luego, con la agilidad de un tigre, saltó hacia el borde del desembarcadero. Se inclinó sobre él y contempló fijamente el negro ímpetu del río. Oía un nuevo sonido por encima del constante fluir. Era el sonido de las aguas desviadas por un canal nuevo; un sonido intenso de agua que se hundía en las profundidades. Abajo, en la sala del jolgorio, se precipitaban —aquellas aguas impetuosas—, trayendo el horror y la repentina muerte.

Un grito de triunfo, lo bastante salvaje y terrible como para hacer que los corazones de los embrutecidos esclavos se volvieran gélidos, salió entonces de los labios de la reina. El faraón quedaba vengado.

Y hasta incluso él habría considerado adecuada la venganza de haber sido capaz de contemplarla.

Después de la retirada de la reina, el banquete había continuado sin que se interrumpiera el jolgorio. Nadie notó su ausencia. Nadie notó que la piedra volvía a quedar encajada silenciosamente en la abertura. Nadie tuvo la premonición del desastre. Los músicos, habiendo sido informados de antemano del proyectado final de la velada, habían iniciado su retirada antes que la reina. Las esclavas, cuya vida tenía poco valor para la reina, ignoraban lo que iba a pasar tanto como los propios invitados.

Hasta que el muro se abrió, con un potente y sobrecogedor crujido, ni siquiera los más inclinados a la desconfianza sintieron la más mínima inquietud. Fue entonces cuando unos cuantos se fijaron en que la losa había sido vuelta a colocar, encerrándolos. Aquel descubrimiento, comunicado por la sala al momento, pareció inculcar un súbito miedo en los corazones de todos. Las risas no cesaron, pero la rueda de bailarines se distrajo de su enloquecido júbilo. Todos se volvieron hacia el muro abierto misteriosamente y miraron fijamente sus negras profundidades.

Un silencio cayó sobre ellos. Y luego se hizo audible el creciente sonido de agua impetuosa. Un chillido surgió de la garganta de una mujer. Y entonces el terror se apoderó de todos los de la sala. El pánico semejante al inicio de las llamas se inflamó en sus corazones. De común acuerdo, se apresuraron escalera arriba. Y ésta, construida a propósito para que no resistiera, se hundió antes de que los primeros del grupo que gritaba enloquecido hubieran alcanzado lo más alto. Quedaron amontonados alborotadamente sobre las mesas, llenando la sala de un clamor monstruoso. Pero por encima de sus alaridos se seguía alzando el sonido estridente del ímpetu del agua, y ningún sonido provocaría más miedo y horror. En algún punto durante su camino tortuoso desde el desembarcadero hasta la sala donde entraría, el

agua debía de haber encontrado algún obstáculo momentáneo, pues pasaron varios minutos después de que se detectara el sonido y antes de que el primer chorro de agua portadora de muerte alcanzara los rostros de los condenados ocupantes de la sala.

Con la ferocidad de un león que se lanza a la arena de un anfiteatro romano para devorar a los gladiadores dispuestos para su disfrute, las negras aguas se precipitaron dentro. Se alzaban furiosas sobre el suelo de la sala, llevándose por delante mesas antes de provocar en sus víctimas, ya enfrentadas a su angustioso destino, una histeria de terror. En un momento aquellas gélidas aguas negras les llegaban a las rodillas, aunque la sala era enorme. Algunos murieron instantáneamente debido al sobresalto, o fueron pisoteados por el ímpetu desesperado de la multitud. Las mesas quedaron cubiertas por las aguas. Antorchas y velas se apagaron. La brillante luz disminuyó rápidamente volviéndose crepúsculo, y una penumbra mortecina se impuso en la sala mientras sólo permanecían encendidos los fanales colgados. ¡Y qué escena de caótico y espantoso horror habría contemplado un espectador! ¡La magnificencia de oropel del banquete invadida por unas aullantes aguas de muerte! ¡Jueguistas vistosamente vestidos atrapados de repente por la garra del terror! ¡Jadeos y alaridos de moribundos en la oscuridad tumultuosa y espesa!

¿Qué venganza más horrible podría haber concebido la reina Nitocris que aquel banquete de muerte? Ni el propio demonio sería capaz de algo más desalmadamente artístico. Allí, en el templo de Osiris, aquellos nobles y sacerdotes que habían dado muerte al faraón para expiar su sacrilegio contra Osiris acababan de encontrarse con la muerte. Y era en las aguas del Nilo, símbolo material del dios Osiris, en las que habían muerto. ¡La ironía de aquello resultaba incomparable!

Estaría contento con terminar este relato aquí si sólo fuera un relato. Sin embargo, no es solamente un relato, como habrá apreciado anteriormente cualquier estudiante de la historia de Egipto. La reina Nitocris no es un personaje literario. En los anales del antiguo Egipto no es una figura que deje de llamar la atención. Principalmente responsable de su fama es su venganza monstruosa de los asesinos de su hermano, la narración que acabo de concluir. Me alegraría terminar este relato aquí; pues probablemente cualquiera de las cosas que sigan vaya a tener el carácter de un anticlímax. Con todo, al no ser yo un mero narrador, sino asumiendo también la responsabilidad de un historiador, me siento obligado a continuar la exposición hasta el punto en que la dejó Herodoto, el gran historiador griego. Y en consecuencia, añado esta postdata; un anticlímax quizá.

La mañana del día siguiente a la matanza del templo, como los invitados de la reina no habían vuelto, los ciudadanos de Tebas empezaron a albergar oscuras sospechas. Les habían llegado rumores por distintos canales de que durante la noche algo de carácter de lo más extraordinario y funesto había sucedido en el lugar del banquete. Algunos incluso decían que el templo se había hundido sobre los asistentes

al festejo y que todos habían muerto. Sin embargo, esta teoría fue descartada rápidamente cuando uno que viajaba río abajo informó de que había pasado por delante del templo y que éste se encontraba en perfectas condiciones, aunque declaró que no había visto señales de vida en sus alrededores; sólo las vistosas barcas tapizadas, sujetas en sus amarraderos.

La inquietud aumentó de modo constante en el transcurso del día. Algunos más sagaces recordaron la gran devoción de la reina hacia su hermano muerto, e hicieron notar que casi todos los invitados al banquete de la noche pasada eran quienes habían participado en el asesinato del faraón.

Cuando por la tarde la reina llegó a la ciudad, pálida, callada y evidentemente nerviosa, multitudes amenazadoras bloquearon el paso de su carruaje, exigiendo bruscamente una explicación de la desaparición de sus invitados. Ella los desdeñó altaneramente e incitó hacia adelante a los caballos de su carruaje, apartando a un lado a la apretada masa de gente. Ella sabía perfectamente, con todo, que su vida estaba condenada en cuanto la gente confirmara sus sospechas. Decidió encarar su inevitable muerte de un modo que correspondiera a su categoría, y no en manos de la sucia multitud.

Así pues, en cuanto hizo su entrada en el palacio, ordenó a sus esclavos que llenaran de inmediato sus aposentos privados de cenizas ardientes y humeantes. Cuando se hubo hecho esto, fue a su habitación, entró, cerró la puerta y la aseguró, y luego se dejó caer en el centro de la habitación. En breve tiempo el ardiente calor y los espesos humos asfixiantes hicieron presa de ella. Sólo su hermoso cuerpo muerto permaneció para que pasara a manos de la multitud.

Algo de Tolstoi

Something by Tolstoi (1928)

Estaba cansado y me sentía fracasado: el sitio parecía un agujero silencioso en el que una persona podría ocultarse de un mundo que parecía totalmente en contra de ella; y finalmente, Brodzki quiso que su hijo fuera a la universidad; ésos fueron los motivos por los que me convertí en empleado de la librería. La mañana que llegué al trabajo había recorrido las calles durante varias horas con aire atolondrado. En el escaparate de la librería aquel cartel primorosamente escrito, SE NECESITA EMPLEADO, atrajo mi atención. Entré y encontré al propietario, un hombre lúgubre de aspecto judío, al fondo de la tienda, sentado detrás de una mesa de despacho enorme con libros amontonados encima. Me miró de modo penetrante. Lo que le indujo a contratarme me resulta difícil de imaginar. Yo tenía la cara demacrada y el cuerpo consumido debido al insomnio, difícilmente podría haber ofrecido un aspecto muy atractivo. Quizá algo mío le hizo saber el hecho de que yo trabajaría con aplicación y fidelidad a cambio de sólo la tranquila y sombría seguridad que su pequeña librería me podía ofrecer.

En todo caso, conseguí el trabajo y lo encontré muy parecido a lo que quería. Mi vida era gris, pero su grisura quedó compensada, si era compensación lo que necesitaba, con la fortuna de ser testigo de un drama que no era menos intenso, estoy seguro, que cualquiera de los contenidos en los miles de volúmenes que atestaban las polvorientas estanterías de la librería.

En aquella época el hijo de Brodzki tenía dieciocho años. Era del tipo de jóvenes judíos rusos espirituales, místicos, de cuerpo escuálido, piel oscura, rasgos delicados, proporcionados. Nunca le llegué a conocer bien. Nadie lo hizo, pues era huidizo como un animalillo salvaje; el tipo de persona a la que le es completamente imposible acercarse a cualquier distancia socialmente aceptable. Este relato es sobre él; su padre murió a los dos meses de darme el empleo.

El joven Brodzki estaba tremendamente enamorado, y la chica era gentil. Por eso era por lo que el viejo señor Brodzki quería que el chico fuera a la universidad. Como la mayoría de los otros judíos de su generación, se oponía desesperadamente al matrimonio de su hijo con una gentil, y parecía que los dos, si los dejaban en paz, derivarían inevitablemente hacia el matrimonio. El chico estaba con ella todo el tiempo. Nunca estaba con nadie más. Se habían criado juntos; jugado toda su infancia en la misma escalera de incendios trasera; crecieron, se podría decir, el uno para el otro.

No eran completamente semejantes. Existían, claro, las habituales diferencias raciales; la diferencia de la sangre gala con la sangre hebrea, que casi es la diferencia entre el sol y la luna. Pero había más que eso. Había una absoluta antítesis de temperamentos. Él era, como he dicho, tímido, espiritual y místico; ella era algo así como una fuerza salvaje; llena de vitalidad animal, de vida y entusiasmo.

A pesar de eso, se querían enormemente desde la infancia. Él había estado solo,

supongo, y ella había estado desatendida.

Cuando la vi por primera vez era una chica de aspecto encantador. Su cuerpo parecía una expresión perfecta de su espíritu. Despedía luz y calor. Pero lo más encantador de todo lo suyo era la voz. A menudo, por las tardes, ella le cantaba, y con tal encanto irresistible que yo nunca podía dejar de escucharla, cualquiera que fuesen mis ocupaciones o pensamientos.

Poco después de que yo hubiera reemplazado al joven Brodzki como empleado de su padre y al chico lo mandasen a la universidad, el anciano enfermó. La señora Brodzki mandó rápidamente a por su hijo, pero antes de que éste hubiese tenido tiempo de volver las velas del candelabro de los siete brazos estaban encendidas, y se entonaban cantos mortuorios en la casa de la familia de encima de la librería. La señora Brodzki no sería tan enérgica como lo había sido su marido. El chico se negó a volver a la universidad, y en menos de un mes él y la chica estaban casados y vivían juntos en las habitaciones del piso alto. Entonces empezó el trágico drama del que, durante quince años, yo fui espectador.

El conflicto entre sus caracteres fue de inmediato tan evidente como lo había sido la devoción del uno por el otro.

La chica nunca había tenido nada. Probablemente durante su infancia muchas veces había necesitado comida y ropas adecuadas. Habría quedado satisfecha, pensaría uno, con su posición como esposa del dueño de una librería que iba bastante bien. Pero ella era una cosilla excesivamente enérgica y ambiciosa. Quería más, mucho más, de lo que le podía proporcionar la modesta librería. Empezó a animar a su marido a que la vendiera y se dedicara a un negocio más lucrativo. No conseguía ver lo imposible que sería eso. Desde que le conocía podía ver que aquel muchacho soñador no encajaría en ningún sitio mejor que una librería. Él, sin embargo, lo veía con claridad. El cambio era algo a lo que temía. Adoraba la sombría oscuridad de aquella pequeña librería; la adoraba tan apasionadamente como la había adorado yo. Por eso fue, aunque él no fuera amistoso, por lo que llegamos a sentir una intensa simpatía el uno por el otro. Aborrecíamos del mismo modo las calles ruidosas que empezaban al otro lado de la puerta de la librería.

La chica andaba detrás de él incesantemente; no le dejaba en paz; concentraba toda su inmensa energía en la lucha con él. Pero el chico encontró en la herencia de su raza la energía para resistírsele. Y lo que sucedió casi al cabo de un año fue esto. Por lo que fuera, ella conoció a un agente de teatro de variedades. El tipo apreció los encantos de su voz y habló a la chica de las posibilidades que tendría en el mundo teatral. Le dijo muchas cosas, supongo, y al final dejó tan completamente fascinada a la chica con las expectativas, que ella decidió abandonar a su marido.

Supongo que yo no tenía lo bastante claro el modo en que el joven amaba a su mujer. Era más que la habitual relación de dependencia propia de los judíos. Su amor por ella era la esencia de su vida. Había un enorme peligro en aquel amor. Cuando se pierde la amada, se pierde la vida. Ésta se hace trizas. Y eso fue lo que le pasó a la vida del joven Brodzki cuando su mujer se marchó con la compañía de variedades.

Debería describir el modo en que ella le dejó.

Una mañana, después de haber hablado, supongo, con el agente de teatro de variedades, ella irrumpió en la librería y llamó a su marido, que estaba desembalando un nuevo envío de libros. La chica tenía una nota histérica, frenética, en la voz, y se apretaba la garganta con una mano como si algo la estuviera asfixiando.

Por el modo en que habló con su marido se habría pensado que mantenían una violenta disputa. Pero la disputa había surgido de un cielo despejado; un cielo, cuando menos, que no estaba más nublado de lo habitual.

Ella le dijo:

—Ya he tirado de la cuerda todo lo posible. Ya no puedo soportar esto más. Te lo he dicho muchas veces, pero es inútil. Ahora tengo una oportunidad maravillosa; y no voy a dejarla pasar. Me voy a Europa con un espectáculo de variedades.

El chico al principio no le dijo nada; tenía aspecto de que le había abandonado toda vida. La siguió, mirándola fijamente sin entender nada, mientras ella se apresuraba escalera arriba hacia las habitaciones donde vivían. Curiosamente, recuerdo que el chico agarraba en las manos un libro encuadernado rojo del que habíamos vendido varios centenares de ejemplares aquella temporada, impertinentemente titulado *Idiotas enamorados*, y que, a pesar de la auténtica tragedia de la situación, yo contuve con dificultad una sonrisa ante la grotesca correspondencia de aquel título con la expresión aturdida, desamparada de la cara de él.

Cuando ella volvió a bajar pareció que, al fin, el chico había conseguido entender lo que estaba pasando.

—¿Te marchas? —preguntó sordamente.

Ella contestó que se iba. Entonces él se buscó dentro del bolsillo y tendió a su mujer una pesada llave negra. Era la llave de la puerta delantera de la librería.

—Será mejor que la guardes —le dijo, todavía con una completa tranquilidad—, porque algún día la necesitarás. Tu amor no es mucho menor que el mío como para que puedas alejarte de él. Volverás en algún momento, y yo estaré esperando.

Ella le agarró por los hombros, le besó, y luego, jadeando con fuerza, salió de la librería. En el sombrío interior, nos quedamos siguiéndola con la mirada. Juntos, seguimos mirando la calle que los dos aborrecíamos y temíamos; la calle, rebosante de vida e iluminada por el sol, que parecía regocijarse maliciosamente por haberse llevado en su concurrido torrente todo lo que tenía algún valor para el hombre de mi

lado.

Durante los meses y los años que siguieron fui testigo de algo que parecía peor que la muerte.

Como dije, la chica había sido la esencia, la vida de él. Cuando se marchó, el chico quedó destrozado. Al principio creí que se sumiría en una completa y violenta locura. Recorría aturdido los retorcidos pasillos de entre los estantes de libros, quejándose y frotando las manos arriba y abajo a los lados de su chaqueta. Los clientes le miraban y se apresuraban a salir de la librería. Traté de convencerle de que se quedara en el piso de arriba. Pero él no quería. No soportaba estar allí, supongo; las habitaciones en las que vivía estaban llenas del recuerdo de ella. Durante varias noches se quedó conmigo en la habitación que ocupaba yo al fondo de la librería. No dormía. Me mantenía constantemente despierto con un murmullo continuo; unas palabras que le dirigía a ella. Más que otra cosa, decían:

—Tú me quieres... en algún momento volverás.

Viendo que no lo superaba, mandé a por su madre, que había ido a vivir con unos parientes. Ella le tranquilizó un poco. Y no mucho después de eso el chico se dedicó a leer.

Se entregó a la lectura como otro hombre se hubiera entregado a la bebida o las drogas. Leía para escapar de la realidad. Y al final la lectura consiguió su objetivo con una efectividad espantosa.

Sentado a la gran mesa cercana al fondo de la librería, leía el día entero, hasta que los ojos se le cerraban de cansancio. Su madre y yo intentábamos que se levantara, que fuera a atender a los clientes, a desembalar y distribuir los libros, no porque se necesitase su ayuda, sino porque considerábamos que estar ocupado le sentaría bien. Parecía dispuesto a hacer todo lo que podía. Pero se había vuelto tan inútil y torpe como un niño pequeño. La lectura constante le había nublado la conciencia, haciéndole increíblemente embotado. Las preguntas más simples que le dirigían los clientes lo desconcertaban. No conseguía recordar los títulos de los libros que le pedían. Paseaba la vista alrededor de un modo absurdo, desorientado, como si acabase de salir de un profundo sueño.

Yo había esperado —pues había llegado a sentir por él una intensa piedad y simpatía— que aquel estado sólo fuera temporal. Según pasaban los meses y los años, sin embargo, no daba signos de que fuera a pasar. Aparentemente era un hombre perdido; una vela consumida. No existía esperanza de volverle a revivir nunca. No, a menos que ella volviera a él. E incluso en ese caso —incluso si ella regresaba—, tal vez fuese demasiado tarde.

Casi quince años después de que su mujer se hubiera marchado, para irse al extranjero con la compañía de variedades, la joven señora Brodzki volvió a la librería. Era a mediados de diciembre; la oscuridad había caído, pero la gente, de compras para navidades, todavía pululaba por las aceras de la ciudad. Su aliento empañaba el escaparate de la librería, lo recuerdo, con una escarcha brillante.

La librería estaba cerrada y todas las luces apagadas a no ser la bombilla colgada encima de la mesa del fondo, donde estaba leyendo Brodzki. Yo me encontraba parado junto a la puerta, interesado por el espectáculo de los que pasaban. Un coche con un apuesto chófer se detuvo en el bordillo y una mujer, envuelta en pieles, surgió del compartimento trasero. Una farola de la calle se alzaba directamente encima del coche, conque cuando la mujer volvió su cara hacia la librería supe de inmediato que era ella.

Con una extraña sensación de terror me retiré de la puerta, medio escondiéndome entre las oscuras estanterías. Ella se acercó a la puerta, abriéndose paso impacientemente entre la multitud de compradores. En apariencia no había cambiado; en la cara y los movimientos del cuerpo, intensamente iluminados por la farola, estaba tan intensamente viva como antes. ¿Por qué había vuelto?, me pregunté. ¿Se había cumplido la profecía de su marido y al cabo de quince años había descubierto que su amor por él había sido demasiado fuerte para rehuirlo?

Iba a obligarme a mí mismo, con la menor gana posible, a volver a la puerta y abrirla, cuando sonó una llave en la cerradura. Todavía la tenía; ¡la llave que le había dado él aquella mañana de quince años atrás!

* * *

En un momento la puerta estaba abierta y ella se encontraba en el interior de la librería en penumbra. La oí respirar profundamente. Paseó la vista a su alrededor con ojos brillantes, pero por algún motivo no llegó a distinguirme mientras yo estaba estúpidamente acurrucado en un rincón entre las estanterías de libros. Pude notar que estaba terriblemente nerviosa. Se agarraba la garganta con una mano enguantada, igual que había hecho la mañana en que se marchó; como si alguien la estrangulara.

En los quince años transcurridos desde que se marchara, el local había cambiando tan poco, de hecho, que debía de resultarle sumamente difícil creer que aquellos años habían pasado de verdad. De pronto debían de parecerle completamente increíbles, como un sueño fantástico. La penumbra, las extrañas sombras de las mesas y los estantes, el olor a papel, el sonido amortiguado de la calle abarrotada; todo eso debía de resultarle tan agobiante como en aquellas tardes de invierno, quince años antes, cuando solía bajar de las habitaciones del piso alto para ayudarle a cerrar la librería.

Debía de tener la sensación de que retrocedía, literalmente, en el tiempo.

Apretándose un diminuto pañuelo en los labios, parecía hacer esfuerzos por contenerse. Avanzó silenciosamente. Entonces ya debía de haber visto que él estaba

sentado a la mesa. Sólo le resultaba visible la coronilla; lo demás quedaba oculto por un libro enorme. El pelo, espeso, de un negro azulado y despeinado, le brillaba intensamente bajo la bombilla eléctrica. Se me ocurrió, con repentino horror, que ella podría encontrar que físicamente él casi no había cambiado. En aquellos quince años su marido no había envejecido de modo perceptible; carecía además de vida, habría parecido, para hacerse mayor.

Me dije que debería adelantarme y prepararla para lo que se iba a encontrar. Pero algo me impidió moverme de mi escondite de entre los estantes de libros. La observé mientras avanzaba hacia la mesa y me pareció notar la intensidad de su emoción. Una intensidad que parecía atravesarme; y de modo insoportable.

Muchas veces me pregunto en qué estaría pensando ella cuando se detuvo delante de la mesa, bajando la vista hacia el hombre al que había amado apasionadamente cuando era su marido quince años atrás. Perfectamente podría sentirse desconcertada, entonces, ante el extraño ensimismamiento con el que leía él, sin que aparentemente hubiera tomado conciencia del sonido de su entrada y de sus pasos; del crujido de éstos en las vetustas tablas del suelo. A lo mejor, con todo, ella estaba rebosante de alegría, y de una especie de terror, como para preguntarse nada.

Con voz aguda, temblorosa, dijo el nombre de él:

—Jacob.

Con un espasmo, él alzó la cabeza y miró en su dirección con ojos que parpadeaban, que bizqueaban. Los momentos pasaron despacio, insoportablemente lentos, mientras yo los veía mirarse uno al otro.

Había esperado que ella se echase a llorar y se lanzara hacia su marido; lo cual, seguramente habría sido lo natural que hiciera. Pero la falta de vida, la ausencia absoluta de reconocimiento de los ojos de él, debían de haberla contenido. ¿En qué estaría pensando? ¿Supondría que él se negaba deliberadamente a reconocerla? ¿O imaginaba que los quince años la habían cambiado hasta el punto de que él no la reconocía?

Cuando yo pensaba que el propio aire debía romperse debido a la tensión, él habló.

Le dijo, con aquella voz sin expresión, temblorosa, que se había convertido en la suya habitual, estas palabras:

—¿Quiere un libro?

Ella se llevó la mano enguantada a la garganta y soltó un leve jadeo. Me alegró tenerla de espaldas y no poder verle la cara. Los angustiosos momentos pasaban muy despacio mientras los dos continuaban mirándose uno al otro. Al final, ella debió de llegar a una conclusión; decidió que los quince años le habían afectado mucho más a

ella que a él, y que le resultaba irreconocible. En cualquier caso, pareció que ella se recuperaba. El cuerpo se le relajó algo y se quitó la mano de la garganta.

—¿Quiere un libro? —repitió él.

Ella tartamudeó:

—No... bueno... quería un libro, pero he olvidado su título.

Enfrentada a aquellos ojos que miraban fijamente, debía de haber encontrado completamente imposible decir directamente:

—Soy Lila. He vuelto contigo.

Debía de haber recurrido a aquel pretexto de que había venido a por un libro, como un modo de revelarle quién era con una franqueza menos embarazosa.

Sentándose en un taburete, cerca de la parte delantera de la mesa, dijo:

—Deje que le cuente el argumento. A lo mejor lo ha leído y puede decirme el título. Es sobre un chico y una chica que habían sido compañeros constantes desde la infancia. Querían estar juntos siempre. Pero el chico era judío y la chica era gentil. Y el padre del chico se oponía tajantemente a que su hijo se casara con alguien que no fuera de su propia raza. Mandó al chico a la universidad. Pero al poco tiempo, el padre murió y el chico volvió y se casó con la chica. Vivían juntos en unas habitaciones de encima de una pequeña librería que el padre le había dejado al chico. Habrían seguido juntos perfectamente felices a no ser por una cosa; la librería proporcionaba poco más de lo escaso para vivir, y la chica era ambiciosa. Ella adoraba al chico, pero su descontento aumentó y continuamente metía prisa a su marido para que se dedicara a algún negocio más rentable. Pero el chico era muy diferente a la chica. La quería tanto que haría lo que fuese por ella; pero era incapaz, por lo que fuera, de renunciar a la librería que había pertenecido a sus padres. ¿Entiende? El chico era soñador, sentimental, un judío raro. Y la chica nunca conseguía ver las cosas desde su punto de vista. La familia de ella, que había muerto y la había dejado con una tía viuda, era de origen francés. Debido a ello, la chica había heredado una gran energía, sentido práctico y amor hacia el mundo. Al cabo de un tiempo, la chica recibió la oferta del agente de una compañía de variedades para que hiciera gala de su talento musical sobre un escenario. Cegada por la brillante perspectiva de una carrera teatral, ella decidió aceptar la propuesta del agente de la compañía de variedades. Volvió a la librería y le dijo a su marido que le iba a dejar. Él fue demasiado orgulloso para hacer el menor esfuerzo por retenerla, y en lugar de eso le entregó una llave de la librería y le dijo que algún día ella volvería; y que siempre la estaría esperando. Aquella noche ella embarcó rumbo a Inglaterra con el espectáculo de variedades. Tuvo un éxito enorme en los escenarios de Londres. Se convirtió en una cantante famosa y recorrió todos los países más importantes de Europa. Llevaba una vida desenfrenada y arrebatadora, y durante extensos períodos ni siquiera pensó en el judío soñador que había sido su leal marido, ni tampoco en la pequeña y polvorienta librería donde habían vivido juntos. Pero la llave de aquella librería, que le había dado su marido, permanecía en su poder. No podía obligarse,

por lo que fuera, a deshacerse de ella. La llave parecía apegarse a ella, casi con una voluntad propia. Era una llave de aspecto raro, antigua, pesada, larga y negra. Sus amigos se reían de ella porque siempre la llevaba encima y la chica se reía con ellos. Pero poco a poco empezó a darse cuenta del motivo por el que la conservaba. El encanto de las cosas nuevas con las que había llenado su vida empezó a desvanecerse y dispersarse, como una niebla, y la chica veía, brillando entre ellas, la auténtica y profunda belleza de las cosas que había dejado atrás. El recuerdo de su marido y de su vida juntos en la pequeña librería cada vez acudía a su mente con más intensidad y de modo más obsesivo. Finalmente ella comprendió que quería volver; que quería entrar en la librería con la llave conservada durante quince años, y encontrar que su marido todavía la esperaba, como prometió que haría.

La mujer se había levantado del taburete; el cuerpo le temblaba y se agarraba a la mesa como apoyo.

Hubo momentos de quietud, de una calma completa. Cuando la mujer volvió a hablar había una nota de terror en su voz. Debía de haber empezado a darse cuenta de lo que había pasado; de en qué se había convertido el hombre que había sido su marido.

—¿No recuerda... tiene que recordarla... la historia de Lila y Jacob?

Ella escudriñaba desesperadamente la cara de su marido, pero en la cara no había nada más que desconcierto.

—Hay algo que me suena en la historia. Creo que la he leído en alguna parte. Me recuerda a algo de Tolstoi.

Desde mi refugio entre las estanterías de libros oí un fuerte sonido metálico que debía de ser el de la llave al caer al suelo. Y luego oí las largas zancadas de ella entre la confusión de mesas y estanterías. Debía de estar dándose prisa, presa de un ciego frenesí, para salir de aquel sitio. Cerré los ojos, sin atreverme a verle la cara y el horror que debía expresar, hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Cuando los abrí, el hombre del fondo de la habitación tenía oculta la cara otra vez detrás del enorme libro, y había reanudado la lectura con su aterradora tranquilidad de costumbre. Su mujer había vuelto a él y se había ido de nuevo, y todo era tan fantásticamente igual que podría creerse que había ocurrido en sueños, si yo no hubiese visto, caída en el suelo, la pesada llave negra de la librería.

Arena

Sand (abril, 1936)

La vieja está tumbada despierta escuchando el sonido de la respiración del hombre. Noche tras noche es igual. Ella no consigue dormir porque escucha aquel pito ronco, dolorido. Siempre que el sonido se interrumpe queda tensa, a la espera, mientras los atroces momentos se ciernen sobre su propio pecho casi inmóvil como pesas de hierro. Luego, poco a poco o de repente, el sonido se reanuda. Él no ha dejado de respirar. Sólo se ha despertado durante unos minutos y luego vuelto a dormir.

—¡Gracias a Dios! —susurra ella—. ¡Gracias, Dios mío!

Durante el día también escucha. Mientras está en la cocina siempre tiene una oreja atenta a lo que pasa en la habitación de delante, donde él está leyendo. Escucha que pasa las páginas del periódico y que golpea la cazoleta de la pipa contra el cenicero.

Aquellos sonidos la tranquilizan y respira con más libertad.

Le llama:

—¡Emiel, Emiel, es la hora de tus gotas!

Él vuelve pesadamente a la cocina. Arrastra con torpeza los pies y hay una mirada indecisa en sus ojos inyectados en sangre. La pierna derecha se le ha quedado algo rígida debido al ataque. Ya no tiene la mente demasiado despierta. Siempre lleva la chaqueta con manchas de grasa. Sorbe al comer. El agua le cae barbilla abajo cuando bebe. Muchas veces ella tiene que repetirle las cosas antes de que parezca entender. Pasa mucho tiempo sentado, en otra cosa. Se tumba en el sofá junto a la radio y no oye nada. La música parece inexistente. Los actores, los aficionados, los que dan las noticias, y las orquestas sinfónicas; todo es inexistente para sus oídos. Piensa en su enfermedad. Su cara ya es como la cara de un muerto, gris e inexpresiva.

—¡Emiel, Emiel! —le llama ella.

Él se alza lentamente del sofá o la butaca y mira distraídamente a su alrededor. Suspira o gruñe. Ella le trae el vaso de agua teñida de color rosa con las cinco gotas. Él lo agarra sin decir nada y lo vacía. Un hilillo color rosa le resbala por la barbilla, donde hay un inicio de barba gris, y le mancha la chaqueta. Ella se le acerca. Frunce los labios. Emite un leve sonido. Le toca la barbilla con la punta del pañuelo. Le cepilla la mancha húmeda de la chaqueta. Le da unos golpecitos cariñosos en la bóveda color rosa y plata de la cabeza o pasa unos trémulos dedos por su floja papada sin afeitarse.

—¡Emiel! —murmura tristemente.

Él se vuelve a hundir en el sofá y ella le arroja con la manta india. Es una manta roja y negra de los navajos que compraron casi cincuenta años atrás durante su viaje de novios a la Costa Oeste. Ella se acuerda del miedo que le daban, o hacía ver que le daban, los indios de aspecto feroz reunidos en torno al andén de la estación; de cómo soltó unos grititos de placer ante el brazalete de turquesas y luego de terror cuando unas mujeres indias que gesticulaban y gruñían formaban un círculo a su alrededor, acercándole con aspecto avaricioso cosas a la cara. Se acuerda de cómo la rodeó el

brazo de Emiel y de cómo sus dedos le apretaban espasmódicamente el costado hasta que ella casi se desmayó. Consiguió volver al tren con dificultad.

La radio sigue. Un candidato a las elecciones suelta un discurso. La voz resuena dramáticamente. Declara que los asuntos de la nación están en crisis. Se encuentran en juego opciones vitales. Pero allí, en el acogedor interior de su cuarto de estar, ninguno de los dos escucha las palabras del estadista. Los envuelve la noche. Cuadrados negros de esa noche se aprietan contra las cortinas de la ventana. Están solos. Están sentados muy juntos. Sólo están ellos dos en el interior iluminado por la lámpara. Tienen aspecto de posar para una fotografía. Dentro de un momento la cámara hará click y el que hace la foto dirá:

—Muy bien.

Y los dos sonreirán y volverán a moverse.

Pero ahora están a la espera.

A las diez y media ella le ayuda a levantarse de la butaca o el sofá y van al dormitorio. Él se dobla para quitarse las zapatillas.

—No, Emiel, déjame a mí —susurra ella.

Las manos de ella son asombrosamente rápidas y ligeras, pero tienen un aspecto feo; las venas se le anudan como gusanos debajo de la piel de un rojo violáceo.

—¡Ya está, viejo gruñón! —susurra ella.

Sus ojos le lanzan una mirada de broma desde debajo de la maraña de despeinado pelo gris y él vislumbra en ellos algo de un brillo efímero que es el fantasma de su juventud surgiendo con una rapidez tímida, furtiva, como si ese brillo fuera consciente, y se abochornase de ello, de su propia incongruencia, y luego revolotea fugazmente, como el trino de un pájaro que descansa momentáneamente en una rama helada, lanza una sola mirada de sobresalto a aquellos tiempos brillantes, glacialmente inhóspitos que los rodean, y luego regresa instantáneamente a esa sombría pero segura dimensión de la que ha surgido milagrosamente durante aquel único momento.

Mientras él se desviste ella va a la cocina y le prepara una taza de leche caliente.

—¡Emiel, Emiel! —llama.

Él va arrastrándose pesadamente a la cocina. Las zapatillas de fieltro susurran tristemente en el linóleo de cuadros blancos y negros. Las tablas desajustadas crujen. Emiten pequeños quejidos poco entusiastas debajo del tambaleante peso del viejo. Éste mira con fijeza inquisitiva durante unos momentos la nevera y la cocina de gas como si le estuvieran haciendo una pregunta que él no hubiera entendido del todo.

—Emiel, tu leche —dice ella.

Él no parece que vea. Ella se la alza hasta los labios. Él sorbe lentamente. Gruñe.

El paño de cocina de ella casi no resulta lo bastante rápido para atrapar el hilillo blanco.

—Emiel —murmura ella tristemente.

Emiel ya nunca tiene la mente despejada del todo. Ella se pregunta si de hecho es consciente de lo que está haciendo. ¿Sabe lo que le dice ella? Habla mucho. Aquellos días el silencio parece pesar. Ya no es una cosa natural como solía serlo antes de que él sufriera el ataque. Ahora el silencio espera y espera, es un miedo constante.

Cuando la luz se va ella empieza a pensar de nuevo. Las ideas le invaden implacablemente la cabeza y murmura en voz alta. A veces se trata otra vez de la orilla del mar y él está tumbado junto a ella en la arena caliente. Los brillantes granos se le deslizan por la palma de la mano y le hacen cosquillas en los brazos y las piernas al aire. Este recuerdo tiene una vida extraordinaria. Es el más vívido de todos. Oye el sonido de las olas que llegan y cierra los ojos lentamente ante el brillo del sol. Los colores de un prisma destellan entre sus pestañas entrecerradas. Oye la voz de él, lenta y acariciadora como los granos de la cosquilleante arena. Rose. Rose, Rose. Rose. Está intentando que ella sonría. Pero ella no sonreirá. Mantiene los labios tensos, apretados. La arena se desliza haciéndole cosquillas; poco a poco. Luego más deprisa. Luego más despacio. Está caliente, muy caliente en su piel al aire. A pesar de sí misma los labios se le empiezan a curvar por las comisuras. Se ríe en voz alta. La tierra se alza y oscila debajo de ella. El cuerpo le crece. Es inmenso. El momento es intemporal. Forma un arco perfecto en el espacio. Susurra el nombre de él. Luego contiene el aliento. Sí. Todavía está al lado de ella. Pero la arena caliente ya no se le desliza por la palma de la mano. El sol brillante ha desaparecido. Está oscuro. Ella se da la vuelta poco a poco en la cama, con los ojos cerrados. Si extiende los dedos puede tocar la sábana que le tapa a él. Sí. Le oye respirar. Todavía respira. El áspero sonido como de arrastre sigue cansinamente. Un objeto cansado, pesado, que se arrastra dolorosamente hacia adelante. Empuja y tira de sí mismo con desesperación hasta un poco más allá. ¿Cuándo se detendrá? Ella se estremece. No, no puede ser. Nunca. A ella no le puede pasar una cosa así...

Y entonces un día oye que algo cae pesadamente. Suelta el cucharón de sopa. Se queda inmóvil junto al fogón. Hay muchas cosas que le aseguran que no ha pasado nada. El tictac desenfadado del reloj esmaltado de blanco. El murmullo gutural de las zanahorias que cuecen. El zumbido de una mosca de verano tempranera con las alas azules contra las brillantes persianas de cobre. Y los rayos del sol en las hojas de los geranios. Obliga a que sus dedos vuelvan a levantar el cucharón de sopa. Lo agarra

rígidamente como un arma; sus ojos miran fijamente sin ver. Dentro de un momento oirá el lento pasar de las páginas del periódico o el sonido de la cazoleta de la pipa contra el cenicero de cristal. Espera eso. Sigue sin haber nada. Algo se congela en su interior. Crece y se pone duro como una piedra. Vacila hacia adelante. Es inútil esperar. Deja el chorreante cucharón sobre el mantel de la mesa y se dirige directamente hacia la puerta del cuarto de estar y la abre, empujándola...

—¡Emiel! —susurra. No tiene el suficiente aliento para decir más que eso.

Él está quieto junto a la redonda mesa de roble. No se trataba de él, sólo fue un pesado libro lo que cayó al suelo.

—Lo estaba mirando. Se cayó —explica él.

Es un álbum con postales de sitios que han visitado juntos en vacaciones durante sus días más jóvenes. Hay fotos de las cataratas del Niágara, del parque de Yellowstone, y de Canadá, Florida y las montañas Rocosas. Lo iniciaron hace casi cincuenta años cuando hicieron el viaje de novios a la Costa Oeste. Desde entonces han ido añadiendo postales con constancia, casi todos los veranos que pudieron salir de la ciudad, y ahora es un libro enorme lleno de fotos.

Emiel se dobla poco a poco para recogerlo.

—No, no —exclama ella—, déjame a mí.

Va disparada hacia donde está caído el álbum. Algunas de las postales se han salido. Sus dedos rojos las recogen rápidamente de la alfombra. Levanta el álbum trabajosamente y lo vuelve a colocar encima de la mesa. Se encaran uno con el otro. Él le devuelve la mirada inexpresivo. Le cae saliva por las comisuras de los labios. Los tiene temblorosos. ¡Qué húmedos tiene los ojos!

—¡Emiel, ay, Emiel!

Le rodea apasionadamente con los brazos. Se lo acerca a su marchito pecho. En aquel abrazo debe mantenerlo junto a ella para siempre. El tiempo no se lo arrebatará. Deja que lo demás se deslice como arena. ¡Conservará aquello!

—¡Emiel! —habla, dominante. Le demostrará que ella todavía tiene fuerza suficiente para los dos.

Pero él no quiere mirarle a los ojos que le tratan de transmitir aquella fuerza. Se da la vuelta evasivo alejándose de ella con aquel arrastrarse suyo. Y la propia firmeza de ella se resquebraja. Cede por completo y, mientras él cruza la habitación, ella se le acerca insegura para volver a tratar de agarrarle por la manga, pero ya no dominante, haciendo una falsa demostración de fuerza, sino simplemente suplicando estérilmente algo que compartir.

—¿Qué pasa, Emiel? ¡Deja que yo lo sepa!

Ella le ha seguido al rincón. Él no intenta darse la vuelta y escapar. Se limita a estar allí evitando mirarla, hasta que el leve toque de ella abandona su manga, y entonces murmura:

—Sólo estaba pensando. Eso es todo.

Una manzana regalada

Gift of an Apple (1936)

Durante una hora después de que dejara la cadena de colinas había caminado con el ardiente sol dándole en la nuca. La áspera correa de lona le irritaba los hombros y tenía la región lumbar sensible debido al golpeteo rítmico de la mochila. Se la cambiaba de vez en cuando, pero en ninguna posición encontraba más que un alivio momentáneo. Pasaban coches muy raramente. Casi todos eran de familias de paso en trastos polvorientos. Los niños sonreían y saludaban con la mano, pero los padres hacían como que no le veían. Una vez pasó a su lado un Ford del 32 y se detuvo. Eran tres hombres y una mujer borrachos, y la mujer se asomó y le preguntó cuánto dinero tenía. Sesenta y cinco centavos, le dijo él. Eso no nos sirve de nada, dijo ella. Vendimos la rueda de repuesto para llenar este último depósito de gasolina y ahora tenemos que recoger a un pasajero que nos pueda pagar algo más. Te harás cargo, ¿no? El coche arrancó dando bandazos, la mujer se dejó caer pesadamente y él comprendió que lo que le había dicho era cierto, sólo quedaba la sujeción de la rueda de repuesto encima de la matrícula naranja y negra de Nuevo México.

Dios santo, pensó, supongo que tendré que andar todo el camino hasta Lexington, Kentucky. En California era relativamente fácil hacer autostop, pero según se iba hacia el este la gente parecía volverse más desconfiada. A lo mejor era por su aspecto desastrado debido a la carretera; tenía la ropa cubierta de polvo y en malas condiciones, y las decepciones en serie le hacían difícil simular la sonrisa alegre y seductora que los haría detenerse. Cuando uno está fresco y de buen humor puede ejercer una especie de coacción mental sobre los conductores. La ejerce fundamentalmente con los ojos. Uno proyecta algo con los ojos que atrae su atención y si no son unos hijos de puta no pueden evitar detenerse. Pero eso es en el oeste. Más hacia el este todos son hijos de puta. La mitad de las veces, si uno se detiene es un marica y tienes que dejar que te meta mano por todas partes para pagar el viaje. O si no es un borracho que pone a parir a su mujer y maldice a su jefe y te pone los huevos por corbata mientras circula a ciento veinte kilómetros por hora. O como aquel Ford de antes; estaban sin nada de dinero y querían que los ayudasen a pagar la gasolina.

Volvió la vista. El sol se estaba poniendo en dirección a las colinas de detrás. La forma de éstas se volvía más nítida con el ardiente brillo de su declive. Era perfectamente redondo, un poco borroso por los bordes, como una de esas pelotas de tenis. A la luz menos intensa todo parecía destacarse con claridad. Un poco antes, la ciudad a la que se acercaba había estado perdida bajo una luz vacilante. Ahora adquiriría definición. Distinguía el último sol brillando en un campanario y en unos cuantos tejados en punta que estaban encaramados justo a esta parte de la segunda cadena baja de colinas. Se preguntó si llegaría allí antes de la noche y se puso a considerar taciturnamente el problema de conseguir una cama.

De repente vio, no muy delante de él, un automóvil con remolque. Era un coche muy viejo, de color crema y polvoriento. El remolque no tenía neumáticos en las ruedas traseras. Debía de llevar allí una enormidad de tiempo. Una pequeña chimenea

de hojalata salía del puntiagudo techo en punta y soltaba una tenue voluta de humo. A su alrededor había cestas y potes que aparentemente estaban en venta, y en el costado del remolque que daba a la carretera había colgadas hileras de gorros de terciopelo rojo, hierba sarracena de un naranja brillante y calabazas amarillo pálido. Era un puesto de venta ambulante que probablemente se pasaba allí el verano entero vendiendo esas cosas a los turistas que volvían de sus vacaciones en la zona montañosa.

La parte trasera del remolque le daba cara y mientras se acercaba distinguía a través de las alas de lona la forma de una mujer. Era corpulenta y de pelo negro. Durante un momento se preguntó cómo se las arreglaría para vivir en aquel sitio tan pequeño. Pensó en una garrafa que una vez había sacado del río Sunflower. Se había metido a por un tronco y, al tocar el fondo arenoso, las manos dieron con aquella garrafa de casi veinte litros. Ató una cuerda al asa, y él y otro chico la sacaron del río. Dentro había un siluro enorme. Se preguntaron cómo se las había arreglado para entrar pues era demasiado grande para pasar por el cuello de la garrafa. Debía de haberse metido cuando era muy pequeño y de algún modo había crecido dentro. Demasiado grande para salir. Pensó en eso mientras miraba a la enorme desconocida. Los otros habían querido romper la garrafa para abrirla y asar el siluro para cenar, pero la idea a él le repelió porque había algo anormal en un siluro que había crecido dentro de una botella.

Siguió avanzando, pero pilló los ojos oscuros de la mujer que le miraban por las alas de lona. Se detuvo en la carretera y dijo:

—Hola —a la mujer.

Ella salió de la pequeña plataforma. Oyó crujir levemente las tablas bajo el peso de ella. Estaba por encima de él pestañeando con el sol en los ojos. Tenía una cara como la del siluro. Oscura y de rasgos romos. Tiosos pelos sobre el labio superior. Con los brazos cruzados ante el gran bulto flácido de sus pechos. Llevaba puesta una combinación de seda de poca calidad. Tenía los brazos y las piernas al aire; de carne floja, morenos. Le sorprendió ver que había unos cuantos pelos oscuros en mitad del pecho, donde llegaba el escote de la combinación. Antes nunca había visto a una mujer con pelo en el pecho. Eso le hizo pensar en aquel hermafrodita del espectáculo callejero de Dodge City. El feriante señalaba al hombre-mujer que se exponía, con un lado de mujer completamente desarrollada y el otro de hombre, según aseguraba el hombre. Aquello, sin embargo, no parecía posible.

—Hola —dijo la mujer—. ¿No quieres comprar algo?

—No tengo nada de dinero —le dijo él—. Pero pensé que podrías tener algo de comer que pudieras darme.

La mujer no dijo nada. Parpadeó hacia el sol en un silencio jovial.

Él miró las ristras de salvia, eneldo, ajos y pimientos rojos secos que tapaban la parte de arriba de la puerta. Pensó en comida sabrosa, grasienta; se le hizo la boca agua.

La mujer se metió en el remolque. Dentro él oyó movimientos pesados como los del siluro que forcejeaba en la garrafa después de haber vaciado el agua. Una cosa horrible. Se habían puesto de cuclillas en la orilla y le miraron hasta que dejó de agitarse.

La mujer volvió a la plataforma.

—Te daré una manzana.

—Vaya, gracias.

Tendió la mano. Vio que la palma le brillaba oscura de sudor. La echó atrás y se la secó rápidamente en la pernera de los pantalones de pana y luego volvió a extenderla una vez más para recibir la manzana. Era de un rojo vino oscuro. Podría decir cómo sabía en el momento en que la tocaron sus dedos.

La mujer se sentó en el escalón de arriba del remolque.

—Siéntate —dijo con voz ronca.

—Gracias.

Él se sentó en el escalón de abajo, llevándose al mismo tiempo la manzana a la boca. El duro pellejo rojo se rompió, salió el jugo dulce y los dientes se hundieron en la firme pulpa blanca de la manzana. Era como hacer el amor, pensó, cuando trituró el pellejo y la pulpa entre los dientes. Pasó la lengua por la parte de delante de la boca y saboreó el sabor dulce del jugo. Los labios se le curvaron en una sensual sonrisa. La pulpa se le deshizo en la boca. Trató de no tragarla. Haz que dure, pensó. Pero se fundió como nieve entre sus afilados dientes. Se convirtió toda en líquido y se le deslizó garganta abajo. No lo podía impedir. Es como hacer el amor, volvió a pensar. Uno intenta que dure más. Prolongar el dulce momento final. Pero no podía mantenerlo en ese punto. Pasaba y pasaba, se terminaba. Y entonces en cierto modo uno se sentía estafado.

—Estaba rica —le dijo a la mujer—. ¡Nunca probé una manzana tan rica como ésta!

—Sí. A lo mejor.

La mujer volvió adentro. Él vio que se volvía a inclinar sobre el cesto y sacaba otra manzana. Bien. Extrajo la navaja del bolsillo de los pantalones y separó los trocitos que quedaban de pulpa blanca del corazón de la manzana que ya había comido para que la mujer viera que seguía con hambre.

Ella salió de nuevo, pero no le ofreció la segunda manzana. Se la comió ella misma. Abrió sus propias fauces enormes y la masticó como un caballo. Apartó la vista de ella. Se sentía muy cansado, le dolían las piernas. Era agradable estar sentado cara al sol, una bola naranja redonda directamente encima de la línea púrpura de colinas con bosques. Ahora llegaba el viento por los campos, agitaba la alta hierba en sazón y hacía que suspiraran las hojas de sauce.

Pensó en que la mujer estaba allí, en aquel sitio, el verano entero. Durmiendo de noche en un catre al lado de la carretera con la luna contemplando su enorme cuerpo moreno de mujer; con los brazos extendidos para recibir al fresco viento como a un

amante. La carne mojada de sudor...

La volvió a mirar. Tenía que decir algo para evitar que los labios hicieran una mueca risueña sin sentido.

—¿Qué hora es?

La mujer gruñó incierta.

Él se sujetó el cinturón.

—Tu hombre ha ido a la ciudad, ¿verdad?

—Sí. Él y mi chico han ido a la ciudad para emborracharse.

Se rió un poco.

—¿Y qué estabas haciendo tú? —le preguntó él.

Ella soltó aire por la nariz y frunció los labios. Sus ojos no se detuvieron en la cara de él. Le recorrieron el cuerpo. Él casi los podía notar. Se echó rápidamente hacia atrás como respuesta a la caricia sugerida. Sus hombros tocaron el bulto redondo de las rodillas de ella. Suaves, como si no tuvieran hueso. Se preguntó qué edad tendría. ¿Cuarenta y cinco? ¿Cuarenta? Podría ser aún más joven. Hablaba de su chico que iba a emborracharse con su padre. El chico debe de tener casi mi misma edad, pensó él. Pero los de raza oscura se desarrollaban pronto. Por ejemplo, la chiquita griega que vivía en su mismo bloque de casas. Iba al callejón después de pasar la tarde detrás del mostrador del restaurante de su padre, entre el cubo de basura y los tres enormes contenedores de desperdicios. Mmmm. Jadeando por aire. Con el duro cemento y todos aquellos olores a humedad fría. Peladuras de patata, restos de melón y posos húmedos de café. Trozos de desperdicios pegados a las palmas de las manos. Pero la dureza que los rodeaba hacía más dulce el bienestar de dentro de la chica. Y ella sólo tenía once años. Y los espasmos y los gemidos nerviosos. Anormales, tal vez.

—¿Y qué estabas haciendo tú?

—¿Yo? Voy a preparar la cena.

—¿Qué tienes para cenar?

—Carne.

—¿Un trozo grande?

—Sí. Un trozo bastante grande.

—¿Suficiente para dos personas?

—No, no lo sé —dijo ella—. Tengo que guardar algo para mi chico.

—Probablemente coma algo en la ciudad.

—No. No sé.

Él sonrió y entrecerró los ojos, pero ella apartó la vista. Clavó los ojos en la bola naranja redonda del sol. Ahora éste mandaba unos anchos rayos de un naranja claro por entre las plumosas masas de nubes gris claro. Muy bonito. Le hizo pensar en un vestido que se había puesto su hermana un domingo de Pascua.

Calles pavimentadas de oro. Oh, sí. Los raíles negros. ¿Escalera de incendios? No. Las vías del viaducto. Y el tren que pasaba pitando. Su madre. Su voz, ¡qué clara

era! Irma, no estés junto a la ventana así. El hollín volando. La confirmación. Los cinco huevos de colores en un rincón. Azul claro, rosa, amarillo y verde. Huevos cocidos. Se preguntó si después los habían comido. Los huevos cocidos estaban ricos. La clara blanca separada del centro amarillo. El amarillo una bola redonda, rica y granujienta, que formaba una pasta en la boca y se pegaba a los dientes para que el sabor durara mucho tiempo después. Mmmmm. Le gustaría tomar unos huevos cocidos ahora mismo.

—¿Todavía tienes hambre? —preguntó ella.

Se movió repentinamente. Levantó la mano de su regazo y la colocó en la nuca de él. Deslizó los dedos por su cuello y bajo el cuello de la camisa.

Interiormente él rechazaba el tocamiento, pero mantenía los ojos en la cara de ella.

—Tienes una piel agradable, como la de una chica.

—Gracias.

—Cuántos años tienes, ¿eh?

—Diecinueve.

—¡Caramba!

Protestó como si la acabaran de pinchar con un alfiler. Se levantó de los escalones y le dio una patada leve y juguetona con la punta de su polvorienta zapatilla.

—Vamos, vamos —dijo—. ¡Eres demasiado joven!

—¿A qué te refieres con lo de demasiado joven?

—¡Diecinueve son los años que tiene mi chico! ¡Mejor te largas!

Él alzó la vista hacia ella y vio que era inútil discutir. Grande, corpulenta y oscura, estaba quieta en la puerta del remolque, con la cara levemente fruncida, mirando el sol. Una vieja puerca latina, eso era. Las mujeres así se construyen reglas para sí mismas, más sagradas que la ley más sagrada. Si él hubiera dicho que veintiuno e incluso veinte, podría habérselo hecho con ella, pero no con diecinueve que era la edad de su hijo...

Bueno, pues vaya.

Se levantó con facilidad del escalón de abajo del remolque y se quitó el polvo de los pantalones. Se volvió a poner la mochila sobre los hombros. Ahora parecía menos pesada. Empezó a caminar carretera abajo. Soltó una risita ahogada y miró hacia atrás por encima del hombro. El coche y el remolque destacaban claramente ante la luz dorada que se desvanecía. Los campos se estaban oscureciendo. Rodeaba un crepúsculo gris. Sólo quedaba la punta del sol naranja en la cumbre de las colinas como si allí arriba hubiera un gran incendio. Los ojos se volvieron una vez más hacia el puntiagudo techo del remolque. Vio una delgada voluta de humo que se alzaba de la chimenea de hojalata y oyó ruido de sartenes. La vieja estaba allí atrapada como un siluro metido en una garrafa. Se estaba preparando algo de cenar. Lo tomaría sola. Unos codos gruesos plantados a cada lado del hornillo y los hombros separados encima. Resollando un poco. Pasándolo con café solo que abrasaba. La rica, la jugosa

carne. Un trozo grande. La vieja puta. Bueno, ya está bien. Algún día moriría. De alguna enfermedad horrible como el cáncer. Ya había empezado dentro de su carne oscura. Una vieja puta roñosa como ella...

Siguió carretera adelante. El aire era fresco. Se había levantado viento. Delante de él vio, confusamente, la blanca estructura de edificios con manchas de una luz amarilla decaída.

Todavía podía notar el sabor de la manzana que había comido. La parte de dentro de la boca era fresca y estaba dulce debido a aquel sabor. Tal vez era mejor de aquel modo, con sólo aquel sabor en la boca, el limpio y blanco sabor de la manzana.

La habitación a oscuras

The Dark Room (1940)

Y su marido, Mrs. Lucca, ¿cuánto lleva sin trabajo?

—Dios sabe cuánto.

—Necesito una respuesta precisa, por favor.

—Debe de haber estado desde 1930. Puede que más. Mi marido dejó de trabajar porque no estaba bien de la cabeza. Ya no podía recordar las cosas.

—¿No ha trabajado desde entonces?

—No. Desde entonces ha estado enfermo. No está bien de la cabeza.

—¿Y sus hijos?

—¿Hijos? Frank y Tony se marcharon. Frank se fue a Chicago, creo. No lo sé. Tony nunca fue bueno. Los otros dos, Silva y Lucio, todavía van al colegio.

—¿Van al instituto?

—Todavía van al colegio.

La escoba de Mrs. Lucca rebuscó con repentino vigor debajo de la mesa de la cocina. Sacó una cuchara de plomo, unos recortes de papel y un trozo de bramante. Recogió la cuchara y la colocó encima de la mesa.

—Me hago cargo —dijo Miss Morgan—. Y tiene usted una hija, ¿no?

—Sí. Una chica.

—¿Trabaja en algo?

—No. No trabaja.

—Su nombre y edad, por favor.

—Se llama Tina. ¿Cuántos años tiene? Viene justo antes que Silva. Silva tiene quince.

—Lo que hace que tenga unos dieciséis años, supongo.

—Dieciséis.

—Ya veo. Me gustaría hablar con su hija, Mrs. Lucca.

—¿Hablar con ella?

—Sí. ¿Dónde está?

—Ahí dentro —dijo Mrs. Lucca, señalando una puerta cerrada.

La asistente social se levantó.

—¿Puedo verla?

—No, no se puede entrar ahí. A ella no le gusta.

Miss Morgan se puso tensa.

—¿No le *gusta*? ¿Por qué no? ¿Está enferma?

—No sé lo que le pasa —dijo Mrs. Lucca—. No quiere que entre nadie en su habitación y no quiere que se encienda la luz.

La escoba rebuscó debajo del fogón y sacó el asa de una taza rota. Mrs. Lucca gruñó cuando se agachó para recogerla. La tiró por la trampilla del carbón.

—¿Qué es lo que le pasa, Mrs. Lucca?

—¿A quién? ¿A Tina? No lo sé.

—¡De verdad! ¿Desde cuándo pasa eso?

—Desde sabe Dios cuánto.

—Por favor, Mrs. Lucca, trate de dar respuestas precisas a mis preguntas. Las evasivas no mejorarán nada las cosas.

Mrs. Lucca pareció un tanto desconcertada.

—¿Cuánto lleva en esa habitación? —repitió Miss Morgan.

—¿Cuánto? Puede que unos seis meses.

—¿Seis meses? ¿Está usted segura?

—Empezó a hacer cosas raras más o menos hacia Año Nuevo. Esa noche él no vino. Fue la primera noche que él no venía después de mucho tiempo, y era Año Nuevo. Le llamó a casa y su madre le dijo que él se había ido y que no llamara más. Dijo que se iba a casar con una chica judía.

—¿Él? ¿Quién es él?

—El chico con el que salía regularmente desde hacía mucho tiempo. Un chico judío que se llama Sol.

—¿Fue eso lo que hizo que empezara a comportarse así?

—Puede que lo fuera. No lo sé. Tina colgó el auricular, se metió en la cocina y calentó agua. Dijo que tenía dolor de estómago.

—¿Lo tenía?

—No lo sé. A lo mejor sí. En cualquier caso se acostó y desde entonces no se ha levantado.

La escoba de Mrs. Lucca hizo tímidas excursiones en torno a la silla donde estaba sentada la asistente social. Miss Morgan recogió las piernas rápidamente con el gesto de fastidio de un gato que evita agua derramada. Las sucias pajas de la escoba se movieron sin propósito fijo hacia el otro extremo de la habitación.

—¿Quiere decir que lleva encerrada en su habitación desde entonces?

—Sí.

—¿Y desde cuándo lleva?

—Desde el último Año Nuevo.

—¿Seis meses?

—Sí.

—¿Nunca sale?

—Sale cuando tiene que ir al cuarto de baño. Sale entonces, pero son las únicas veces en que sale.

—¿Qué hace ahí dentro?

—No lo sé. Se limita a estar tumbada a oscuras y no quiere salir. A veces hace ruidos, llora y todo eso. Los de la familia del piso de arriba a veces se quejan. Pero por lo general no dice nada. Se limita a estar tumbada ahí, en la cama.

—¿Come?

—Sí, come. A veces.

—¿A veces? ¿Se refiere a que no hace unas comidas regulares?

—No, regulares no. Sólo lo que le trae él.

—¿Él? ¿A quién se refiere, Mrs. Lucca?

—A Sol.

—¿Sol?

—Sí, Sol, el chico con el que estuvo saliendo regularmente tanto tiempo.

—¿Se refiere a que él viene?

—Sí, a veces viene.

—Creí que había dicho que se casó con una chica judía.

—Se casó. Se casó con esa chica judía con la que su familia quería que se casase.

—¿Y todavía viene a ver a su hija?

—Sí, la viene a ver. Es al único que deja entrar en la habitación.

—¿Así que entra? ¿A la habitación? ¿Con la chica?

—Sí.

—¿Sabe ella que está casado con otra chica?

—No sé lo que sabe. No lo puedo decir. Ella nunca dice nada.

—Y sin embargo ¿le deja entrar y hablar con ella?

—Le deja entrar, pero él nunca habla con ella.

—¿No habla con ella? ¿Qué es lo que *hace*, Mrs. Lucca?

—No lo sé. Ahí dentro está a oscuras. No lo puedo decir. Nadie dice nada. Él sólo entra, se queda un rato y sale.

—¿Se refiere, Mrs. Lucca, a que deja usted que un hombre entre a la habitación con ella, su hija, encontrándose ésta como se encuentra?

—Sí. Le gusta que entre ahí con ella. La tranquiliza durante un tiempo. Cuando no viene, ella se lo toma muy a mal. Los de la familia del piso de arriba a veces se quejan por eso. Pero cuando viene, ella mejora. Deja de hacer ruidos. Y él todas las veces le trae algo de comer y ella come lo que le trae.

La escoba hizo un amplio círculo, amontonando la basura en un rincón.

—Nos viene bien —continuó Mrs. Lucca—. Pasamos dificultades. Sólo contamos con lo de la beneficencia y eso no es tanto. A veces ni siquiera tenemos...

—Mamá, ¿puedes darme quince centavos?

Era uno de los chicos, Silva o Lucio, que asomaba la cabeza por la ventana abierta que daba a la escalera de incendios. Tenía sangre en la nariz.

—Dame quince centavos, mamá. Aposté con Jeep a que no me podía, pero me pudo y dice que me pegará más todavía si no aparezco con la pasta.

—Calla la boca —dijo Mrs. Lucca.

El chico miró sorprendido a Miss Morgan y bajó estrepitosamente por la escalera de incendios. En el callejón se oyeron gritos agudos y sonido de pasos que corrían.

La mirada de Miss Morgan continuaba fija. No era consciente de la interrupción.

—Supongo que sabe, Mrs. Lucca, ¡que pueden considerarla a usted responsable!

—¿De qué?

Hubo un momento tenso y perplejo entre ellas.

—No importa. ¿Cuánto lleva eso?

—¿El qué?

—Lo de ese hombre y su hija.

—¿Tina? ¿Sol? ¡No lo sé! ¡Sabe Dios cuánto!

—Eso no es una respuesta, Mrs. Lucca.

—¿Quiere saber cuánto lleva teniendo relaciones con Sol? Casi desde que Tina empezó a ir al colegio cuando tenía once años.

—Me refiero a cuánto lleva ese hombre entrando en la habitación de ella.

La escoba se sacudió con petulancia y luego continuó sus movimientos errantes por el suelo de la cocina.

—Puede que unos cinco o seis meses. No lo sé.

—Y usted y su marido, Mrs. Lucca, ¿nunca hicieron ningún esfuerzo por mantenerla alejado a él?

Mrs. Lucca bajó la vista con muda concentración hacia las pajas que se arrastraban.

—Su marido, Mrs. Lucca, ¿no hizo nada para evitar que ese hombre viniera aquí?

—Mi marido lleva enfermo mucho tiempo.

Mrs. Lucca se llevó un cansado dedo índice a la frente.

—Él no está bien de la cabeza. Y yo, yo no puedo hacer nada. Todo el tiempo tengo cosas que hacer. Vamos tirando lo mejor que podemos. Lo que pasa no es culpa nuestra. Es la voluntad de Dios. Es todo lo que puedo decir, Miss Morgan.

—Ya veo, Mrs. Lucca.

La voz pareció trazar una raya blanca de tiza en el aire. Mrs. Lucca dejó de barrer y esperó. Sabía que estaba a punto de pronunciarse sentencia. Se preparó para escuchar las palabras sin una tensión apreciable.

—Mrs. Lucca, habrá que llevarse a la chica.

—¿A Tina? No le gustará eso.

—Me temo que no podremos consultarle lo que opina al respecto. Ni a usted, Mrs. Lucca.

—No creo que ella quiera irse a otro sitio. Usted no conoce a Tina. Es testaruda. Suelta cosas espantosas cada vez que uno trata de que haga algo que no quiere. Grita, da patadas y muerde, conque no hay modo de acercarse a ella.

—Se tendrá que ir.

—Espero que quiera. Claro que espero que quiera. No es decente que esté ahí tumbada a oscuras todo el tiempo. Es malo para los chicos.

—¿Los chicos?

—Sí, Silva y Lucio. No es decente que ella esté ahí tumbada desnuda en ese plan.

—¡Desnuda!

—Sí. No quiere estar tapada con nada.

El cuaderno de notas se cerró con un sonido de asombro. Miss Morgan apretó la caperuza de su pluma estilográfica.

—Tendrán que llevársela por la mañana y tenerla bastante tiempo en observación.

—Espero que vaya, pero no creo que quiera a no ser que la lleve él.

—¿Él? ¿Se refiere usted a...?

—A Sol.

—¡Sol!

—Sí, el chico con el que salió regularmente durante tanto tiempo.

—¡Ya veo! ¡Ya veo!

La escoba de Mrs. Lucca reanudó su lento movimiento, hacia adelante y atrás, sin un objetivo evidente. Una piel seca de cebolla sonó bajo las sucias pajas. Hacia adelante y atrás. Las tablas mojadas crujieron.

Retrato de una chica en cristal

Portrait of a Girl in Glass (junio, 1943)

Vivíamos en un apartamento de un tercer piso de Maple Street, en Saint Louis, en un bloque donde también estaban el Garaje Siempre a Punto, una lavandería china y un despacho de apuestas disfrazado de estanco.

El mío era un carácter anómalo, el de alguien que parecía estar bajo la amenaza de un cambio radical o un desastre, pues yo era un poeta que trabajaba en un almacén. En cuanto a mi hermana Laura, se la podría clasificar incluso con menos facilidad que a mí. No hacía el menor movimiento de aproximación hacia el mundo, sino que se mantenía a la orilla del agua, por así decirlo, con unos pies que anticipaban el frío excesivo como para meterse en ella. Nunca se habría movido ni un centímetro, estoy casi seguro, si mi madre, que era una mujer relativamente agresiva, no la hubiera empujado bruscamente hacia adelante cuando Laura tenía veinte años, matriculándola en una escuela de comercio cercana. Con el «dinero de las revistas» (vendía suscripciones a revistas femeninas), mi madre tuvo que pagar las clases de mi hermana durante un periodo de seis meses. La cosa no funcionaba. Laura trataba de memorizar el teclado de la máquina de escribir, tenía un gráfico en casa, y se sentaba delante de él durante horas, mirándolo fijamente mientras limpiaba y sacaba brillo a su infinito número de pequeños adornos de cristal. Hacía eso todas las noches después de cenar. Mi madre me advertía de que estuviese muy callado.

—¡Tu hermana está mirando el gráfico de la máquina de escribir!

Yo notaba que aquello no le haría ningún bien, y tuve razón. Ella parecía haber aprendido las posiciones de las teclas hasta que llegaba la prueba semanal de rapidez, y entonces se le iban de la cabeza como una bandada de pájaros asustados.

Al final no consiguió ingresar en la escuela. Mantuvo su fracaso en secreto durante un tiempo. Salía de casa todas las mañanas como antes y pasaba seis horas paseando por el parque. Esto era en febrero, y debido a todos aquellos paseos al aire libre, ajena al tiempo que hacía, agarró una gripe. Estuvo en cama quince días con una sonrisa curiosamente feliz en la cara. Mi madre, claro, telefoneó a la escuela de comercio para hacerles saber que estaba enferma. Quien estuviera hablando al otro lado de la línea tuvo ciertos problemas, parece ser, para recordar quién era Laura, lo que enojó a mi madre, que soltó bruscamente:

—Laura lleva dos meses asistiendo a esa escuela, ¿debería usted reconocer su nombre!

Luego llegó la pasmosa revelación. La persona replicó bruscamente, al cabo de un momento, que ahora sí se acordaba de aquella chica apellidada Wingfield, y de que no había ido a la escuela de comercio más que *una vez* en un mes. La voz de mi madre se hizo estridente. Acudió otra persona al teléfono para confirmar la afirmación de la primera. Mi madre colgó y fue al dormitorio de Laura, donde ésta estaba tumbada con una mirada tensa y asustada en lugar de la débil sonrisa. Sí, admitió mi hermana, lo que decían era verdad.

—No podía seguir yendo, me asustaba demasiado, ¡me daba dolor de estómago!

Después de este fiasco, mi hermana se quedó en casa y estaba mayormente en su

dormitorio. Éste era una habitación estrecha que tenía dos ventanas que daban a un patio oscuro de entre dos alas del edificio. Llamábamos a ese patio el Valle de la Muerte por un motivo que quizá merezca la pena contar. Había muchísimos gatos callejeros en el vecindario, y un perro *chow chow* blanco especialmente malo que los cazaba continuamente. En terreno abierto o en las escaleras de incendios normalmente lo esquivaban, pero de vez en cuando el perro se las arreglaba astutamente para acorralar a uno de los más pequeños en el extremo más alejado del estrecho patio, donde no había salida, directamente debajo de las ventanas del dormitorio de mi hermana, y los gatos descubrían asustados que lo que parecía ser un camino de salida en realidad era un espacio cerrado, una cripta tenebrosa de cemento y ladrillos con muros demasiado altos para poder saltarlos, por lo que debían darse la vuelta rápidamente para enfrentarse con su muerte hasta que el *chow chow* se les echaba encima. Raramente pasaba una semana sin que se repitiera este violento drama. El patio había terminado por resultarle odioso a Laura porque no podía mirarlo sin recordar los chillidos y los gruñidos de la matanza. Mantenía las persianas bajadas, y como mi madre no dejaba que se utilizase corriente eléctrica a no ser que fuera necesario, los días de mi hermana transcurrían casi en perpetua penumbra. En la habitación había tres estropeados muebles de marfil: una cama, un escritorio, una silla. Encima de la cama había un cuadro de motivo religioso especialmente feo; una cabeza afeminada de Cristo con lágrimas visibles justo debajo de los ojos. El encanto de la habitación se debía a la colección de cristales de mi hermana. Adoraba el cristal de colores y había llenado las paredes de estantes con pequeños objetos de cristal, todos ellos frágiles y de colores delicados. Los limpiaba y sacaba brillo con esmero. Cuando entrabas a la habitación siempre había un resplandor suave y transparente que procedía del cristal, que recogía cualquier débil luz que penetrara entre las persianas desde el Valle de la Muerte. No tengo idea de cuántos artículos había de aquel delicado cristal. Debía de haber centenares de ellos. Pero Laura no lo podía decir con exactitud. Los adoraba a todos y cada uno.

Mi hermana vivía en un mundo de cristal y también en un mundo de música. La música procedía de un fonógrafo de los años veinte y un puñado de discos que databan de aproximadamente la misma época, con piezas tales como *Whispering* o *The Love Nest* o *Dardanella*. Estos discos eran una herencia de nuestro padre, un hombre al que casi ni recordábamos, cuyo nombre raramente se pronunciaba. Antes de su súbita e inexplicada desaparición de nuestras vidas había hecho este regalo a la casa, el fonógrafo y los discos, cuya música seguía siendo una especie de disculpa suya. De cuando en cuando, el día de paga en el almacén, yo traía a casa un disco nuevo. Pero Laura raramente prestaba atención a esos discos nuevos, a lo mejor porque le recordaban demasiado las ruidosas tragedias del Valle de la Muerte o las pruebas de velocidad escribiendo a máquina de la escuela de comercio. Las canciones que le gustaban eran las que había oído siempre. Muchas veces cantaba para sí misma de noche en su dormitorio. Su voz era débil, y normalmente desafinaba. Y sin

embargo poseía una curiosa dulzura infantil. A las ocho de la tarde yo me sentaba a escribir en mi propia ratonera, o sea en mi habitación. A través de las puertas cerradas, a través de las paredes, oía cantar a mi hermana para sí misma, piezas como *Whispering* o *I Love You* o *Sleepy Time Gal*, desafinando de vez en cuando pero siempre manteniendo la atmósfera de la musiquilla. Creo que por eso yo escribía siempre unos poemas tan extraños y tristes en aquella época. Pues tenía en los oídos el sonido delicado de mi hermana, que daba una serenata a sus trozos de cristal de colores, limpiándolos mientras cantaba o limitándose a mirarlos con sus indecisos ojos azules hasta que los puntos resplandecientes como de piedras preciosas de ellos atraían las partículas de la realidad de su mente y finalmente producían un estado de calma hipnótica en la que incluso dejaba de cantar o de limpiar el cristal y simplemente se quedaba sentada sin moverse hasta que mi madre llamaba a la puerta y le advertía contra el desperdicio de corriente eléctrica.

Yo no creo que mi hermana fuera realmente idiota. Pienso que los pétalos de su mente se le habían cerrado debido al miedo, y es imposible saber hasta qué punto se habían cerrado en el camino hacia una sabiduría secreta. Nunca hablaba mucho, ni siquiera conmigo, pero de vez en cuando salía con algo que te cogía por sorpresa.

Después del trabajo en el almacén o después de terminar de escribir al caer la noche, me dejaba caer por su habitación para hacerle una breve visita porque ésta tenía un efecto sedante sobre sus nervios, que se le estaban tensando por intentar cabalgar simultáneamente dos caballos en dos direcciones opuestas.

Habitualmente la encontraba sentada en la silla de marfil de respaldo muy derecho con un trozo de cristal descansando tiernamente en la palma de la mano.

—¿Qué haces? ¿Hablas con él? —le preguntaba yo.

—No —contestaba ella, seria—. Sólo lo estaba mirando.

En el escritorio había dos obras de literatura que le habían regalado en Navidad o por su cumpleaños. Una era una novela que se titulaba *El marido de la rosaleda*, escrita por alguien cuyo nombre se me escapa. La otra era *Pecas*, de Gene Stratton Porter. Nunca la vi leyendo *El marido de la rosaleda*, pero con el otro libro vivía prácticamente. A Laura probablemente nunca se le ocurriera que un libro era algo que se leía de cabo a rabo y luego se deja de lado al terminarlo. El personaje de *Pecas*, un joven huérfano manco que trabajaba en un campamento maderero, era alguien al que ella invitaba a su habitación de vez en cuando para que la visitara igual que hacía conmigo. Cuando yo entraba y encontraba la novela abierta en su regazo, Laura podía observar seriamente que *Pecas* tenía ciertos problemas con el capataz del campamento maderero o que se había hecho daño en la columna vertebral cuando le cayó un árbol encima. Fruncía el entrecejo con auténtica pena cuando informaba de tales desgracias de su héroe del libro, posiblemente sin recordar lo bien que salía de todas ellas, y que el daño en la columna vertebral llevaba al descubrimiento de unos padres ricos, y que el capataz de mal carácter tenía un corazón de oro al final del libro. *Pecas* tenía una aventura amorosa con una chica a la que él llamaba El Ángel,

pero mi hermana normalmente dejaba de leer cuando la chica se hacía demasiado importante en el libro. Cerraba el libro o volvía a las partes más solitarias de la historia del huérfano. Sólo recuerdo que me hiciera una referencia a la heroína de la novela.

—El Ángel es muy agradable —dijo—, pero parece que le preocupa demasiado su aspecto.

Entonces, una vez por Navidad, cuando Laura estaba adornando el árbol artificial, agarró la estrella de Belén que estaba encendida en la rama más alta de la copa, y la acercó seriamente al candelabro.

—¿Tienen de verdad cinco puntas las estrellas? —preguntó.

Era el tipo de cosas que uno no creería y que hacía que se mirara a Laura con tristeza y desconcierto.

—No —le dije yo, viendo a lo que de hecho se refería—, son redondas como la tierra y la mayoría de ellas mucho más grandes.

Ella quedó levemente sorprendida ante esta nueva información. Se dirigió a la ventana para mirar el cielo, que estaba, como normalmente en Saint Louis durante el invierno, completamente oculto por el humo.

—Es difícil de asegurar —dijo ella, y volvió al árbol.

Conque el tiempo pasó hasta que mi hermana tuvo veintitrés años. Lo suficientemente mayor para casarse, pero la cuestión era que nunca había salido con ningún chico. No creo que eso a ella le pareciera tan espantoso como le parecía a mi madre.

Mientras una mañana desayunábamos, mi madre me dijo:

—¿No tienes algunos amigos jóvenes agradables? ¿Qué pasa en el almacén? ¿No hay allí jóvenes a los que pudieras invitar a cenar?

Esta sugerencia me sorprendió porque en la mesa raramente había comida suficiente para saciar a tres personas. Mi madre era una ama de casa terriblemente tacaña. Dios sabe que de hecho éramos bastante pobres, pero mi madre tenía un terror casi obsesivo a hacerse más pobre aún. Y no se trataba de un miedo tan irracional, dado que el hombre de la casa era un poeta que trabajaba en un almacén, aunque yo pensara que desempeñaba un papel importante en todos sus cálculos. Casi de inmediato mi madre explicó:

—Creo que estaría bien —dijo— para tu hermana.

Traje a Jim a cenar a casa unas cuantas noches después. Jim era un enorme irlandés pelirrojo que tenía aspecto de haber sido restregado y sacado brillo como una pieza de porcelana bien cuidada. Sus enormes manos cuadradas parecían tener un deseo inmediato y de lo más inocente de tocar a sus amigos. Siempre les estaba

dando palmadas en los hombros y ellos echaban humo debajo de la tela de su camisa como platos recién sacados del horno. Era el hombre más querido del almacén y extrañamente era el único con el que yo me llevaba bien. Creo que me encontraba agradablemente absurdo. Sabía de mi práctica secreta de retirarme a uno de los cubículos del retrete para trabajar en esquemas rítmicos cuando en el almacén aflojaba el trabajo, y de subirme furtivamente al tejado de cuando en cuando para fumar un pitillo contemplando, al otro lado del río, los ondulantes campos de Illinois. Sin duda, Jim me consideraba mentalmente tan estúpido como los demás, pero mientras la actitud de éstos era desconfiada y hostil cuando me conocían por primera vez, la de Jim fue tolerantemente cálida desde el principio. Me llamaba Flaco, y poco a poco su cordial aceptación arrastró a los demás, y aunque él era el único que de hecho tenía algo que ver conmigo, los otros ya habían empezado a sonreír cuando me veían, lo mismo que la gente sonríe a un perro de una raza rara cuando éste se cruza por su camino.

Con todo, necesité cierto valor para invitar a cenar a Jim. Lo estuve pensando casi una semana y retrasé la decisión hasta el viernes a mediodía, el último momento posible, cuando la cena ya estaba organizada para aquella noche.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le pregunté por fin.

—Nada de nada, maldita sea, Dios del cielo —dijo Jim—. ¡Estaba citado con ella pero su tía se ha puesto enferma y tiene que cargar con ella hasta Centralia!

—Bien —dije yo—, ¿por qué no vienes a cenar?

—¡Claro que sí! —dijo Jim. Sonrió con una luminosidad pasmosa.

Salía darle la noticia a mi madre por teléfono.

La voz de mi madre, que nunca resultaba cansada, respondió con una energía tal que hizo echar chispas a los cables.

—Supongo que será católico, ¿no? —dijo.

—Sí —dije yo, recordando la crucecita de plata del pecho pecoso de Jim.

—¡Muy bien! —dijo ella—. ¡Prepararé salmón al horno!

De modo que fuimos a mi casa en su achacoso coche.

Yo tenía una extraña sensación de culpabilidad y aprensión cuando precedía al buenazo del irlandés durante los tres tramos de resquebrajados escalones de mármol que llevaban a la puerta del apartamento F; una puerta que no era lo suficientemente gruesa para mantener en el interior de la casa el olor del salmón al horno.

Nunca he tenido llave y llamé al timbre.

—¡Laura! —llegó la voz de mi madre—. ¡Son Tom y Mr. Delaney! ¡Ábreles!

Hubo una pausa larga, larga.

—¿Laura? —volvió a llamar mi madre—. Estoy ocupada en la cocina, ¡abre tú la puerta!

Entonces oí por fin las pisadas de mi hermana. Pasaron por delante de la puerta donde estábamos parados nosotros y entraron en el cuarto de estar. Oí el sonido chirriante de la manivela del fonógrafo. Empezó la música. Uno de los viejos discos,

una marcha de Sousa, puesto para que ella tuviera el valor suficiente como para dejar entrar a un desconocido.

La puerta se abrió tímidamente y allí la teníamos con un vestido de mi madre, uno negro de gasa hasta los tobillos, y zapatillas de tacón alto sobre las que se mantenía con dificultad como una grulla de melancólico plumaje algo bebida. Sus ojos nos devolvieron la mirada con un brillo de cristal, y sus delicados hombros, como alas, estaban encogidos debido al nerviosismo.

—¡Hola! —dijo Jim antes de que se la pudiera presentar.

Tendió la mano. Mi hermana la tocó sólo un segundo.

—Perdone —susurró, y se dio la vuelta sin aliento camino de la puerta de su dormitorio, más allá de la cual el santuario se reveló brevemente con el brillo tintineante del cristal antes de que la puerta se cerrara rápida pero suavemente tras su imagen fantasmal.

Jim parecía incapaz de sorprenderse.

—¿Tu hermana? —preguntó.

—Sí, era ella —admití yo—. Es tremendamente tímida con los desconocidos.

—Se parece a ti —dijo Jim—, sólo que en guapo.

Laura no volvió a aparecer hasta la hora de cenar. Su sitio estaba al lado del de Jim en la mesa de alas abatibles y durante toda la cena mantuvo el cuerpo levemente apartado de él. Tenía la cara encendida de fiebre y un párpado, el que estaba del lado de Jim, manifestaba un tic nervioso. En el transcurso de la cena dejó caer tres veces el tenedor en el plato con tremendo estrépito y se llevaba continuamente el vaso de agua a los labios para dar unos sorbitos apresurados. Siguió haciendo esto incluso después de que el vaso se hubiera quedado sin agua. Y el modo en que manejaba los cubiertos se volvió más tímido y apresurado según pasaba el tiempo.

No se me ocurría nada que decir.

A mi madre le correspondieron los honores de la conversación. Preguntó al invitado por su lugar de origen y familia. Le encantó enterarse de que su padre tenía un negocio propio, una zapatería en algún sitio de Wyoming. La noticia de que seguía unos cursos nocturnos de contabilidad todavía resultó más edificante. ¿Qué era lo que le gustaba, dejando aparte el almacén? ¿Reparar radios? ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Era fácil ver que allí estaba un joven prometedor que sin duda se abriría paso en la vida!

Luego se puso a hablar de sus hijos. Laura, dijo, no estaba hecha para los negocios. Era casera, sin embargo, y formar una familia era la mejor cualidad de una chica.

Jim se mostró de acuerdo en todo y no pareció notar el fantasma del compromiso. Padecí en silencio todo esto, sin tratar de ver que Laura temblaba cada vez más ante la increíble falta de tacto de mi madre.

Y por malo que fuera aquello, insoportable de hecho, yo pensaba con terror en el momento en que terminara la cena, pues entonces, sin las atenciones que había que prestar a la comida, tendríamos que ir al cuartito de estar con calefacción de agua

caliente. Nos imaginé a los cuatro sin nada de que hablar. Hasta mi madre habría agotado el depósito aparentemente inagotable de preguntas sobre el lugar natal de Jim y su trabajo. Los cuatro, pues, estaríamos sentados allí, en el cuartito de estar, oyendo el silbido del radiador y aclarándonos nerviosos la garganta con una timidez capaz de llegar a asfixiarnos.

Pero cuando se terminó la cena se produjo un milagro.

Mi madre se levantó para llevarse los platos. Jim me dio una palmada en el hombro y dijo:

—Oye, Flaco, ¡vamos a echarles una ojeada a esos antiguos discos de ahí!

Se dirigió despreocupadamente a la habitación de delante y se dejó caer en el suelo al lado del fonógrafo. Empezó a rebuscar en la colección de deteriorados discos y leyó los títulos en voz alta con tal energía que la voz salió disparada como rayos de sol por entre las brumas de timidez que nos rodeaban a mi hermana y a mí.

Jim estaba sentado justamente debajo de la lámpara y de pronto mi hermana se levantó de un salto y le dijo:

—¡Oh! ¡Tienes pecas!

Él sonrió.

—Claro, por eso en mi familia me llaman... ¡Pecas!

—¿Pecas? —repitió Laura. Miró hacia mí como para que le confirmara una esperanza demasiado maravillosa. Yo aparté rápidamente la vista, sin saber si sentir alivio o alarma ante el giro que estaban tomando las cosas.

Jim había dado cuerda al fonógrafo y puesto *Dardanella*.

Sonrió a Laura.

—¿Qué tal si desgastamos un poco la alfombra?

—¿Qué? —dijo Laura sin aliento; y sonreía y sonreía.

—¿Y si bailamos? —dijo él, atrayéndola con los brazos.

Por lo que yo sabía, Laura nunca había bailado en su vida. Pero ante mi eterno asombro, ella se dejó ir con naturalidad entre aquellos brazos enormes, y bailaron dando vueltas en torno al cuarto de estar con calefacción, tropezando con el sofá y las butacas, y riendo ruidosamente muy contentos. Asomó algo a la cara de mi hermana. Decir que era amor no sería un juicio demasiado apresurado, pues después de todo Jim tenía pecas y así era como le llamaban en su familia. Sí, sin duda había asumido la identidad —a todos los efectos prácticos— del joven huérfano manco que vivía en Tronco perdido, aquella elevada y brumosa región a la que Laura se retiraba siempre que las paredes del apartamento F se volvían demasiado asfixiantes.

Mi madre volvió con limonada. Se detuvo de inmediato en cuanto cruzó la cortina.

—¡Dios del cielo! ¿Laura? ¿Bailando?

Su mirada era de absurdo agradecimiento, y al tiempo de asombro.

—Pero ¿no le pisa a usted todo el tiempo, Mr. Delaney?

—¿Y qué si me pisa? —dijo Jim con huraña galantería—. ¡No soy de

mantequilla!

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo mi madre, resplandeciendo inconscientemente.

—¡Es ligera como una pluma! —dijo Jim—. ¡Con un poco más de práctica bailarían tan bien como Betty!

Hubo una pequeña pausa. Un breve silencio.

—¿Betty? —dijo mi madre.

—¡La chica con la que salgo! —dijo Jim.

—¡Ah! —dijo mi madre.

Dejó cuidadosamente la jarra de limonada y, dándole la espalda al visitante y con los ojos clavados en mí, le preguntó con cuánta frecuencia salían juntos él y la afortunada dama.

—¡Sin parar! —dijo Jim.

La mirada de mi madre, que seguía clavada en mi cara, expresó una gran furia.

—¡Tom no mencionó que salía usted con una chica!

—Claro que no —dijo Jim—. Nunca suelto prenda. Los chicos del almacén me tomarán mucho el pelo cuando el Flaco dé la noticia.

Se rió con ganas, pero su risa se interrumpió tímidamente según sus obtusos sentidos fueron haciéndose cargo gradualmente de la impresión desagradable que había causado la noticia de Betty.

—¿Piensa casarse usted? —dijo mi madre.

—¡El uno del mes que viene! —le dijo él.

A mi madre le llevó unos momentos recuperarse. Luego dijo con tono sombrío:

—¡Qué bien! Si Tom nos lo hubiera dicho los habríamos invitado a *los dos*.

Jim había agarrado su abrigo.

—¿Se tiene que ir ya? —dijo mi madre.

—Espero que no parezca como que escapo —dijo Jim—, pero es que Betty vuelve en el tren de las ocho en punto y tengo el tiempo justo para llegar al apeadero de Wabash.

—Bien. Entonces no le podemos retener.

En cuanto se hubo ido, nos sentamos con aspecto aturdido.

Laura fue la primera que habló.

—Qué agradable era, ¿verdad? —dijo—. ¡Y todas esas pecas!

—Sí —dijo mi madre.

Luego se volvió hacia mí.

—¡No mencionaste que se iba a casar!

—Bueno, ¿cómo iba a saber yo que se iba a casar?

—Yo creía que le considerabas el mejor amigo que tenías en el almacén.

—Sí, ¡pero no sabía que se iba a casar!

—¡Qué extraño! —dijo mi madre—. ¡Muy extraño!

—No —dijo Laura amablemente, levantándose del sofá—. No hay nada extraño en ello.

Agarró uno de los discos y sopló en su superficie un poco como si tuviera polvo, luego lo dejó cuidadosamente.

—Los enamorados —dijo— lo dan todo por supuesto.

¿Qué quería decir con eso? Nunca lo supe.

Se dirigió tranquilamente a su habitación y cerró la puerta.

No mucho después de eso me quedé sin trabajo. Me despidieron por escribir un poema en la tapa de una caja de zapatos. Me fui de Saint Louis y anduve por ahí. Las ciudades pasaban como hojas secas, hojas que tenían unos colores brillantes pero a las que el viento se llevaba de las ramas. Mi modo de ser cambió. Me volví más seguro y autosuficiente.

Al cabo de cinco años casi había olvidado la casa de mi familia! La había olvidado, no podía cargar con ella. Pero de cuando en cuando, generalmente en una ciudad desconocida antes de encontrar compañía, la cáscara de dureza voluntaria se rompe. Aparece una puerta que se abre suave e irresistiblemente. Oigo la cansina y antigua música que mi desconocido padre dejó en el sitio que abandonó tan deslealmente como yo. Veo el débil y triste brillo del cristal, cientos de piececitas transparentes de colores muy delicados. Contengo la respiración, pues la cara de mi hermana aparece entre ellos... ¡suya es la noche!

El ángel del ático

The Angel in the Alcove (octubre, 1943)

La desconfianza es la enfermedad laboral de las caseras, y el largo contacto con ellas me ha dejado un oscuro sentido de culpa del que probablemente nunca me libraré. El trauma inicial al respecto me lo produjo una casera que tuve en el viejo Barrio Francés de Nueva Orleans cuando yo tenía escasamente veinte años. La mujer era el arquetipo de la casera desconfiada. Tenía una habitación para ella sola, pero prefería dormir en un camastro plegable en el vestíbulo del piso bajo para que ninguno de sus inquilinos pudiera entrar o salir del establecimiento sin su permiso, concedido a regañadientes. Cuando por fin me marché de allí, engañé a la mujer. Me largué por un balcón utilizando un par de sábanas. Estaba a kilómetros de la ciudad, en el viejo Spanish Trail camino del Oeste, antes de que la vieja se enterara de que había conseguido eludirla.

El vestíbulo del piso bajo de esta pensión de Bourbon Street estaba totalmente a oscuras. Uno tenía que ir a tientas con una cautelosa repugnancia, pasando los dedos por el enlucido húmedo y cuarteado de la pared, hasta que llegaba a la puerta o al pie de la escalera. Uno nunca alcanzaba alguno de esos dos sitios sin que lo advirtiera la vieja. Su figura fantasmal se alzaba como un rayo del camastro haciendo un ruido metálico. Pronunciaba una sílaba: *¿Quién?* Si no quedaba satisfecha con la identificación que le dabas, o sospechaba que te llevabas el equipaje y escapabas furtivamente, o traías a alguien para el disfrute carnal, se encendía una cerilla frotando en el suelo y se alzaba hacia ti durante unos momentos. A esta vacilante luz sobrenatural, la mujer clavaba con recelo sus ojos en ti hasta que sus dudas desaparecían, y si esperabas podías oír murmullos hoscos y groseros como los de cualquiera de los borrachos de los bares del barrio.

Era una mujer de una desconfianza paranoica y su desconfianza con respecto a mí era ilimitada. Muchas veces entraba en mi habitación con el periódico de la mañana y leía en voz alta algún artículo referido a un acto delictivo en el barrio. Después de la lectura me examinaba atentamente buscando algún cambio culpable en mi expresión, y yo casi siempre satisfacía su desconfianza con un intenso rubor y la incapacidad para devolverle la mirada. Estoy seguro de que la mujer me había atribuido docenas de delitos y sólo estaba esperando algún dato concreto para llamar a la policía, uno de cuyos capitanes, me había advertido, era primo carnal suyo.

La casera era víctima de los sablistas, lo que debe tenerse en cuenta en defensa suya. Ninguno de sus inquilinos pagaba con regularidad. Algunos seguían en sus habitaciones durante meses y meses con sólo promesas de futuros pagos. Uno de ellos era una viuda que se llamaba Mrs. Wayne. Mrs. Wayne era la más hábil mal pagadora de la casa. Incluso se las arreglaba para conseguir cosas de la patrona. Su fortuna residía en su labia. Era una narradora maravillosa de historias tremendamente morbosas y obscenas. Siempre que olía que cocinaban comida, abría rápidamente su puerta y se lanzaba pasillo adelante con un cazo jaspeado azul y blanco que mantenía coquetamente ante su pecho como si fuera un abanico de encaje. Era indudable que estaba medio muerta de hambre y el olor de la comida la ponía en funcionamiento

como una potente droga, pues entonces hacía gala de una brillantez poco frecuente en su charla. Llamaba con la mano a la puerta de la que procedía el tentador aroma, pero entraba antes de obtener cualquier tipo de respuesta. La lengua se le disparaba antes de haber entrado del todo, y no había ninguna grosería sobre que la echarían a la fuerza de la habitación que consiguiera desanimarla. Había algo en la anciana que daba pena y que se imponía. Hasta su aliento maloliente se convertía en un componente de su malsano atractivo. Para mí era el espectáculo de tanta vitalidad heroica en un pozo tan agotado lo que me hacía sentir afecto por la viuda. Yo nunca cocinaba en mi dormitorio del ático. Sólo me encontraba con Mrs. Wayne en la cocina de la patrona las veces que me había ganado la cena por hacer pequeños trabajos en la casa. La propia casera no era inmune al encanto de Mrs. Wayne, y las historias que contaba ésta indudablemente la dejaban en éxtasis. Cuando ponía cosas al fuego siempre añadía: «Si a la muy puta le llega el olor de esto, ¡no habrá nada que la pueda detener!».

Ocho años después esos personajes desaparecieron, la tierra se los tragó, las paredes los absorbieron como a la humedad. Era indudable que la anciana Mrs. Wayne y su abollado cacharro de cocina habían desaparecido entre protestas, y no estoy completamente seguro de que con ellos el mundo no haya perdido al mayor genio patológico desde Baudelaire o Poe. Su tema de conversación favorito era la muerte de parientes y amigos a los que había cuidado con la vista y el oído atentos para que no le escapara ningún detalle de su agonía. Su memoria los reproducía en la cocina de la casera de modo tan gráfico que yo mismo me sentía enfermo de espanto, y sin embargo tan fascinado, que el riesgo a quedarme sin ganas de tomar una cena ganada con tanto esfuerzo no se imponía a las ganas de taparme los oídos. La patrona estaba igualmente hechizada. Poco a poco sus roncros murmullos de incredulidad y sus gestos impacientes daban paso a un placer tan morboso que se le aflojaban las mandíbulas y babeaba. Una mirada perdida, como si estuviera hipnotizada, asomaba a sus ojos habitualmente incisivos como alfileres. Mientras tanto, Mrs. Wayne, con el cazo sujeto delante del pecho, hacía un lento y oblicuo movimiento de aproximación al gran fogón de la cocina. Era tan potente su hechizo que incluso cuando de hecho levantaba la tapa de la cazuela con el guisado y se servía algo de su contenido en el cazo, aunque la mirada de la casera seguía sus movimientos, no parecía que se diese cuenta de ellos. No hasta que la desventurada protagonista de la historia había llegado a la desgraciada conclusión final —los ojos se le salían de las órbitas y unos efluvios fantasmales empapaban la ropa de su cama—, y entonces el encanto perdía la suficiente fuerza para permitir que los oyentes de la narración se dieran cuenta con claridad de lo que pasaba más allá de la escena representada. En ese momento Mrs. Wayne ya había rebañado su cazo con un apetito lobuno y se había dirigido a un punto tan cercano a la puerta que cualquier cosa desagradable procedente de la casera al salir del trance quedaría fuera del alcance del oído de la viuda antes de alcanzar su objetivo.

En aquella vieja casa el silencio era mortal, y si no las altas paredes enyesadas sonaban como alarmas anunciando fuego debido a voces airadas, a riñas sobre el uso del retrete, acusaciones de robo o amenazas de expulsión. Yo no tenía puerta en mi habitación, que estaba en el ático, sólo una andrajosa cortina que no evitaba la andanada de miserias humanas que explotaban con tanta frecuencia. Las paredes de la habitación estaban pintadas con lunares rosas y verdes, y había una claraboya. Esa claraboya iluminaba débilmente de noche. Había un banquito debajo de ella. De cuando en cuando, en momentos en que a la habitación no la iluminaba otra luz, una vaga imagen grisácea parecía estar sentada en el hueco donde estaba ese banquito. Era la frágil y melancólica figura de un ángel o de una *madonna* ajada y de edad. La aparición se producía en el hueco con mayor frecuencia las noches de invierno de Nueva Orleans, cuando caía una lenta lluvia de un cielo que no estaba lo suficientemente nublado para separar por completo a la ciudad de la luna. Nueva Orleans y la luna siempre me ha parecido que se entendían entre ellas, que tenían una intimidad de hermanas que han envejecido juntas y ya no necesitan más que una mirada sin palabras para comunicarse sus sentimientos una a otra. Esta atmósfera lunar de la ciudad me trae de vuelta a ella siempre que se han apaciguado las oleadas de energía que me han llevado a ciudades más vitales, y se impone una época de retiro. Cada vez que he tenido una herida psíquica profunda, una pérdida o un fracaso, he vuelto a esa ciudad. En esos periodos parecía como si yo perteneciera a ella y a ningún otro lugar del país.

Durante esa primera estancia en Nueva Orleans todavía no habían hecho presencia ninguno de los pequeños estímulos que impulsan mi vida de escritor y ya había aceptado el anonimato y el fracaso. Ya había aprendido a hacer religión de la resistencia y secreto de mi desesperación. Las noches eran un consuelo. Cuando la bombilla desnuda se había apagado y todo lo visible había desaparecido salvo el borroso hueco profundamente enraizado en una pared que daba a Bourbon Street, yo parecía deslizarme a otro estado de la existencia en el que no mantenía penosos contactos con el mundo. Durante un rato el hueco seguía vacío: pero después de que mis pensamientos hicieran una imaginaria excursión y me volvía para mirar otra vez en aquella dirección, la figura transparente había entrado silenciosamente y se había sentado en el banquito de debajo de la ventana, iniciando aquella paciente vigilancia que me sumía en el sueño. Las manos de la figura estaban recogidas entre los ropajes incoloros del regazo y los ojos se clavaban en mí con una mirada amable, nada interrogadora, que yo llegaba a recordar como la propia de mi abuela durante su enfermedad, cuando yo iba a su habitación y me sentaba junto a su cama y quería decir algo o poner mis manos sobre las suyas, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas, pues era consciente de que si hacía alguna me desharía en unas lágrimas que la preocuparían aún más que su enfermedad.

La aparición de esta figura gris en el hueco precedía unos pocos instantes al momento de quedarme dormido. Cuando la veía allí, yo pensaba consolado: Bueno,

ahora estoy a punto de dormir, en unos momentos todo habrá desaparecido y no volverá hasta por la mañana...

Una de esas noches vino a mi habitación un visitante más palpable. Un calor que no era el mío me arrancó del sueño, y al despertar encontré que había entrado alguien en mi habitación y se había inclinado sobre mi cama. Di un salto y casi grité, pero los brazos del visitante me lo impidieron vehementemente. Susurró su nombre, que era el de un artista tuberculoso que dormía en la habitación de al lado. Quiero, quiero..., susurró. Conque me volvía tumbar y le dejé que hiciera lo que quisiese hasta que terminó. Luego, sin decir nada, se levantó y salió de mi cuarto. Durante los momentos siguientes le oí toser y murmurar para sí mismo al otro lado de la pared que nos separaba. Pero al final me volví a adormecer. Eché una ojeada al hueco de debajo de la claraboya. Sí, allí estaba el ángel. Me pregunté si habría contemplado las cosas extrañas que habían pasado y cuál sería su actitud hacia las perversiones del deseo. Pero no hubo la más mínima señal. Las dos manos sin peso seguían sujetándose sin fuerza una a otra entre el ropaje incoloro del regazo, los fríos y solidarios ojos grises en la cara levemente nacarada estaban tan inmóviles como los de una estatua. Noté que había dejado que se produjera el acto, y que ni lo desaprobaba ni lo aprobaba, de modo que me volvía dormir.

No mucho después del episodio de mi habitación, el artista estuvo implicado en una escena espantosa con la casera. Su enfermedad entraba en la fase final, tosía todo el tiempo pero se las arreglaba para seguir trabajando. Hacía dibujos rápidos en el Two Parrots, que estaba a la vuelta de la esquina, en Toulouse. No se fiaba de nadie ni de nada. Vivía en un mundo completamente hostil a él, implacablemente hostil, y nadie podía atravesar las paredes que le rodeaban durante más tiempo que el que duraban los frenéticos momentos de deseo que le dominaban. No cedía a la fiebre mortal que le afectaba los nervios. Inventaba toda clase de quejas y molestias triviales para ocultarse a sí mismo que se estaba muriendo. Uno de estos subterfugios a los que recurría por la noche era a lo mucho que le molestaban las chinches. Aseguraba que su colchón estaba infestado de ellas, y todas las mañanas realizaba un airado informe a la casera sobre el número de las que le habían picado durante la noche. La vieja no se lo quería creer. Por fin, una mañana hizo que la casera entrara en la habitación para que echase una ojeada a su ropa de cama.

Le oí respirar trabajosamente mientras la vieja revolvía y removía el rincón donde estaba la cama.

—Bien —dijo finalmente con un gruñido—, yo no encuentro nada.

—¡Dios santo! —dijo el artista—, ¡está usted ciega!

—¡Muy bien! ¡Enséñemelo! ¿Qué hay en esta cama?

—¡Mire esto! —dijo el artista.

—¿Qué?

—Esa mancha de sangre de la almohada.

—¿Y qué?

—¡Aplasté ahí a una chinche tan grande como una uña mía!

—¡Juá, juá, juá! —soltó la casera—. ¡Es donde usted escupió sangre!

Hubo una pausa en la que la respiración de él se hizo más ronca. Su voz, cuando volvió a surgir, estaba tremendamente alterada.

—¡Cómo se atreve, maldita sea, a decir eso!

—¡Juá, juá, juá! Supongo que pretende que no escupe usted sangre, ¿no?

—¡No, no, nunca! —gritó él.

—¡Juá, juá, juá! Usted escupe sangre todo el tiempo. He visto escupitajos suyos en la escalera, en el vestíbulo y en el suelo de este dormitorio. Deja un rastro de ella en todos los sitios a los que va. Deja un sendero de sangre como un pollo que corriera con la cabeza cortada. Usted tose y escupe y contagia la enfermedad. ¡Y eso no es todo lo que hace usted!

—*Oiga* —vociferó el artista—. ¿Qué tipo de insinuación es ésa?

—¡Juá, juá, juá! ¡Yo no insinúo nada, se trata de hechos sabidos!

—¡Fuera! —gritó él.

—¡Estoy en mi casa y digo lo que me apetece! Lo sé todo de los degenerados del barrio como usted. Por algo llevo diez años alquilando habitaciones en el barrio. Una panda de mestizos, de borrachos y degenerados, con tipos así es con quienes me las tengo que ver. Pero usted es el peor de todos, ¡nadie le gana! Y no sólo aquí, también en el Two Parrots. Su espantoso proceder se ha convertido en el tema principal de conversación del local donde usted trabaja. Tiene lleno de escupitajos el caballete. Deben fregarlo con un potente desinfectante todas las noches. El encargado está molesto. Quiere que recoja su caballete y se vaya al infierno. Lo que pasa es que no se lo dice porque es usted un caso perdido. Fíjese, una de las camareras me contó que algunos clientes se iban sin pagar porque usted había tosido y escupido justo al lado de su mesa. Eso es lo que pasa, ¡y el encargado está harto de eso!

—¡Está contando mentiras!

—¡Lo que digo es verdad! ¡Me enteré por la cajera!

—¡Debería darle un guantazo!

—¡Adelante!

—¡Debería partirle esa espantosa cara vieja!

—¡Adelante, adelante, inténtelo! ¡Tengo un sobrino que es capitán de la policía!

¡Pégume y dará con sus huesos en el calabozo! ¡Un manguerazo en la espalda es lo que le darán allí!

—¡Debería arrancarle esas asquerosas mentiras de la boca!

—¡Juá, juá! ¡Venga, inténtelo! ¡El esfuerzo le matará a usted!

—Tendrá usted su merecido —dijo él jadeando—. ¡Una de estas noches encontrará que tiene un cuchillo clavado!

—Por usted, supongo, ¿no? ¡Se va a morir usted en la calle, echará los pulmones por la boca a fuerza de toser! Lo llevarán al depósito de cadáveres. Nadie reclamará su esquelético cadáver. Lo meterán en una caja y lo cargarán en una barcaza del río. Y cuanto antes mejor, además. Un caso como el suyo es una amenaza y un peligro público. No tiene derecho a ser un riesgo para las personas sanas. Debería ir usted al pabellón de beneficencia del Saint-Vincent. Es el sitio adecuado para una persona que se está muriendo y que no tiene la cordura de darse cuenta de lo que de verdad le pasa en lugar de andar protestando de que las chinches le manchan de sangre la almohada. ¡Agh! ¡Chinches! ¡Usted es la chinche que mancha de sangre todas estas sábanas! ¡Es usted, y no las chinches, lo que deja tan hecho una pena el Two Parrots que tienen que restregarlo con lejía todas las noches! Es usted, y no las chinches, el que hace que los clientes se marchen sin pagar. ¡El encargado no está molesto con las chinches, sino con usted! Y si no se marcha usted por su propia voluntad, se va a enterar muy pronto. Tampoco yo le quiero aquí. No, después de las amenazas y de la escena que ha montado esta mañana. ¡Quiero que recoja todas sus porquerías, todos sus pañuelos sucios y sus frascos, y se largue de aquí antes de las doce, o por Dios, por el mismo Jesucristo, que cualquier cosa que deje irá directamente al incinerador! ¡Yo misma la recogeré con un palo de tres metros y la tiraré al fuego, porque nada de lo que haya tocado usted es seguro para el contacto humano!

El artista salió corriendo de la habitación, le oí correr escalera abajo y salir del edificio. Fui a la claraboya del hueco y le vi dando vueltas enloquecidas por la calle. Estaba loco de ira. Un camarero del restaurante chino salió y le agarró del brazo; un borracho de un bar razonó con él. El joven sollozaba y se lamentaba, andaba de una puerta a otra de los antiguos edificios hasta que el borracho se las arregló para meterle en un bar.

La casera y una negra gorda y vieja que trabajaba en la casa quitaron el colchón del joven de la cama y lo arrastraron hasta el patio. Lo metieron por la trampilla de hierro del incinerador y le prendieron fuego, manteniéndose a una distancia prudente para verlo arder. La patrona no estaba contenta con sólo la quema, soltó un largo parlamento a voz en grito con respecto a él.

—No lo quemamos porque tenga chinches —gritaba—. Quemo este colchón porque lo han contagiado. Uno con tisis ha estado tumbado en él, ¡un degenerado asqueroso y un mentiroso!

Siguió y siguió hasta que el colchón quedó completamente consumido; y aún después continuó.

Luego mandó a la vieja negra al piso de arriba para que se llevase las pertenencias del joven. Había empezado a llover y, a pesar de las protestas de la casera, la negra colocó todas las cosas debajo del platanero del patio y las tapó con un trozo de linóleo desechado que sujetó con unos ladrillos.

A la puesta de sol el joven volvió a la casa. Le oí toser y jadear bajo la lluvia del patio mientras recogía sus cosas de debajo del fantástico paraguas verde y amarillo del platanero. Parecía que estaba hablando de todas las cosas malas que había padecido desde que había venido a este mundo, pero al final sus quejas se centraron en la pérdida de un peine precioso. «Ay, Dios mío —murmuraba—. Me ha robado el peine, tenía un peine precioso que me dio mi madre, un peine de concha de tortuga con un mango de plata y perlas. ¡Ha desaparecido, me lo han robado, y el peine perteneció a mi madre!».

Al final lo encontró, o el joven renunció a su búsqueda, pues las palabras se interrumpieron. Una plateada y húmeda quietud se impuso en la casa de Bourbon Street como si el día y la noche hubieran terminado con lo que tenían que hacer allí, y en mi habitación las manillas luminosas de un reloj y el gris borroso del hueco eran lo único del mundo visible que permanecía.

El episodio puso fin a mi residencia en la casa. Las noches siguientes el transparente ángel gris dejó de aparecer en el hueco de debajo de la claraboya y el sueño tuvo que acudir sin ninguna sanción maternal. Conque decidí terminar con mi estancia en la pensión. Notaba que la delicada anciana angélica me había dado a entender que debía irme, y que si me volvía a visitar alguna vez, sería en otro momento y en otro lugar... que todavía no han llegado.

Lo importante

The Important Thing (1945)

Se conocieron en el baile de primavera de la residencia femenina baptista en la que Flora vivía aquel año. La residencia estaba en la misma ciudad que la Universidad del Estado donde John estudiaba segundo. Éste sólo conocía a una chica de la residencia y no consiguió dar con ella en la sala de baile. En la sala hacía mucho calor, estaba abarrotada y producía esa impresión febril y deslumbrante que habitualmente se impone en un baile de primavera dado en una residencia de chicas perteneciente a una confesión religiosa. La sala estaba iluminada por cuatro o cinco resplandecientes candelabros de cristal y las paredes tenían grandes espejos. Entre las piezas de baile las parejas se mantenían tensas con sus desacostumbradas ropas de fiesta y miraban inquietas su reflejo en los alargados espejos brillantes, cambiaban el peso de un pie al otro, retorciendo o agitando las cartulinas con el programa. Ninguna de ellas parecía que conociera demasiado bien a las demás. Hablaban en voz alta, afectada, soltaban carcajadas o permanecían ceñudamente silenciosas. Los profesores se movían entre ellas con diligencia de aves, frunciendo el entrecejo o sonriendo atentamente, haciendo presentaciones, sugerencias, dando ánimos. No era como un acontecimiento social. Más bien parecían unas importantes maniobras militares. John recorrió varias veces el borde de la pista y sintió mayormente alivio al no encontrar a la chica que conocía. Cuando llegó a la entrada flanqueada por palmeras se dio la vuelta para salir, pero justo entonces le tiró violentamente del brazo una de las profesoras, una mujer de edad madura con un pelo gris despeinado, nariz afilada y dientes amarillentos. Tenía una pinta tan estafalaria, como de arpía, que John trató involuntariamente de soltarse bruscamente de su mano.

—¿Estás solo? —le chilló al oído.

La orquesta la había emprendido con un *fox-trot* tremendamente ruidoso. John se frotó la oreja y señaló vagamente hacia la puerta. La mujer apretó la mano en el brazo de él y le llevó en volandas por la pista, con una serie de tirones, de una de las parejas que bailaban a otra, hasta que llegaron a un rincón donde estaban aparentemente desamparadas un grupo de jóvenes baptistas bajo la fronda protectora de una enorme palmera metida en un tiesto.

La arpía hizo una torsión final a su brazo y John se encontró frente a una chica alta, delgada, con un vestido de tafetán rosa que se mantenía ligeramente aparte de sus compañeras. Oyó el nombre de Flora que le gritaban entre el creciente estrépito. No se fijó en la cara de la chica. Estaba tan enfadado por haber sido atrapado de aquel modo que ni siquiera la miró. Avanzaron tímidamente uno hacia el otro. John pasó el brazo por la cintura increíblemente delgada de la chica. A través de la seda notaba la dura arista de la columna vertebral de ella. El cuerpo carecía de peso. La chica flotaba ante él de modo tan ligero que casi era como bailar consigo mismo, a no ser que la hilera de huesos no dejaba de moverse bajo sus dedos calientes y sudorosos, y el delicado y suelto pelo de ella se pegaba a la húmeda mejilla de John.

El *fox-trot* había llegado a un *crescendo*. Los platillos resonaban y los tambores redoblaban muy deprisa. Los labios de la chica se movieron pegados al cuello de

John. El aliento le hizo cosquillas en la piel pero no consiguió oír ni una de las palabras que le estaba diciendo ella. Bajó la vista desamparado. De repente la chica se apartó de él. Se mantuvo ligeramente separada, con los ojos semicerrados por la risa y una mano tapándose la boca. La música se interrumpió.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó John.

—De esta situación —dijo Flora—. ¡Tú no tienes más ganas de bailar que yo!

—¿Es que no te apetecía?

—Claro que no. Cuando pienso en bailar, pienso que Isadora Duncan dijo que quería enseñar a bailar al mundo entero, pero no se refería a esto... ¿piensas lo mismo?

La chica tenía un modo de mirar que hacía que le brillara la cara, y durante unos momentos eso oscurecía el hecho de que sin duda no era guapa. Pero había algo en ella, algo que ya le había excitado un poco, y John dijo:

—Salgamos.

Pasaron prácticamente el resto de la velada en el bosquecillo de robles de entre el gimnasio y la capilla, paseando y fumando los pitillos de él. Cuando fumaba, la chica se aplastaba contra el tronco de un árbol porque en el campus estaba prohibido fumar.

—Ésta es la ventaja de ser flaca como un palo —le dijo ella—. Una puede esconderse detrás de cualquier cosa con algo, por poco que sea, de diámetro.

Todo lo que decía adquiría un giro irónico, humorístico, y hasta cuando no era humorístico la chica se reía levemente y John tuvo la impresión de que era extraordinariamente lista. Entraron un rato en la vacía capilla, se sentaron en un banco de atrás y hablaron de cuestiones religiosas.

—Todo es tan arcaico —dijo Flora—. ¡Todo son piezas de museo!

John se había hecho agnóstico recientemente. Estuvieron de acuerdo en que la religión cristiana y la judía, de hecho casi todas las religiones, se basaban en la idea de culpabilidad.

—*Mea culpa* —dijo John, pensando que ella diría:

—¿Cómo?

Pero no lo dijo. Asintió con la cabeza. Y él se notó excitado al descubrir que también a ella le interesaba escribir. Flora había ganado un premio literario en el instituto y ahora era la directora de la revista literaria de la residencia. La profesora que les había hecho reunirse era la de literatura inglesa de Flora.

—Ella piensa que tengo mucho talento —dijo Flora—. Quiere que mande uno de mis relatos al *Harper's*.

—¿Y por qué no lo mandas? —preguntó John.

—Bueno, no sé —dijo Flora—. Creo que lo principal es que uno se exprese con la mayor sinceridad posible. No me interesa el estilo —siguió ella—, es una pérdida de tiempo repetir las cosas y conseguir el ritmo adecuado, y buscar siempre la palabra justa. Yo prefiero ocuparme rápidamente de una cosa y luego pasar sin parar a otra, hasta que he dicho todo lo que tenía que decir.

Resultaba extraordinario que ella y John sintieran exactamente lo mismo al respecto. Él le confesó que también escribía, y que dos o tres relatos suyos iban a aparecer en la revista literaria de la universidad; y cuando Flora oyó esto casi se sintió absurdamente conmovida.

—Me encantaría verlos. ¡Tengo que verlos! —exclamó ella.

—Te los traeré —prometió él.

—¿Cuándo?

—¡En cuanto salgan!

—A mí no me importa el estilo siempre que sean sinceros. ¡Tienen que ser sinceros! —suplicó Flora—. ¿Lo son?

—Eso espero —contestó él, incómodo.

Ella le había agarrado del brazo y se lo apretaba con una presa que casi era tan fuerte como la de un luchador, y a cada inflexión de sus palabras se lo apretaba todavía más. No había ningún descanso en Flora, nada de la dulzura y languidez que John encontraba físicamente interesante en las chicas. No se la podía imaginar tumbada pasivamente, inmóvil y entregada, del modo en que él pensaba que debería estar una chica entre los brazos de un hombre.

—¿Qué piensas de las relaciones humanas? —le preguntó ella justo en el momento en que esa perturbadora imagen se le pasaba por la cabeza a John.

—Es un asunto importante de verdad —dijo él.

—¡Sí, un asunto muy, pero que muy importante! ¡Y nunca podré con él!

—¿Por qué? —preguntó John.

—¡Yo soy igual que los demás, pero no en las relaciones humanas! Siempre me muevo cuando los demás están quietos, y estoy quieta cuando ellos se mueven —dijo Flora—, ¡y eso es un lío terrible y una mezcla del comienzo con el final!

—No deberías sentir esas cosas —le dijo él, con poca convicción, asombrado del modo en que las palabras de ella se ajustaban exactamente con lo que había pensado él.

Ella miró a John.

—¿Tienes el mismo problema? —le dijo—. Nunca seremos felices, pero tendremos muchas emociones, y si mantenemos nuestra integridad personal, ¡no todo estará perdido!

John no estaba completamente seguro de qué estaba hablando Flora, y lo de integridad personal le parecía uno de los términos más imprecisos. ¿Era algo parecido a lo que ella quería decir con una escritura «sincera»?

—Sí, algo así —dijo Flora—, pero todavía más difícil, porque escribir es una realidad ideal, y vivir no es ideal...

Se detuvieron un poco junto a la ventana del gimnasio y miraron a los que bailaban, que habían llegado a lo que parecía ser un punto cercano al agotamiento. Los rostros que habían estado sofocados y sudorosos cuando ellos salieron de la sala, ahora tenían un aspecto de absoluta desesperación, y los músicos de la orquesta de

jazz parecían haber dejado de tocar ante su total incapacidad para romper un viejo hábito. Algunas de las serpentinas se habían soltado y caído al suelo, otras colgaban fláccidamente del techo, y en un rincón un pequeño grupo, fundamentalmente de profesores, estaba reunido en torno a una chica que se había mareado.

—¿No te parecen absurdos? —dijo Flora.

—¿Quiénes?

—Los que bailan... ¡todos!

—¿Qué no es absurdo, en tu opinión? —preguntó John.

—Dame un poco de tiempo para contestar a esa pregunta.

—¿Cuánto te tengo que dar?

—Ahora mismo te lo diré... ¡Lo importante no es absurdo!

—¿Y qué es lo importante? —preguntó John.

—Todavía no lo sé —dijo Flora—. ¿Para qué crees que vivo, a no ser para descubrir qué es lo importante?

John no la volvió a ver aquella primavera. Los exámenes finales llegaron poco después del baile, y además no estaba completamente seguro de que fuera del tipo de chicas con las quería salir. No era guapa y su intensidad, que resultaba encantadora cuando estaba con ella, después parecía un poco... ¡irreal!

Muy poco después de haber vuelto a la universidad aquel otoño se encontró con ella en el campus. Ahora Flora se había matriculado de segundo en la Universidad del Estado. John casi no la reconoció. Estaba tan oscuro en el bosquecillo de robles, donde pasaron la mayor parte del tiempo cuando el baile de primavera, que nunca había tenido una impresión demasiado clara de su cara. Ahora resultaba a la vez más sencilla y más atractiva de lo que recordaba. Tenía la cara muy ancha por arriba y estrecha por abajo: casi una pirámide invertida. Sus ojos eran grandes y más bien oblicuos, de un color avellana con llamativas motas azules o verdes. Su nariz era larga y puntiaguda, con la punta llena de pecas. Tenía un modo de sonreír y de parpadear con mucha rapidez cuando hablaba. Hablaba tan deprisa y estridentemente que John se sintió un poco avergonzado. Se fijó en que un grupo de chicas le miraban y se reían. «¡Idiotas!», pensó, y se enfadó consigo mismo por haberse sentido avergonzado.

Era mediodía cuando se encontraron, y ella iba camino de la casa de huéspedes donde se alojaba. No había intentado formar parte de ninguna asociación de estudiantes femeninas. Lo comunicó con un aire de desafío que a John le gustó.

—Me daba cuenta de que no encajaría en ninguna —dijo ella—. Yo soy más bien independiente, ¿no crees? El problema en este mundo es que todos tienen que transigir y adaptarse. ¡Estoy harta de ello! ¡Viviré mi propia vida del modo que me apetezca!

John había considerado lo mismo en lo que se refería a formar parte de una asociación de estudiantes masculina, y se lo dijo.

—Bueno, ¡somos un par de bárbaros! —exclamó ella—. ¿No es maravilloso? Las

demás chicas de donde vivo detestan que las llamen bárbaras... ¡pero yo lo adoro! ¡Creo que es emocionante de verdad que te llamen bárbaro! Hace que sientas que, si te apeteciera, ¡podrías quitarte la ropa y bailar desnuda por la calle!

John notó un calor como si hubiera estado bebiendo. Era lo que había sentido en el bosquecillo de robles, al hablar con Flora aquella primavera. De repente le parecía que tenía muchas cosas que decir. Se puso nervioso y empezó a hablar rápidamente sobre una obra de un acto que estaba escribiendo. Estaba llena de un simbolismo enrevesado y era difícil de explicar, Pero Flora asentía con la cabeza sin parar, unos movimientos vehementes, y añadía las palabras adecuadas cuando él titubeaba. Parecía saber intuitivamente lo que él le trataba de decir.

—¡Oh, creo que es maravillosa, maravillosa! —no dejaba de repetir ella.

John estaba pensando en presentarla a un concurso de obras de teatro de un acto. Su compañero de habitación le había animado a que lo hiciera.

—¡Dios santo! ¿Y por qué no? —exclamó Flora.

—Bueno, no lo sé —dijo John—. Creo que lo principal es expresarse uno mismo, ¿no crees?

Inmediatamente después los dos rieron, recordando que Flora había dicho lo mismo a propósito del relato suyo que su profesora de literatura inglesa quería que mandara al *Harper's*.

—¿Lo aceptaron? —preguntó John.

—No, lo devolvieron con una tarjeta impresa —admitió ella, pesarosa—. Pero no me importa. Ahora estoy escribiendo poemas. Dicen que mientras se es joven y se sienten intensamente las cosas se debe escribir poesía.

Se rió y agarró a John del brazo.

—Yo siento las cosas con mucha intensidad, ¿no crees?

Se sentaron en los escalones de entrada a la casa de huéspedes y hablaron hasta que sonó la campana de las clases de la una. Los dos se habían quedado sin almorzar.

Se vieron con frecuencia después de eso. Tenían muchos intereses en común. Los dos formaban parte de la redacción de la revista literaria de la universidad y pertenecían al club de poesía y francés. Aquél era el año de las elecciones y John acababa de cumplir veintiún años, la edad de votar. Flora pasó horas discutiendo con él de política y finalmente le convenció de que debía votar a Norman Thomas. Posteriormente los dos se afiliaron a la Liga de jóvenes comunistas. John se volvió un radical entusiasta. Ayudaba en una imprenta secreta y distribuía panfletos por el campus atacando las asociaciones de estudiantes, el control político de la universidad, el conservadurismo académico y cosas así. Una vez fue convocado por el decano de alumnos y amenazado de expulsión. Flora consideró que era tremendamente emocionante.

—Si te expulsan —prometió—, yo también dejaré la universidad.

Pero todo se calmó y los dos permanecieron en la universidad.

Todas estas cosas sirvieron para acercarlos más. Pero por algún motivo nunca

estaban a gusto del todo uno con el otro. John siempre tenía la sensación de que iba a pasar algo muy importante entre ellos. No podría haber explicado por qué sentía eso. Puede que fuera el contagio de la intensidad de Flora. Cuando estaba con ella sentía el tipo de emoción contenida que debía de sentir un científico a punto de hacer un importante descubrimiento. Una expectativa y una ansiedad constantes. ¿Era Flora consciente de lo mismo? A veces estaba seguro de que lo era. Pero el entusiasmo de ella era tan difuso que él nunca podía estar seguro. Las cosas, una tras otra, atraían su interés. Flora era como un niño precoz que acababa de descubrir el mundo, no dando nada por supuesto en él, recibiendo cada impresión con el maravillado asombro de un niño pero con la comprensión de un adulto. Hablaba de la mayoría de las cosas con mucha franqueza. Pero de vez en cuando se volvía extrañamente reticente.

Una vez él le preguntó de dónde era.

—De Kansas —le dijo ella.

—Ya lo sé, pero ¿de qué sitio de Kansas?

Le sorprendió ver que a ella se le ruborizaba la cara. Aquella tarde estaban en una sala de la biblioteca, estudiando juntos en una de las mesas amarillas de roble. Flora abrió su cuaderno de notas e ignoró la pregunta.

—¿Qué sitio? —insistió John, preguntándose por qué se había ruborizado ella.

Después de cerrar bruscamente el cuaderno de notas, Flora se encaró con él, riéndose.

—¿Qué importa el sitio que sea?

—Sólo lo quería saber.

—Bien, ¡pues no te lo quiero decir!

—¿Por qué no?

—Porque no importa nada de donde seas. ¡Sólo importa adónde vas!

—Entonces ¿adónde vas tú?

—¡No lo sé!

Flora se echó hacia atrás en la recta silla amarilla de roble y se retorció de risa.

—¿Cómo demonios iba a saber adónde voy?

El bibliotecario se acercó con una mueca de reproche.

—Por favor, no tan alto. Esta sala es para estudiar.

—¿Adónde vas? —repitió John, en voz muy baja.

Flora escondió la cara en el cuaderno de notas y continuó riéndose.

—¿Adónde vas, adónde vas, adónde vas? —susurró John. No quería molestarla. La encontraba muy divertida con el cuaderno de notas de cuero negro tapándole la cara; sólo enseñaba el pelo con trenzas y el cuello ruborizado, tan rojo como el de un pavo.

De pronto Flora se levantó de un salto de la mesa y John vio que tenía la cara llena de lágrimas. Salió corriendo de la sala y él no pudo conseguir que dijera ni una palabra durante todo el camino de vuelta hasta la casa de huéspedes.

Algún tiempo después John encontró el nombre de su pueblo natal en el sobre de

una carta que Flora había olvidado quitar de un libro de poemas que le prestó. El sobre tenía matasellos de Hardwood, Kansas. John sonrió. Era un pueblo de campesinos de la parte noroeste del estado y probablemente uno de los sitios más muertos del mundo.

Despreciándose a sí mismo por hacerlo, abrió la carta y la leyó. Era de la madre de Flora y era una carta típica. Se quejaba del dinero que Flora tenía que gastar en mantenimiento y libros, le recomendaba que perdiera menos tiempo escribiendo cosas absurdas y se dedicara con empeño a trabajar duro para poder conseguir un puesto de maestra en cuanto terminara los estudios porque los tiempos eran muy duros...

«La tierra, la gente, el trabajo, y todo lo demás, por aquí van mal —escribía la madre—. No sé lo que va a pasar. Debe de ser un castigo de Dios, supongo. Tres años enteros de sequía. Parece como si Dios pensara suprimir la maldad del mundo secándolo, en lugar de inundarlo».

Aquella primavera John compró un coche usado por treinta y cinco dólares, y todas las tardes libres él y Flora recorrían las encantadoras carreteras de la zona y almorzaban lo que preparaba ella. Él estaba acostumbrándose al aspecto extraño de Flora y a su absurda animación, pero las demás personas no. Flora se había convertido en una especie de «personaje» del campus. Por aquella época a John le presionaban los de una asociación estudiantil profesional y le habían dicho que algunos de los miembros consideraban que Flora era una persona demasiado rara para que él anduviera por ahí con ella. De vez en cuando John recordaba su primera conversación en el bosquecillo de robles de la residencia femenina baptista, la conversación sobre las relaciones humanas y la incapacidad de ella para entenderlas, y le parecía que Flora no hacía muchos esfuerzos por intentarlo. No había ningún motivo para que ella hablara en voz tan alta de semejantes asuntos eclécticos siempre que pasaban por el abarrotado pasillo de un edificio universitario; no había ningún motivo para que se mostrase tan grosera con personas que no le interesaban, retirándose bruscamente sin la menor excusa cuando la conversación trataba de cosas que ella encontraba insensatas; y eran casi todas de las que hablaban los amigos de John.

Otras chicas del campus, John podía verlo e imaginarlo en el futuro, terminarían siendo de clase media, normales, y se harían profesoras o se dedicarían a otras profesiones. Pero cuando miraba a Flora no conseguía ver cómo sería en el futuro, no conseguía imaginar que llegara a ser o se convirtiese en nada conocido, ni que volviera a Hardwood, Kansas, o que fuese a cualquier otro sitio. No se adaptaba al mundo universitario, no se sentía feliz ni cómoda en él, desde luego, pero ¿en qué otro lugar o en qué otras circunstancias podría encontrar algún tipo de refugio? —se preguntaba John—. A lo mejor él no se parecía más a los demás de lo que se parecía

ella, pero su propio caso era distinto. Él era más flexible, exigía mucho menos a las personas y las cosas. Si se encontraba con un obstáculo, por naturaleza buscaba un modo de rodearlo, pero Flora...

Flora había decidido que el departamento de literatura inglesa de la universidad era reaccionario sin remedio, y las únicas clases que entonces seguía con interés eran las de geología. Su lugar favorito, aquella primavera, era una cantera abandonada donde buscaba fósiles. Se movía por la cantera como un monito despierto, atractivo, por un cable, con su guardapolvo verde al viento y una voz que se dirigía constantemente a él, unas veces animadamente ruidosa, y otras ensordecida por un intenso ensimismamiento.

—¿No puedes estarte quieta? —le preguntaba John.

—¡No hasta que tenga que estarlo!

John se cansaba de esperar y abría la bolsa del almuerzo. Ella al final se unía a él en la cima de la colina, demasiado cansada para comer, y extendía los fósiles a su alrededor y los miraba encantada mientras John comía sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, o de queso suizo con pan de centeno. Solían pasar el resto de la tarde hablando de literatura y vida, arte y civilización. Los dos sentían una admiración tremenda por la Grecia antigua y la Rusia moderna. Grecia es el pasado del mundo, dijo Flora, y Rusia es el futuro; —lo que John consideraba una afirmación brillante, aunque le sonaba a conocida, como si ya la hubiera leído en algún libro.

Sus discusiones continuaban infatigables hasta la caída del sol, pero cuando el crepúsculo empezaba a imponerse, por algún motivo se ponían un poco nerviosos y tensos, y en su conversación había largas pausas, durante las cuales les resultaba difícil mirarse uno al otro. Al cabo de un rato, cuando ya se había hecho completamente de noche, Flora se levantaba bruscamente de la hierba y se cepillaba el guardapolvo con la mano.

—Me parece que es mejor que nos vayamos —decía ella. En la voz tenía el tono apagado y de fracaso de alguien que hubiese discutido durante mucho tiempo sobre algo muy importante sin conseguir producir la más mínima impresión en la mente del otro. John se sentía extrañamente desdichado cuando la seguía colina abajo hasta donde tenían aparcado el viejo dos plazas. También consideraba que no había dicho o hecho algo; tenía una sensación de que había algo sin terminar...

Fue el sábado anterior al final del trimestre de primavera. Iban a pasar toda la tarde en el campo, estudiando para un examen final de un curso de francés al que asistían juntos. Flora había preparado unos emparedados y unos huevos cocidos. Y John, con cierta inquietud, había comprado una botella pequeña de vino tinto. Metió la botella en la guantera del coche y no la mencionó hasta después de que hubieran terminado de comer porque sabía que Flora no bebía alcohol. No ponía reparos morales, decía, pero consideraba que era absurdo, una actividad inútil. Se negaba a

probar el vino.

—Pero tú puedes hacerlo, si quieres —añadió con un remilgo que hizo reír a John.

Estaban sentados como de costumbre en la colina cubierta de hierba de encima de la cantera. La llamaban *El paso de los enamorados*. Flora tenía en la mano el cuaderno de apuntes que habían preparado entre los dos y le hacía preguntas a John. Se había apoyado en una de las grandes rocas blancas que estaban dispersas por la cima de la colina y John estaba estirado a sus pies. Sujetaba la botella de vino entre las rodillas y bebía del vaso de un termo. La molestia inicial de Flora al ver la botella había pasado. Le llamaba Baco.

—Me gustaría tener tiempo para hacerte una guirnalda —dijo ella—. ¡Estarías adorable con una guirnalda de hojas verdes!

—¿Por qué no eres tú una ninfa? —preguntó John—. ¡Desnúdate y sé una ninfa del bosque! ¡Yo te perseguiré entre los abedules!

A John le gustaba mucho la idea. Se rió ruidosamente. Pero Flora estaba azorada. Se aclaró la voz y se puso el cuaderno de apuntes delante de la cara, pero John le veía la parte baja de la garganta; y se había ruborizado. Dejó de reír al notar que, por lo que fuera, la había puesto nerviosa. Sabía lo que Flora estaba pensando. Estaba pensando en lo que pasaría si él la agarraba entre los abedules sin nada de ropa...

John tomó otro vaso de vino. Se sentía muy bien. Se había quitado la chaqueta, desabrochado el cuello de la camisa y subido las mangas. Le cegaba el sol que brillaba en sus ojos, formaba arco iris en sus pestañas, le calentaba la piel al aire de cuello y brazos. Un agradable resplandor le atravesaba. Era consciente de nuevo de la vida de su cuerpo; recogió las piernas, se frotó el estómago y arqueó los muslos. Ya no escuchaba las preguntas de los apuntes que le hacía Flora. Ella tenía que repetírselas dos o tres veces antes de que le quedaran claras.

Por fin ella se enfadó y dejó los apuntes a un lado.

—¡Creo que te has embriagado! —le dijo bruscamente.

Ella miró indolentemente.

—Puede que lo esté. ¿Y qué?

John se fijó en que Flora no era muy guapa. En especial cuando unía las cejas y miraba de aquel modo. Tenía una cara irregular y de aspecto huesudo. Más bien tosca. Muy ancha por arriba y estrecha por abajo. Un larga nariz puntiaguda, y unos ojos, con motas de distintos colores, que resultaban demasiado grandes comparados con el resto de la cara; y siempre llenos de un brillo excesivo. Le recordaba a un niño pequeño al que conoció en el colegio de enseñanza primaria. Por algún motivo le llamaban el Fisgón y le tiraban piedras después de clase. Una criatura tímida, absurda, con una potente voz chillona, de la que todos se burlaban. Los chicos mayores le agarraban después de clase y le preguntaban el significado de palabras obscenas, o le arrancaban los botones de los bombachos. Flora era parecida. Una persona rara. Pero tenía algo atractivo, como había tenido algo atractivo el Fisgón,

algo que hacía que los chicos mayores quisieran divertirse a su costa. Había algo en Flora que le hacía desear tocarla, y de un modo brusco; ¡retorcer, tirar, molestar! La piel era lo más atractivo que tenía. Era muy delicada, suave y blanca...

Los ojos de John le recorrieron el cuerpo. Flora llevaba un jersey negro y una camisa de cuadros blancos y negros. Cuando le miró las piernas, una fresca brisa le levantó la falda y John pudo verle la piel de encima de donde terminaban las medias. Se dejó rodar sobre el estómago y colocó las dos manos en los muslos de ella. Anteriormente nunca la había tocado con tal intimidad, pero hacer aquello en cierto modo le parecía una cosa natural. Ella hizo un movimiento de sobresalto apartándose de él. De pronto John se dio cuenta de que lo importante de verdad era lo que iba a pasar entre los dos. La agarró por los hombros y trató de que se tumbara en la hierba, pero ella se resistió con fuerza. Ninguno de los dos decía nada. Se limitaban a luchar como dos animales salvajes, rodando por la hierba y agarrándose uno al otro. Flora agarraba la cara de John y éste agarraba el cuerpo de Flora. Ambos aceptaban aquello, aquella batalla desesperada entre ellos, como si hiciera tiempo que supieran que se iba a producir, como si desde el principio hubiera sido inevitable. Ninguno de los dos pronunció palabra hasta que al fin estuvieron exhaustos y tumbados inmóviles en la hierba, respirando pesadamente y mirando al cielo que arriba se oscurecía lentamente.

La cara de John estaba arañada y sangraba por varios sitios. Flora se apretó las manos en el estómago y se quejó. John la había golpeado con la rodilla al tratar que se tumbara y estuviera quieta.

—Esto se acabó —dijo él—. No voy a hacerte daño. —Pero ella continuó quejándose.

El sol se había puesto y se imponía la oscuridad. En la parte oeste del cielo había una gran mancha rojo púrpura que parecía una magulladura.

John se puso de pie y se quedó mirando el airado crepúsculo. Hacia la izquierda quedaba la ciudad donde estaba la universidad; una ciudad que empezaba a surgir por entre las espesas nubes con la chispeante animación de un sábado por la noche de finales de primavera. Aquella noche habría muchas fiestas y muchos bailes, todos muy alegres. Chicas con vestidos que parecían hechos de flores pasaban rápidas hacia las pistas de baile; parejas se susurraban y reían detrás de macizos de fantasmales saxífragas. Eran las diversiones naturales de la juventud. Él y esta chica habían buscado otra cosa. ¿Cuál era? Posteriormente repetirían una y otra vez la búsqueda de lo que era, se esforzarían por encontrar algo más allá de las experiencias normales, rebuscando y hurgando entre los restos informes de las cosas; encontrar una cosa perdida que era preciosa. Y quizá cada vez fuera una repetición de aquello: la violencia y la fealdad del deseo que se volvían rabia...

John habló en voz alta para sí mismo.

—No teníamos nada... nos hemos engañado.

Dio la espalda a la oscura y atractiva belleza de la ciudad, y bajó la vista hacia

Flora. Ésta parpadeaba y recuperaba la respiración. Parecía incluso fea, con la cara cubierta de sudor y de manchas de hierba. No era como una chica. John se preguntó por qué no se había fijado antes en lo anónimo que era el sexo de Flora, pues aquél era el hecho realmente fundamental de su modo de ser. Flora no pertenecía a ninguna parte, no encajaba en ningún sitio, no tenía casa, concha, ningún lugar cómodo para refugiarse. En su situación otros habrían hecho ciertos ajustes. Lo mejor de lo que se le ofrecía, en cualquier cosa no era perfecto. Pero Flora no lo aceptaría, ninguna de las posibilidades que ofreciera. La parte más imperfecta de ella era la más pura. Y eso significaba...

—Flora...

John le agarró la mano y a los ojos le asomó el corazón. Flora notó que súbitamente comprendía y le cogió la mano, y él tiró suavemente de ella.

Permanecieron juntos por primera vez a oscuras sin ningún miedo uno del otro, con las manos cogidas y devolviendo la mirada al otro con una triste comprensión, incapaces de ayudarse entre ellos a no ser por medio del conocimiento, cada uno completamente separado y solo; pero ya no desconocidos...

La noche de la iguana

The Night of the Iguana (1948)

I

Abiertas a la alargada galería del hotel *Costa Verde*^[5], cerca de Acapulco, había diez habitaciones para dormir, cada una con una hamaca colgada en la parte exterior de su puerta de tela metálica. En aquel momento sólo estaban ocupadas tres de esas habitaciones, pues en Acapulco era temporada baja. La temporada de invierno, cuando el establecimiento era más frecuentado por turistas extranjeros cosmopolitas, había terminado hacía un par de meses, y la temporada de verano, cuando lo atestaban los mexicanos y norteamericanos habituales de vacaciones, aún no había empezado. Los tres huéspedes que quedaban en el *Costa Verde* eran estadounidenses, e incluían a dos hombres que eran escritores y a Miss. Edith Jelkes, que había sido profesora de arte en un colegio episcopaliano de chicas de Mississippi hasta que sufrió una especie de ataque de nervios y renunció a su trabajo de profesora en favor de una vida de vagabundeo que hacían posible sus ingresos de unos doscientos dólares al mes producto de una herencia.

Miss. Jelkes era una solterona de treinta años con una triste belleza rubia y un refinamiento en cierto modo arcaico. Pertenecía a una ilustre familia sureña de intensa aunque ahora moribunda vitalidad cuyas últimas generaciones habían tendido a dividirse en dos tipos antitéticos: uno en el que la libido estaba desarrollada patológicamente; y otro en que parecía estar completamente agotada. Los miembros de la familia estaban turbulentamente divididos, y también lo estaban, con mucha frecuencia, las personalidades de esos miembros. Habían surgido entre ellos talentos nerviosos y enfermos, borrachos y poetas, artistas dotados y degenerados sexuales, junto a ancianas damas fanáticamente pulcras y remilgadas que estaban condenadas a vivir bajo el mismo techo que unos parientes a los que sólo podían considerar unos monstruos. Edith Jelkes no era estrictamente ni de uno ni del otro de los dos tipos básicos, lo que le hacía más difícil mantener cualquier equilibrio interior. Había tenido la suerte de canalizar su energía un tanto malsana en la pintura, para la que estaba dotada. Pintaba lienzos de una originalidad que algún día sería apreciada, y entretanto, desde que dejara la enseñanza, combinaba la pintura con viajes e intentaba evadirse de su neurastenia gracias a la distracción que le suponía hacer nuevos amigos en lugares nuevos. Tal vez algún día aparecería sobre una especie de triunfante meseta como artista o como persona, o incluso como las dos cosas. Habría un periodo de cinco o diez años de su vida en el que ella se alzaría serenamente sobre las nubes tormentosas de su inmadurez y estaría a la espera de la oscuridad del declive. Pero quizá ésta sea la palabra adecuada. Dependería de los próximos dos años o así. Por ese motivo necesitaba de modo especial una compañía comprensiva, y la creciente falta de esa compañía en el *Costa Verde* le resultaba peligrosa de verdad.

Aparentemente, Miss. Jelkes era una delicada tetera pero nadie podría adivinar lo que herviría dentro. Era tan delicada que los anillos y los brazaletes nunca eran

originalmente lo bastante pequeños como para que se le ajustasen y tenía que quitarles una parte y hacer más pequeñas las sujeciones. Con sus grandes ojos grises translúcidos, el pelo rubio apagado y su perpetua expresión de confusión levemente ofendida, sin embargo, nunca pasaba inadvertida en un grupo de desconocidos, pues además sabía vestir de acuerdo con su tipo extraterreno. El apagado pelo rubio nunca estaba sin una flor y el cuello de sus fríos vestidos blancos siempre se adornaba con un llamativo broche de diseño esotérico. Le encantaba el dramático contraste de colores cálidos y fríos, la mancha púrpura en la nieve, que constituía algo así como la bandera de sus propios e inestables elementos constitutivos. Cada vez que entraba en un restaurante, en un teatro o en una sala de exposiciones oía, o imaginaba que oía, un murmullo de apreciación positiva. Eso le importaba, había llegado a ser uno de sus consuelos necesarios. Pero ahora que los huéspedes del *Costa Verde* se habían reducido a ella misma y a dos jóvenes escritores, dejaba de importar su frío aunque llamativo aspecto, por lo que encontraba escaso consuelo en el modo en que se murmuraba la valoración. Los dos escritores jóvenes se mostraban desconcertantemente indiferentes hacia Miss. Jelkes. Raramente volvían la cabeza cuando ella paseaba por la galería donde ellos estaban tumbados en hamacas o sentados ante una mesa, siempre entregados a una conversación curiosamente íntima y muy interesante en tonos nunca lo suficientemente elevados para que Miss. Jelkes se pudiera enterar de lo que hablaban; y las respuestas de ellos a sus amistosas inclinaciones de cabeza y las frases de saludo en español raramente resultaban lo bastante claras para pasar por algo más que educadas.

Miss. Jelkes no estaba acostumbrada a que la trataran así. Lo que hacía tan agradables los viajes era la notable facilidad con la que ella entablaba relaciones fuera donde fuese. Era buena conversadora, poseía un modo fresco e ingenioso de hacer observaciones sobre las cosas. Los muchos sitios en los que había estado durante los últimos seis años le habían proporcionado una gran reserva de comentarios y de anécdotas y, claro, para entretener a los demás siempre estaba la interminable y épica crónica de los Jelkes. Desde que contaba con los ingresos suficientes para acudir a la clase de hoteles y *pensiones*^[6] que frecuentaban las personas de profesiones tales como pintores y escritores, o profesores en un año sabático, anteriormente nunca había echado en falta la ausencia de un auditorio sensible. Estando las cosas como estaban, se daba cuenta de que la cosa más sensata era volver a la capital de México, donde había establecido muchos contactos casuales pero agradables entre la colonia de norteamericanos. Por qué no lo hacía y, en lugar de eso, permanecía en el *Costa Verde* no le resultaba completamente claro. Aparte de la falta de relaciones sociales, había otros inconvenientes para una estancia continuada. La comida había empezado a desagradarle, la *Patrona*^[7] del hotel se estaba volviendo insolente y el servicio descuidado, y su pintura estaba dando muestras de una distracción nerviosa. Existían todas las razones para marcharse, y sin embargo se quedaba.

Miss. Jelkes no dejaba de darse cuenta de que de hecho estaba asediando a los dos

jóvenes escritores, aunque el motivo por el que hacía eso todavía le resultaba completamente oscuro.

Había instalado su estudio de pintura en la parte sur de la galería del hotel donde los escritores trabajaban por la mañana con sus máquinas de escribir portátiles y ponían una radio portátil durante las pausas de su trabajo, pero la camaradería creativa que ella había esperado que se produjera no llegaba. Sus ojos adquirieron la costumbre de salir disparados hacia los dos hombres con tanta frecuencia como los de ellos hacia lo que ella estaba pintando, pero no le devolvían la mirada y la pintura proseguía en un irritante declive. Empezó a utilizar los dedos más que los pinceles, extendiendo el pigmento con una energía impaciente que resultaba un fracaso. De vez en cuando se levantaba y se dirigía, como pensando en otra cosa, hacia el extremo de la alargada galería donde estaban los escritores, pero cuando hacía eso, ellos dejaban de escribir y miraban inexpresivamente sus papeles o al vacío hasta que ella se alejaba de sus proximidades, y en una ocasión el escritor más joven había arrancado bruscamente el papel de la máquina de escribir, poniéndolo boca abajo sobre la mesa, como si sospechara que ella trataba de leer por encima de su hombro.

Miss. Jelkes se vengó aquella tarde quejándose a la *Patrona* de que ponían la radio portátil demasiado alta y sin parar, lo que no la dejaba dormir de noche, algo que creía cierto. Pero su queja no tuvo ningún resultado en lo que se refería a una reducción del volumen o de la duración, sino en la elección que los escritores hicieron de mesa a la hora del desayuno, la mañana siguiente, situándose en la más alejada de la de ella.

Ese día Miss. Jelkes hizo el equipaje, pensando que sin duda se marcharía a la mañana siguiente, pero su curiosidad con respecto a los dos escritores, en especial con respecto al mayor de los dos, se había hecho tan obsesiva que quedaba descartado no sólo su sentido común, sino también su agudizada dignidad personal.

Justo debajo del acantilado encima del que se encontraba el *Costa Verde* había una pequeña playa privada para los huéspedes del hotel. Debido a lo extremadamente sensible de su piel, Miss. Jelkes tenía la costumbre de bañarse únicamente a primera hora de la mañana o al caer la tarde, cuando el brillo del sol disminuía. Esas horas no coincidían con las de los escritores, que normalmente se bañaban y tomaban el sol entre las dos y las seis de la tarde. Ahora Miss. Jelkes empezó a bajar a la playa mucho antes sin admitir que su objetivo era espiar. Ahora bajaba a la playa hacia las cuatro de la tarde y se situaba lo más cerca que podía de los dos hombres sin resultar manifiestamente descarada. Fragmentos de su pasado y de su historia habían empezado a filtrarse por medio de aquel contacto tan poco satisfactorio. Parecía ser que el hombre más joven, que tenía unos veinticinco años, había estado casado y se había separado recientemente de una mujer que se llamaba Kitty. Más por la modulación de las voces que por las frases fragmentarias que captaba, Miss. Jelkes tuvo la impresión de que estaba tremendamente preocupado por algún problema que el hombre mayor intentaba allanar. La voz del joven a veces se alzaba tanto que

llegaba a oírse perfectamente. Soltaba frases como *Por el amor de Dios* o *¿De qué demonios estás hablando?* A veces utilizaba unas palabras tan fuertes que Miss. Jelkes ponía cara de disgusto y llegaba a golpear la arena húmeda con la palma de la mano y a pisotearla con los talones como un niño enrabiado. La voz del mayor a veces también subía brevemente. «No seas tonto», gritaba. Luego su voz recuperaba un tono bajo y tranquilizador. La conversación entonces tenía lugar fuera del alcance de su oído una vez más. Parecía que siempre había una discusión casi interminable entre ellos. Una vez a Miss. Jelkes la asombró ver que el joven se ponía de pie de un salto dando gritos incoherentes y empezaba a arrojar arena con los pies directamente a la cara de su compañero mayor. No lo hacía de modo violento ni con odio, pues el de más años se limitó a reír y a agarrar uno de los pies del joven, sujetándolo hasta que el joven se dejó caer a su lado, y luego sorprendieron todavía más a Miss. Jelkes al cogerse de la mano y quedar tumbados en silencio hasta que la marea que subía alcanzó sus cuerpos. Entonces los dos se levantaron de un salto, aparentemente de buen humor, y corrieron a sumergirse en el agua.

Debido a la inquietud del joven y al aire de consejos sensatos que se desprendía de las conversaciones entre ellos, que fue lo que en principio atrajo a Miss. Jelkes cuando empezó a ocuparse de ellos, decidió que el joven debía de ser un veterano de guerra que había sufrido una fuerte impresión, y que el mayor debía de ser un médico al que había traído con él a aquel refugio del Pacífico mientras se sometía a un tratamiento psiquiátrico. Esto fue antes de que se enterase del nombre del mayor por una carta dirigida a él. Reconoció instantáneamente el nombre como el de una persona que aparecía de vez en cuando en las portadas de las revistas literarias y como el del autor de una novela que había provocado muchas controversias unos años antes. Era una novela que trataba de un asunto escandaloso. Ella no la había leído y no podía recordar de qué trataba, pero en su mente el nombre se asociaba con un tipo de escritura con fuerte carga social que había estado de moda unos cinco años atrás, esto es, a comienzos de la guerra. Con todo, el escritor todavía no tenía más de treinta años. No era guapo, pero su rostro resultaba distinguido. Había algo como de mono en su cara, como pasa con frecuencia en las caras de los escritores jóvenes serios; una expresión que a Miss. Jelkes le recordaba la de un pequeño chimpancé que había visto una vez en un rincón de una jaula del zoológico, simplemente allí sentado mirando entre las rejas, mientras todos sus compañeros saltaban y daban vueltas en el ruidoso trapecio metálico. Recordó lo mucho que le había afectado la actitud solitaria del animal y sus ojos apagados. Ella hubiera querido darle algunos cacahuets, pero los elefantes habían terminado con todos los que traía. Había vuelto al vendedor ambulante para comprar algunos más, pero cuando los llevó a la jaula del chimpancé, éste había sucumbido sin duda a la corriente general, pues todos ellos saltaban y se colgaban del rechinante trapecio, y ninguno de ellos parecía diferenciarse en nada de los demás. Al mirar a este escritor, Miss. Jelkes casi sintió un impulso idéntico a compartir algo con él, pero sus deseos volvieron a frustrarse, en

este caso por una aplicada voluntad de prescindir de ella. No era casual el modo en que él mantenía los ojos apartados de ella. Y tanto en la playa como en las galerías del hotel.

En la playa el hombre no llevaba casi nada puesto, sólo una especie de taparrabos brillante de algodón estampado sujeto a la cintura de un modo que a veces estaba a punto de no resultar decente, pero tenía un físico esbelto y gracioso, y una soltura de movimientos de la que no era consciente que a Miss. Jelkes le hacía menos ofensivo su impudor que si se hubiera tratado de su amigo. El más joven había sido atleta en la universidad y tenía un cuerpo poderoso. Su torso bronceado tenía el color de las antiguas monedas de cobre y su sexo quedaba acentuado todavía más debido a la espesa mata de pelo, teñida por el sol hasta el punto de brillar como una masa de rizados cables dorados. Y además, su sentido de la propiedad era tan insultante que podía ponerse y quitarse su taparrabos de colores como si estuviera en una caseta de baño privada. Miss. Jelkes tenía que reconocer que poseía cierta grandeza escultórica, pero la faceta de solterona de su modo de ser todavía era demasiado intensa como para permitirle sentir nada que no fuera un desagrado remilgado. Esta reacción de Miss. Jelkes fue tan intensa en cierta ocasión que, cuando volvió al hotel, se dirigió directamente a la *Patrona* para preguntarle si no se podía convencer al más joven para que se cambiara en su habitación o, si eso era demasiado pedir, que al menos mantuviera la parte dorsal de su desnudez de cara a la playa. La *Patrona* mostró mucho interés por la queja, pero no del modo en que Miss. Jelkes hubiera esperado que hiciera. Se rió desmedidamente, traduciendo frases de la queja de Miss. Jelkes a un español coloquial, y gritándoselas a los camareros y al cocinero. Todos ellos se unieron a sus risas y el ruido todavía continuaba cuando Miss. Jelkes, que se mantenía confusa e indignada, vio que los dos jóvenes subían por la ladera. Se retiró rápidamente a su habitación de la galería con hamacas, pero se dio cuenta por el alegre alboroto del otro lado de que se lo habían contado a los escritores, y que el Costa Verde entero la estaba poniendo en ridículo. Empezó a hacer el equipaje de inmediato, esta vez sin molestarse en doblar las cosas cuidadosamente en su baúl y sintiéndose tan intensamente asustada, tan trastornada, que eso le afectó el estómago, y al día siguiente todavía no se encontraba lo bastante bien para emprender viaje.

Fue ese día siguiente cuando atraparon a la iguana.

La iguana es un lagarto, mide de unos cincuenta centímetros a un metro de largo, y los mexicanos la consideran comestible. No siempre se comen justo después de cazadas, pues como son unas criaturas capaces de sobrevivir durante cierto tiempo sin comer ni beber, muchas veces se las mantiene en cautividad durante algún tiempo antes de matarlas. A Miss. Jelkes le habían contado que sabían mejor que el pollo, una opinión que atribuía al modo característico de los mexicanos de disimular un alimento poco apetitoso. Lo que a ella la molestaba de la iguana era el modo inhumano en que la trataban durante el periodo de cautividad. Las había visto junto a las chozas de los campesinos, normalmente amarradas a un palo cerca de la entrada, y

clavaban las garras continuamente, aunque sin ninguna esperanza, dentro del perímetro de alcance de la cuerda, mientras niños desnudos se ponían de cuclillas a su alrededor, clavándoles palos en los ojos y la boca.

Ahora el hijo adolescente de la *Patrona* había capturado una de esas iguanas y la había atado a la base de una columna de debajo de la galería de las hamacas. Miss. Jelkes no fue consciente de su presencia hasta última hora de la noche de su captura. Entonces la inquietó el sonido que hacía, y se había puesto su bata y salido a la brillante luz de luna para enterarse de qué era lo que producía aquel sonido. Miró debajo de la barandilla de la galería y vio a la iguana atada a la base de la columna más próxima a su puerta haciendo los esfuerzos más penosos por alcanzar la maleza de más allá del extremo de la cuerda tensa que la sujetaba. Soltaba grititos de terror cuando Miss. Jelkes hizo el descubrimiento.

Los dos jóvenes escritores estaban tumbados en hamacas al otro extremo de la galería y, como de costumbre, continuaban una discusión inconexa en tono no lo bastante fuerte como para que llegase a su dormitorio.

Sin pararse a pensar, y con un curioso estremecimiento de júbilo, Miss. Jelkes se dirigió a toda prisa hasta el extremo de la galería. Cuando estuvo cerca de ellos se dio cuenta de que los dos escritores se dedicaban a tomar ron-coco, que es una bebida preparada en la cáscara de un coco al que han cortado un casquete en la parte de arriba con un machete y echado dentro una mezcla de ron, limón, azúcar y hielo picado. Llevaban bebiendo desde la cena y el suelo de debajo de sus hamacas estaba cubierto de trozos de coco y de peludas cáscaras marrones, por lo que resultaba tan resbaladizo que Miss. Jelkes apenas conseguía mantenerse de pie. El líquido se les había derramado por la cara, el cuello y el pecho, proporcionándoles un brillo aceitoso, y en torno a sus hamacas flotaba una nube dulzona pesada y húmeda. Cada uno de ellos tenía una pierna asomando por el borde de la hamaca con la que se empujaba perezosamente a uno y otro lado. Si Miss. Jelkes los hubiera visto por primera vez, los detalles a grandes rasgos del espectáculo le hubieran supuesto algo más que una asociación con unos cuantos miembros disolutos de la familia Jelkes, algo que le habría revuelto el estómago, por lo que habría evitado escrupulosamente lanzarles una segunda mirada. Pero Miss. Jelkes había cambiado más de lo que era consciente durante aquel periodo de preocupación por los dos escritores, sus escrúpulos estaban más minados de lo que sospechaba, de modo que si durante un momento se le pasó por la cabeza la palabra *cerdos*, no consiguió distraerla ni siquiera momentáneamente de lo que se sentía inclinada a hacer. Era una forma de histeria que había hecho presa en ella; sus actos y sus palabras se producían sin haberlo querido.

—¿Saben lo que ha pasado? —dijo, jadeando, cuando llegó cerca de ellos. Se había acercado más de lo que se hubiera atrevido a hacer conscientemente, de modo que estaba directamente encima de la figura boca abajo del escritor más joven—. Qué chico más espantoso, el hijo de la *Patrona*, ha atado una iguana debajo de mi

dormitorio. Le oí atarla pero no sabía lo que era. Llevo horas oyéndola, desde la hora de cenar, y no sabía lo que era. Acabo de levantarme para investigar. Miré por el borde de la galería y allí estaba, dando tirones al extremo de esa cuerda tan corta.

Ninguno de los escritores dijo nada durante un momento, pero el mayor se había erguido un poco para mirar a Miss. Jelkes.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Habla de la iguana —dijo el más joven.

—¡Ah! Bien, ¿y qué pasa con ella?

—¿Cómo voy a dormir? —exclamó Miss. Jelkes—. ¿Cómo puede dormir nadie con ese ejemplo de la brutalidad de los indios justo debajo de mi ventana?

—¿Siente aversión hacia las iguanas? —sugirió el escritor de más años.

—Siento aversión a la brutalidad —le corrigió Miss. Jelkes.

—Los lagartos suponen un grado muy bajo dentro de la vida animal. ¿No son un grado muy bajo dentro de la vida animal? —preguntó a su compañero.

—No tan bajo como la de otros —dijo el escritor más joven. Sonreía maliciosamente a Miss. Jelkes, pero ésta no se fijaba en él, pues su atención estaba concentrada en el escritor de más años.

—En cualquier caso —dijo el escritor—, no creo que sea capaz de sentirse ni la mitad de mal con respecto a su desgracia de lo que usted parece sentirse por ella.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Miss. Jelkes—. ¡No estoy en absoluto de acuerdo con usted! Nos gusta pensar que somos los únicos capaces de sufrir, que se trata de una noción exclusivamente humana. Pero nosotros no somos los únicos capaces de sufrir. Incluso las plantas tienen impresiones sensoriales. ¡He visto algunas que cerraban las hojas cuando las tocabas!

Levantó la mano y formó con sus delgados dedos un cáliz que se cerraba. Mientras hacía eso, Miss. Jelkes respiró profunda, torturadamente por sus labios fruncidos, la nariz le aleteó y volvió los ojos al cielo de modo que parecía una santa a la que martirizaran.

El más joven soltó una risita, pero el mayor continuaba mirándola fijamente con seriedad.

—Estoy segura —siguió ella— de que la iguana siente cosas muy concretas, y también las sentiría usted de haber estado oyéndola, allí tirando de la cuerda en ese espantoso polvo seco, tratando de llegar a la maleza con esa cuerda sujeta alrededor del cuello que casi ni la deja respirar.

Se agarró el cuello mientras hablaba y con la otra mano hizo gesto de arañar el aire. El escritor más joven soltó una carcajada, el mayor sonrió a Miss. Jelkes.

—Tiene usted el don maravilloso de sufrir por los demás —dijo.

—Bueno, no puedo soportar ver a los que sufren —dijo Miss. Jelkes—. Puedo soportar el mío, pero no resisto contemplarlo en los demás, sin importar que sea sufrimiento humano o sufrimiento animal. Y ya hay demasiado sufrimiento en el mundo, sufrimiento necesario, con tanta enfermedad y tantos accidentes que no se

pueden evitar. Pero hay demasiado sufrimiento innecesario, demasiado que se provoca simplemente porque algunas personas tienen endurecida la sensibilidad hacia los sentimientos de los demás. ¡A veces incluso parece que el universo lo inventó el marqués de Sade!

Echó atrás la cabeza y soltó una risa histérica.

—Y no creo en que haya que expiar los pecados —siguió—. ¿No es espantoso, no es completamente absurdo que prácticamente todas las religiones se basen en el principio de la expiación de los pecados cuando de hecho no existe nada como la culpabilidad?

—Lo siento —dijo el escritor de más años. Se frotó la frente—. Yo no estoy en condiciones de hablar de Dios.

—Oiga, yo no estoy hablando de Dios —dijo Miss. Jelkes—. ¡Estoy hablando de la iguana!

—Trata de decir que la iguana es una criatura de Dios —dijo el escritor de menos años.

—Pues esa criatura de Dios concreta —dijo el mayor— ahora está en manos del hijo de la *Patrona*.

—Esa criatura de Dios concreta —exclamó Miss. Jelkes— ahora está atada un pelo justo debajo de mi puerta, y por tarde que sea se me ocurre que voy a ir a despertar a la *Patrona* para decirle que la tienen que soltar o por lo menos llevársela a un sitio donde yo no la pueda oír.

El escritor más joven ahora se reía con una vehemencia de borracho.

—¿De qué te estás riendo? —le preguntó el mayor.

—¡Si va a despertar a la *Patrona* puede pasar cualquier cosa!

—¿Qué? —preguntó Miss. Jelkes. Lanzó una ojeada inquieta a los dos hombres.

—Eso es completamente cierto —dijo el de más años—. ¡Una cosa que no toleran los mexicanos es que les interrumpan el sueño!

—Pero ¿qué puede hacer esa mujer más que disculparse y llevársela? —preguntó Miss. Jelkes—. Después de todo, resulta una cosa bastante espantosa poner a un lagarto atado bajo la puerta de una mujer y esperar que ésta duerma con todo ese ruido que no se interrumpe en toda la noche.

—Podría no durar toda la noche —dijo el escritor mayor.

—¿Y qué lo va a impedir? —preguntó Miss. Jelkes.

—La iguana podría dormirse.

—¡Nada de eso! —dijo Miss. Jelkes—. ¡Esa criatura está frenética y lo que está pasando debe de ser una pesadilla!

—A usted la molestan mucho los ruidos, ¿no? —preguntó el escritor de más años. Aquello era, claro, una pulla a Miss. Jelkes por sus quejas sobre la radio. Ésta se dio cuenta y celebró la oportunidad que le brindaba para defenderse y explicarse. Consideró que aquél era el momento perfecto para echar abajo todas las barreras.

—¡Cierto! ¡Claro que me molestan! —admitió sin aliento—. Verá, tuve

problemas con los nervios hace unos cuantos años y, aunque esté mucho mejor de lo que estaba, el sueño me resulta más necesario que a las personas que no han pasado por una prueba tan terrible. Durante meses y meses no he sido capaz de dormir sin un calmante, a veces dos. Ahora me fastidia mucho ser una molestia para la gente, plantear exigencias irracionales, porque siempre estoy ansiosa por llevarme bien con la gente, y no sólo de modo pacífico, sino *cordial*... incluidos los desconocidos con los que casi no *hablo*. Con todo, a veces pasa que...

Hizo una pausa. Se le había ocurrido una idea maravillosa.

—¡Ya sé lo que voy a hacer! —exclamó. Sonrió radiante en dirección al escritor de más años.

—¿Qué es? —preguntó el más joven. Su tono estaba lleno de desconfianza, pero Miss. Jelkes también le sonrió.

—¡Me cambiaré de sitio!

—¿Va a dejar el *Costa Verde*? —sugirió el más joven.

—¡No, no, no! ¡Nada de eso! ¡Es el hotel más agradable en el que he estado alojada nunca! Me refiero a que me cambiaré de habitación.

—¿Y a cuál se cambiará?

—A una de éstas —dijo Miss. Jelkes—, a este extremo de la galería. Ni siquiera quiero esperar hasta mañana. Me cambiaré ahora mismo. Todas estas habitaciones están vacías, no existirá ninguna objeción, y si la hubiera, me limitaré a explicar que me era totalmente imposible dormir con ese lagarto haciendo ruido la noche entera.

Giró rápidamente sobre sus talones, tan rápido que casi cae al resbaladizo suelo, contuvo la risa y se apresuró hacia su dormitorio. Sin pensarlo, agarró algunas de sus pertenencias, se las puso en los brazos y volvió a apresurarse de vuelta hacia el extremo de la galería donde los escritores celebraban una consulta en voz baja.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó Miss. Jelkes.

—Tenemos dos habitaciones —dijo el escritor de menos años fríamente.

—Sí, una cada uno —dijo el mayor.

—¡Ya, claro! —dijo Miss. Jelkes—. Pero no quiero cometer el embarazoso error de ocupar una de sus camas, caballeros.

Se rió alegremente ante esto. Era el tipo de observación que les demostraría a sus nuevos conocidos lo lejos que estaba de ser tradicional y mojigata. Pero los escritores no se mostraron dispuestos a reír con ella, de modo que Miss. Jelkes se aclaró la voz y se dirigió sin pensarlo hacia la puerta más cercana, dejando caer un peine y un espejito al hacerlo.

—¡Siete años de mala suerte! —dijo el más joven.

—¡No se ha roto! —dijo ella jadeando—. ¿Puede echarme una mano? —preguntó al escritor de más años.

Éste se levantó inseguro y colocó los objetos caídos en el desordenado montón que ella tenía en los brazos.

—Lamento causarles tantas molestias —dijo ella jadeando patéticamente. Luego

se volvió otra vez hacia la puerta más cercana.

—¿Está desocupada?

—No, es la mía —dijo el más joven.

—Entonces ¿qué tal *ésta*?

—Ésa es la mía —dijo el de más años.

—Suenan como si jugáramos a las cuatro esquinas —dijo Miss. Jelkes riendo—. Muy bien, querido mío... supongo que podré quedarme en *ésta*.

Se dirigió a toda prisa a la puerta con tela metálica del otro lado de la habitación del escritor de menos años, consciente de que al hacer eso quedaría dentro del alcance de las conversaciones nocturnas de los hombres, un misterio que la llevaba semanas torturando. Ahora podría escuchar todas las palabras que cruzaban entre ellos, a no ser que se susurrasen al oído uno al otro.

Entró en el dormitorio y cerró ruidosamente la puerta de tela metálica.

Encendió la luz que colgaba del techo, dejó rápidamente los objetos que traía con ella en una habitación que era idéntica a la que había dejado, y luego se desplomó en una cama metálica blanca idéntica.

Había silencio en la galería.

Sin levantarse se estiró hacia arriba para tirar del cordón de la bombilla. Su pálida luz amarilla quedó remplazada por el fresco torrente de la blanca luz de la luna que entraba por el mosquitero de la ventana y la tela metálica de la puerta.

Se quedó tumbada con los brazos descansando a los costados y todos los nervios hormigueándole de emoción ante el éxito espontáneo de una estrategia llevada a cabo con más dominio que si le hubiera llevado días prepararla.

Durante un momento continuó el silencio en el exterior de su nueva habitación.

Luego la voz del escritor de menos años pronunció:

—¡Las cuatro esquinas!

En la galería se oyeron dos carcajadas. Las risas continuaron sin freno hasta que Miss. Jelkes notó que le ardían los oídos en la oscuridad como si tuviera unos rayos de intensa luz concentrados en ellos.

Aquella noche no hubo más conversaciones, pero Miss. Jelkes oyó el arrastrarse de los pies de los hombres cuando se levantaron de las hamacas y avanzaron por la galería hasta los escalones de más allá y los bajaron.

Miss. Jelkes se sentía muy herida, peor de lo que se había sentido herida la tarde anterior, cuando se había quejado de la falta de pudor del joven en la playa. Mientras estaba allí tumbada, encima de la dura cama blanca que olía a amoníaco, notó que se acercaba uno de aquellos aniquiladores accesos de neurastenia que la habían llevado al ataque de hacía seis años. Estaba demasiado débil para resistirse a él, se apoderaría de ella y sabe Dios lo cerca que la llevaría del límite de la locura e incluso más allá. ¡Qué carga tan insufrible, por qué la tenía que soportar ella, ella que por naturaleza era tan humana y amable que hasta el sufrimiento de un lagarto le hacía daño! Volvió la cabeza hacia la fresca y blanca almohada y lloró. Le gustaría ser escritora. Si fuera

escritora le sería posible decir cosas que sólo Picasso había llevado a la pintura. Pero si las decía, ¿las creería alguien? ¿Era comunicable a otra persona su sensación de lo grotesco que era el mundo? ¿Y por qué debería expresarse si lo era? ¿Y por qué, sobre todo, hacía el tonto de aquel modo debido a su desesperada necesidad de encontrar consuelo en la gente?

Notaba que la mañana iba ser implacablemente cálida y brillante, y daba vueltas en la cabeza a la lista de neurosis que podrían apoderarse de ella. Todo lo que es irreflexivo y automático en los organismos sanos, para ella podía adquirir un aire de extravagante novedad. El acto de respirar, el latir de su corazón y el mismo proceso de pensar serían algo consciente si se apoderaba de ella la peor de todas las neurosis; ¡y haría presa en ella porque le tenía mucho miedo! El precario equilibrio de sus nervios quedaría completamente desbaratado. Todo su ser quedaría convertido en un aparatito febril que producía miedos, miedos que no se podían expresar con palabras debido a su intensidad que lo abarcaba todo, y aun suponiendo que pudieran llevarse al lenguaje y de ese modo ser susceptibles de ofrecer un consuelo al expresarlos... ¿quién había en el *Costa Verde*, aquella roca sin sombra de junto al océano, al que pudiera dirigirse salvo a aquellos dos escritores jóvenes que parecían despreciarla? ¡Qué espantoso era estar a merced de personas sin piedad!

Ya me estoy dejando vencer por la autocompasión, pensó.

Se puso de lado y buscó entre los objetos de la mesita de noche la pequeña caja de cartón con los sedantes. La ayudarían a pasar la noche, pero mañana... ¡ay, mañana! Se quedó allí llorando insensatamente, oyendo incluso desde aquella distancia los esfuerzos de la iguana cautiva por librarse de la cuerda y huir entre la maleza...

II

Cuando Miss. Jelkes despertó todavía no había llegado la mañana. La luna, sin embargo, había desaparecido del cielo y ella estaba tumbada en una oscuridad que hubiera sido completa de no ser por las pequeñas rendijas de luz que llegaban por la pared de la habitación de al lado, la ocupada por el escritor de menos años.

No le llevó mucho comprender que el escritor más joven no estaba solo en su habitación. No hablaban, pero el tipo de sonidos que llegaban a intervalos a través del tabique le hicieron estar segura de que en ella había dos personas.

Si hubiera podido levantarse de la cama y atisbar por una de las rendijas sin traicionarse a sí misma, lo habría hecho, pero sabiendo que podrían oír cualquier movimiento, permaneció acostada y con la mente alerta debido a la desconfianza que antes sólo había sido una extrañeza inconcreta.

Por fin oyó que hablaba alguien.

—Será mejor que apagues la luz —dijo la voz del escritor más joven.

—¿Por qué?

—Hay rendijas en la pared.

—Pues mucho mejor. Estoy seguro de que por eso se trasladó aquí esa mujer.

El de menos edad alzó la voz.

—¿No crees que cambió de habitación por lo de la iguana?

—Coño, claro que no, eso sólo fue una excusa. ¿No te fijaste en lo encantada que estaba consigo misma, como si hubiera conseguido hacer algo brillante de verdad?

—Apuesto lo que sea a que nos escucha en este mismo momento —dijo el más joven.

—Seguro que sí, sin la menor duda. Pero ¿qué puede hacer?

—Ir a ver a la *Patrona*.

Los dos rieron.

—La *Patrona* quiere echarla —dijo el más joven.

—¿Quiere de verdad?

—Sí. Está loca porque se vaya. Incluso le ha dado instrucciones al cocinero para que le eche más sal en la comida.

Rieron los dos.

Miss. Jelkes se dio cuenta de que se había levantado de la cama. Estuvo parada sin decidirse en el suelo frío durante un momento y pronto se dirigía a toda prisa hacia la puerta de tela metálica y llegaba a la puerta de la habitación del escritor más joven.

Llamó con los nudillos a la puerta, manteniendo cuidadosamente los ojos apartados del iluminado interior.

—Adelante —dijo una voz.

—Prefiero que no —dijo Miss. Jelkes—. Esperaré aquí un momento a que salga usted.

—Claro —dijo el escritor de menos años. Dio unos pasos hasta la puerta, con sólo los pantalones del pijama puestos.

—Ah —dijo—. ¡Es usted!

Ella le miró sin la menor idea de lo que iba a decir o de lo que esperaba conseguir.

—Vamos a ver —dijo él bruscamente.

—Le he oído —tartamudeó ella.

—¿Y qué?

—¡No lo entiende!

—¿Qué?

—¡La crueldad! ¡Usted nunca la podrá entender!

—Pero usted sí entiende de espiar, ¿no?

—¡No estaba espiando! —exclamó ella.

Él soltó una fea palabra y, empujándola a un lado, salió al porche.

El escritor de más años dijo su nombre:

—¡Mike!

Pero éste sólo repitió la fea palabra y se alejó de ellos. Miss. Jelkes y el escritor de más años quedaron uno frente al otro. La violencia de Miss. Jelkes se había aplacado un poco. Se encontró menos tensa interiormente y unas lágrimas de consuelo empezaron a humedecerle los ojos. Fuera la noche cambiaba. Se había levantado viento y las olas que rompían al otro lado de la bahía rodeada de tierra que llamaban la *Caleta*^[8] ahora se oían.

—Va a haber tormenta —dijo el escritor.

—¿De verdad? ¡Me alegra! —dijo Miss. Jelkes.

—¿No quiere entrar?

—No estoy adecuadamente vestida.

—Yo tampoco.

—Bueno, entonces...

Entró. Bajo la bombilla desnuda y sin las gafas de sol, la cara de él le pareció más vieja, y los ojos, que anteriormente ella no había visto, tenían la mirada que muchas veces acompaña a una enfermedad incurable.

Miss. Jelkes se fijó en que él estaba buscando algo.

—Las tabletas —murmuró.

Ella las vio la primera entre un montón de papeles.

Se las tendió.

—Gracias. ¿Quiere una?

—Ya he tomado una.

—¿Cuáles son las tuyas?

—Seconal. ¿Y las tuyas?

—Barbital. ¿Son buenas las tuyas?

—Maravillosas.

—¿Cómo hacen que se sienta? ¿Como un nenúfar?

—Sí, ¡como un nenúfar en un estanque chino!

Miss. Jelkes rió con auténtica alegría pero el escritor sólo respondió con una débil sonrisa. Su atención nuevamente se apartaba de ella. Estaba quieto delante de la puerta de tela metálica como un chico preocupado porque aparecieran sus padres.

—A lo mejor debería...

La voz le vaciló. Miss. Jelkes no se quería marchar. Quería quedarse allí. Se sentía a punto de decirle cosas inexpresables a aquel hombre cuyas características especiales eran como las suyas propias en muchos aspectos esenciales, pero el que el escritor le diera la espalda no la invitaba a quedarse. Él volvió a gritar el nombre de su amigo. No hubo respuesta. El escritor, que seguía junto a la puerta, se dio la vuelta con un murmullo de preocupación, pero su atención no se dirigía a Miss. Jelkes.

—Su amigo... —tartamudeó ella.

—¿Mike?

—¿Es, bueno... la persona adecuada para usted?

—Mike está indefenso y yo siempre me siento atraído por las personas indefensas.

—¿Y usted? —dijo ella torpemente—. ¿Qué pasa con usted? ¿Es que no necesita la ayuda de nadie?

—¡La ayuda de Dios! —dijo el escritor—. A falta de eso, tengo que depender de mí mismo.

—Pero ¿no es posible que con la ayuda de otra persona, de alguien más sensato, más como es *usted mismo*...?

—¿Se refiere a *usted*? —preguntó él sin rodeos.

Miss. Jelkes se libró de la necesidad de responder de uno u otro modo, pues en ese momento se había desencadenado una tremenda violencia al otro lado de la puerta de tela metálica. La tormenta que se había cernido sobre el horizonte ahora descargaba hacia ellos. No de modo continuo, sino con estallidos súbitos y alternando con retiradas, como una ave gigante que acometiera sobre su presa terrestre, una ave con unas inmensas alas blancas y un pico de furia divina que atacaba el saliente de la roca en el que se alzaba el *Costa Verde*. Una y otra vez la noche entera quedaba blanca y vibraba, pero había algo frustrante en el ataque de la tormenta. Parecía proceder de una voluntad contrariada. En caso contrario la estructura de la escena se hubiera hundido. Pero el ave blanca gigante no sabía dónde estaba golpeando. Su furioso pico estaba ciego, o a lo mejor el pico...

Puede que Miss. Jelkes estuviera justo al borde de adivinar más cosas de Dios de lo que un mortal debiera... cuando de pronto el escritor se había echado hacia adelante y metido sus rodillas entre las de ella. Miss. Jelkes se fijó en que él se había quitado la toalla que le envolvía y ahora estaba completamente desnudo. No tuvo tiempo de hacerse preguntas, ni siquiera de sentir demasiada sorpresa, pues en los momentos siguientes, y por primera vez en sus treinta años de soltera, interpretaba una comedia, hacía como si se defendiera. Él arremetía contra ella como el ave

blanca ciega de furia. Con una mano él trataba de subirle la falda de la bata mientras que con la otra abría el frágil contenido de su pecho. La tela de arriba se abrió. Ella gritó de miedo cuando aquellos dedos de ave de presa se le hundieron en la carne. Pero no se rindió. No era que ella misma opusiera resistencia, sino que el demonio de la virginidad que ocupaba su carne luchaba contra el asaltante con más furia de la que él atacaba. Y su demonio venció, pues súbitamente el hombre dejó su falda y los dedos abandonaron su magullado pecho. Un sonido como de sollozo en la garganta de él, que cayó contra ella. Miss. Jelkes notó como un golpeteo de alas contra su tripa, y luego una humedad hirviente. Luego él se desentendió por completo de ella, que se dejó caer en la silla que se había mantenido recatadamente tiesa durante la lucha, de un modo tan ridículo como ella misma había mantenido la posición vertical. El hombre sollozaba. Y entonces se abrió la puerta de tela metálica y entró el escritor de menos años. Miss. Jelkes se libró automáticamente del húmedo abrazo de su fallido asaltante.

—¿Qué es esto? —preguntó el más joven.

Repitió la pregunta varias veces, inconsciente pero airadamente, mientras sacudía a su amigo mayor, que no podía dejar de sollozar.

Yo no soy de este sitio, pensó Miss. Jelkes y, acompañando la acción al pensamiento, salió tranquilamente por la puerta de tela metálica. No volvió de inmediato a su habitación de al lado, sino que corrió galería adelante hacia la habitación que ocupaba antes. Se arrojó en la cama, que estaba tan fría como si nunca se hubiera tumbado en ella. Agradeció eso y el final de la furia de fuera. El ave blanca se había ido y el *Costa Verde* había sobrevivido a su ataque. Ahora no había más que lluvia, que repiqueteaba sin mucha energía, y a lo lejos el sonido del océano sólo un poco más claro de lo que había sido antes del asalto del ave gigante. Miss. Jelkes se acordó de la iguana.

¡Ah, claro, la iguana! Quedó allí tumbada con el oído a la escucha del doloroso sonido de su forcejeo, pero no había más sonido que el del tranquilo fluir del agua. Miss. Jelkes no pudo contener su curiosidad, conque finalmente se levantó de la cama y miró por el borde de la galería. Vio la cuerda. Vio la extensión total de la cuerda allí caída sin la menor tensión, pero no a la iguana. La criatura atada a la cuerda se las había arreglado para escapar. ¿Era la voluntad de Dios lo que hizo que tuviera lugar aquella liberación? ¿O era más razonable suponer que había sido Mike, el hermoso, indefenso y cruel, quien había soltado a la iguana? No importaba. No importaba quién lo hubiera hecho. La iguana se había ido, se había perdido entre la maleza y, ¡con cuánto agradecimiento debía de estar respirando ahora! Y ella también sentía agradecimiento, pues de algún modo igualmente misterioso la cuerda asfixiante de su soledad había quedado cortada también por lo que había pasado aquella noche sobre aquella árida roca de encima de las quejumbrosas aguas.

Ahora tenía sueño. Pero justo antes de quedar dormida recordó, y volvió a notar la humedad, ahora volviéndose fría pero todavía pegada a la carne de su tripa como

un beso leve pero persistente. Acercó tímidamente los dedos a ella. Esperaba que los iba a retirar con repugnancia, pero no sintió nada de eso. Se la tocó con curiosidad, incluso con compasión, y no retiró la mano durante un rato. *Ah, la vida*, pensó y estaba a punto de sonreír ante la originalidad de su pensamiento cuando la oscuridad se impuso a la mirada hacia el exterior de su mente.

El poeta

The Poet (1948)

El poeta destilaba sus propias bebidas alcohólicas y se había hecho tan competente en ese arte que podía producir licores fermentados a partir de casi cualquier tipo de materia orgánica. El licor lo llevaba en un caneco sujeto en el cinturón, y cada vez que el cansancio se apoderaba de él, hacía alto en algún lugar solitario y se llevaba el caneco a los labios. Entonces, lo mismo que una burbuja de jabón atravesada por un rayo de luz, el mundo cambiaba de color y quedaba atravesado por una gran vitalidad que se abría paso en él como un océano ilimitado. Quedaba desplazada la superficialidad habitual de las impresiones, y sus sentidos se combinaban en un único rayo perceptivo que le dejaba ciego para los fenómenos y experiencias de menos categoría, lo mismo que las velas quedarían eclipsadas en una cámara de cristal expuesta a un sol en su cénit un día sin nubes.

Llevaba una existencia de benévola anarquía, pues nadie de su época era más ajeno que él a la influencia de los estados y las organizaciones. En las zonas pobladas podía subsistir como un carroñero dedicado a alimentarse de los desperdicios de los demás, pero en terreno abierto vivía como un rumiante a base de todo tipo de cosas verdes que le admitiera el estómago.

Hombre alto y anguloso, con ojos turquesa y una piel ámbar clara, poseía la tersura y belleza de una escultura. Esa belleza no le permitía pasar desapercibido. Nunca había buscado el menor contacto con las personas a no ser la ideal de un público ideal y poeta, pero a veces ocurría que el deseo sexual de desconocidos le visitaba. Esto sucedía cuando el agotamiento corporal se apoderaba de él después de una gran expansión de la visión y se arrastraba en busca de refugio en un patio. Mientras descansaba allí, algún ser anónimo que pasase, y que merodeaba por los callejones de noche, podía llegar a fijarse en el poeta y buscar su compañía con dedos cálidos exploradores y labios voraces. Con la luz del día el poeta despertaba y encontraba su ropa desgarrada y a veces no sólo una humedad de bocas en la piel, sino dolorosas magulladuras, y a veces también una moneda o un anillo o alguna otra muestra de agradecimiento metida en el bolsillo o en la palma de su mano, pero se arreglaba la ropa y continuaba su camino sin la menor vergüenza ni resentimiento, y la breve permanencia húmeda de esos abrazos duraba más que su recuerdo de ellos.

Por suerte sucedía que el buscarse la existencia en él se había vuelto algo automático. No ocupaba ninguno de sus pensamientos y no interfería con la vida

interior del hombre. No escribía los poemas, pues su genio residía en la palabra hablada. Un periodo anterior de su vida lo había pasado dedicado a una especie curiosa de evangelización. Entonces iba a sitios frecuentados por la gente y soltaba discursos exaltados. Raramente pasaba día sin que ejercieran alguna violencia sobre él. A menudo le encarcelaban y, todavía con mayor frecuencia, le pegaban. Pero poco a poco la rabia fue purificándose de su naturaleza. Veía lo de infantil que tenía. Luego se mantuvo en silencio durante un tiempo. Entraba en los lugares públicos, paseaba la vista alrededor y se marchaba, sin dirigirse a nadie. Durante varios años continuó con esta retirada al silencio. Cuando estaba sin nada de dinero, el carácter de sus discursos cambiaba por completo. La ira moral daba paso a la narración de historias maravillosas que contaba al aire libre. Entonces encontraba su público entre los adolescentes, chicos y chicas que se hallaban en ese breve y vacilante estado breve y dubitativo situado entre la llegada de la sabiduría y su voluntario rechazo, algo que constituye la condición para que los jóvenes sean admitidos por los estados sociales sin que cuente nada de lo que en su modo de ser era puro. El poeta había aprendido que sólo podía encontrar su público en ese grupo de edad concreto. Ahora, fuera donde fuese, reunía a su alrededor a jóvenes y hermosos oyentes de historias. Los captaba a la entrada de los colegios, y en parques y terrenos de juego. Su mera presencia hipnotizaba a los jóvenes. Instintivamente le reconocían como el hombre que se atrevía a oponerse a la voluntad de las organizaciones a las que ellos se verían obligados a rendirse. Los adultos consideraban que era un chiflado inútil, pero a los jóvenes los atraía con su misterioso anhelo y se colgaban de sus palabras como las abejas se arremolinan sobre el cáliz inagotable de una flor.

El que ama a los jóvenes ama también el mar. Por lo tanto era natural que la última fase de la vida del poeta transcurriera en la costa. Ya llevaba diez meses viviendo en una costa tropical cuyo asombroso panorama de mar abierto y cielo proporcionaba a sus historias una *mise en scène* ideal. Habitaba en una choza hecha con madera rescatada del mar. No recordaba si la había construido él mismo o si ya se la encontró levantada. Estaba situada en un punto donde la playa se curvaba suave y amablemente hacia tierra, y se alzaba en un promontorio semejante a un abanico de dunas doradas. En un gran tambor metálico, devuelto por el mar después de un naufragio, había destilado su licor de abrasadora potencia y mantenía este depósito

enterrado en la arena detrás de su refugio de madera.

Todas las veces que les hacía una señal, los miembros de su joven público se reunían a su alrededor, y cada vez venían más, y cada vez desde aldeas que se encontraban más y más apartadas. El poeta ya llevaba largo tiempo considerando que sus historias hasta entonces habían sido poco más que ejercicios previos a una gran efusión auténtica que sería más una creación plástica que verbal. Notaba que tenía esa culminación cada vez más a mano. Su inminencia se anunció en su interior en forma de fiebre. El cuerpo le ardía, se le consumía; y se le encaneció el dorado pelo. Se le había dilatado el corazón. Se le hincharon las arterias. A veces le parecía que un ícubo hacía presa en su pecho, y que aquel pequeño nudo púrpura que era su cabeza golpeaba contra sus costillas, mientras los miembros pataleaban y se retorcían en convulsiones. De cuando en cuando le brotaba sangre arterial por boca y nariz. Notaba que estos anuncios del inexpresable ataque de la muerte le asediaban, pero conservó la fuerza suficiente para mantenerlos a raya hasta que terminó por producirse el acontecimiento para el que vivía. Se produjo aquel verano, a finales del agitado mes de agosto. La noche que precedió a su llegada, el poeta había vagado por la playa en un estado de delirio en el que le parecía subir una empinada cuesta sin el menor esfuerzo ni quedarse sin respiración durante el ascenso, y al alcanzar la cima pudo ver debajo, como la imagen de un rompecabezas con todas sus piezas ajustadas, la totalidad de su vida en la tierra. Consideró triunfante que las dispersas posibilidades habían formado un dibujo y que el dibujo podía encerrarse en una visión. Cuando llegó la mañana, ésta le empujó a desandar todo el camino recorrido, pero él sabía con qué finalidad. Era para llamar a los chicos. Debía encender una hoguera, una señal que convocaría a los chicos. Se puso a prepararla de inmediato. Sin embargo, y por primera vez, resultó difícil reunir materiales inflamables. Los trozos de madera seca parecían separados por kilómetros. Rebuscó en las dunas y entre la maleza enmarañada, hasta que los nudillos le sangraron y el ícubo del pecho se abrió paso entre la jaula de sus frágiles costillas. Cuando finalmente contó con la suficiente para encender la señal, se alzó el viento y tuvo que protegerse contra él. Tuvo que agacharse sobre las llamas hasta que éstas le ennegrecieron el pecho, y tuvo que abrazar los llameantes palos para que no se dispersaran. Entonces, súbitamente, la resistencia cesó. El océano recuperó el viento. El aire estaba detenido y el océano parecía sorprendido como una estatua en un fulgor tranquilo, y ahora la columna de humo se alzaba poco densa y derecha como un árbol sin ramas. El poeta se alejó del punto donde sufría tan terriblemente, arrastrándose sobre pies y manos hasta el misericordioso y reconstituyente contenido del tambor. Con sólo probarlo, volvió a ponerse de pie. Una vez más, y por último, el océano ilimitado se encrespó y rompió en sus venas; aquel océano escarlata donde se balanceaba un endeble barco, lo que es estar vivo.

La columna de humo pronto atrajo la atención de los chicos. Con caras levemente iluminadas por las primeras luces, se alzaron como pájaros de las aldeas para

emprender el ascenso de las laderas y dejarse caer dementemente por ellas, pasando junto a los campos cercados donde sus padres trabajaban la tierra, pasando delante de puertas donde había ancianas encogidas en un embotado asombro ante su paso agitado, pasando ante todo lo estático, empujados como estaban por un demonio que los hacía avanzar deprisa, respondiendo como sólo los de su edad podrían responder a algo tan poco sólido como el humo, pero que constituía una visión prometedora.

El poeta distinguió sus gritos desde muy lejos, y supo que se acercaban. Se levantó de junto al tambor y caminó erguido y poderoso hasta el extremo de la playa donde aparecerían los chicos. Habiéndose librado de la ropa durante el trayecto, con el cuerpo desnudo y brillando de sudor, los chicos superaron la última duna que los separaba y rodearon la figura del poeta que esperaba.

El poeta hizo que descansaran delante de su refugio de maderas rescatadas del mar. Se colocó en el centro e inició su historia. El andamiaje de los cielos se mantenía muy alto y el poeta procedió a fabricar unas escaleras de mano para los chicos. Éstos olvidaron sus juguetes. Las muñecas hechas con madera de naufragios que él había tallado para los chicos les cayeron de las manos cuando empezaron a tomar parte en la acción relatada. Se perseguían unos a otros entre las bufandas de espuma. Sus saltos eran prodigiosos, sus gritos eran interminables, y siempre le llamaban para que les diera otra clase, estirando los cansados brazos como el armazón de un barco en un océano borracho. El poeta los empujaba a comprender el éxtasis de su visión y cómo con ésta un hombre podría abandonar su cuerpo. Ante la ladeada pared de la casa de madera rescatada del mar, sus ojos les lanzaban flechas de luz azul pálido, y se echaba hacia adelante, gesticulaba e imitaba al océano. Un enorme caballo de juguete azul parecía haberse soltado entre ellos y sus penachos eran de un azul de humo que el cielo no podía retener y por eso los dejaban irse.

La historia continuó hasta el crepúsculo, y en ese momento los padres de los chicos vinieron a por ellos. Los hombres de las aldeas habían terminado por desconfiar del poeta. Ahora rodeaban su refugio y le llamaban. El poeta salió y se mantuvo exhausto entre ellos, mirándolos casi sin verles las caras, ahora que la poesía había abandonado su cuerpo dejándole viejo, encogido y gris. Sin más explicación, le dijeron que se fuera. El poeta asintió, mostrándose de acuerdo con su orden, y frunció el entrecejo de dolor al ver a los niños que se alejaban por la playa entre sus solícitas

madres.

Cuando todos los grupos dispersos se habían perdido de vista, el poeta regresó a su casa. Envolvió en un trozo de trapo salado su pequeña colección de objetos, recuerdos de distancias recorridas junto al océano. Dijo adiós al océano. Se despidió de él gravemente con una de las manos, que eran como aflechados esqueletos de pájaro. Se dirigió tierra adentro después de sus diez meses de estancia a orillas del océano. Cuando hubo coronado con un esfuerzo que le dejó sin respiración la duna más alta y se había vuelto y mirado a sus espaldas hacia donde su refugio de maderas rescatadas del mar parecía más pequeño de lo que de hecho era mientras quedaba al cuidado de la noche creciente y del vacío que ya se imponía al borde de la rompiente, consideró que al fin había gastado todo su oro y que sólo le quedaba el sonido metálico del cobre. De pronto se resistió ante la idea del exilio. Estaba ligado a aquel lugar por más de diez meses de costumbres. Era el sitio donde finalmente había contado su mejor historia, y si le recordaban, sólo le recordarían aquí, y sólo los niños de aquella región costera.

Vacilando de agotamiento, el poeta volvió sobre sus pasos. Todavía durante un momento, mientras se acercaba al océano, el cerebro lo contenía. Su visión todavía lo incluía. Luego el océano se balanceó y se partió, y de él brotó una oscuridad tremenda que se precipitaba hacia él. El poeta cayó en la playa. Su cuerpo permaneció en aquel sitio durante mucho, muchísimo tiempo. El sol, la arena y el agua lo bañaban constantemente y se lo llevaron todo excepto los huesos y las rígidas vestiduras blancas.

Los niños, alejándose más de lo habitual de sus casas sin que ninguna señal los convocase, llegaron al anochecer hasta el esqueleto del poeta. Se habían hecho mayores, pero aún no habían renunciado a sus sentimientos de ternura. Formaron un círculo alrededor del esqueleto del poeta, desconcertados y afligidos, conscientes de una pérdida que no se podían comunicar entre sí. Finalmente, uno de ellos se dirigió al gran tambor metálico que contenía el licor del poeta. Habiendo visto beber una vez al poeta de él, ahuecó la mano y bebió un poco. Los otros le siguieron. El licor les recorrió el cuerpo y los hizo tambalearse. De pronto se pusieron muy borrachos y, de común acuerdo, se tumbaron en la arena junto al enorme tambor metálico detrás de la choza hecha de madera rescatada del mar, estrechando sus cuerpos unos contra otros.

No lejos de la orilla dos navíos entablaban batalla. Uno de ellos se hundió, y cuando cayó la noche, los cuerpos de los marineros ahogados fueron arrojados a la playa. Los niños, por entonces ya agotados, andaban por la playa y miraban los cuerpos, que ya estaban empezando a adquirir un aspecto corrupto. Entre ellos, sólo el esqueleto del poeta parecía inmune a la desintegración. Y por última vez, pues ahora ya todos eran lo bastante mayores como para que estados y organizaciones los alistaran, los niños notaron remotamente la presencia de algo más allá de la región de la materia. Entonces volvieron rumbo a casa. El viento levantaba olores de humo y muerte mientras regresaban a sus aldeas, de las que nunca volverían a alzar el vuelo

como golondrinas cuando el humo lejano los convocara. ¡Aquí está la visión!

Rubio y Morena

Rubio y Morena^[9] (1948)

Kamrowski, el escritor, tenía muchos conocidos, en especial ahora que su nombre había empezado a adquirir cierta notoriedad pública; también tenía unos cuantos amigos que había conservado a lo largo de los años del modo en que uno conserva unos cuantos libros que ya ha leído muchas veces pero de los que no desea desprenderse. Esencialmente era un hombre solitario, no autosuficiente, aunque vivía como si lo fuera. Nunca había sido capaz de creer que nadie se preocupara sinceramente de él, y tal vez nadie se preocupaba. Cuando las mujeres le trataban con ternura, lo que pasaba a veces a pesar de su reserva, sospechaba que trataban de darle gato por liebre. No estaba cómodo con ellas. Incluso le molestaba sentarse frente a una mujer en la mesa de un restaurante. No podía devolverle la mirada desde el otro lado de la mesa ni prestar atención a las cosas brillantes que le estaba diciendo. Si ella llevaba algún adorno en el cuello o en la solapa de la chaqueta, Kamrowski mantenía los ojos fijos en él y lo miraba con tal intensidad que al final la mujer interrumpía la conversación para preguntarle por qué lo encontraba tan fascinante, e incluso llegaba a quitárselo del vestido, poniéndolo en la mesa, para que lo examinase desde más cerca. Cuando se acostaba con una mujer muchas veces el deseo abandonaba su cuerpo en cuanto se quitaba la ropa y se ofrecía desnudo ante ella. Notaba los ojos de la mujer, mirándole, valorándole, complicando las cosas, y el deseo huía de él como el agua, dejándole tan inmóvil como un cuerpo muerto sobre la cama, al lado de ella, insensible a sus caricias y ardiendo de deseo, con una sensación de repulsión hacia la mujer si ésta insistía en despertar su pasión. Pero cuando la mujer renunciaba a intentar nada, cuando finalmente se apartaba del cuerpo impasible de él y se dormía, Kamrowski se daba la vuelta poco a poco, ardiente de deseo, sin la menor vergüenza, y empezaba a acercarse a la mujer hasta que, con un gemido de ansiedad, superior al miedo que le había tenido, la despertaba de su sueño con la urgencia brutal de un toro en una cópula sin amor.

Aquél no era el tipo de acto amoroso al que las mujeres respondieran con demasiadas ganas. En él no había ternura, ni antes ni después de completar el acto. Primero había un gélido desconcierto y una saciedad después, que le hacían ser brusco y grosero, y casi le dejaban sin habla. Se consideraba un hombre al que no le iba bien con las mujeres, y por ese motivo sus relaciones con ellas habían sido infrecuentes y efímeras. Se trataba de una especie de impotencia psíquica de la que estaba amargamente avergonzado. Consideraba que no se podía explicar, de modo que nunca trataba de explicarla. Y en consecuencia se sentía solo e insatisfecho apartado de su obra. Era invariablemente amable con todo el mundo sólo porque encontraba más fácil serlo, pero olvidaba casi todos sus compromisos sociales, o si casualmente se acordaba de uno mientras estaba trabajando, suspiraba, sin demasiada intensidad, y seguía trabajando sin siquiera levantarse para llamar por teléfono y decir: «Le ruego que me disculpe, tengo mucho trabajo». Su entrega a su obra en realidad era absurda en cierto modo, porque no era un escritor especialmente bueno. De hecho, casi era tan tímido con lo que escribía como lo había sido en sus relaciones

con las mujeres. Escribía del modo en que hacía siempre el amor, con una sensación de aprensión, haciéndolo apresurada, enceguecida, febrilmente, como si tuviera miedo de no ser capaz de llevarlo a cabo.

Se podría preguntar por qué se ofrecen esos desagradables detalles clínicos antes del relato. Se hace con objeto de volver más comprensible la relación de la que trata el relato, una relación más bien singular entre Kamrowski, el escritor, y una chica mexicana, Amada, que se inició en Laredo, la ciudad de la frontera con México, un verano durante la guerra, cuando Kamrowski volvía de un viaje por el interior de México.

Por culpa de su apellido extranjero sospechoso, de su aspecto, y de su modo nervioso característico de hablar que fácilmente daba la impresión de que era un acento, a Kamrowski le habían detenido los aduaneros y los del servicio de inmigración de la frontera. Le habían confiscado la documentación para que la verificaran unos especialistas en falsificaciones, y Kamrowski se había visto obligado a quedarse en Laredo mientras se llevaba a cabo la comprobación. Había cogido habitación en el hotel Texas Star. Hacía un calor intenso la noche que pasó en ella. Se tumbó en el hundido somier de la cama, y fumaba. Como era una noche tan cálida, estaba tumbado allí desnudo con las ventanas abiertas, lo mismo que la puerta, a la espera de que su cuerpo recibiera algo de viento. La habitación estaba completamente a oscuras exceptuando su pitillo, y el pasillo del hotel casi carecía de iluminación. Hacia las tres de la mañana en su puerta apareció una silueta. Era tan alta que Kamrowski la tomó por la de un hombre. No dijo nada y se limitó a seguir fumando mientras la figura de la puerta parecía mirarle fijamente. Kamrowski había oído cosas sobre la conducta de los que se alojaban en el hotel Texas Star y por eso no le sorprendió que la puerta se abriera del todo y la silueta entrara y avanzase hasta el borde de la cama. Sólo cuando inclinó la cabeza sobre él y el espeso pelo negro se movió por encima del cuerpo desnudo, se dio cuenta de que la silueta era la de una mujer. «No», dijo, pero la visitante no hizo caso y al cabo de un rato Kamrowski se mostró de acuerdo con ella. Luego sintió placer y, al final, deleite. La relación había sido tan satisfactoria que por la mañana Kamrowski decidió que siguiera con él. No hizo preguntas a la mujer. Tampoco ella le hizo ninguna. Simplemente salieron juntos y aparentemente sin que importara adonde fueran...

Durante unos cuantos meses Kamrowski y la chica mexicana, que se llamaba Amada, viajaron por los estados del sur en un desvencijado automóvil que resistía de milagro, y la mayor parte del tiempo la chica fue sentada silenciosa al lado de él mientras el escritor iba entregado a sus propios pensamientos. De lo que pensaba la chica, él no tenía la menor idea y tampoco le interesaba demasiado. Sólo la vio volver la cabeza una vez, y eso cuando recorrían la calle principal de un pueblecito de Louisiana. Kamrowski volvió la suya para ver lo que miraba ella. Una chica negra con ropa chillona estaba parada en una esquina de la calle entre un grupo de blancos vestidos descuidadamente. Amada sonrió débilmente y asintió con la cabeza. Una

puta^[10], dijo, sólo eso; pero la débil sonrisa de reconocimiento se mantuvo en su cara durante un tiempo después de que la esquina se hubiera perdido de vista. Amada no sonreía con frecuencia y aquella vez lo hizo debido a la idea que le había pasado por la cabeza.

La compañía no era una cosa fácil y habitual para Kamrowski, ni siquiera la compañía de hombres. La chica era la primera con la que había vivido de modo tan continuado, y para su contento encontraba posible pasar por alto su presencia, que sólo era como un bienestar casi abstracto parecido al del calor o el sueño. A veces se notaba un poco desconcertado, sentía un poco de incredulidad con respecto a aquella relación que mantenía, aquel accidental contacto entre dos vidas tan diferentes. A veces se limitaba a preguntarse por qué la había llevado con él y no se lo podía explicar, por mucho que no lo lamentara. No se había dado cuenta, al principio, de la persona con aspecto tan curioso que era Amada; no hasta que otras personas se lo hicieron notar. A veces, cuando se paraban en una estación de servicio o entraban de noche en un restaurante, se fijaba en el modo que la miraban los desconocidos con algo así como asombro y animación, y entonces él también la miraba, y también él quedaba sorprendido por lo extraño de su aspecto. Era alta y de hombros estrechos, y la mayor parte de la carne del cuerpo se le concentraba en torno a las caderas, que eran tan grandes como la grupa de un caballo. Tenía unas manos tan grandes como las de un hombre, pero no tan competentes. Sus movimientos eran demasiado nerviosos, y los pies parecían resonarle con torpeza. Siempre estaba tropezando o enganchándose en algo por culpa de su desgarbado tamaño y sus torpes movimientos. Una vez la manga de la chaqueta le quedó sujeta en la puerta del coche, que había sido cerrada con fuerza, y en lugar de abrir la puerta tranquilamente y soltar la manga, se puso a lanzar unos gritos entrecortados de queja y a tirar de la manga atrapada hasta que la tela cedió y se desgarró un trozo. Después de eso él se fijó que le temblaba todo el cuerpo como si un grave problema acabara de poner a prueba sus nervios y, durante la cena en el restaurante del hotel, no dejaba de levantar la manga desgarrada, frunciendo el entrecejo al mirarla con expresión perpleja, como si no entendiera cómo había llegado a estar así; luego le miraba a él, con la cabeza ligeramente inclinada en expresión interrogativa, lo mismo que si estuviera preguntando si Kamrowski entendía lo que le había pasado a su manga desgarrada. Después de cenar, cuando habían subido a su habitación, sacó unas tijeras y recortó cuidadosamente la manga para darle forma. Él le apuntó que aquello hacía que la longitud de las dos mangas fuera distinta. «¡Ja, ja!», dijo la chica. Levantó la manga hacia la luz. Comprobó la diferencia por sí misma y empezó a reírse. Finalmente tiró la chaqueta a la papelera y se tumbó en la cama con un ejemplar de una revista de cine. Pasó rápidamente las páginas hasta que llegó a la foto de una joven estrella masculina en una playa. Se detuvo en esa página. Se acercó todavía más la revista a los ojos y la miró fijamente con su enorme boca abierta durante media hora, mientras Kamrowski estaba tumbado en la cama a su lado, cómodo, cálidamente

semiconsciente de ella, hasta que antes de quedarse dormido, y tan tranquilamente como si ya durmiera, se volvió para abrazarla.

Kamrowski había llegado a enamorarse de ella. Por desgracia, incluso resultaba menos coherente al hablar de esas cosas de lo que había sido cuando trató de escribir de ellas. No conseguía hacer que la chica entendiera la ternura que sentía hacia ella. No era un hombre capaz de decir: «Estoy enamorado de ti». Las palabras no le acudían a los labios, ni siquiera en la intimidad de la noche. Sólo podía hablar con el cuerpo y las manos. Con su mentalidad infantil, la chica debería de encontrar esto completamente desconcertante. No sería capaz de creer que él estaba enamorado de ella, pero igualmente debía de ser incapaz de entender los motivos de que él estuviera con ella. Kamrowski nunca entendería cómo se explicaba ella estas cosas a sí misma, si se las trataba de explicar, o si en realidad le importaban tan poco como parecía: no buscaba las razones de las cosas, sino que Amada se limitaba a aceptar que lo que pasaba era así de sencillo, sin más. No. Él nunca lo llegaría a saber. La oscura silueta de la puerta del hotel, que primero tomó por la de un hombre, no surgía a la luz. Se mantenía en sombra. *Morena*^[11]. Ella a veces le llamaba *Rubio*^[12] a él, cuando la tocaba. Y eso era ella. Algo moreno, oscuro. De piel oscura, pelo oscuro, ojos oscuros. Pero puede quererse al misterio tanto como a lo que se sabe, y había pocas dudas de que Kamrowski estaba enamorado de ella.

Sin embargo, se hizo evidente un cambio después de que llevaran viviendo juntos algo menos de un año, lo cual puede no parecer demasiado tiempo pero de hecho suponía una relación de duración sin precedentes en la vida de Kamrowski. Este cambio pareció tener diversos motivos, pero quizá el auténtico no era ninguno de los aparentes. La cuestión fue que la presencia de mujeres había dejado de inquietarle tanto. Aquel bloqueo nervioso descrito al principio había desaparecido casi por completo en virtud de la fácil relación con Amada, y así su libido había empezado a pedir un terreno de juego más amplio. La idea de la mujer ya no le castraba. Aquella sencilla chica medio india le había devuelto su orgullo de hombre. En el fondo, Kamrowski sabía esto y lo agradecía, pero uno no siempre devuelve un regalo con una manifestación externa. Y él los devolvía mal. Aquel invierno, que los dos pasaron en una ciudad del sur, él empezó a hacer vida social por primera vez en su vida, pues últimamente se había convertido en lo que se llama un Personaje y recibía mucha atención. Le era posible, ahora, ignorar el adorno del cuello de una mujer y devolver, al menos de cuando en cuando, la mirada de sus ojos sin excesivo esfuerzo. También le era posible realizar avances amorosos antes de que la mujer se pusiera a dormir.

Aquel invierno Kamrowski empezó a tener relaciones que duraban más de una noche, una en concreto con una joven que también era escritora y miembro del mundillo intelectual urbano. También ella tenía un defecto. Llevaba lentillas de contacto que solía quitarse antes de acostarse y Kamrowski le tuvo que pedir que no las dejara en la mesilla de al lado de la cama, sino en el pequeño cajón de la mesilla. Pero eso era una cuestión sin importancia en un asunto que iba sin problemas.

Empezó a hacer el amor con esta chica, Ida, de modo más regular de lo que lo hacía con Amada. Ahora, cuando Amada se volvía hacia él en la cama, muchas veces Kamrowski se apartaba de ella y hacía como que estaba dormido. Podía oír que empezaba a llorar a su lado. La mano de ella se movía curiosa por el cuerpo de él, y una vez Kamrowski le agarró la mano y la apartó bruscamente. Entonces ella se levantó de la cama. Él también se levantó, fue a la cocina y se sentó allí con una jarra de agua fría. Oyó que ella recogía sus cosas como antes había hecho tantas veces. Tenía un baúl enorme. El fondo del baúl estaba lleno de recuerdos, como cartas de restaurantes, fotografías de actores recortadas de revistas de cine, postales de todos los sitios en los que habían estado de viaje. A veces, mientras hacía el equipaje, Amada entraba brevemente en la cocina para recoger algún objeto, como una toalla que había robado en el cuarto de baño de un hotel. «¿Es tuya o mía?», preguntaba. Él se encogía de hombros. Ella le miraba con una expresión espantosa y volvía al dormitorio para continuar recogiendo sus cosas. Kamrowski sabía que por la mañana desharía las maletas. Por la mañana volvería a colocar las cartas y las postales de recuerdo en su sitio junto al espejo y la repisa de la chimenea, porque sin él no había sitio alguno al que ella pudiera ir; tampoco con él. Él no quería sentir pena por ella. Disfrutaba demasiado dejando que una sombra de arrepentimiento se cerniese pesadamente sobre él, así pensaba, para disculparse, durante tales escenas: Amada sólo era una puta de tercera división del hotel donde la encontró. ¿Por qué no era feliz? Bueno, ¡no le importaba ni un pimiento!

Y con todo, Kamrowski estaba muy contento, cuando terminó de beber la jarra de agua fría, al darse cuenta de que Amada ya no seguía haciendo el equipaje, sino que se había vuelto a acostar. Entonces podría hacer el amor con ella con mayor ternura que durante muchas de las semanas anteriores.

Fue la mañana después de un incidente así cuando Kamrowski notó por primera vez que la chica había empezado a robarle. A partir de entonces, cada vez que se vestía por la mañana, notaba que en los bolsillos tenía menos dinero que antes. Al principio ella sólo le quitaba las monedas, pero a medida que aumentaban las ganancias por su novela, Amada empezó a incrementar las cantidades que robaba, cogiendo billetes de dólar, luego billetes de cinco y diez dólares. Por fin, Kamrowski la tuvo que acusar. Ella lloró sin consuelo, pero no lo negó. Durante una semana no volvió a hacerlo. Luego empezó otra vez, primero con las monedas, pasando nuevamente a los billetes de mayor valor. Él trató de impedirlo evitando dejar dinero en los bolsillos y escondiéndolo en diversas partes del apartamento. Pero cuando hizo eso, ella le despertaba en plena noche con su búsqueda lenta y sistemática. «¿Qué andas buscando?», preguntaba él a la chica. «Busco unas cerillas», le decía ella. Total, que al final a Kamrowski empezó a hacerle gracia. Sólo sacaba del banco cantidades pequeñas y dejaba que Amada le robase lo que quisiera. Para él seguía siendo un misterio lo que hacía ella con el dinero. Aparentemente no compraba nada con él y sin embargo no lo tenía encima. ¿Para qué lo quería? Tenía todo lo que

necesitaba o parecía desear. A lo mejor sólo era un modo de corresponder a las infidelidades a las que él se dedicaba todo el tiempo.

Avanzado aquel invierno de su estancia en la gran ciudad del sur, la salud enfermiza de Amada se hizo patente. No hablaba de sus dolores, pero a veces se levantaba de noche y encendía una vela en un vaso rojo transparente. Se acuclillaba junto a ella murmurando oraciones en español con una mano apretada contra el costado donde se localizaba el dolor. Se enfurecía cuando él se levantaba o le preguntaba qué tal estaba. Amada hacía como si padeciera debido a un desgraciado secreto. «Ocúpate de tus cosas», le soltaba ella, si Kamrowski le preguntaba: «¿Qué te pasa?». Horas después le volvía a despertar, al meterse nuevamente en la cama con un suspiro de agotamiento que le decía que el ataque había pasado. Entonces, empujado por la piedad, le daba lentamente la vuelta y la abrazaba lo más suavemente que podía para que la presión no reiniciara el dolor. No quería ir al médico. Dijo que había ido al médico hacía mucho tiempo y que le había dicho que tenía una enfermedad de riñón igual que la que había tenido su padre, y que no había nada que hacer excepto tratar de olvidarla. «No importa —dijo ella—, la voy a olvidar».

Amada redobló sus esfuerzos para disimular los ataques cuando éstos se hicieron más frecuentes y más intensos, tal vez pensando que a él le molestaría la enfermedad y pudiera abandonarla definitivamente. Se escabullía de la cama con tal cuidado que le llevaba cinco o diez minutos librarse de las sábanas y mantas y arrastrarse hasta la silla del rincón; y si encendía la vela junto a la que rezaba, se agachaba encima de ella ahuecando las manos para ocultar la llama. A Kamrowski le resultaba evidente que la infección que padecía, fuera la que fuese, ahora pasaba de un estado crónico a uno agudo. Se habría preocupado más si entonces no hubiera empezado a trabajar en otra novela. Amada para él empezó a existir en el otro extremo de un centro que constituía su escritura. Todo lo demás existía en una penumbra semejante a las formas en sombra de más allá de la llama. Los días y los sucesos eran inciertos. Ignoraba el timbre de la puerta y el del teléfono. Comer se volvió algo irregular. Dormía con la ropa puesta, a veces en la silla donde trabajaba. El pelo le creció como a un ermitaño. Se dejó barba y bigote. A los ojos le asomaba un brillo demente, mientras su cara, habitualmente tersa, se llenó de huecos y promontorios. Le temblaban las manos. Tenía ataques de tos y palpitaciones, lo que a veces le hacía pensar que se estaba muriendo, por lo que aceleraba el ya furioso ritmo de la escritura.

Posteriormente no recordaría con claridad cómo habían sido las cosas entre él y Amada durante esta época febril. Dejó de hacer el amor con ella, lo dejó de hacer por completo, y sólo era consciente de modo borroso de la presencia de ella en el apartamento. Le daba órdenes como si fuera una criada, y ella le obedecía rápidamente y sin decir nada con aire asustado. «¡Tráeme café! —le gritaba de repente—. Pon ese disco otra vez», decía, señalando con el dedo el fonógrafo. Pero

no era consciente de ella a no ser como una criatura que realizaba esos encargos.

Durante este periodo Amada dejó de robarle dinero. Pasaba la mayor parte del día sentada en el extremo opuesto de la amplia habitación en la que él trabajaba. Mientras se mantenía en aquel extremo de la habitación, su presencia no le distraía de su trabajo, pero si Amada invadía sin ser invitada a hacerlo la mitad de la habitación ocupada por él o si le hacía alguna pregunta, Kamrowski era capaz de soltarle cuatro gritos e incluso de tirarle un libro. Amada se volvió una chica muy silenciosa. Cuando iba a la cocina o al cuarto de baño, lo hacía moviendo un pie cada vez, lenta y furtivamente, volviendo la vista hacia él para asegurarse de que no ponía ninguna objeción. También a ella le había cambiado la cara, como le pasaba a él. Su larga cara caballuna se había vuelto incluso más huesuda que antes y espantosamente oscura, y ahora los ojos le brillaban como si examinaran una habitación en la que hubiera una luz excesiva. Se movía con una extraña rigidez que debía de tener su origen en el dolor que le producía moverse. Ahora siempre llevaba una mano apretada al costado que le dolía y se movía con una rigidez exagerada para evitar la tentación de calmar su sufrimiento encogiéndose. Estos detalles de su aspecto él no pudo apreciarlos entonces, al menos no conscientemente, y sin embargo los recordaba con viveza.

Fue sólo después, también, cuando le inquietó la idea de cómo habría interpretado ella aquel lastimoso cambio del modo en que vivían juntos. Amada debía de haber pensado que todos los sentimientos de afecto hacia ella habían desaparecido, y que ahora él sólo soportaba su compañía por compasión. Había dejado de robarle el dinero por la noche. Durante un mes se mantuvo sentada en el rincón, mirándole, mirándole con el aspecto estúpido y ausente de un animal dolorido. Ocasionalmente se atrevía a cruzar la habitación. Cuando parecía que él estaba descansando, se acercaba a su lado y le pasaba los dedos por el cuerpo para ver si la deseaba, y al darse cuenta de que no, volvía a retirarse sin decir palabra a su extremo de la habitación.

Entonces, de pronto, le dejó. Él había pasado la noche fuera con su nueva amante rubia y al volver comprobó que Amada había guardado sus cosas en el baúl y se lo había llevado del apartamento, esta vez con una inflexible determinación. Kamrowski no intentó dar con ella. Creía que volvería inevitablemente con él por propia decisión, pues no podía imaginar que fuera capaz de hacer otra cosa. Pero Amada no volvía. Pasaban los días y no le llegó ninguna palabra suya. No estaba seguro, sin embargo, de lo que sentía al respecto. Durante un tiempo pensó que incluso sentía cierto alivio debido a la simplificación que se produjo en su vida, y a la ausencia de aquel débil olor a enfermedad que últimamente se cernía tristemente sobre la cama en la que dormían. Y siempre estaba el libro, que a veces le arrastraba menos, ahora que había terminado el primer borrador, pero que todavía le hacía ser tan insensible como un paranoico para las cosas cotidianas de la vida. Durante los intervalos en que abandonaba el trabajo, cuando estaba desanimado o se paraba a reflexionar, Kamrowski salía a la calle y seguía a mujeres desconocidas. Saciaba su apetito con

una serie de mujeres y continuamente ampliaba el campo de su experiencia, hasta que, de pronto, se sentía lleno de desagrado hacia sí mismo y hacia el trapecio circense de deseo en el que se había balanceado insensiblemente adelante y atrás desde la fuga de la chica con la que había vivido. No quería que se volviera a repetir, ni ahora ni nunca.

Y pasó que una noche, unos cinco meses después de su separación, la imagen de Amada se manifestó en plena noche con un sonido de trompetas que atravesaban las paredes de su apartamento. Se quedó quieta como una llama a los pies de su cama, toda iluminada por dentro como una radiografía. Kamrowski vio los largos huesos blancos de Amada allí delante, y se irguió sobresaltado entre las sábanas empapadas de sudor, soltando un agudo grito: luego se dejó caer de cara y lloró sin control hasta la llegada de la mañana. Cuando apuntaba la luz del día, incluso antes de que las ventanas se hubieran puesto blancas de verdad, se levantó para hacer el equipaje y disponerse a viajar a Laredo, con objeto de encontrar a la chica perdida y traerla de vuelta al espacio vacío de su corazón. Supuso, sin pensarlo, que era en Laredo donde debía de estar Amada, puesto que era allí donde la había encontrado.

No se equivocaba al respecto. Amada había vuelto a Laredo cinco meses atrás, pero no al Texas Star donde él la había encontrado. El director del hotel hizo como que no conocía a la chica, pero el maletero mexicano le dijo que podría encontrarla con su familia, a las afueras de la ciudad, en una casa sin número de una calle sin nombre, en la parte baja de una cuesta empinada sobre la que se alzaba una fábrica de hielo.

Cuando Kamrowski llegó a la puerta de una casa de madera gris a la que le llevaron aquellas indicaciones —una construcción que no era más que una chabola medio en ruinas al borde una carretera empinada e irregular de polvo gris—, todas las mujeres de la familia salieron a la puerta y hablaron excitadas entre ellas, mirándole de arriba abajo con ojos ávidos, medio sonriendo y medio gruñendo como una jauría de perros salvajes. Parecían discutir entre ellas si deberían admitir o no a aquel extraño. Kamrowski sentía tantas ganas de ver a la chica desaparecida que no pudo pronunciar las pocas palabras en español que sabía. Lo único que pudo decir fue Amada, cada vez en voz más alta. Y entonces, de repente, desde algún lugar apartado de la casa, una voz potente, ronca, se alzó como el kikirikí de un gallo. Tenía un deje de enfado pero la palabra que pronunciaba era el apodo afectuoso que solía utilizar para él, *Rubio*, Kamrowski pasó rápidamente entre las mujeres, quitándoselas a los lados con las dos manos, y se dirigió hacia donde procedía la ardiente llamada. Se lanzó contra la alabeada puerta e irrumpió en una habitación que estaba completamente a oscuras si se exceptúa la luz de la vela de un vaso de cristal rojo. Miró en dirección adonde estaba la luz. Y allí la vio. Estaba tumbada en un jergón colocado sobre el duro suelo.

Era imposible decir el aspecto que tenía en aquella habitación sin ventanas, una especie de almacén, en el que ardía una vela, sobre todo porque él acababa de entrar

desde el resplandor del atardecer del desierto. Distinguió, gradualmente, que Amada llevaba puesta una camiseta de hombre sin mangas y se fijó en lo grandes que eran sus manos y hombros ahora que tenía los brazos a la vista, y que su cabeza parecía tan grande como la cabeza de un caballo, y que su espeso pelo tan conocido le colgaba como la crin de un caballo sobre el cuello y los hombros, muy flacos. Lo primero que sintió fue furia; también compasión. «¿Qué significa esto? ¿Qué estás haciendo aquí?», exclamó violentamente. «Ocúpate de tus cosas», le respondió ella a gritos, exactamente igual que si nunca se hubieran separado. Entonces él se tragó la rabia que sentía hacia la familia de ella, que todavía seguía con su discusión con voces agudas al otro lado de la puerta que él había cerrado violentamente. Se dobló por la cintura al lado del jergón y le cogió la mano. Ella dio un tirón para librarse, pero no lo suficientemente fuerte para conseguirlo. Parecía que intentaba parecer más viva de lo que estaba. No se dejó caer del todo en el jergón, aunque él notó el esfuerzo que hacía para mantenerse apoyada en un codo. Y no permitió que la voz se le apagara, sino que la mantuvo en el mismo tono intenso y áspero. No apartaba los ojos de la cara de Kamrowski, que parecía examinar, aunque no le miraba directamente a los ojos. Parecía clavar los ojos en su nariz y en su boca. Había una gran perplejidad en su mirada, una pregunta de por qué estaba allí, por qué había venido a verla. Le preguntó varias veces: «¿Qué estás haciendo aquí, en Laredo?». Y la respuesta de él —«vine a verte»— no pareció satisfacerla. Por fin Kamrowski se echó hacia adelante, le tocó el hombro y dijo: «Deberías tumbarte». Ella le miró con enfado. «Estoy perfectamente», dijo. Sus ojos oscuros eran inmensos. Toda la luz que llegaba de la vela del vaso de cristal rojo era absorbida por aquellos ojos que la dilataban en un rayo que penetraba en el corazón de él y privaba a aquel elemento lunar de todas sus sombras, exponiendo en un relieve brutal la aridez que le era propia, del modo en que un paisaje lunar, con el sol dándole de lleno, se convierte en un disco plano y duro iluminado por otro objeto que le presta luminosidad. Kamrowski no lo podía soportar. Se alzó de junto al jergón, rebuscó en el bolsillo y sacó un puñado de billetes. «Toma esto», susurró, roncamente. Trató de que los agarrara. «No quiero tu dinero», contestó ella. Después de una breve pausa, él murmuró: «Dáselo a ellas». Hizo una señal con la cabeza hacia la puerta detrás de la cual ahora la familia preparaba la cena con mucho ruido. Se sentía completamente derrotado. Suspiró y bajó la vista hacia sus manos. Las manos de ella se alzaron entonces y vacilaron en dirección a la cabeza de Kamrowski. «Rubio», susurró. Cansinamente una de las manos cayó en el cuerpo de él para ver si la deseaba, y al darse cuenta de que no, le sonrió tristemente y dejó que se le cerraran los ojos. Parecía haber quedado dormida; por lo que entonces él se inclinó y la besó suavemente en la comisura de su enorme boca. «Morena», susurró. Al momento, los largos y huesudos brazos de Amada salieron disparados hacia él y le dieron un abrazo que le dejó sin respiración. Apretó su cara a la de él, y sus pómulos indios se frotaron contra la piel más suave de Kamrowski. Unas lágrimas hirvientes y la presión de

aquellos demacrados brazos finalmente se abrieron paso en la concha endurecida de su ego, que anteriormente nunca se había abierto del todo, y se sintió liberado. Salió del pequeño pero en apariencia más iluminado y confortable espacio de su identidad conocida, a un espacio que carecía de la comodidad de los límites. Entró en un espacio de una oscuridad e inmensidad desconcertantes, y sin embargo no oscuro, del que la luz de hecho es el aspecto más oscuro del espectro. No se encontraba cómodo en él. Le daba un miedo insoportable, y por eso se echó hacia atrás.

Escapó del atroz abrazo de la chica. «Volveré por la mañana», dijo a la chica cuando se levantó de junto al jergón, y regresó al pequeño ámbito donde estaba seguro...

Cuando volvió por la mañana, el ambiente que le recibió fue distinto. Había un aire de nerviosismo en la casa que Kamrowski no entendía, y todas las mujeres parecían llevar sus mejores vestidos. Pensó que a lo mejor era por el dinero que había dejado en la habitación de la enferma. Se puso a cruzar hacia aquella habitación, pero la vieja le agarró por la manga y señaló hacia otra. Le llevó al salón de la casa, y Kamrowski quedó asombrado al comprobar que habían trasladado allí a la chica. Como no entendía su idioma, al principio no pudo darse cuenta de que ésta había muerto durante la noche; no se dio cuenta hasta que le agarró la mano, casi tan oscura como la de una negra, y la encontró fría y rígida. La habían vestido de blanco, con un camión de lino blanco que brillaba debido al almidón, y cuando le soltó la mano, la mujer de más edad avanzó y la volvió a colocar en su posición anterior sobre el plano pecho.

Kamrowski se fijó también en que había desaparecido el olor a enfermedad, o posiblemente no se notaba debido al olor a cera quemando, pues habían traído muchísimas velas a la habitación, colocándolas en vasos de cristal rojo en las repisas de las ventanas. Las cortinas estaban bajadas y protegían del intenso resplandor del llano desierto de la zona, pero la luz se filtraba entre los agujeros de la vieja tela de modo que cada cortina era como un cuadrado de cielo verde con estrellas brillando en él. Los que habían acudido al velatorio por lo general eran niños del vecindario, los más pequeños desnudos, los mayores vestidos con harapos grises. Una chica agarraba una muñeca de fabricación casera, tallada toscamente de madera y pintada, por lo que tenía un grotesco aspecto humano. A la muñeca le habían pegado un áspero pelo negro a la cabeza. En cierto modo parecía una representación de la chica muerta. Incapaz de mirar la cara de verdad y su ahora intolerable misterio, Kamrowski se puso furtivamente al lado de la niña medio desnuda, y suave y tímidamente tendió la mano hacia la muñeca. Pasó un dedo por el áspero pelo negro de la muñeca. La niña se quejó débilmente y apretó la muñeca contra ella. Kamrowski se echó a temblar. Consideraba que debía mantener la mano en contacto con la muñeca. No debía dejar que la niña se alejase con su preciosa posesión, y así con una mano acarició la cabeza de la niña mientras que con un dedo de la otra mano seguía en contacto con el pelo negro tan conocido. Pero, con todo, la niña se hizo a un lado, evitando sus caricias y

mirándole con unos grandes ojos pardos recelosos.

Entretanto las mujeres parecían consultar algo entre ellas sin alzar la voz, susurrando. Los susurros aumentaron de volumen y por fin la abuela, con una brusca decisión, se apartó del grupo y se acercó a Kamrowski y le gritó en inglés: «¿Dónde está el dinero de Amada, dónde está su dinero?».

Kamrowski miró estúpidamente a la mujer. ¿Qué dinero? La mujer hizo un furioso ruido como si escupiera cuando lanzó hacia él un puñado de papeles amarillos. Kamrowski los miró. Parecían resguardos de telegramas. Sí, todos eran giros telegráficos, mandados desde la ciudad en la que él había vivido con Amada. Las sumas correspondían a lo que ella le había robado de noche de los bolsillos.

Kamrowski buscó desesperadamente un modo de escapar. Las mujeres le estaban rodeando como una manada de lobos hambrientos, ahora todas farfullando a la vez. Se dirigió hacia la puerta de salida. Junto a la puerta distinguió confusamente a la niña con la muñeca. Siguiendo un impulso, estiró la mano y le quitó la muñeca a la niña cuando pasaba rápidamente junto a ella y salía al brillo de la polvorienta carretera. Corrió lo más deprisa que pudo por la empinada e irregular carretera con la niña llorando detrás de él, sintiendo únicamente la necesidad de seguir agarrando el grotesco juguete de la niña hasta que estuviera solo en algún sitio y pudiese llorar.

**Tres participantes en un juego
veraniego**

Three Players of a Summer Game (1952)

I

El croquet se juega por el verano y parece, de un modo curioso, estar compuesto de imágenes como las que podría haber realizado un pintor en una abstracción del verano o en uno de sus juegos. Los delicados aros metálicos instalados en el césped de un terso esmeralda que resplandece intensamente en ciertos puntos y descansa bajo sombras violeta en otros, los llamativos postes de madera pintados como momentos que destacan en una estación del año que supuso, para alguien que pase por entre ellos, un esfuerzo en pos de algo de inexpresable importancia, las duras y pulidas esferas de madera con diferentes colores y la rígida y enérgica forma de los mazos que golpean las bolas a través de los aros, la forma regular de esos aros y mazos sobre el césped donde se juega al croquet... todos esos elementos son como la abstracción de un verano de un pintor y un juego que se disputara en ella. Y yo no puedo pensar en el croquet sin oír un lejano sonido como de cañonazo disparado para anunciar la llegada de un barco blanco a un puerto donde su llegada se llevaba mucho tiempo esperando ansiosamente. El lejano sonido del cañón que retumba es el de un toldo de rayas verdes y blancas que se abate sobre la arcada de una casa de blanca estructura. La casa es de un estilo victoriano llevado a una improvisación extrema; un conjunto casi grotesco de arcadas y torreones, cúpulas y aleros, todos recién pintados de blanco, y tan blancos y recién pintados que tienen el resplandor blanco azulado de una barra de hielo al sol. La casa es como una resolución recién tomada que todavía no se ha visto afectada por ninguna negativa a llevarla cabo. Y yo asocio este juego veraniego con jugadores que salen desde esa casa a los misterios de un espacio vallado, con el aire optimista de personas que acabaran de abandonar un asfixiante lugar cerrado, como si hubieran pasado un día espantoso encerradas en un armario, y por fin respiraran libremente en la fresca atmósfera y fueran capaces de moverse sin impedimento. Sus ropas son tan ligeras de peso y de color como las favorecedoras ropas de los bailarines. Juegan tres personas: una mujer, un hombre y una niña. La voz de la mujer que juega en absoluto es potente; tiene sin embargo un timbre que resuena de un modo tan agradable que alcanza más allá de adonde llegan la mayoría de las voces y está salpicada de carcajadas de soprano, con un tono más agudo que la propia voz, y que resuenan con una frialdad de trocitos de hielo en un vaso largo que se agita. Esta mujer que juega, incluso en mayor grado que su contrincante masculino en el juego, posee la agradecida celeridad de movimientos de una persona liberada de un encierro sofocante; sus movimientos poseen la rápida frecuencia de la respiración que se suelta tras un momento de terror, de unos dedos que se aflojan cuando el pánico de repente ha pasado, o de un grito que se convierte en risa. La mujer parece incapaz de hablar o moverse con calma; se mueve en ráfagas convulsas, y agita su falda con las largas zancadas que da al correr. La falda que se agita es blanca. Hace un leve crujido cuando los gruesos muslos de la mujer la abren, un sonido que le alcanza a uno, muy apagado por la distancia, cuando caen las caprichosas ráfagas de

viento propias del buen tiempo y quedan flojas las velas de un yate lejano. Ese agradable sonido del frescor veraniego llega acompañado de otro que incluso es más frío: el incesante tintineo de las cuentas que le cuelgan en largas hileras del cuello. No son perlas, pero tienen un brillo mate como de leche. Son pequeños óvalos blancos salpicados de manchitas aquí y allá, brillantes huevos de pájaro que se han vuelto sólidos y cuelgan de brillantes hilos plateados. Esta mujer que juega no se está quieta un momento; a veces queda agotada y se deja caer en el césped con el gesto estudiado de una bailarina. Es una mujer delgada con huesos largos y piel de un lustre sedoso, y sus ojos son sólo un tono o dos más oscuros que las cuentas como huevos de pájaro azul oscuro de alrededor de su largo cuello. Nunca se está quieta, ni siquiera cuando se ha dejado caer agotada en la hierba. Los vecinos creen que está completamente loca, pero no sienten pena por ella, y esto, claro, se debe a su contrincante masculino en el partido.

Ese hombre que juega es Brick Pollitt, un hombre tan alto e intensamente pelirrojo que yo nunca dejo de ver un mástil en una extensión de verde césped o incluso una cruz especialmente brillante o una veleta en una torre sin pensar de inmediato en aquel largo verano de hace tanto y en Brick Pollitt, y sin empezar nuevamente a ordenar los desconcertantes fragmentos y piezas que fabricaron su leyenda. Esos fragmentos y piezas, esas imágenes dispersas, son como los elementos necesarios para jugar un partido de croquet, que se recogen del césped cuando termina el juego y se guardan cuidadosamente en una caja oblonga de madera a la que se adaptan perfectamente, llenándola. Todos ellos son —los fragmentos y las piezas, las imágenes— los elementos en apariencia incongruentes de un verano que fue el último de mi infancia, y que ahora saco de la caja oblonga y dispongo una vez más en la forma ordenada del césped. Sería absurdo pretender que el ahora es completamente igual que lo que fue, y sin embargo puede que se acerque más que una historia literal que pudiera ser su verdad oculta. Brick Pollitt es el jugador masculino de este partido del verano, y bebe bastante aunque todavía no ha sucumbido por completo bajo los terribles hachazos del alcohol. Ya no es tan joven, pero aún no ha perdido la graciosa esbeltez de su juventud. Le saca la cabeza a la mujer alta que también juega. Es un hombre tan alto que, incluso en las zonas de césped oscurecidas bajo la sombra violeta, la cabeza le destaca para atrapar los intensos rayos del sol poniente, al modo en que señala el cielo el dedo índice de esa mano dorada enorme de encima del campanario de una iglesia protestante de Meridian recibiendo el resplandor del sol durante un buen rato después de que las superficies más bajas de la ciudad hayan quedado sumidas en el crepúsculo que se demoraba.

El tercer jugador del partido veraniego es la hija de la mujer, una niña regordeta de doce años que se llama Mary Louise. La niña se ha hecho claramente impopular entre los niños del vecindario por imitar los modales elegantes y el tono de voz tan cuidado, propio del Este, de su madre. Está sentada en el automóvil eléctrico sobre

una especie de grueso almohadón de seda en el que se sientan carísimos perros falderos, y suelta carcajadas de damisela con voz de tiple, tirándose de los rizos, utilizando expresiones de adulta como:

—¡Oh, qué maravilla! —o—: ¿No es encantador?

A veces se pasa sentada la tarde entera en el automóvil eléctrico completamente sola, como si estuviera expuesta en una urna de cristal, limitándose a levantar su lastimera voz muy de vez en cuando para llamar a su madre y preguntar si ya debe recogerse o si puede dar una vuelta a la manzana en el coche eléctrico, lo que en ocasiones le dejan hacer.

Yo era su único amigo y ella la única mía. A veces me llamaba para que jugase al croquet con ella, pero sólo cuando su madre y Brick Pollitt habían desaparecido dentro de la casa demasiado pronto como para jugar un partido. Mary Louise sentía pasión por el croquet; jugaba porque le gustaba, sin ningún tipo de más connotaciones sombrías e importantes.

Lo que significaba el juego para Brick Pollitt requiere además un relato de la vida de Brick anterior a aquel verano. Era un joven terrateniente del Delta que había sido famoso atleta en Sewanne, y se había casado con una joven dama de Nueva Orleans que fue reina del Carnaval y cuyo padre era dueño de una flota de barcos bananeros. Parecía un matrimonio esplendoroso con una excepcional riqueza y prestigio por las dos partes, pero sólo dos años después Brick empezó a sentirse enamorado del alcohol, y Margaret, su mujer, empezó a ser alabada por su paciencia y lealtad hacia él. Brick parecía echar su vida por la borda como si ésta fuera algo desagradable que de pronto se había encontrado entre las manos. Tal repugnancia hacia sí mismo se le echó encima con la brusquedad y violencia de un choque en la carretera. Pero ¿contra qué había chocado Brick? Nada que nadie fuera capaz de adivinar, pues parecía tener todo lo que los jóvenes de su clase pudieran desear tener. ¿Qué más había? Debía de haber algo que quería y le faltaba, o si no ¿qué motivo había para que desperdiciara la vida y se agarrase a un vaso que nunca soltaba durante más de una de las horas de vigilia? Su mujer, Margaret, se puso al frente de las cuatro mil hectáreas de la plantación de su marido con tanta firmeza y seguridad como si siempre se hubiera dedicado a eso y a nada más. Tenía poderes notariales sobre las propiedades de su marido y se ocupaba de todas las cuestiones del negocio con una astucia que se hizo famosa.

—Le salen las cosas mal —decía ella—. Brick está pasando una época en que le salen mal las cosas.

Margaret siempre decía lo adecuado; adoptaba la actitud correcta convencional y la expresaba al mundo, que la admiraba por ello. Nunca había cometido ninguna apostasía con respecto a la fe social con la que había nacido, y todos la admiraban como una mujercita especialmente delicada y valiente que tenía demasiadas cosas de las que ocuparse. Las dos partes de un reloj de arena no podrían vaciarse y llenarse uniformemente con más facilidad de lo que Brick y Margaret cambiaron de papel

después de que él se dedicó a la bebida. Era como si ella tuviera los labios pegados a una herida invisible del cuerpo de él por la que le vaciaba y fluía en ella la seguridad y vitalidad que él había poseído antes del matrimonio. Margaret Pollitt perdió su pálida delicadeza femenina y asumió en su lugar algo más impresionante: una especie de hermosura dura y firme que salió de su indefinida crisálida tan misteriosamente como una de esas metamorfosis que se producen en la vida de un insecto. Una vez guapa pero indistinta, un dibujo gracioso que estaba hecho con un lápiz muy fino, se hizo vistosa según Brick desaparecía tras el velo de su licor. Margaret salió de una neblina. Surgió a la claridad según Brick se hundía. Bruscamente dejó de ser silenciosa y delicada. Ahora era capaz de tener sucias las uñas, y lo disimulaba con esmalte escarlata. Cuando se le saltaba el esmalte, el gris asomaba por debajo. Ahora llevaba el pelo corto para no tener «líos con él». Lo tenía despeinado por el viento y rebelde; se pasaba un peine por él y lo hacía crujir. Tenía unos dientes blancos que eran demasiado largos para sus finos labios, y cuando echaba la cabeza hacia atrás al reírse, le sobresalían unos fuertes músculos alargados en el suave cuello bronceado. Tenía una risa sonora que podría haberle robado a Brick mientras éste se encontraba borracho o dormido a su lado por la noche. Tenía la costumbre de pisar el embrague de un coche y meter la marcha más rápida en el mismo instante en que resonaba su risa, sin decir adiós, sino estirando un brazo fuerte al aire, recto como un pistón con los dedos cerrados en un puño, mientras el coche salía lanzado y desaparecía entre una nube de polvo amarillo. Ya no conducía tanto su pequeño coche como conducía el Prince Arrow de Brick, pues el permiso de conducir de Brick había sido revocado. Margaret superaba con frecuencia los límites de velocidad de la carretera. Los motoristas de tráfico la detenían, pero poseía una amabilidad, un modo tan desarmante, que se reían de buena gana juntos, ella y el motorista, y éste rompía la multa.

Aquella primavera un miembro de la familia de Margaret murió en Memphis, y ella fue allí para asistir al funeral y recibir su herencia, y mientras estaba fuera en aquel viaje tan rentable, Brick Pollitt escapó un poco del dominio de su mujer. Tuvo lugar otra muerte durante la ausencia de ella. Aquel amable médico que se ocupó de Brick cuando tuvieron que llevarlo al hospital, de repente se puso enfermo de un modo sorprendente. Una espantosa flor le creció en el cerebro como un geranio terrible que rompe su tiesto. De pronto de su boca salían palabras sin sentido; parecía hablar en un idioma desconocido; no podía agarrar cosas con las manos; hacía señales desconcertantes por encima de la frente. Su mujer le llevaba por la casa cogido de la mano, pero el médico tropezaba y caía; se quedaba sin respiración, y su mujer tenía que acostarle con ayuda del criado negro; y allí se quedaba tumbado riéndose sin fuerza, incrédulo, tratando de agarrar la mano de su mujer con las dos suyas mientras ella le miraba con unos ojos que no podía evitar que expresaran terror. El médico estuvo bajo el efecto de la medicación durante una semana, y en ese tiempo Brick Pollitt fue a verle. Brick llegó y se sentó con Isabel Grey junto a la cama de su marido

moribundo y ella no podía hablar, se limitaba a mover la cabeza, de modo incesante, como un metrónomo, con unos labios que no eran visibles en su rostro blanco, sólo eran dos estrechas cintas tirantes de una blancura menos marcada que se agitaban como si por debajo de ellas fluyera un líquido blanco con una increíble rapidez y una violencia tales que los hacía temblar...

Dios, Dios, era lo único que era capaz de decir ella; pero Brick Pollitt en cierto modo entendía lo que la mujer quería decir con aquello, como si se tratara de un idioma que ella y él, los únicos de todo el mundo, podían hablar y entender; y cuando los ojos del moribundo se abrieron desmesuradamente, fue Brick, con unas manos súbitamente seguras y firmes, el que llenó la jeringuilla en lugar de ella e inyectó su contenido sin pensárselo dos veces en el duro y joven brazo de su marido. Y eso fue todo. Había otra cama al fondo de la casa, y él e Isabel se tumbaron en ella uno junto al otro durante un par de horas antes de participar a la ciudad que la agonía del marido de ella había terminado, y el único movimiento que hubo entre ellos fue el clavar intermitente, espasmódico, de las uñas en la cerrada palma del otro, mientras sus cuerpos estaban rígidamente tumbados, separados, sin tocar a propósito ningún otro punto, como si los dos aborrecieran cualquier otro contacto de uno con el otro, mientras aquella cosa intolerable sonaba como una campana metálica que los recorriera.

Y así se ve lo que era aquel partido veraniego sobre el césped con sombras violeta; era una fuga de los dos de algo insoportablemente caliente y brillante hacia algo oscuro y frío...

A la joven viuda no le quedó nada, en lo que se refiere a bienes materiales, salvo la casa y un automóvil eléctrico, pero para cuando la mujer de Brick, Margaret, había vuelto de su rentable viaje a Memphis, Brick se había hecho cargo de los asuntos de la viuda una vez pasada la catástrofe. Durante una semana o dos, la gente consideró que se trataba de amabilidad por parte de él, y luego, de repente, la opinión pública cambió y la gente decidió que el motivo de la amabilidad de Brick en absoluto era noble. A los observadores les pareció que la viuda era la amante de él, lo que era cierto. Era cierto del modo limitado en que lo son la mayoría de las opiniones de ese tipo. A los demás sólo les resulta visible el exterior de una persona, y todas las opiniones son falsas, en especial las opiniones hechas públicas sobre casos individuales. La viuda era la amante de Brick, pero lo que motivaba a Brick no era eso. Lo que le motivaba tenía que ver con el casto estrechamiento de manos de la primera vez que estuvieron juntos, después de la inyección; tenía que ver con aquellas horas, que ahora dejaban que se alejaran y difuminaran a sus espaldas como debía pasar con unas horas así, pero ninguno de ellos podría haber dicho que era por algo más que eso. Ninguno de ellos era capaz de pensar muy claramente con respecto al asunto. Pero Brick fue capaz de recuperarse durante un tiempo y hacerse cargo de

los asuntos que, después de la catástrofe, conmovieron la vida de la joven viuda y de su hija.

La hija, Mary Louise, era una niña regordeta de doce años. Aquel verano fue mi amiga. Mary Louise y yo atrapábamos luciérnagas y las metíamos en tarros de mermelada para que lucieran como parpadeantes linternas, y jugábamos al croquet cuando su madre y Brick Pollitt no tenían ganas de hacerlo. Fue Mary Louise la que aquel verano me enseñó qué se debe hacer con las picaduras de mosquito. A ella le picaban sin parar y lo mismo me pasaba a mí. Me advirtió que rascar las picaduras me dejaría señales en la piel, que era tan suave como la de ella. Le dije que no me importaba.

—Un día te importará —me dijo ella.

Aquel verano llevaba constantemente un trozo de hielo dentro de un pañuelo. Cada vez que le picaba un mosquito, en lugar de rascarse la picadura se la frotaba cuidadosamente con el trozo de hielo envuelto en el pañuelo hasta que se le enfriaba tanto que no la notaba. Claro, a los cinco minutos el picor volvía y tenía que volvérsela a frotar, pero al final desaparecía y no dejaba marca. La piel de Mary Louise, en donde no estaba temporalmente afectada por una picadura de mosquito o un leve salpullido que a veces le salía después de tomar helado de fresa, era encantadoramente suave y delicada. La asociación no es la más apropiada, pero ¿cómo recordar un verano de la infancia sin algunos toques impropios? No puedo recordar las piernas y brazos regordetes de Mary Louise, que olían a guisantes de olor, sin pensar también en una tarde que dimos un paseo en el automóvil eléctrico hasta el pequeño museo de arte que habían inaugurado recientemente en la ciudad. Llegamos justo antes de las cinco, la hora de cierre, y Mary Louise me llevó directamente a una sala que contenía copias de esculturas antiguas famosas. Había un hombre desnudo medio caído (el *Galo moribundo*, creo) y me llevó justo ante esa estatua. Yo empecé a sonrojarme antes de que llegáramos. Estaba completamente desnudo a no ser por una hoja de higuera, que era de un metal de color distinto del bronce de la estatua abatida, y ante mi horror y pasmo, aquella tarde, Mary Louise, después de una rápida y tímida mirada en todas direcciones, agarró la hoja de higuera, la quitó de encima de lo que tapaba, y luego volvió sus ojos totalmente sin vergüenza e inocentes hacia los míos y preguntó, sonriendo resplandeciente:

—¿Es la tuya como ésta?

Mi respuesta fue estúpida.

—No lo sé —dije, y creo que seguía sonrojado mucho después de que dejáramos el museo.

La casa de las Grey, el verano en que el médico murió de tumor cerebral, iba de capa caída. Pero al poco de que Brick Pollitt empezara a ir a visitar a la joven viuda, pintaron la casa; la pintaron tan blanca que casi era de un azul muy claro; tenía el brillo blanco azulado de un trozo de hielo al sol. Un aspecto fresco parecía que era lo que más se deseaba aquel verano. A pesar de que era pelirrojo, Brick Pollitt tenía un

aspecto fresco porque todavía era joven y delgado, tan delgado como la viuda, y lo mismo que ella llevaba ropa ligera y de colores claros. Sus camisas blancas parecían ligeramente rosas debido a la piel de debajo de ellas. Una vez le vi por una de la ventana del piso alto de la casa de la ciudad justo un momento antes de que bajara la persiana. Yo estaba en una habitación del piso de arriba de mi casa y vi que Brick Pollitt estaba dividido en dos colores que se distinguían tan bien como las dos franjas de una bandera; la parte de arriba, que había estado mucho más expuesta al sol, casi púrpura, y la parte de abajo tan blanca como un trozo de papel.

Mientras volvían a pintar la casa de la viuda (a cargo de Brick Pollitt), ella y su hija vivían en el hotel Alcázar, también a costa de Brick. Brick supervisaba la reforma de la casa de la viuda. Iba en coche todas las mañanas desde la plantación para vigilar a los pintores y jardineros que trabajaban. A Brick le habían devuelto el permiso de conducir, y eso supuso un paso importante en su renovación personal; podía volver a conducir su propio coche. Lo conducía con suma precaución y formalidad, deteniéndose en todos los stop de los cruces de las calles de la ciudad, haciendo sonar la bocina plateada en todas las esquinas, invitando a los peatones a que cruzasen antes, con sonrisas, reverencias y amplios gestos circulares con las manos. Pero los que le veían no aprobaban lo que estaba haciendo Brick Pollitt. Tenían simpatía a su mujer, Margaret, aquella mujercita valiente que tenía que cargar con tanto. Y en cuanto a la viuda del doctor Grey, no llevaba mucho tiempo en la ciudad; el médico se había casado con ella mientras estaba de interno en un gran hospital de Baltimore. Nadie se había formado una opinión clara de ella antes de que muriera el médico, de modo que no suponía ningún esfuerzo limitarse a condenarla, y sin la menor compasión, como una furcia, vulgar en todo salvo en sus «gestos afectados».

Brick Pollitt, cuando hablaba con los pintores de la casa, les gritaba como si estuvieran sordos, de modo que todos los vecinos se enteraban de lo que decía. Explicaba cosas al mundo, en especial sobre la cuestión de la bebida.

—Es algo —gritaba— que uno no puede dejar de repente del todo. Es el gran error que cometen la mayoría de los que beben... tratan de dejarlo por completo, y no lo consiguen. Uno debe hacerlo durante un mes o dos, pero si lo hace de repente, vuelve a recaer en el alcohol con más fuerza que antes de dejarlo, y entonces el desánimo es terrible... uno pierde la fe en sí mismo y renuncia. Lo que hay que hacer, el modo de enfrentarse al problema, es hacer lo que un torero hace en el ruedo. Dejarlo poco a poco, ir controlándolo de modo gradual. ¡Así es como yo me enfrento! Hip. Bien, digamos que uno tiene ganas de tomar un trago por la mañana. Digamos que a las diez, a lo mejor. Bueno, pues te dices a ti mismo: «Espera media hora, amigo, y luego lo tomarás». Bien, a las diez y media todavía te apetece un trago, y te apetece más de lo que te apetecía a las diez, pero te dices: «Muchacho, pudiste pasarte sin él hace media hora, de modo que ahora puedes seguir sin beber». ¿Ves?, así es como hay que enfrentarse a uno mismo, porque el que bebe no es sólo una

persona; un hombre que bebe es dos personas, una que agarra la botella, la otra la que lucha contra ella, no una sino dos personas que luchan una contra otra por controlar la botella. Bien, señor mío, si puedes convencerte de no tomar un trago a las diez, también te puedes convencer de no tomarlo a las diez y media. Pero a las once la necesidad es todavía mayor. Pues bien, eso es lo importante que hay que recordar de esa lucha. Uno tiene que prestar atención a esos grados, y cuando terminan por imponerse a tu capacidad de resistir, cedés un poco. No se trata de *debilidad*. ¡Es una estrategia! Porque no olvides lo que te dije. Un hombre que bebe no es una persona, sino dos, y se trata de una batalla entre ellas. Y por eso digo a las once: «Bien, toma ese trago a esa hora, ¡vamos, tómallo! ¡Un trago a las once no te hará daño!».

»¿Qué hora es? ¡Hip! Las once... Muy bien, voy a tomar un trago. Podría no tomarlo, no me muero de ganas, pero lo importante es...

La voz se desvanecía cuando entraba en la casa de la viuda. Permanecía dentro más de lo que le llevaría tomar un trago, y cuando salía había un cambio en su voz tan evidente como un cambio de tiempo o estación; el tono fuerte y enérgico se imponía un poco.

Luego normalmente hablaba de su mujer.

—Yo no digo que Margaret, mi mujer, no sea una mujer inteligente. Lo es, y los dos lo sabemos, pero no tiene cabeza para el valor de las propiedades. Pues bien, ya conoces al doctor Grey, que vivía aquí antes de que eso del cerebro le matara. Bien, era médico, me ayudó en los malos momentos cuando tuve problemas con la bebida. Consideré que le debía muchas cosas. Bien, fue algo terrible el modo en que se fue, pero también fue terrible para su viuda; le quedaron esta casa y ese coche eléctrico, y nada más, y esta casa se puso en venta para pagar las deudas y... bueno, la compré yo. La compré y ahora se la voy a devolver. Bueno, pues mi mujer, Margaret... y también muchas personas más... No entienden nada de esto...

»¿Qué hora es? ¿Las doce? ¡Mediodía!... Este hielo se funde...

Volvía a entrar en la casa y se quedaba allí una media hora, y cuando salía de nuevo lo hacía más bien con timidez y una triste inseguridad haciendo sonar la puerta mosquitera que empujaba con la mano que no sujetaba el vaso, pero después de descansar un poco en los escalones, reanudaba su prédica a los pintores de la casa.

—Sí —decía, como si sólo se hubiera interrumpido un momento antes—, es lo más precioso que una mujer le puede dar a un hombre, el respeto a sí mismo perdido, y lo más mezquino que un ser humano puede hacerle a otro ser humano es quitarle ese respeto hacia sí mismo. A mí. Me lo han quitado y...

El vaso se inclinó un poco al subir hacia la boca y temblaba, y Brick tenía que secarse la barbilla.

—¡Me lo han quitado! No te diré cómo, pero a lo mejor, como eres un hombre de mi edad, lo puedes suponer. Como fue. Algunos no quieren. Se lo quitan de repente. Se lo quitan de repente a un hombre, y la mitad del tiempo él ni siquiera se da cuenta de cuándo. Bien, sé perfectamente estas cosas. Noté cuando me lo quitaron. ¿Sabes a

qué me refiero? Muy bien, pues...

»Pero de vez en cuando hay alguien, y no sucede con frecuencia, que quiere que un hombre lo conserve, y se trata de las mujeres que creó Dios y puso en este mundo. Las del otro tipo vienen del infierno, o salieron de... De no sé dónde. Estoy hablando demasiado. Claro que sí. Sé que estoy hablando demasiado de cuestiones privadas. Pero da lo mismo. Esta casa es mía. Estoy hablando en mis propiedades y me importa un p... que me oiga alguien. No lo estoy gritando, pero tampoco ando disimulando. Haga lo que haga yo, lo hago sin avergonzarme, y tengo derecho a hacerlo. He pasado por más cosas de las que nadie supone. Pero ya he salido. Maldita sea, sí, ¡he salido! No se fían del todo de mí. Y sin embargo estoy orgulloso. Puñeteramente orgulloso de mí, porque me encontraba en aquella situación lastimosa con aquel problema con la bebida, pero ahora ha pasado lo peor. Casi me he conseguido imponer. Ahí tengo el coche y lo conduzco yo hasta aquí. Y no es un trayecto corto, casi son ciento cincuenta kilómetros, y lo conduzco todas las mañanas y vuelvo en él todas las noches. Me han devuelto el permiso de conducir, y he echado al hombre que trabajaba para mi mujer, que atendía nuestra casa. Eché a ese hombre y no sólo lo eché, además le di una patada en el culo que le obligó a comer de pie durante las semanas siguientes. Y no fue que yo pensara que me anduviera engañando. No lo hacía. Pero él y ella, los dos, adoptaban la misma actitud hacia mí, y no me gustó la actitud que adoptaron. Hablaban de mí cuando yo estaba delante, como si no estuviera. «¿No es la hora de su medicina?». Sí, ¡me estaban drogando! Conque un día me hice el muerto. Yo estaba tumbado allí, en el sofá, y ella le dijo: «Creo que se ha desmayado?». Y él dijo: «¡Dios santo! ¡Borracho perdido a esta hora, a la una y media de la tarde!». Bueno, pues me levanté poco a poco. No estaba borracho a esa hora, ni siquiera estaba medio borracho. Me puse de pie y anduve lentamente hacia él. Anduve hasta justo delante de los dos, ¡y deberías haber visto cómo apartaban la vista! «Sí, Dios santo —dije yo—, ¡a la una y media!». Y le agarré por el cuello y la culera de los pantalones y le empujé hasta que salimos de la casa, y le metí la cara en un charco de barro al pie de la escalera de la terraza delantera. Y por lo que a mí me importa a lo mejor todavía sigue allí, y ella gritando: «¡Déjalo, Brick!». Pero creo que le pegué. Sí, le pegué. Le pegué. Hay veces en que tienes que pegarles, y aquélla era una de esas veces. No he vuelto a la casa desde entonces. Me mudé a la pequeña donde vivíamos antes de que construyeran la grande, al otro lado del marjal, y desde entonces no he cruzado...

»Muy bien, ahora todo terminó. Recuperé los poderes que le había entregado notarialmente a esa mujer y recuperé mi permiso de conducir y compré este terreno y pagué con un cheque que firmé yo y estoy reformando la casa de arriba abajo para que sea una propiedad tan bonita como la mejor que se pueda encontrar en esta ciudad, y estoy haciendo que preparen el césped de ahí para jugar al croquet.

Entonces miraba el vaso en su mano como si acabara de darse cuenta de que lo tenía agarrado; y lanzaba una mirada de sorpresa, como de dolor, igual que si le

hubieran cortado la mano y sólo en ese momento se diera cuenta de que se la habían cortado y sangraba. Luego suspiraba como un actor de los viejos tiempos en un papel trágico. Dejaba el vaso en la balaustrada con cuidado, mucho cuidado, volvía la vista para asegurarse de que no se iba a caer, y se dirigía muy derecho y firme a los escalones del porche y, con la misma seguridad pero con más concentración, los bajaba. Cuando llegaba al pie de los escalones, se reía como si alguien hubiera hecho una observación cómica; agachaba la cabeza cordialmente y les gritaba a los pintores de la casa algo como esto:

—Bueno, no estoy haciendo predicciones porque yo no soy un adivino, pero tengo una idea de cómo librarme de mi problema con la bebida este mismo verano, ja, ja, ¡me voy a librar de él este mismo verano! No voy a seguir una cura y no voy a hacer la promesa solemne de que dejaré de beber. ¡Sólo voy a demostrar que soy un hombre que tiene huevos otra vez! Voy a hacerlo pasito a pasito, igual que la gente juega al croquet. Ya sabéis cómo se juega. Golpeas a la bola para que pase por el aro, y luego la haces pasar por el siguiente. Vas de aro en aro. Es un juego de precisión. Es un juego que requiere concentración y precisión, y eso es lo que hace que para uno que bebe sea un juego maravilloso. Un juego de precisión necesita un hombre sobrio. Es mejor que jugar al billar, porque un salón de billar siempre está junto a un bar, y nunca se ve a nadie que juegue al billar sin que tenga un vaso en el borde de la mesa o en algún sitio cerca, y el croquet también es un juego mejor que el golf, porque en el golf uno siempre tiene el hoyo diecinueve esperando. Nada, que para un hombre con problemas con la bebida el croquet es un juego de verano y a lo mejor parece un poco maricón, pero déjame que te diga que es un juego de precisión. Uno va de aro en aro hasta que llega a ese poste final, y entonces, bang, lo golpea, y el partido se termina, ¡ha llegado! Y entonces, y no hasta entonces, uno puede subir al porche y tomar una ginebra fría, un martini o un Tom Collins... ¡Oye! ¿Dónde he dejado ese vaso? ¡Ah! Sí, pásamelo, ¿quieres? Ja, ja... gracias.

Tomaba un sorbito como un pájaro, torcía el gesto, y movía violentamente la cabeza como si encima de la bebida hubieran echado agua hirviendo.

—*¡Este jodido alcohol!* —Paseaba la vista alrededor buscando un sitio seguro para volver a dejar el vaso. Elegía un punto de terreno despejado entre las hortensias, depositaba el vaso allí con tanto cuidado como si estuviera plantando un árbol conmemorativo, y luego se estiraba con un aire de tremendo alivio, hinchaba el pecho y flexionaba los brazos—. Ja, ja, hip! El croquet es un juego de verano para viudas y bebedores. ¡Ja, ja!

Durante unos momentos, allí parado al sol, parecía tan seguro y poderoso como el propio sol; pero luego volvió a caer sobre él una sombra de inseguridad, una sombra que atravesaba el muro del alcohol, la sombra engañosa de un pensamiento, tan sigilosa como un ratón, rápido, oscuro, también difícil de atrapar, y entonces sin casi moverse, o al menos sin que se notase, su cuerpo aún delgado caía con tanta violencia como un árbol gigante se hunde después del hachazo final, llevando con él todo el

girar de estaciones, soles y estrellas, siglos enteros, que de pronto se hunden en el olvido y la podredumbre. Caía de modo tremendo y sin ningún movimiento perceptible del cuerpo. Como mucho, lo demostraba el débil relampagueo de algo que le atravesaba la cara, cuyo color le daba el nombre por el que le conocía la gente —esto es, *Brick*, o *ladrillo*—. Pasaba algo que hacía que le relampagueara la cara. Posiblemente una rodilla se le iba un poco hacia adelante. Luego, poco a poco, del modo en que un toro recula desde su primera salida desafiante a la arena, se llevaba una mano al cinturón y levantaba la otra dubitativamente hasta la cabeza, tocándose el cuero cabelludo y el duro cráneo de debajo, como si oscuramente imaginara que al tocar aquella bóveda craneal sería capaz de adivinar lo que había dentro, el material oscuro y maravilloso de debajo de aquella bóveda de calcio, encarando, ahora, los complicados aros del verano que llegaba...

II

Por algún motivo, Mary Louise Grey pasaba aquel verano mucho tiempo fuera de casa, y como era una niña solitaria con poca o ninguna imaginación, aparentemente incapaz de divertirse por sí misma jugando sola —si se exceptúa la interminable imitación de su madre—, las tardes en que no la dejaban entrar en casa «porque a mamá le duele la cabeza» eran periodos de gran desconsuelo. Había varias galerías con escalones exteriores entre ellas, y la niña hacía la ronda de las galerías y se movía melancólica por el prado y, de vez en cuando, se dirigía al camino de entrada delantero y se sentaba en la cabina de cristal del automóvil eléctrico. Variaba el modo de andar; unas veces caminaba sosegadamente, otras iba a la pata coja, otras daba saltos y tarareaba, con una de sus gordezuelas manos agarrando siempre el pañuelo que contenía el trozo de hielo. Ese trozo de hielo para frotar las picaduras de mosquito que tenía que reemplazar a frecuentes intervalos.

—Oiga, el del hielo —decía amablemente la viuda desde una de las ventanas de arriba—, no se olvide de dejar unos cuantos trozos de más para que la pequeña Mary Louise se frote con ellos las picaduras de mosquito.

Cada vez que le picaban, Mary Louise soltaba un débil grito con una voz que imitaba la de su madre cuando con la suya llegaba hasta muy lejos sin por ello tener que elevarla.

—Ay, mamá —se quejaba—. ¡Me están devorando los mosquitos!

—Querida —respondía su madre—, eso es espantoso, pero ya sabes que tu madre no lo puede evitar; ella no creó los mosquitos y no puede eliminarlos.

—Podrías dejarme entrar en casa, mamá.

—No, no te puedo dejar entrar, preciosa. Todavía no.

—¿Y por qué no, mamá?

—Porque mamá tiene un fuerte dolor de cabeza.

—Estaré callada.

—Dices que lo estarás, pero no lo estarás. Tienes que aprender a divertirte tú sola, preciosa; no puedes depender de tu madre para divertirte. Nadie puede depender de nadie para siempre. Te diré lo que puedes hacer hasta que a tu madre le mejore el dolor de cabeza. Puedes dar una vuelta en el coche eléctrico. Puedes recorrer la zona, pero no vayas hasta el barrio comercial en él, y luego puedes pararte en la parte en sombra del camino de entrada y quedarte sentada allí cómodamente hasta que tu madre se encuentre mejor, se vista y salga. Y luego creo que Mr. Pollitt quizá venga para jugar un partido de croquet. ¿No vas a ser buena?

—¿Crees que vendrá a jugar?

—Eso espero, preciosa. Le sienta muy bien jugar al croquet.

—Bueno, yo creo que a todos nos sienta bien jugar al croquet —dijo Mary Louise con una voz que temblaba sólo ante la visión del juego.

Antes de que llegara Brick Pollitt —a veces media hora antes de su aparición,

como si la niña pudiera oír su automóvil en la carretera a cincuenta kilómetros de la casa—, Mary Louise saltaba de la galería y se ponía a instalar los postes y los aros para el anhelado partido. Mientras hacía esto, sus rotundas nalgas, los pechos que ya le apuntaban y los rizos color cobre que le llegaban a los hombros oscilaban arriba y abajo al unísono.

Yo la observaba desde los escalones de mi casa de la esquina opuesta en diagonal de la calle. Disponía las cosas febrilmente, luchando contra el tiempo, pues la experiencia le había enseñado que cuanto más pronto terminara los preparativos para el partido, mayor era la oportunidad de conseguir que su madre y Mr. Pollitt jugaran. Con frecuencia no era lo bastante rápida, o ellos eran demasiado veloces para ella. Para cuando había terminado su sudorosa tarea, la terraza muchas veces estaba desierta. Sus gritos empezaban entonces, puntuando el crepúsculo a intervalos sólo un poco más frecuentes que el paso de los coches con personas que daban un paseo a la caída de la tarde para refrescarse.

—¡Mamá, mamá! ¡El juego de croquet ya está instalado!

Habitualmente seguía una larga, larguísima espera, hasta que la respuesta llegaba desde la ventana del piso de arriba hacia la que dirigía sus voces. Pero una vez no hubo esa espera. Casi inmediatamente después de que alzara la voz, la delgada y guapa madre de Mary Louise se asomó a la ventana. Salió a la ventana como una ave blanca que al volar se encontrara con un obstáculo inadvertido. Fue ésa la vez que le vi, entre la gasa de las cortinas del dormitorio, los pechos, pequeños y muy bellos, agitados por su brusco movimiento como dos puños enfadados. Se echó hacia adelante entre las cortinas para contestar a Mary Louise, y no con su tono habitual de amable reconvención, sino con un sorprendente grito de rabia:

—Oye, estate tranquila, por el amor de Dios. ¡Eres un monstruito gordo!

Mary Louise quedó petrificada y se mantuvo en un silencio que debió de haber durado un cuarto de hora. Probablemente fuera la palabra «gorda» lo que la dejó tan abrumada, pues Mary Louise me dijo una vez, cuando dábamos un paseo en torno a la manzana en el coche eléctrico, que su madre le había dicho que *no* era gorda, que sólo era rellenita, y que esos michelines le desaparecerían en dos o tres años y entonces sería tan delgada y guapa como su madre.

A veces Mary Louise me llamaba para que jugara al croquet con ella, pero en absoluto estaba satisfecha con el modo en que jugaba yo. Yo había practicado muy poco, y ella mucho, y además, y más importante, lo que ella quería era la compañía de adultos. Sólo me llamaba cuando ellos habían desaparecido irreparablemente dentro de la casa, o cuando el partido había fracasado debido a la negativa de Mr. Brick Pollitt de tomárselo en serio. Cuando jugaba en serio era mejor que Mary Louise, que en ocasiones practicaba sus golpes toda la tarde preparándose para el partido. Pero había tardes en las que él no dejaba su copa en el porche, sino que la llevaba hasta el césped con él y jugaba con una mano, cada vez de modo más caprichoso, mientras en la otra mano sujetaba el vaso. Entonces la pradera se

convertía en un gran escenario sobre el que interpretaba todas las payasadas posibles ante la exasperación de Mary Louise y de su delgada y guapa madre, pues las dos se ponían muy severas y dignas en esas ocasiones. Se retiraban de la pradera del croquet y se mantenían a cierta distancia, diciendo suavemente: «Brick, Brick» y «Mr. Pollitt» como un par de palomas complacientes, las dos con el mismo tono de amonestación propio de damas. Él no era un hombre de aspecto maduro —es decir, todavía no se había ensanchado por el centro del cuerpo—, y podía saltar y correr como un chico. Podía dar volteretas y andar sobre las manos, y a veces gruñía y embestía como un púgil, o daba largas carreras encogido como un jugador de fútbol americano, haciendo regates entre los aros y los palos de vistosos colores del campo de croquet. Las acrobacias y deportes de su juventud parecía que no le habían abandonado. Gritaba roncamente a unos invisibles compañeros de equipo y adversarios; gritos amortiguados de desafío, enfado y triunfo, a los que constantemente ponía un contrapunto incongruente la voz delicada y coqueta de la viuda: «Brick, Brick, deja eso ahora mismo, déjalo, por favor. La niña está llorando. La gente va a creer que te has vuelto loco». Pues la madre de Mary Louise, a pesar de la extrema ambigüedad de su situación en la vida, era una mujer con un sentido de la propiedad más intenso de lo habitual. Sabía por qué se habían apagado las luces de todos los porches en verano y por qué los automóviles pasaban por delante de la casa a la velocidad de un entierro mientras Mr. Brick Pollitt estaba convirtiendo en una pista de circo la pradera donde jugaban al croquet.

Una tarde a última hora, cuando él iba locamente lanzado por el césped con un imaginario balón de fútbol americano apretado contra la tripa, tropezó contra un aro y cayó despatarrado sobre el prado, e hizo como si se hubiera hecho tanto daño que era incapaz de volver a ponerse de pie. Sus gritos en voz muy alta atrajeron a Mary Louise y a su madre, que llegaron corriendo desde el extremo de la galería cubierta por una parra y salieron al prado para atenderle. Le agarraron cada una por una mano y trataron de levantarlo, pero, con un repentino ataque de risa, hizo que las dos cayeran encima de él y las mantuvo sujetas allí hasta que las dos se echaron a llorar. Se levantó, finalmente, aquella tarde, pero sólo para rellenarse el vaso de ginebra con hielo, y luego volvió a la pradera. Aquella tarde era una tremendamente cálida, y Brick decidió refrescarse con el aspersor mientras disfrutaba de su copa. Lo puso en marcha y lo colocó en el centro de la pradera. Se revolcó por el césped bajo el arco de agua que giraba pausadamente, y mientras se revolcaba empezó a quitarse la ropa. Se quitó de una patada los zapatos blancos y uno de sus calcetines verde claro, se arrancó la empapada camisa blanca y los pantalones de lino manchados de hierba, pero no consiguió quitarse la corbata. Finalmente estaba despatarrado, como una figura grotesca de un surtidor, en ropa interior, corbata, y el calcetín verde claro que le quedaba, mientras el arco de agua que daba vueltas giraba con frescos susurros a su alrededor. El arco de agua tenía una débil iridiscencia cristalina, una neblina de colores delicados, como si girara bajo la luna, pues por entonces la luna ya había

empezado a asomar con aire de asombro por encima del techo del pequeño edificio que albergaba el coche eléctrico. Y las palomas que se quejaban, madre e hija, seguían gritándole coquetas desde varias ventanas de la casa, y uno sólo podía diferenciar las voces por el hecho de que la madre murmuraba: «Brick, Brick», y Mary Louise seguía llamándole Mr. Pollitt. «Oiga, Mr. Pollitt, mamá está muy molesta, ¡mamá está llorando!».

Aquella noche él habló consigo mismo o con las figuras invisibles de la pradera. Una de éstas era su mujer, Margaret. Pollitt no dejaba de decir:

—Lo siento, Margaret, lo siento, Margaret, lo siento, lo siento mucho, Margaret. Lamento no portarme bien, Margaret, lo siento mucho, lamento mucho no portarme bien, lamento estar borracho, lamento no portarme bien. Lamento que todo haya resultado así...

Más tarde, mucho más tarde, después de la procesión notablemente lenta de los coches que se detenían al pasar por delante de la casa, un pequeño coche negro que pertenecía a la policía se detuvo delante del camino de entrada a la casa y se quedó allí un rato. Dentro iba el propio jefe de la policía. Éste dijo:

—Brick, Brick —casi con tanta suavidad como la madre de Mary Louise le había llamado desde las ventanas sin luz—. Brick, Brick, viejo amigo. Brick, colega. —Hasta que finalmente la inerte figura como de surtidor en ropa interior, un calcetín verde y la corbata puesta, se levantó dando tumbos de debajo del arco de agua que daba vueltas, y anduvo vacilante hacia el camino y se detuvo allí descuidadamente, hablando tranquilamente con el jefe de policía bajo la ya no asombrada, sino ahora enorme e indiferente gran mirada amarilla de la luna de agosto. Empezaron a reírse en voz baja los dos, Mr. Brick Pollitt y el jefe de policía, y finalmente la portezuela del pequeño coche negro se abrió y Mr. Brick Pollitt entró junto al jefe de policía mientras el otro agente de servicio iba a recoger la ropa, flácida como toallas mojadas, de la pradera de croquet. Luego se alejaron, y el espectáculo de la noche veraniega se acabó...

No acabó del todo para mí, pues yo había estado contemplando aquello todo el tiempo con un interés constante. Y como una hora después de que el pequeño coche negro de los educadísimos agentes de policía se hubiera alejado, vi a la madre de Mary Louise salir a la pradera; se quedó en ella con aire de desolación durante un rato. Luego fue a la pequeña construcción detrás de la casa a por el coche eléctrico. El coche eléctrico salió sosegadamente a la noche de verano, con su zumbido no más intenso que el de los insectos, y quizá una hora después, pues aquélla era una noche muy larga, volvió con su cabina de cristal conteniendo no sólo a la joven, delgada y guapa viuda, sino al tranquilo y escarmentado Mr. Pollitt. Ella le pasó un brazo por su inmensa y alta figura cuando subieron por el camino de entrada, y a él sólo le oí decir una palabra claramente. Era el nombre de su mujer.

A principios de aquel otoño, que sólo se diferenciaba del verano en la rápida llegada del crepúsculo, las visitas de Mr. Brick Pollitt empezaron a tener la

espasmódica irregularidad de un músculo del corazón dañado. Aquel lejano cañonazo de las cinco de la tarde ahora era el anuncio de que dos damas vestidas de blanco estaban esperando en la blanca galería a alguien que cada vez las decepcionaba un poco más que la vez anterior. Pero la decepción no era una cosa a la que estuviera acostumbrada Mary Louise; aquélla era una región por la que pasaba no como una antigua habitante, sino como una sorprendida exploradora, y todas las tardes que sacaba la oblonga caja de madera amarilla y tiraba de ella desde la pequeña construcción en la que se guardaba junto al coche eléctrico, la abría ceremoniosamente en el centro de la verde y sedosa pradera, y se ponía a montar los aros siguiendo un orden determinado entre los dos palos pintados vistosamente que indicaban el comienzo, la mitad y el final. Y la viuda, su madre, hablaba con ella desde la galería, bajo la marquesina, como si no hubiera habido ninguna alteración importante en sus vidas ni en sus proyectos. Sus voces casi duplicadas cuando hablaban y se respondían entre la galería y la pradera sonaban con tanta claridad como si el enorme terreno de la esquina estuviera encerrado a esta hora bajo una campana de cristal perfectamente translúcida que recogía y difundía por el espacio lo que se decía debajo de ella, y esto era cierto no sólo cuando las dos hablaban en la pradera sino cuando estaban sentadas una junto a otra en las sillas blancas de mimbre de la galería. Frases de esas conversaciones se convirtieron en chistes, repetidos por los vecinos, para los que la viuda, su hija y Mr. Brick Pollitt habían sido los intérpretes de un drama de folletín que los había sorprendido y cabreado durante dos actos pero que ahora, cuando se acercaba a su conclusión, se estaba convirtiendo en una farsa involuntaria de la que se podían reír. No era difícil encontrar algo grotesco en las conversaciones entre las dos damas o en la elegancia del tono agudo de sus voces.

Mary Louise podía preguntar:

—¿Vendrá Mr. Pollitt a tiempo de jugar al croquet?

—Eso espero, preciosa. Le sienta muy bien.

—Tendrá que venir pronto o estará demasiado oscuro para ver los aros.

—Es cierto, preciosa.

—Mamá, ¿por qué ahora oscurece tan pronto?

—Cariño, ya sabes por qué. El sol va al sur.

—Pero ¿por qué va al sur?

—Preciosa, tu madre no puede explicar los movimientos de los cuerpos celestes, sabes esto tan bien como lo sabe tu madre. Esas cosas están controladas por ciertas leyes misteriosas que la gente de la Tierra no sabe o no entiende.

—Mamá, ¿vamos a ir nosotras al sur?

—¿Cuándo, preciosa?

—Antes de que empiecen las clases.

—Cariño, ya sabes que a tu madre le resulta imposible hacer planes precisos.

—Espero que vayamos. Yo no quiero ir a un colegio de aquí.

—¿Y por qué no, preciosa? ¿Te dan miedo los demás niños?

—No, mamá, pero no me gustan, se burlan de mí.

—¿Y cómo se burlan de ti?

—Imitan el modo en que hablo y andan delante de mí con el estómago sacado y soltando risitas.

—Eso es porque son niños y los niños son crueles.

—¿Dejarán de ser crueles cuando se hagan mayores?

—Bueno, supongo que unos sí y otros no.

—Bien, pues espero ir al este antes de que empiecen las clases.

—Tu madre no puede hacer planes ni prometer nada, cariño.

—No, pero Mr. Brick Pollitt...

—Cariño, ¡baja la voz! Las damas hablan bajo.

—¡Ay, Dios santo!

—¿Qué te pasa, preciosa?

—¡Me acaba de picar un mosquito!

—¡Vaya por Dios!, pero no te rasques. Si te rascas puede quedarte una marca permanente en la piel.

—No me rasco. Sólo la estoy chupando, mamá.

—Cariño, tu madre te ha dicho y repetido que lo que hay que hacer cuando te pica un mosquito es coger un trozo de hielo y envolverlo en un pañuelo y frotar la picadura con él hasta que salga el aguijón.

—Es lo que yo hago, pero ¡se me ha derretido el trozo de hielo!

—Pues coge otro trozo, cariño. Ya sabes dónde está la nevera.

—No queda mucho. Pusiste demasiado en la bolsa de hielo para el dolor de cabeza.

—Debe de quedar algo, cariño.

—Hay sólo lo justo para las copas de Mr. Pollitt.

—Eso no importa.

—Lo necesita para sus copas, mamá.

—Sí, tu madre ya sabe para qué lo necesita, preciosa.

—Sólo queda un trozo. Lo justo para frotar una picadura de mosquito con él.

—Bien, pues úsalo para eso, es mejor, y en cualquier caso Mr. Pollitt viene demasiado tarde y no se merece que le guardemos el hielo.

—¿Mamá?

—¿Qué, preciosa?

—¡Me encanta el hielo con azúcar!

—¿Qué dijiste, preciosa?

—¡Dije que me encantaba el hielo con azúcar!

—¿Hielo con azúcar, preciosa?

—Sí, me encanta el hielo con azúcar del fondo del vaso de Mr. Pollitt cuando él lo ha terminado.

—¡Cariño, no debes tomar el hielo del fondo de los vasos de Mr. Pollitt!

—¿Por qué no, mamá?

—Porque tiene alcohol.

—No, no, mamá, sólo es hielo y azúcar cuando Mr. Pollitt lo termina.

—Cariño, siempre queda un poco de alcohol.

—No, no queda ni una gota cuando Mr. Pollitt termina la copa.

—Pero tú dices que queda azúcar y, cariño, ya sabes que el azúcar absorbe mucho las cosas.

—¿Hace qué, mamá?

—Absorbe el alcohol y eso puede hacer que el alcohol te llegue a gustar y, cariño, ya sabes las espantosas consecuencias de que a uno le guste el alcohol. Ya es suficientemente malo para un hombre, pero para una mujer es fatal. Así que cuando quieras hielo con azúcar díselo a mamá y ella te preparará algo, pero ¡que nunca te atrape tomando lo que queda en el vaso de Mr. Pollitt!

—¿Mamá?

—¿Sí, preciosa?

—Ya casi es completamente de noche. Todo el mundo enciende la luz o va en coche al río a refrescarse. ¿No podríamos dar un paseo en el coche eléctrico?

—No, cariño, no podemos hasta que sepamos que Mr. Pollitt no...

—¿Todavía crees que vendrá?

—Preciosa, ¿cómo lo voy a saber? ¿Acaso tu madre es una adivina?

—¡Oh! Ahí viene el Pierce. ¡Mamá, que viene el Pierce!

—¿Viene? ¿Es el Pierce?

—No, no. No es ese coche. Es un Hudson Super Mix, mamita. Voy a recoger los aros ahora y a regar el césped, porque si viene Mr. Pollitt, traerá a alguien con él o no estará en condiciones de jugar al croquet. Y cuando termine quiero dar un paseo en el coche eléctrico.

—Una vuelta alrededor de la manzana, pero no vayas hasta la zona comercial.

—¿Vendrás conmigo, mamita?

—No, preciosa, seguiré aquí sentada.

—En el coche eléctrico hace más fresco.

—No lo creo. Va demasiado despacio para que se note la brisa.

Si aquellas tardes finalmente venía Mr. Pollitt, era probable que viniera con él una caravana de coches procedentes de Memphis, y entonces Mrs. Grey tenía que recibir a un grupo variado de desconocidos bastante vulgares como si ella misma los hubiera invitado a una fiesta. La fiesta no se limitaba a las habitaciones y a las galerías del piso bajo, sino que explotaba enseguida y tan brillante como un cohete en todas direcciones, desbordando los dos pisos de la casa, derramándose por el césped y a veces penetrando incluso en la pequeña construcción donde se guardaban el automóvil eléctrico y la caja oblonga que contenía las cosas necesarias para jugar al croquet. Durante aquellas fiestas nocturnas el edificio blanco con barandillas,

gabletes y torreones brillaba entero, como uno de esos enormes barcos para hacer excursiones nocturnas que bajaban río abajo desde Memphis y estaban llenos de música estilo *ragtime* y risas. Pero en un determinado momento de la velada, casi invariablemente, se producía una alarmante perturbación. Alguno de los invitados masculinos soltaba un rugido feroz, una mujer chillaba, se oía romperse un vaso. Casi inmediatamente después, las luces de la casa se apagaban, como si ésta fuera un barco de verdad que hubiera chocado fatalmente contra un banco de arena de debajo del agua. Por todas las puertas, galerías y escaleras salía gente corriendo, y la dispersión llegaba a ser más rápida que había sido la llegada. Un poco después, el coche de la policía se detenía delante de la casa. La pequeña y guapa viuda salía de la galería delantera para recibir al jefe de policía, y se podía oír su delicada voz tintineando como una campanilla de cristal.

—No fue nada, nada en absoluto —decía—. Sólo que alguien que bebió un poco de más perdió la compostura. Ya sabe cómo son los de Memphis, Mr. Duggan, siempre hay un caballero al que le sienta mal la bebida. Ya sé que es tarde, pero tenemos una pradera tan grande... ocupa la mitad de la manzana... que no creía que nadie a quien no le reconcomiera la curiosidad llegaría a enterarse de que celebrábamos una fiesta.

Y entonces debe de haber pasado algo que no hizo el más mínimo ruido.

No se trataba de una muerte efectiva, pero tenía casi la apariencia externa de una. Cuando se produce una muerte en una casa, la casa está anormalmente silenciosa durante un día o dos antes de que pase el acontecimiento. Durante el intervalo, la enorme y translúcida campana de cristal que parece envolver y separar una casa de las que la rodean no transmite ningún sonido a los que observan, sino que parece haberse espesado invisiblemente de modo que muy pocos pueden oír a través de ella. Eso fue lo que había pasado hacía unos cinco meses, cuando el médico había muerto debido a aquella terrible flor que le había crecido en el cráneo. La casa había estado anormalmente silenciosa durante varios días, y luego un extraño coche gris con las ventanillas empañadas había irrumpido en la campana de silencio y el joven médico había salido de la casa de un modo muy curioso, como si estuviera haciendo una demostración pública de cómo ir a dormir en una cama estrecha en una atmósfera recorrida por luces y mientras está en movimiento.

Eso había sido hacía cinco meses, y ahora era a comienzos de octubre.

El verano había pronunciado una palabra que no tenía significado, y la palabra ahora se pronunciaba y, con significado o sin él, allí estaba inscrita con una escritura intensa como la firma de un avaro en un cheque o de un chico con tiza en la pared.

Una tarde, un hombre gordo que sonreía amablemente al que yo había visto innumerables veces rondando ante la tienda de coches usados al lado del cine Paramount, subió por la entrada delantera de los Grey con el aspecto furtivo de un hombre que está a punto de cometer un robo. Llamó al timbre, esperó un poco, volvió a llamar durante más tiempo, y luego le admitieron al interior por una abertura que

parecía escasamente ancha para sus dedos. Salió casi de inmediato con algo agarrado en la mano cerrada. Era la llave de la pequeña construcción que contenía el juego de croquet y el automóvil eléctrico. Entró y abrió las puertas plegables lo suficiente para que se pudiera ver el elegante aparato eléctrico allí parado con sus modales habituales de dama que se pone o se quita los guantes a la entrada de una recepción. El hombre lo miró un momento, como si su elegancia fuera momentáneamente desconcertante. Pero entró y lo sacó del garaje, agarrando el pulido mando negro con una mirada en su cara redonda que era como la mirada de un adulto que se avergüenza un poco al encontrar que le divierte un juego que era propio de niños. Condujo tranquilamente por la amplia calle en sombra, y en una de las ventanas del piso de arriba de la casa hubo algún tipo de movimiento, como si una silueta que miraba hacia fuera se hubiera sorprendido por algo que miraba y luego se hubiese retirado a toda prisa...

Posteriormente, después de que las Grey se hubieran ido de la ciudad, vi el elegante vehículo cuadrado, que parecía hecho de cristal y de charol, parado con un aire arrogante entre una docena o así de otros coches en venta en una tienda que se llamaba «Los mejores precios» al lado del mejor cine de la ciudad, y que yo sepa quizá sigue todavía allí, pero ahora mucho menos brillante.

Las Grey habían desaparecido de Meridian en una sola y rápida estación: el joven médico que a todo el mundo le gustaba con su manera de ser dubitativa y que todos decían que le iría bien en la ciudad con sus ojos comprensivos y voz tranquila; la delgada y guapa mujer, a la que nadie conoció en realidad a no ser Brick Pollitt; y la chica regordeta, que tal vez algún día fuera tan guapa y delgada como su madre. Habían venido y se habían ido en una estación, sí, como uno de esos espectáculos ambulantes que de repente aparecen en un solar de una ciudad del sur y cruzan el cielo de noche con misteriosas luces que giran y una música sobrenatural, y luego se van, y el verano sigue sin ellos, como si nunca hubieran estado allí.

En cuanto a Mr. Brick Pollitt, sólo recuerdo haberle visto una vez después de que las Grey se hubieran ido de la ciudad, pues mi estancia en ella también tuvo una duración breve. Esta última vez que le vi era una brillante mañana de otoño. Era un sábado de octubre por la mañana. A Brick le habían vuelto a quitar el permiso de conducir por culpa de algún accidente en la carretera provocado por su deficiente control del volante, y era su esposa legal, Margaret, la que se sentaba en el asiento del conductor del Pierce Arrow descapotable. Brick no iba sentado al lado de ella. Estaba en el asiento de atrás, cayendo a un lado y al otro con las sacudidas del coche, como un paquete mal atado que se va a entregar en alguna parte. Margaret Pollitt manejaba el coche con una asombrosa seguridad masculina; tenía los brazos morenos y musculosos como los de un bracero negro, y la lona del techo del coche estaba bajada para que se viera mejor en su asiento trasero la tímida imagen de Brick Pollitt, que sonreía y asentía con la cabeza. Iba vestido y aseado del modo immaculado habitual en él, de modo que desde cierta distancia parecía el presidente de una selecta asociación estudiantil de una universidad para caballeros del sur. El nudo de su

corbata con lunares podrían haberlo hecho unos dedos fuertes y diestros para una ocasión importante. Una de sus grandes manos rojas asomaba, agarrada a la parte exterior de la puerta para evitar el movimiento, y en la mano brillaba el oro, un anillo pequeño en un dedo, uno más grande en la muñeca. Su chaqueta color crema estaba cuidadosamente plegada en el asiento de su lado y llevaba una camisa de una tela fina y blanca que quedaba levemente teñida de rosa por la piel de debajo. Era un hombre que había sido, e incluso en esa época todavía lo era, el más guapo que probablemente uno pudiera recordar, pues la belleza física era, de entre todas las cualidades humana, la más utilizada y desperdiciada, como si lo que la creara la despreciara, dado que muchas veces sólo aparece para ser deshonrada gradualmente de modo doloroso, y para que la arrastren encadenada por las calles.

Margaret hacía sonar la bocina plateada del coche en todos los cruces. Inclina el cuerpo a un lado y a otro, elevando o sacando un brazo cuando saludaba alegre a las personas de los porches, a los tenderos de al lado de las entradas de sus comercios, a personas que casi no conocía de las aceras, llamándolas por sus nombres, como si se dirigiera a una oficina de la ciudad, mientras Brick asentía con la cabeza y sonreía con una amabilidad inconsciente detrás de ella. Era exactamente igual a como un antiguo conquistador, como César o Alejandro el Magno o Aníbal, llevaría encadenado por la capital al príncipe de un estado recién conquistado.

El Reino de la Tierra

The Kingdom of Earth (1954)

Hablando de salvación yo creo que hay mucha verdad en la afirmación de que uno se salva o no lo hace, y lo mejor que puede hacer es encontrar de qué y atenerse a ello. Lo que más cuenta es la satisfacción personal, al menos para la mayoría de la gente, y sabe Dios que esforzándose y luchando uno nunca consigue algo para lo que no está hecho.

Acabo de pasar por un periodo de mi vida en el que luché. La cosa se debió a todos aquellos chismes que la chica de los Gallaway propagó por la comarca de que yo tenía una madre con parte de sangre negra. No había nada de cierto en ello, pero mientras en la naturaleza humana exista algo como la envidia, y será durante mucho tiempo, habrá gente inclinada a prestar oídos a la calumnia. Yo era lo que se conoce por un mestizo. Mi padre me tuvo en Alabama con una mujer que tenía sangre cherokee. Soy cherokee en una octava parte y el resto blanco. Pero la chica de los Gallaway había propagado rumores sobre mí por toda la comarca. La gente se puso en contra de mí. Todos se mostraban desconfiados. Yo andaba por ahí solo, pues tengo demasiado orgullo o carácter o lo que sea como para obligar a que alguien esté conmigo cuando no me quiere. Pero me sentía muy dolido por el modo en que la chica de los Gallaway se había portado cuando rompimos. Estaba tan solo como un perro abandonado y no sabía qué camino seguir.

Y entonces una tarde, mientras Smith el Gitano estaba predicando por esta región, me dejé caer por allí y oí un maravilloso sermón sobre la lucha espiritual. Me llevó a pensar en este cuerpo lascivo y en cómo debería emprender una lucha contra él. Y luché, claro que sí, durante un tiempo a partir de entonces. Existen todas las posibilidades de que todavía siguiera haciéndolo si Lot no hubiera traído con él de Memphis a aquella mujer que me enseñó lo inútil que era todo aquello, en cualquier caso en lo que se refiere a mí personalmente.

Lot volvió a la casa de Memphis un sábado por la mañana del verano pasado y trajo a esa mujer con él. Yo estaba trabajando en el campo sur, fumigando el condenado ejército de gusanos, cuando vi el Chevrolet que salía de la carretera y doblaba hacia el camino de entrada. El coche estaba todo amarillo por culpa del polvo y no tenía rueda de repuesto. Supuse que Lot la habría empeñado para pagar la gasolina del trayecto.

Fui a casa para reunirme con ellos y Lot estaba borracho.

«Te presento a mi mujer —dijo—. Se llama Mirta».

No les dije ni palabra. Me limité a quedarme allí y mirarla. La mujer llevaba puesto algo de dos piezas, la parte de la falda blanca y la de arriba con lunares azules. Ésta la había hecho con dos pañuelos con grandes puntos, que ella había atado juntos. Le colgaba toda torcida y dejaba ver parte de sus tetas, las mayores que yo había visto nunca en el cuerpo de una chica joven, morenas por el sol, con el color del sorgo la mitad de arriba hasta los pezones, y por debajo inmaculadamente blancas y con aspecto nacarado.

«Bien —dijo ella—, hermano», e hizo como si me fuera a besar, pero yo me

aparté molesto porque quería que se diera cuenta de lo que me parecía aquello. Se trataba de un truco de puta auténtica el casarse con un moribundo como ella debía de saber que estaba Lot. Lot tenía tuberculosis y estaba tan mal que le sacaron el aire de uno de los pulmones en Memphis. Supongo que ella debía de saber cómo estaban las cosas; que la casa era de Lot y no mía, aunque yo hacía todo el trabajo. Pero Lot era hijo legítimo y así, cuando murió papá, fue a Lot a quien le dejó la casa. Después de la muerte de papá y de enterarme de que me habían jodido, dejé la casa y me fui a Meridian para trabajar en un taller de rodamientos, pero recibí aquellas lastimeras cartas de Lot diciendo que volviera, y volví dando por supuesto que cuando muriera Lot, lo que iba a pasar bastante pronto, la casa sería mía.

«Bueno —pensé para mí mismo después de conocer a la mujer—, lo sensato es mantener la calma y ver cómo van las cosas, al menos durante un tiempo». Conque volví al campo y continué fumigando. No fui a la casa a cenar. Le dije a la chica negra, Clara, que me trajera la cena. Me la trajo en un cubo, y después de terminarla, fui al Crossroads Inn a tomar una cerveza. Allí estaba Luther Peabody. Me invitó a una copa y mientras yo la estaba tomando me dijo: «¿Qué es eso que he oído de que Lot trajo una mujer a casa con la que se ha casado?». «¿Quién dijo que se había casado con ella?», le pregunté. «Bueno —dijo Luther—, es lo que me dijeron, que Lot había traído a casa una mujer tan grande como una casa». «Una casa y Lot», dijo Scotty, que trabaja en el bar, y todos se partieron de risa. «Ha traído una mujer a casa para que le cuide», les dije. Y eso fue todo lo que yo tenía que decir al respecto.

Debían de ser las diez y media cuando volvía casa. La lámpara de la cocina estaba encendida y ella estaba allí calentando algo en el fogón. Hice como si no notase su presencia. Pasé junto a ella y subí a la guardilla. Empujé mi camastro hasta la claraboya para recibir la brisa, pero no había ni un soplo de viento.

Pensé en algunas cosas, pero todavía no decidí nada. Hacia la mañana empecé a oír algo de ruido. Bajé la escalera descalzo. La puerta del dormitorio estaba abierta y ellos jadeaban como dos perros salidos.

Fui afuera y anduve por los campos hasta la salida del sol. Entonces volví a casa. La negra estaba preparando el desayuno y al cabo de un rato la mujer entró en la cocina. Llevaba un quimono de satén azul claro del que no se había molestado en sujetar el cinturón. La chica negra, Clara, no dejaba de mirarme y soltar risitas, y cuando me puso el plato delante dijo: «¿Qué estás mirando?». Yo dije: «Nada en especial». Y luego ella soltó una risa como la de un caballo. No podía echarle la culpa de nada. ¡Yo tampoco tenía nada que decir sobre aquellos dos enormes melones!

Cuando terminó el desayuno llamé a Lot para que saliera al porche y habláramos un poco. «Óyeme bien —le dije—, te oí esta noche pasada en la habitación con esa mujer, a las cinco y media de la mañana. ¿Cuánto crees que vas a durar en tu estado? Dentro de un mes esa encantadora Miss Mirta te habrá dejado todo jodido, te quitará hasta el último aliento, y volverá más fresca que una rosa al burdel donde debiste de encontrarla».

Aquellas palabras le molestaron e hizo como que me iba a dar un puñetazo, pero le pegué yo antes. Le dejé patas arriba al pie de los escalones. Entonces salió ella. Me llamó carapijo y muchas otras cosas parecidas, y luego se echó a llorar. «No lo entiendes —berreó—. Yo le quiero y él me quiere a mí». Me reí en su cara. «El invierno pasado —le dije— se lo hizo con las sábanas». «¿Qué quieres decir con eso?», me preguntó ella. «Pregúntaselo a Lot», le contesté yo, y luego salí y dejé que lo rumiaran.

Al salir me reía. El sol estaba alto y quemaba como el fuego. Tenía mi garrafa de licor guardada en un montón de nieve de las montañas. Fui a por ella y le di un tiento. Aquello me puso borracho inmediatamente porque ya había bebido mucho la noche antes. El suelo no dejaba de balancearse a un lado y a otro como un buque de vapor. Corría un poco hacia adelante y luego daba tumbos hacia atrás y me partía la risa ante lo que le había dicho a la mujer. Era una cosa jodida de decir a una mujer. No era exactamente agradable que se dijera a nadie. Pero yo estaba terriblemente enfadado por lo que había hecho Lot: aparecer muy ufano con una puta con la que decía que se había casado sin otro motivo que para montar el número de que era independiente.

Volví adonde había dejado el aparato para fumigar. Los negros estaban alrededor y se contaban cosas. Se levantaron como de mala gana. Yo dije: «Oíd, si no queréis trabajar, despejad el campo. Y si no, ¡a currar!». Bueno, pues curraron. Y para cuando lo dejamos habíamos fumigado el campo norte entero desde la carretera hasta el río. (Uno tiene que perseguir las plagas, o ¡por Dios que te arruinarán!).

Cuando oscureció dejé la fumigadora debajo de un gran álamo de Virginia y volví a a la casa. Las luces estaban apagadas, así que encendí la lámpara de la cocina y calenté la cena. Tenía lo que había quedado de verdura, y algo de maíz y batatas. Quedaba algo de café en un puchero del fogón. Lo tomé solo, en contra de cualquier opinión sensata mía. En verano me quita el sueño, en especial cuando estoy salido por no haberlo hecho con frecuencia, y ya había pasado mes y medio desde que me follara a una mujer. Pensé para mis adentros: «Tengo veinticinco años y soy fuerte. Debería dejar de andar por ahí haciendo el tonto y conseguirme una chica fija». El motivo por el que no la tenía aún eran aquellas falsas historias que se había inventado la chica de los Gallaway. La chica de los Gallaway este último verano no estaba en el pueblo. Se había ido al norte, deprisa y corriendo y no sólo por mi culpa, pero no sin antes propagar aquellas mentiras sobre mí por la comarca de los Dos Ríos. La chica que trabajaba en el puesto de hamburguesas de la carretera me contó que las había oído, pero no podía decir a quién. Imaginé que debía de ser Lot el que primero las soltó. Le llamé al orden. Y claro, me juró que él nunca jamás. Le di una paliza porque nadie más tenía motivo para hacer una cosa así a no ser él, que me tenía envidia, y Lot tenía tanta envidia que casi no podía ni respirar.

Pero no importa, pues todo eso es agua pasada.

El aire de la cocina era muy caliente y parecía zumbar. Supongo que tenía la sangre demasiado caliente o algo así. La mano me cayó en el regazo, entre las piernas. Tenía la cabeza muy cansada, y casi antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me la había sacado y había empezado a jugar con ella. «Esto no es lo que quiero», dije. Conque me levanté inmediatamente y fui hasta el gran barril con agua de lluvia de atrás y me eché agua en la cara y por el cuerpo. Pero el agua sólo pareció que me ponía más tenso. La cosa tampoco daba señales de que fuera a bajar. Me llevé las dos manos a ella y la meneé un poco. Era una cosa grande de verdad. Las dos manos apenas la tapaban. Y así me quedé junto al barril con agua de lluvia y me meneé la polla. Había salido la luna y era tan blanca como la cabeza de una chica rubia. Pensé en Alice, pero eso no me sentó nada bien, y meneármela no era nada divertido, conque lo dejé y me limité a quedarme allí protestando y aplastando mosquitos. No hacía viento. No había ni un soplo de aire. Miré hacia el piso de arriba. Estaba encendida la lámpara en el dormitorio de ellos. Escuché un rato y los oí jadear. Sí, estaban a ello otra vez. (Podía oírlos gruñir como un par de cerdos en una pocilga al sol cuando la primavera empieza a resultar templada). Pensé en las piernas de ella, tan suaves como la seda y sin pelos negros, y en sus tetas, las mayores que había visto nunca en el cuerpo de una mujer joven, del color de la melaza de sorgo la mitad de arriba y el resto de un blanco puro con pequeñas cuentas dulces. Luego en su tripa. Redonda y abultada. Y seguro que sería agradable apretarla contra ella o hacer que balanceara el cuerpo adelante y atrás y luego echarme encima y clavarla. Dios santo, meterla entera, justo hasta la empuñadura, y luego empezar el metisaca y notar que la cosa se pone más caliente hasta que ella empezaba a resollar y todo eso de lo caliente que estaba, y una cosa húmeda sale de dentro de uno. Bien, bien, bien. Lo mejor del mundo, esa sensación de que quema y luego correrse, ese maravilloso dejarse ir, disparar dentro de ella, dejarla exhausta y completamente satisfecha y lista para dormir. Sí, en el mundo no había nada igual, ni siquiera nada que se lo pudiera comparar. Sólo eso, y no hay nada más perfecto. Lo demás es mierda. Todo lo demás no es nada más que mierda. Pero eso sí que es bueno, y si uno no tiene nada más que eso, ni dinero, ni tierras, ni éxito en el mundo, todavía tenía eso, que hacía que mereciera la pena vivir. Sí, uno podía llegar a casa, una casa con techo de hojalata bajo el ardiente calor, y buscar agua y no encontrar ni una gota que beber, y buscar comida y no encontrar ni una sola miga. Pero si uno tiene en la cama a una mujer desnuda, aunque ni siquiera sea demasiado joven ni guapa, y ella alza la vista y dice: «Me apetece, papito»... entonces, digo que uno consigue algo de la vida que merece la pena, y todo el que no piense así es que no se ha follado a una mujer como es debido.

Pero pensar en ese tipo de cosas no me estaba sentando nada bien, conque volví a la cocina y llené y encendí mi pipa. Miré el fregadero con los platos apilados dentro. Con Mirta las cosas no habían mejorado mucho que se diga en la casa. Pero es que ella no era una mujer. Un coño sólo es un coño, y eso es lo que era Mirta, sólo era una

cosa que se podía follar. Yo podría conseguir una mujer, no había duda en ello. Pero si traía una a casa para que viviera conmigo, por Dios que sería una mujer hacia la que pudiera sentir algo de respeto.

Fui a la puerta mosquitera a mear y tuve que esperar unos minutos antes de poder hacerlo. A lo lejos oí ladrar a un podenco. Sonaba a triste. A pesar de mí mismo, volvía mis pensamientos anteriores. Pensé en la chica de los Gallaway y en las noches que pasamos allí en Moon Lake, bailando, bebiendo y haciendo lo que hacíamos en un cobertizo para barcas. Ella me la chupaba, además de todo lo demás. Si yo hubiera querido hablar, podría contarle a la gente que me la chupaba. Ninguna que no sea una guarra haría eso. Una vieja puta me contó que lo llaman una mamada, eso de la lengua, ya se sabe, pero tengo que admitir que a uno le gusta mucho que le hagan una cosa así, y ella era especialista.

Claro, ya sé que no hacía bien pasando revista a todos esos recuerdos, era como barajar un mazo de cartas usadas, pero parecía como si tuviera la cabeza centrada en ese asunto y nada lo podía evitar. Es como dice el predicador, hay que cerrar las puertas del alma al cuerpo y mantener el cuerpo fuera o el cuerpo las abrirá e inundará el alma y todo lo demás decente que tengas. La cuestión es, sin embargo, que yo nunca parecía que tuviese puertas que cerrar. Me habían hecho sin esas puertas. Les pasa a algunas personas, supongo. Las hacen sin ellas, y seguro que eso era lo que había pasado conmigo. Me digo: «Este tipo de cosas son asquerosas, y recuerdo que el predicador ha dicho que hay que esforzarse por cerrarle las puertas al cuerpo». Busco las puertas para cerrarlas y me doy cuenta de que no tengo nada con que sujetarlas. Me digo interiormente, mientras estoy allí parado en los escalones: «Eres un fenómeno de la naturaleza, dejas entrar a los mosquitos y con eso no consigues nada». Conque me di la vuelta y entré de nuevo en la cocina. Hacía tanto calor en un sitio como en otro. Por lo menos allí dentro tenía una silla donde sentarme. Conque me senté en una silla junto a la mesa de la cocina. Puse los pies encima del borde de la mesa. Entre las piernas aquella cosa, tan vieja y tan grande, me palpitaba. Sí, me quemaba y palpitaba como si la hubiera picado una abeja, y no tenía ninguna puerta para protegerme contra ella.

Supongo que parte de mi problema era la falta de estudios. Nunca me ocupé demasiado de nada a no ser de beber, follar y esforzarme por hacérmelo lo mejor que pudiera sin tener mucha suerte en ello. Supongo que si un tipo puede agarrar un libro por la noche, eso debe suponerle una gran diferencia. Vamos a ver, sé leer, entiendo la mayoría de las palabras, pero dudo que leer le cierre las puertas al cuerpo. Lo intenté un tiempo y luego cerraba el libro y lo lanzaba lejos enfadado. Las cosas inventadas no me gustan. «No dicen ni una palabra que sea verdad en nada de lo que escriben — solía pensar—, y el tipo que escribió esto trata de engañar al público». De modo que volvía contra lo que estaba luchando. El póquer, me gusta jugar pero siempre parece que lleva a lo mismo. Me gusta ir a la ciudad y ver una película o ir a un espectáculo de variedades, pero sólo muy de vez en cuando, no todo el tiempo como hace alguna

gente. Mirar a las estrellas de la pantalla no cierra las puertas al cuerpo, ni creo que lo pretenda. He visto a jóvenes que jugueteaban consigo mismos en el cine, y no les echo la culpa. No hay nada que haga que un tipo se ponga más cachondo que estar a oscuras y mirar a una de esas guapas actrices andando por allí con unas bragas de encaje o una bata de fantasía. La industria de la pantalla la dirigen judíos salidos y por eso hacen todas esas películas cachondas. Uno sale y no hay ni un centímetro del alma que no haya quedado inundado por los deseos del cuerpo.

Bien, pues todavía estaba en la cocina mientras la noche pasaba lentamente, pero tenía la sensación de que iba a pasar algo antes de que terminara la noche; y no estaba equivocado.

Debía de ser hacia las doce y media cuando de repente se inició un gran alboroto. Le oí toser a él y luego a ella que corría y me llamaba a gritos desde el descansillo.

Me limité a estirarme en la silla y esperé a ver lo que pasaba.

Al cabo de un rato ella baja a la cocina para llenar la jarra de agua.

«¿No oíste que te llamaba, Chicken?», dice.

Seguí allí sentado mirándola. El modo en que iba vestida sólo con su ropa interior de seda me hizo pensar en una cosa que había escrita en una pared de la estación de autobuses de Memphis. «Las chicas claro que llevan bragas francesas pequeñas muy bonitas», y el que lo escribió debía de estar pensando en alguien como Mirta.

Llenó la jarra de agua y la dejó con fuerza encima de la mesa.

—Lot está enfermo —me dijo.

Yo no dije nada.

—Parece que está muy grave. Quise llamar a un médico pero él dijo que no, que por la mañana estaría bien.

Yo todavía no le dije nada.

—¿Qué le pasa? —me preguntó al cabo de un rato.

—Está tuberculoso —le dije.

Puso expresión de sorpresa.

—¿Está muy grave? —me preguntó.

Le conté que le habían quitado el aire de uno de los pulmones en un hospital de Memphis porque con los rayos X vieron que la enfermedad se lo había destrozado.

—¿Por qué no me lo dijo nadie? —preguntó.

Se quedó allí y gimoteó un poco y yo no dije nada; me limité a seguir mirándola.

—Lo he pasado mal —me dijo—. No comprendes lo que les pasa a las mujeres como yo. Trabajaba en una tienda de ropa de Biloxi.

—¿Qué piensas contarme? —dije yo—. ¿La historia de tu vida?

—No —dijo ella—. Sólo quería contarte una cosa. Entonces yo era delgada y no me había teñido el pelo y estaba guapa de verdad. Entonces tenía quince años y no salía con chicos. Era tan decente como cualquier chica en la que se te ocurra pensar. Pero imagina lo que pasó. El encargado de la tienda no dejaba de pasar a mi lado, y todas las veces me tocaba el cuerpo. Primero el brazo, sólo me apretaba el brazo un

poco, y luego los hombros y por fin las caderas. Se lo conté a mi amiga. «Cariño», dijo ella, «haz como si no te dieras cuenta, trata de ignorarlo y a lo mejor lo deja al cabo de un tiempo». Pero ella no conocía a Charlie. Me apretaba con más fuerza y me abrazaba un poco más cada vez. ¿Qué podía hacer yo? ¿Hacer como que no me daba cuenta? Se lo conté a mi amiga y ella dijo: «Cariño, llévale aparte y habla sinceramente con él. Dile que no estás acostumbrada a que te traten así». Conque es lo que hice. Fui a su despacho del fondo de la tienda. Era un sábado de verano a última hora. Le dije: «Mr. Porter, no me parece que usted esté jugando limpio». «¿Qué quieres decir?», preguntó él. «Verá», dije yo, «parece aprovecharse usted de que es mi jefe y se toma libertades conmigo que no me gustan porque me educaron para que fuera decente». Pero Charlie se limitó a sonreír. Se me acercó y me puso las manos en las caderas. «¿Es a esto a lo que te refieres?» dijo. Y luego me besó. Entonces se me había echado encima. Yo trataba de alejarme por un lado y Charlie me agarraba por otro. Cerró la puerta del despacho de una patada y me empujó contra una gran mesa de despacho extensible y me tomó por la fuerza allí mismo. Me desvirgó allí mismo, sobre aquella mesa de despacho extensible. Era un hombre de unos cuarenta años, pelirrojo. Ya sabes a qué tipo de hombres me refiero, como un toro enorme, me enamoré de él. Tengo que admitir que aquel verano hizo que me sintiera feliz, y mis recuerdos de entonces todavía son los mejores que tengo. Se dice que una siempre pierde el interés cuando pierde el virgo. A mí no me pasó. A algunas chicas al principio no les gusta, pero tengo que admitir que a mí me encantó desde el principio.

Se secó los ojos con el borde del mantel.

—¿Es ése el final de la historia? —le pregunté.

—No —dijo ella—, eso fue el comienzo del final. Se cansó de mí. Dijo que su mujer se había enterado y que me tenía que dejar. Hay chicas que le habrían montado un follón. Yo podría haberlo hecho porque en aquella época sólo tenía quince años. Pero era demasiado orgullosa, de modo que hice las maletas y me trasladé a Pensacola. Luego a Nueva Orleans. Y finalmente vine a Memphis. Hasta entonces nunca había trabajado en una casa y entonces sólo lo hice para pagar una operación que tuvieron que hacerme.

»Conocí a Lot en la calle —siguió ella—. Parecía un niño. Tan delgado y con una pinta que me dio pena. Me conmovió el modo en que se acostó conmigo, como un bebé. Parecía tan solo, y es cierto que le quise. Se durmió en mis brazos como un bebé y cuando despertó dijo que me traería a casa con él y nos casaríamos. Al principio me reí. Me parecía absurdo. Pero luego pensé: «Bueno, como dijo aquél, hay muchas más cosas en esto, en esto del sexo, que un par de personas dando saltos arriba y abajo una encajada dentro de la otra». Conque dije que sí, y nos marchamos a la mañana siguiente.

»¿Y ahora qué puedo hacer? —preguntó.

—¿Hacer sobre qué? —pregunté yo.

—Contigo —dijo ella—. En cuanto te eché los ojos encima, a la primera mirada, me fijé en ese cuerpo poderoso que tienes, y me dije: «Vaya, vaya, lo tienes a punto, Mirta». De modo que ¿qué puedo hacer?

—Bien —dije yo—, cuando alguien tiene a punto a otra persona lo mejor que puede hacer es añadirle mucha salsa.

Agarré la lámpara de la mesa y empecé a subir la escalera. Ella me seguía. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Lot, pero yo continué adelante. Sabía que ella me seguiría. Llegué a la guardilla, dejé caer la ropa al suelo junto al camastro, me instalé en él y esperé a que viniera como yo sabía que haría. No creo que en toda mi vida haya deseado nada tanto como deseé que aquella mujer viniera a la cama conmigo. Claro, estaba muy cachondo y loco por descargar la pistola, pero no era sólo eso. En parte era el hecho de que ella estaba casada con Lot y él era el hijo legítimo y yo sólo era un mestizo al que la gente acusaba de tener algo de sangre negra. Todo eso mezclado. Pero, por lo que fuera, yo jamás había deseado nada tanto como que aquella mujer subiera y se acostara conmigo. No pasaron cinco minutos antes de que oyera sus pasos en la escalera que subía a la guardilla. Y entonces me di cuenta de que había estado rezando. Había estado allí pidiéndole a Dios que hiciera subir a aquella mujer. ¿Qué se sigue de eso? ¿Por qué Dios iba a atender una petición como ésa? ¿Qué tipo de Dios prestaría atención a una petición como esa que procede de alguien como yo, que había vendido el alma al diablo, cuando miles de oraciones de gente buena, como las oraciones para que alguien enfermo se ponga bien, o las oraciones por los que sufren y agonizan, no se atienden, no más que el cri cri de los muchísimos grillos del campo por el verano? Eso sólo demuestra qué poco sentido tiene todo esto de la religión y todo lo que se dice de la salvación. Un idiota es tan importante como otro en este mundo y todos son bastante grandes.

Pero esto se aparta de la cuestión. La cuestión es que la mujer de Lot subía a la cama conmigo. Y cuando la oía llegar, la tenía tan tiesa que podría colgar un sombrero de ella. Separé las piernas y ella vino hacia mí y se agachó al lado del camastro y me la acarició y me la besó como si fuera algo sagrado. Soltó unas risitas, canturreó y continuó con algo bastante llamativo. Yo me limitaba a estar tumbado, mirar el cielo y disfrutar de aquello. Finalmente se contoneó y subió al camastro a mi lado. Yo notaba su cuerpo. Tan grande y caliente como una montaña que tuviera un horno dentro. Me moría de ganas por entrar en aquella maravillosa montaña. Le arranqué las bragas. Ella levantó del camastro la parte de abajo del cuerpo. Entonces me puse encima. Ella metió el glande dentro. Di un empujón y ella soltó: «Dios del cielo». Yo me eché hacia atrás y le di otro toque y ella dijo: «Oh, Dios te salve, María». Rezaba, o al menos es a lo que sonaba, durante todo el tiempo que se la estuve metiendo. Y cuando me corrí, y ella lo hizo al mismo tiempo, juro que sus gritos casi hacen salir disparado el techo. «Ay, Dios te salve, María, santa madre de Dios», gritaba. Me tuve que reír. Pensé que el techo saltaría por los aires. Y Lot debió de oírla desde abajo porque justo entonces empezó a gritar nuestros nombres.

Antes incluso de bajar por la mañana, yo sabía que Lot había muerto. Y estaba seguro de ello. Encontré su cuerpo atravesado en el umbral de la puerta. Se había dejado caer de la cama y reptado por el suelo hasta llegar a la puerta del dormitorio. Había conseguido entreabrir la puerta. Tenía el cuerpo alargado a la entrada, y la sangre, que ahora estaba seca bajo un rayo amarillo del sol, había formado un riachuelo, o lo que fue un riachuelo hasta que se secó, desde los pies de la cama hasta el punto en que le descansaba la cabeza. Era como si hubiera estado tumbado un cerdo. No me sorprendía, porque durante toda la santa noche le había oído gritar: «Mirta, Mirta, Mirta». Y después gritó mi nombre sin parar: «Chicken, Chicken, Chicken». Y una o dos veces lo dijo sin energía. Pensé en bajar y hacer que dejara de soltar aquellos gritos. Pero me dije: «No, el chillar le sienta bien a sus pulmones». De modo que seguimos pasándolo bien en la guardilla. Los chillidos cesaron luego, un poco después de la salida del sol, y a continuación hubo silencio y pensé para mí mismo: «Lot ha muerto».

Llamé a Mirta y ésta también bajó. Quedamos quietos delante de la puerta y le miramos.

—Pobre pequeñín —dijo Mirta. Se echó a llorar. Pero no duró mucho tiempo.

—Es lo mejor que podía pasar —le dije, y al cabo de un rato ella dijo que sí, que también suponía eso.

Pasamos juntos aquel invierno. Creo que ella ya se había hecho a la idea, pero lo dudó un tiempo, haciendo como si no pudiera decidir si quería volver a la casa de marras de Memphis o quedarse aquí. Hice como si no me importara demasiado lo que hiciera, conque ella cedió y dijo: «Sí, me quedaré».

Nos pusimos a vivir juntos el uno de diciembre. Tenemos nuestros problemas pero nos va bastante bien, tan bien como a la mayoría de las parejas jóvenes de la zona. Esperamos un bebé para finales de verano. Si es chico lo llamaremos Lot, en recuerdo de mi hermano, y si es chica supongo que la llamaremos Lottie.

Y ahora parece como si en mi vida todo se hubiera enderezado. Ya nunca me preocupa lo de las puertas del espíritu que el predicador decía que había que mantener cerradas. Al no haber puertas, me ahorro un montón de problemas. Y después de todo, ¿qué sabe nadie sobre el reino de los cielos? Estoy en la tierra y ahora soy sincero respecto a ella y no pretendo ser más de lo que soy: una criatura llena de deseos decidida a satisfacerlos, y que probablemente no conseguirá todo lo que le corresponda.

Inventario en Fontana Bella

The Inventory at Fontana Bella (julio, 1972)

A comienzos del otoño de su año ciento dos la *principessa* Lisabetta von Hohenzalt-Casalinghi ya no era capaz de distinguir la luz de la oscuridad, un trueno de una pisada, ni el tacto de la lana del que tenía el raso. Sin embargo, aún se movía con asombrosa agilidad. Bailaba imaginarios chotis, polcas y valeses con parejas imaginarias. Daba órdenes al servicio de la casa con una voz cuyo volumen avergonzaría a un sargento de instrucción. Como una vez la habían llevado por las calles en una *risksha* oriental había aprendido, por supuesto, a gritar «¡Chop, chop!», y ahora lo utilizaba como voz de mando para que se dieran prisa al final de cada orden de las que vociferaba, y esas órdenes las daba continuamente mientras estaba despierta, y a veces hasta gritaba «¡Chop, chop!» en sueños.

A principios de octubre, cerca de la medianoche, la *principessa* se sentó muy rígida en la cama, saliendo del sueño como un pez vela del agua.

—¡Sebastiano! —gritó, y en el mismo instante del grito apretó un duro puño en la entrepierna.

Sebastiano era el nombre de su quinto y último marido, que ya llevaba muerto cincuenta años, y la *principessa* se había agarrado la entrepierna porque en sueños había sentido el éxtasis de la penetración, algo que se había mantenido en sus recuerdos de modo más obsesivo incluso que sus voces de mando para que se dieran prisa.

Inmediatamente después del grito de «Sebastiano», volvió a bajar el puño, pero no hacia su nostálgica entrepierna, sino hacia los botones eléctricos que había en su mesilla de noche, ocho de los cuales apretó con el puño, fuerte y repetidamente, y con gritos continuos de «¡Chop, chop!». Fue el médico residente el que primero respondió, pensando que finalmente la *principessa* había tenido un ataque al corazón.

—¡Cristo, no, esta criatura es inmortal! —exclamó involuntariamente al entrar en el enorme aposento donde dormía Lisabetta, y comprobó que estaba desnuda de pie junto a la cama en un estado de existencia que parecía cargado de energía nuclear, pues los ojos le brillaban con una luz preternatural.

A los pocos minutos acudieron otras personas que quedaron igualmente confusas ante aquella manifestación de vitalidad en un ser tan anciano.

—Que empiecen los preparativos de inmediato, chop, chop. La canoa más rápida, la *motoscafo* con el motor Rolls para cruzar el lago hasta Fontana Bella. En el grupo irá incluido lo que sigue. ¡Senta! Secretarios, los de cuestiones de negocios y particulares, doncellas para el piso de arriba y el de abajo, en especial Mariella, que se acuerda de Fontana Bella tan bien como yo. Abogado, por supuesto, y no el viejo que se volvió ciego sino el joven con barba larga que habla alto alemán, el conservador de mi museo, y naturalmente mi contable porque la finalidad de este viaje, en definitiva, es llevar a cabo un inventario de los tesoros de Fontana Bella, evaluación de los tesoros que quedan allí, los inapreciables objetos artísticos y las pinturas ancestrales, todo lo de valor que quede allí; conque a ello, chop, chop, a ponerse los dientes, la ropa, vamos a Fontana Bella.

La travesía no resultó tan tediosa como la mayoría de los del grupo había anticipado. El abogado pronto estuvo ocupado en la desfloración de una camarera muy joven, primero con los dedos, y luego con la lengua, culminando con su órgano masculino, y las quejas y los gritos de la camarera al final se oyeron y la *principessa* los tomó por los de una gaviota muy grande que volaba por encima de la barca, de modo que ordenó que la derribaran inmediatamente de un tiro. Eso provocó una alegría considerable entre los pasajeros: y entonces el conservador del museo privado de la *principessa*, traído para valorar los lienzos de Fontana Bella, se puso a contar una historia sobre un pintor romano muy conocido y dotado al que recientemente habían internado en un manicomio de Zurich.

—El querido Florio —dijo el conservador— sólo se ponía a trabajar en condiciones muy curiosas. Debía tener un joven apenas púber en el estudio. No, no, no de modelo, no, no eso, sólo una especie de activador para sus jugos creadores, ya ven, pero lo que es tan divertido es que ese púber, conseguido por el secretario de Florio en la escalinata de la plaza de España, tenía que aparecer desnudo en una hornacina del estudio, una hornacina con una cortina, y con una pluma de pavo real metida en el ano, oh, no, no hasta dentro, sólo lo justo para que se le sujetase allí, y la cortina de la hornacina estaba corrida hasta que Florio se encontraba sentado delante de su caballete. Entonces la cortina de la hornacina la corría el secretario y éste y Florio lanzaban gritos de éxtasis ante la visión del chico con la magnífica pluma de pavo real metida en el trasero, y Florio entonces exclamaba: «*A, che bella sorpresa, un pavone in casa mia!*».

(Lo que significa: «¡Qué encantadora sorpresa, un pavo real en mi casa!»).

Luego al chico le pagaban generosamente y lo despedían de la casa, y Florio podía empezar a pintar como el loco que era.

Ante esta historia hubo unas carcajadas generales lo suficientemente altas como para que las oyera Lisabetta.

—*Silenzio* —gritó, y se puso a dar golpes a su alrededor con la sombrilla. Sólo consiguió alcanzar la cabeza de su caniche, y cuando el perrillo ladró protestando, ella dijo—: Me halaga usted, caballero, pero debemos esperar otra ocasión.

Luego se quedó dormida.

Cuando despertó la *principessa*, estaba en una cama de Fontana Bella y otra vez era la medianoche.

Se levantó como un resorte y gritó a la puerta de un armario ropero:

—Mariella, vísteme, esta mañana quiero prendas de lana, ésta es la orilla norte del lago Maggiore, no la sur, y no existe afección más molesta que un resfriado de verano que afecte la cabeza. *Súbito*, a levantarse todos, ¡el inventario va a empezar inmediatamente!

Luego se quedó quieta en el centro del dormitorio, alzando las piernas para meterlas en unas imaginarias medias de lana y extendiendo los brazos para meterlos en el chaquetón de piel que creía que le estaban poniendo. Estaba muy impaciente

porque la doncella imaginaria, Mariella, que llevaba más de veinte años muerta, no parecía seguir las instrucciones con la suficiente rapidez.

—Mariella —gritaba—. ¡Los dientes, los dientes! ¡Chop, chop!

Abrió la boca para que le pusieran la dentadura.

—Ya, que suene la campana, y ahora ¡*andiamo!*

Entonces atravesó la enorme habitación, chocó con un par de sillas que confundió con camareras que no se dieron prisa para apartarse de su camino, y por designio divino llegó a la puerta que daba al vestíbulo.

La planta alta de Fontana Bella todavía permanecía con bastante claridad en su cabeza pues en su suelo se había tumbado con su gran amor, Sebastiano. Encontró la parte de arriba de la gran escalinata como si estuviera en posesión de toda su visión y descendió por ella sin un paso en falso, gritando en determinado momento:

—¡Fuera esas manos! ¡No puedo soportar que me toque nadie a no ser un amante!

La planta baja de Fontana Bella resultaba más clara en su mente que cualquier otra parte de su residencia de la orilla sur del lago Maggiore y, sin embargo, no era tan segura como supuso la *principessa* y, al llegar al pie de la escalinata, tomó una dirección equivocada que la llevó afuera, a la enorme terraza con balaustrada que daba al tenebroso lago sin estrellas a medianoche.

—*Tutte qui?* ¿Todos presentes para el inventario? ¡Chop, chop!

Las damas ancianas, ya se sabe, a veces adquieren prejuicios de raza, clase y sexo, de modo que no era sorprendente que Lisabetta se hubiera vuelto contra los miembros de la raza judía, básicamente debido a su paranoia senil.

—Si en el inventario hay un judío —gritó—, quiero que mantenga la boca cerrada. Ni una palabra suya durante el inventario. Sé que son una raza antigua, pero ¡no todas las razas son necesariamente nobles!

Encontró que esto era una observación muy aguda y soltó unas grandes carcajadas a las que unas cigüeñas del extremo opuesto de la terraza respondieron con graznidos y movimiento de alas que Lisabetta interpretó como que un grupo de judíos huía de su presencia.

—¡Se marchan, bien! Iníciase el inventario, ¡chop, chop! ¡Oh, santo cielo! ¡Oh, esperen! Tengo que aliviar las tripas. Pongan un biombo a mi alrededor y tráiganme un orinal. ¡Chop, chop!

Se puso en cuclillas hasta que las perturbaciones gaseosas de sus tripas se hubieron calmado, y luego se levantó y añadió:

—Son cosas que pasan, ya se sabe. Es un suceso natural cuando hay tanta agitación.

«¡Doctor, doctor! Por favor, examine mis deyecciones, deben examinarse las deyecciones todas las mañanas, es la clave de la existencia. Bien, ahora que esto ha terminado, ¡sigamos con el inventario!».

Lisabetta se consideraba rodeada por el grupo que la había acompañado a la orilla sur del lago, esto es, por todos excepto los judíos a los que había ordenado irse.

—¿Listos? ¿Listos? *Va bene!*

Se puso a dirigir el inventario, y éste se prolongó durante siete horas. Su recuerdo de las posesiones que tenía en Fontana Bella era realmente notable, como notable era su resistencia.

Fue una hora antes de romper el día cuando sus golfantes empleados volvieron del casino cercano, pero la *principessa* todavía estaba en la terraza, andando arriba y abajo, desnuda a la grisácea luz de la luna. Desde lejos la oyeron gritar:

—¡La vajilla de oro, servicio para ocho! En el baúl, eso es, ¡traigan las llaves! ¿Se ha largado el judío con las llaves? ¿Cómo, cómo? No grite, no puedo soportar tanta prisa y tantos gritos, fuera esas manos, ¡ya he dicho y repetido que odio que me toquen si no es un amante! ¡Oye, oye, tú, ven aquí y explícame una cosa!

Parecía señalar al abogado napolitano, que fue el primero en acercarse a la terraza, mientras los demás permanecían alejados en actitud de indiferencia y cansancio.

El abogado fue tan activo como siempre. Se acercó a *la principessa* y le gritó directamente en su oído relativamente bueno:

—Che volete, cara?

La anciana dama se giró para pegarle y el movimiento la mareó. Quedó desorientada pero, tan ligera como siempre, se apresuró hacia el extremo de la terraza encima del cual anidaban las cigüeñas, agotada su paciencia por el alboroto de abajo. Una cigüeña hembra blanca y enorme, preocupada por la seguridad de sus hijos, revoloteó desde el techo hasta Lisabetta para entablar combate. Picoteó repetidamente la cabeza, el pecho y el abdomen de la *principessa*, causándole heridas con el pico y golpeándola con las alas hasta que la anciana dama cayó al suelo de la terraza. Sus brazos desnudos y consumidos hicieron frenéticos intentos para agarrar a la cigüeña. Por fin la agarró del pico y no la dejaba irse. Separó las piernas y, finalmente, obligó al pico de la cigüeña a que le penetrase la vagina. El ave picoteó repetidamente el pasaje uterino, y *la principessa* sin embargo seguía gritando:

—Sebastiano —en alta voz, y—: *Amore* —en voz baja.

El abogado agarró las patas de la cigüeña y la apartó de la dama. Mantuvo el ave en alto y anunció:

—La cigüeña está muerta, asfixiada en su interior, ¡y todavía la llama amor!

No fue algo voluntario, ni siquiera deliberado, el que la *principessa* volviera a atravesar el lago al día siguiente. El abogado napolitano inventó una historia para convencer a la dama de que dejara Fontana Bella: le dijo que el dueño del cercano casino había organizado una gran gala para celebrar su regreso a la zona.

—Todas las paredes de la sala de juego están cubiertas de rosas —le dijo el abogado—, y su nombre está escrito con camelias encima de la entrada principal.

Cuando por fin este invento consiguió alcanzar su tímpano izquierdo, la noticia no sorprendió en absoluto a Lisabetta.

—Ah, muy bien, apareceré por allí, supongo que es un caso de *noblesse oblige*.

El grupo la sentó entre almohadones en la popa de la *motoscafo* informándola de que era una limusina Mercedes, y así se inició el viaje.

Aquel día la superficie del lago era lisa como el cristal y el cielo estaba radiante.

—Puede que unas cuantas apuestas a la ruleta y unas tiradas de dados, y luego a casa, chop, chop, para seguir con el inventario. Todavía quedan muchas cosas valiosas por inventariar, y luego, claro, ya se sabe... ¡Mariella, *cologne*!

Una camarera le pasó un pañuelo. Tras unos olfateos reanudó la charla, que ahora parecía haberse convertido en un murmullo delirante.

—Si la luna no estuviera oculta por las nubes, incluso si asomaran las estrellas, detrás de Fontana Bella se vería una colina pelada con un árbol sin ramas. Dejó de echar hojas y flores cuando murió mi último amante.

Aquel prólogo a su relato resultaba adecuado en lo que se refiere a la presencia del árbol sin ramas de la pelada colina detrás de la casa de campo.

—Sebastiano murió como murió el santo de su nombre —continuó—. Lo encadenaron a un árbol y atravesaron con cinco flechas su incomparablemente joven cuerpo. Yo tenía cinco hermanos, ya sabe, uno por cada flecha que le atravesó. Ahora están muertos, confío. Ninguna queja, ninguna petición suya últimamente. Una familia y un amante nunca se deberían conocer entre ellos cuando hay una inmensa fortuna de por medio, y su reparto además origina problemas porque no existe ningún límite para las fantasías de los que odian cuando se trata de grandes riquezas. Primero trataron de que Su Santidad anulara mi matrimonio con Sebastiano. No consiguieron nada con eso y tuvieron que recurrir a las flechas y, bueno, eso fue todo. Para ellos, la emigración. Para mí, una temporada en un convento. Oh, te digo que he estado en unos cuantos sitios y he hecho unas cuantas cosas, y mientras estaba en el convento aprendí que las velas se pueden utilizar para otras cosas aparte de para iluminar el altar mayor y la mesa para cenar, pero fue *faute de mieux*, como dicen los franchutes, ¿no?

Cayó en un silencio pensativo durante unos momentos: luego, después de una desagradable carcajada amarga, volvió a hablar.

—Todos los buenos médicos —dijo— tienen números de teléfono que sólo contienen una o dos cifras y lo demás son ceros, ya sabe.

—Sí, y todos los buenos empresarios de pompas fúnebres —le dijo el abogado— tienen números de teléfono que sólo consisten en cero, cero, hasta el infinito.

Le preguntaron al conservador del museo si recordaba algunas anécdotas divertidas más sobre aquel pintor romano ahora internado en un manicomio de Zurich.

—Bueno, sí, vamos a ver. La última vez que visité a Florio parecía haberse recuperado del todo. No dejaba de asegurarme que sus aberraciones habían desaparecido debido al excelente tratamiento, y me rogó que les dijera a sus parientes de Roma que le dejaran salir, y yo, convencido de que estaba completamente bien de verdad, le abracé y me dirigí a la puerta y, casi había llegado a ella, cuando me

golpeó la nuca un gran trozo de cemento del suelo que casi me dejó conmocionado, pero me las arreglé para volverme y allí estaba Florio detrás de mí. Y sin duda me había tirado él aquel proyectil.

—No te olvides —gritó—, ¡soy el hombre más cuerdo del mundo!

Los pasajeros se reían ante esta historia cuando Lisabetta se echó bruscamente hacia adelante de su montón de almohadones.

—¡Ah!

Con esta exclamación, se hundió el puño en la entrepierna como si tuviera un dolor insoportable, pero el rostro reptiliano de la *principessa* tenía una expresión de éxtasis que brillaba más que la cristalina superficie del lago aquella mañana de las más brillantes del otoño.

El abogado napolitano, que estaba sentado cerca de ella en la barca, le agarró la muñeca y entonces, al no notar el pulso, se volvió hacia el grupo y dijo:

—Se ha producido un milagro, la señora ha muerto.

Este anuncio hizo que uno o dos de los pasajeros se contrariaran, puede que mientras pensaban en la dificultad de encontrar un nuevo empleo, pero, comprensiblemente, la mayoría de los otros hicieron gala de unas expresiones de sentimiento mucho menos solemnes.

**El chapero asesino y el carroza
disimulón**

*The Killer Chicken and the Closet Queen (noviembre,
1977)*

A los treinta y siete años Stephen Ashe era el miembro más joven del bufete de abogados de Wall Street Webster, Eggleston, Larrabee y Smythe. Era un miembro tan importante como cualquiera de los cuatro cuyos apellidos aparecían en el nombre del bufete, y el apellido Ashe no se incluía simplemente porque consideraban que cinco apellidos en el nombre serían excesivos. El miembro mayor, Nathaniel Webster V, de cincuenta y nueve años, estaba a punto de jubilarse, pues había sufrido un ataque al corazón el día de la dimisión del presidente Nixon y otro la noche de su boda con su sobrina adolescente, viuda de Arkansas Ozarks. El día que confundió a Larrabee con Smythe en el ascensor que subía a las oficinas del bufete en el piso treinta y dos del Providential Building, Jerry Smythe había metido una tarjeta del bufete en el bolsillo de Stephen Ashe cuando bajaban en el ascensor a comer aquel mismo día, haciendo un guiño sonriente a Stephen y dándole una leve palmada en el culo. Cuando Stephen miró la tarjeta vio que habían tachado el nombre de Webster y añadido el de Ashe a los tres restantes, escrito con un bolígrafo. Durante los días siguientes, Jack Larrabee y Ralph Eggleston le habían hecho los mismos guiños a Stephen y dado las mismas palmaditas en el culo, y por tanto a Stephen le pareció que no había disidentes al respecto, esto es, exceptuando el miembro de más edad que estaba a punto de ser jubilado. Por supuesto, era un tanto enervante el modo en que Nat Webster resistía. No pasaba ni una jornada de trabajo en el bufete sin que Nat, secretamente conocido como el viejo sabueso, gritara exuberante, abriendo de par en par su puerta:

—¡La tensión me ha bajado cinco puntos más, estoy fuera de peligro!

Stephen y Jerry Smythe iban todas las tardes directamente del trabajo a un selecto club de antiguos universitarios para darse un chapuzón en la piscina, recibir un masaje y tomar una sauna. Los dos tenían interés en mantenerse físicamente en forma; los dos tenían menos de cuarenta años y en sus buenos días no parecía que hubieran dejado la facultad de Derecho más de un par de años antes. Se cambiaban en el mismo cubículo del club. Smythe esperaba hasta que Stephen hubiera encontrado un cubículo que estuviera vacío y entrara en él, y luego también entraba Smythe, y mientras se cambiaban, Stephen raramente pasaba por alto que Smythe se frotaba frecuentemente los muslos con las manos y, una vez o dos, incluso la entrepierna.

Recibían el masaje en mesas contiguas y a Stephen se lo daba un joven italiano guapo, y siempre que los dedos del masajista subían por los muslos de Stephen, éste se ponía en erección. Trataba de evitarlo pero no podía. El italiano se reía disimuladamente, pero Smythe soltaba un comentario jocoso en voz alta del tipo:

—Oye, Steve, ¿en quién estás pensando?

Un viernes por la tarde Stephen respondió:

—Estaba pensando en la mujercita adolescente de Nat Webster.

—Mira, te voy a decir algo. Esa chica trajo a su hermano pequeño, vivía con Nat y con ella, pero Nat le echó con cajas destempladas el pasado fin de semana.

—¿Por qué le echó Nat?

—Se enteró de que era un delincuente.

—¿Delincuente? ¿Qué hizo?

—Le encerraron por conducta indecente, por vender sus favores, ya sabes —dijo Smythe, y su voz se convirtió en un susurro teatral.

Stephen quería, por el motivo que fuera, obtener más información sobre los delitos del muchacho, pero se contuvo porque se encontró preguntándose, como ya se había preguntado anteriormente, si la libertad de habla y comportamiento de Smythe con él no eran una especie de espionaje. Era simplemente posible que Eggleston y Larrabee estuvieran utilizando la familiaridad de Smythe con Stephen para profundizar un poco más en la vida privada de éste. Era más que posible que ése fuera el caso. Stephen recordaba una reunión privada de los socios de hacía unos meses cuando habían discutido la posibilidad de despedir a un contable debido a sospechas de sus inclinaciones homosexuales, unas sospechas basadas únicamente en el hecho de que a los treinta y un años todavía seguía soltero, y a que compartía un apartamento con un tipo más joven cuya fotografía había aparecido en el anuncio de cigarrillos Marlboro de una revista.

Stephen notó que se ruborizaba, pero no dijo nada en la reunión. Smythe había hablado en voz alta, diciendo:

—No veo que esto pueda afectar de ningún modo el prestigio del bufete.

La cabeza de Stephen se alzó involuntariamente con una especie de sacudida, y había notado los ojos de Smythe fijos en su rostro ruborizado.

—¿Qué dices *tú*, Steve? —le había preguntado Smythe, desafiante.

Despreciándose un poco a sí mismo, Stephen se había aclarado la voz y dicho:

—Bueno, yo no creo que nos suponga nada bueno estar asociados en algún sentido con ese tipo de desviación de la norma. Me refiero a que no queremos estar relacionados con algo así aunque...

Durante un momento se quedó seco: luego completó la frase en voz demasiado alta con las palabras «sea por asociación».

—Exactamente —había dicho Larrabee.

Aquel día le anunciaron al joven contable que le despedirían al cabo de quince días.

El masajista italiano había puesto a Stephen boca abajo y le daba masaje en las nalgas.

Smythe continuaba su conversación sobre el pasado precozmente intenso del hermano pequeño de la mujer de Nat Webster.

—En Arkansas participó en una paliza a un viejo homosexual que todavía está internado en un hospital de Hot Springs. Bueno, el viejo sabueso dijo que este chico anda por la calle y creo entender que ahora vive en la Asociación de Jóvenes Cristianos. Sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿Significa algo más aparte de vivir en un local de esa asociación? —preguntó Stephen, con una indiferencia afectada.

En ese momento los dedos del masajista entraron en la raja de nacimiento de

Stephen, y éste dijo:

—¿Hay algo de cierto en esa información de que se va a producir una fusión entre Fuller, Cohen, Stern y Morris Brothers?

—¿Stephen, estás en el limbo? Los Morris se declararon en bancarrota la semana pasada y han huido a Hong Kong.

—Los masajes me adormecen —dijo Stephen, simulando un gran bostezo.

Una tarde de comienzos de primavera Stephen estaba viendo una antigua película de Johnny Weissmuller en el televisor de su dormitorio cuando el insistente sonido del teléfono le sacó de un estado que bordeaba el trance.

—Bueno, que suene si quiere —fue su primer impulso, pero el teléfono no se quería callar. Por fin se levantó de su sillón vibratorio, haciendo girar el televisor para así poder seguir viéndolo mientras estaba al teléfono.

—Sí, sí, ¿quién es? —gritó con irresistible fastidio.

—Oh, lo siento. ¿Interrumpo algo?

La voz de niña precoz, que recordaba la de Marilyn Monroe, a Stephen le resultó conocida de inmediato. Era la de la esposa adolescente de Nat Webster.

—No, no, nada de eso, Maude, nada de eso, ni en este mundo ni en el otro. De hecho estaba a punto de llamaros por teléfono a ti y a Nat e invitaros a almorzar el domingo, y así conoceréis a mi madre, que viene en avión de Palm Beach por mi cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños, de verdad? —exclamó Maude como si le asombrara que Stephen incluso hubiera nacido.

—¿Cómo está Nat, Maude?

—No discutamos sobre el estado de Nat —dijo Maude con una brusca firmeza.

—¿Está tan *mal*?

—Es su falta de interés por... lo siento, no quería molestarte con esto, pero, ya sabes, Steve, tú eres el único del grupo, me refiero a esos socios de Wall Street, con el que siento que me puedo sincerar. Mira, Steve, a lo mejor te has enterado de que mi hermano pequeño ha venido a vernos desde Arkansas.

—Me parece que Jerry mencionó que ahora estaba con vosotros.

—Mira, Steve, estoy llamando desde una cabina porque no quiero que Nat oiga esta conversación. Verás, ha surgido un problema.

—¿Sí?

—Sí, mira, creo que a Nat le molesta que yo quiera tanto a ese hermanito mío tan encantador.

—Ah.

—Bueno, no quiero alargar la conversación, hay gente esperando fuera de la cabina. Pero el problema es ése. Nat de repente me ha dicho que Clove, que es como se llama mi hermanito, el más cariñoso, el chico más guapo de dieciséis años, bueno,

que no había bastante sitio para él en nuestro ático de ocho habitaciones de Park Avenue.

—Ah, un problema de espacio.

—El espacio no es el problema, el problema es que a Nat le molesta la juventud y el buen humor en general, y ése es el motivo por el que le dio diez dólares a Clove, imagina, un miserable billete de diez dólares, a la hora del desayuno esta misma semana y le dijo que fuera y se alojara en la Asociación de Jóvenes Cristianos.

Stephen notó una tensión premonitoria en la garganta. En un tono defensivo señaló que estar en un local de esa asociación tenía muchas ventajas: la piscina, el gimnasio y el contacto con otros jóvenes cristianos.

—¡Steve, no digas tonterías! —Maude casi había gritado—. Todo el mundo sabe que esos locales están llenos de bujarrones a la caza de chaperos.

—¿Bujarrones? ¿Chaperos?

Stephen soltó una risita de incompreensión totalmente falsa.

—No sigas, Steve, no te hagas el tonto conmigo. Bueno, abordaré el asunto directamente. Tengo que apartar a Clove de ese tipo de tentaciones tan desagradables y se me ocurrió que a lo mejor tú podrías dejarle una cama a Clove en tu casa, pues eres el único joven y soltero del equipo de Nat, y pensé que a lo mejor... bien, ¿qué te parece, Steve?

Stephen hizo una pausa ante aquello; una pausa para respirar.

—Tengo una cama de más para cuando viene mi madre, pero...

—Bueno, yo no sabía eso, pero si recuerdo bien también tienes un sofá en el cuarto de estar, ¿no es así, Steve?

Stephen nuevamente se sintió incapaz de dar una respuesta inmediata, natural, pero no era necesario.

—*Maldita sea, un poco de calma* —gritó Maude, presumiblemente al grupo que esperaba fuera de la cabina. Luego bajó la voz un poco y dijo en el tono que recordaba al de Marilyn Monroe—. Bueno, nos veremos el domingo para comer y conocer a tu madre. A ella le encantará Clove, y también a ti.

Había colgado el teléfono. Stephen se fijó de modo confuso en que la espalda casi desnuda de Johnny Sheffield, el hijo de Tarzán y Jane al que llamaban Boy, era casi tan perfecta como, bueno, la *suya*, sin ir más lejos, cuando se miraba en el espejo de tres cuerpos del vestuario, con la luz adecuada.

—Dios mío, ¿y esto por qué? ¡No estoy dispuesto a que...!

Todavía estaba despierto cuando llegaron las noticias de las doce de la noche. Había una foto de Anita Bryant con una tarta de plátano y nata en la cara.

—...tirada por un militante *gay* que gritó que las fanáticas como ella no se merecían menos...

—Pero ¿qué *pensará* mamá? —murmuró Stephen en voz alta mientras apagaba el televisor y la lamparilla de noche, y se agarraba la entrepierna con una mano...

El avión de mamá tenía un retraso de cinco horas debido a problemas de visibilidad en el aeropuerto Kennedy.

Le dieron esta información en el aeropuerto, y Stephen pensó en mamá y cuál sería su reacción ante la situación.

«Mamá tiene muchas horas de vuelo —pensó—, pero no es de las que se pasan cinco horas en West Palm Beach esperando a que en el Kennedy cambie el tiempo. Apuesto lo que sea a que si consigo un teléfono y la llamo a su *suite* del Royal Shores, me entero de que ya ha vuelto allí. Sí, debería hacer eso».

Pero no lo hizo de inmediato. Sin ser consciente de ello, sacó el último informe de las acciones de mamá en Wall Street.

«Esto la pondrá de mal humor —pensó—. Asegura que no se ocupa de cosas como las fluctuaciones de la bolsa, aunque sé que las sigue como un halcón. No querrá admitir que sabe que el índice Dow Jones ha caído casi cuarenta puntos en los dos últimos meses. Pero es sólo sobre el papel. Se lo volveré a decir: “Confía en mí, mamá, ya sabes que sólo es sobre el papel, tus beneficios todavía son de un millón de dólares más de lo que eran cuando papá nos dejó”».

Le diría esto en el viaje de vuelta desde el Kennedy y ella mantendría un silencio reprobador durante los minutos siguientes. Luego haría una observación educadamente mordaz, algo como:

—Hijo, debes saber que los beneficios ya no son lo que son sobre el papel, no desde que obligaron a que dimitiera Nixon y pusieron a ese vendedor de cacahuetes en la Casa Blanca.

—Muy bien, no podría estar más de acuerdo contigo, mamá, pero debes recordar que incluso en una situación económica desfavorable como es ésta, que no sólo tienes un paquete de acciones que valen más de tres millones sino casi otro tanto en el Manhattan Chemical Bank, me refiero a sólo en tu cuenta de ahorro, y en lo que se refiere a tus valores en Suiza, mamá...

—Stephen, no entiendo de qué estás hablando.

Mamá siempre hacía como que no tenía la menor idea de que el grueso de su fortuna eran los diamantes y los lingotes de oro de la caja de seguridad de un banco de Zurich.

Stephen se encontró de pie, aunque no recordaba haberse levantado. También se dio cuenta de que tenía la camisa sudada, y se oyó decir con un susurro estridente: «Cristo bendito, ¿es que cree que lo puede llevar todo encima?».

Ya estaba en una cabina telefónica, llamando a la *suite* de mamá del Royal Shores de Palm Beach.

—Gracias a Dios, cariño, no esperaste y volviste a casa.

—Naturalmente, Stephen, comprendí que supondrías que no iba a esperar cinco horas en West Palm Beach, ni siquiera una.

—No, no, mamá, sólo quería estar seguro. Entonces ¿ahora cuáles son tus planes de viaje?

—Puede que llegue un poco tarde a tu almuerzo del domingo. ¿Por qué no lo cambias por una cena fría? ¿Te causaría eso muchas molestias?

—Sólo tendría que llamar a una docena de personas o así.

—¿Significa eso, entonces, que *sería* un gran trastorno?

—Mamá, ¿alguna cosa tuya ha sido un gran trastorno para mí?

—Stephen, como los dos sabemos, siempre has sido un modelo de devoción filial. Entonces, de acuerdo. Si estás ocupado preparando las cosas para la cena fría, manda una limusina a Idlewild para que me recoja.

—Mamá, ya no es Idlewild, es el aeropuerto Kennedy.

—Para *mí* sigue siendo *Idlewild*. ¿Entendido?

—Claro que sí, cariño, lo entiendo perfectamente. Sólo temía que...

—Ah, Stephen, una cosa más.

La voz seguía siendo firme pero ligeramente menos belicosa.

—¿Qué cosa, madre?

—Confío en que no sea una cosa, sino una persona. Esa señorita Sue Coffin a la que me mencionaste como una chica joven, bueno, ya no puede ser demasiado joven, para que sólo, como dijiste tú, «salgas» perennemente con ella, como si yo no supiera ver más allá de los eufemismos. ¿Todavía sigues saliendo con la señorita Sue Coffin a la que, hace quince años, Stephen, cuando enterramos a tu padre, me has descrito como una joven muy dotada en el terreno de la promoción?

—¡Oh, claro, *ella*! Todavía sigo viendo a Sue Coffin, oh, sí, la veo habitualmente, mamá.

—Supongo que te refieres a por las noches. Bien, hijo, me he sentido crecientemente inquieta por el hecho de que lleves «saliendo» quince años, algo más de quince, creo, con esa joven y yo todavía no haya disfrutado del placer de conocerla. ¿Stephen? Cuando vaya en avión a Manhattan para la cena espero disfrutar de ese placer y contar con la oportunidad de discutir esta situación en privado con ella, y antes de colgar quisiera saber si está emparentada con los Coffin de Nantucket Island con quienes están emparentados todos los Coffin socialmente aceptables.

—Bueno, mamá, yo no saldría todo este tiempo con una Coffin si no fuera socialmente aceptable, ya lo sabes, ni siquiera soñaría en ello.

—Hijo, esa relación extramatrimonial con una mujer socialmente aceptable como los Coffin de Nantucket debe legalizarse, Stephen, e insisto en que se me debe presentar en la cena del domingo. Ahora estoy agotada, no tengo nada más que discutir. Te quiero, Stephen. Buenas noches.

Presentársela, presentársela, presentársela. ¡Como no se la sacara de un sombrero o de la manga! Porque, Dios mío, Sue Coffin es...

Sí, había existido, en efecto, una relación intermitente de naturaleza levemente íntima entre una tal señorita Sue Coffin y Stephen, pero esa relación se había terminado hacía mucho, cuando ella se casó con un ejecutivo de publicidad con el que trabajaba y se trasladaron a San Francisco, y las felicitaciones de Navidad suyas

ya ni siquiera llegaban, pues la última tarjeta que había recibido de ella fue una impresa con su nombre de casada y anunciaba el nacimiento de gemelos, incluyendo la fecha de nacimiento y su peso al nacer, y una nota manuscrita de Sue Coffin Merriwether que decía: «¡La orgullosa madre está contenta como un pájaro! Recuerdos afectuosos, Sue».

En absoluto alegre como un pájaro salió de la cabina Stephen, de hecho abandonó dando traspies el sofocante espacio, como si fuera a derrumbarse. Una mano discreta le agarró del hombro, guiándole hasta una puerta señalada con SALIDA más allá de la cual posiblemente existiera algo de aire que le reanimara.

En el largo trayecto hasta casa la mente habitualmente bien ordenada de Stephen parecía responder con la retroalimentación equivocada a la entrada de información. Ésta no llegaba de modo continuo por un determinado canal, sino que se dispersaba bruscamente por una serie de pequeñas tangentes. Era como si alguien hubiera jugueteado con un ordenador bien equipado, pero de delicado manejo. Daba igual que un aparato así estuviera bien equipado, o que un artesano lo hubiera hecho a mano, porque...

—¡Vaya, vaya! —dijo Stephen en voz alta. Lo dijo lo suficientemente alto para que el conductor del servicio de alquiler de limusinas echara una ojeada atrás y preguntara:

—¿Va algo mal, señor?

—No, no, no, sólo que...

(Sólo que, ¿qué? ¿Y por qué tres «no»? Debía de estar trastornado de verdad: tenía una sensación de fiebre).

Sabía tomarse el pulso y las manecillas de su reloj eran luminosas, así que podía saber cuál era. Le alarmó lo rápido que iba. ¡A ciento veinte por minuto!

Las nuevas limusinas de alquiler disponían de una especie de mueble bar. ¿Por qué lo abrió Stephen con tanta cautela? Había apretado el botón que lo abría con cuidado para que no lo notara el conductor. No lo entendía.

«Creo que temo tener problemas con la bebida como papá».

Trataba de recordar en qué estaba pensando cuando había soltado aquel «Vaya, vaya» poco antes cuando iba detrás del conductor de vuelta del Kennedy. Era porque la espalda elegantemente estrecha del conductor era...

¡Vaya, vaya!

En el mueble bar había una botella medio llena de bourbon de buena marca, Old Nick. Stephen se sirvió medio vaso y, para cuando pasaban tranquilamente por las afueras de Queens, al otro lado de La Guardia, Stephen ya había bajado, sin un plan consciente, el cristal a prueba de sonido entre él y el conductor.

Sabía que estaba como en sueños, una situación casi de trance.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al conductor, arrastrando la voz.

—Tony —dijo el conductor.

—Ah, ¿eres italiano entonces?

—Eso es.

—Me encanta Italia —dijo Stephen—, un país hermoso, hermoso de verdad, una gente muy hermosa. Ya sabes...

—¿Saber el qué, señor?

—Tengo una madre.

—Yo también. Tengo una mamá que es un infierno.

Había algo tranquilizador, casi acariciante, en la voz del joven conductor italiano, y como respuesta a aquellos matices de la voz, Stephen se sirvió algo más de Old Nick en el vaso que acababa de terminar.

—Tú tienes una madre que es un infierno y yo tengo un infierno que es una madre. ¿Notas la diferencia?

—No estoy seguro de a lo que se refiere, señor.

—¿Cuánto tiempo tienes para que me explique?

—Mi tiempo es suyo, lo paga usted, es suyo.

La voz del joven conductor italiano había sufrido un cambio indefinible.

—Bien, pues te voy a tomar la palabra —dijo Stephen—, sal de la carretera en la curva siguiente y hablaremos un poco. Sobre las madres que son un infierno y los infiernos que son madres.

Stephen notó una leve sacudida cuando la limusina salió de la carretera, pero no notó nada más hasta que el coche se detuvo.

Paseó los ojos alrededor con los párpados entornados.

El guapo y joven conductor aparcó la limusina en un sitio en el que el edificio iluminado más cercano estaba al menos a media manzana de distancia.

Sin invitación por parte de Stephen, el conductor ya había entrado en la parte de atrás de la limusina, sentándose bastante cerca de Stephen. No sólo era joven y guapo, además despedía una fragancia como almizclada.

Al cabo de unos momentos de silencio, le dijo a Stephen:

—Ahora te toca mover a ti.

—Una observación extraña —dijo Stephen arrastrando la voz; arrastrándola ahora mucho.

Unos momentos más de silencio pero no completamente sin actividad. La rodilla izquierda del italiano había ido sin disimulo al encuentro de la rodilla derecha de Stephen.

Dentro de la cabeza de Stephen se activaban y desactivaban unos botones multicolores y unos ruidos electrónicos. El alboroto le bajó de pronto hasta el estómago y empezó a hacer ruidos producidos por las náuseas.

—Si vas a vomitar, saca la cabeza por la ventanilla. No tanto, muy bien, yo te sujeto el culo.

Cuando Stephen terminó de vomitar, se dejó caer desmadejado en el regazo del

conductor. Después de limpiarse la boca y la barbilla con un pañuelo de lino irlandés bordado con su inicial, se impuso un ajuste a su habitual relación con el mundo frente a todas las demás circunstancias, y al conductor, que todavía le sujetaba en su regazo, y Stephen dijo en un tono heredado de su madre:

—Joven, ¡creo que se está tomando libertades con mi persona!

—¿Yo? ¿Libertades? ¿Persona?

—Sí, yo soy una *persona*. De hecho formo parte del bufete de Wall Street Webster, Eggleston, Larrabee y Smythe.

—*Marrone!* —dijo el conductor—. ¿No me dijo que saliera de la carretera en la siguiente curva?

—Claro que sí, le dije que mantendríamos una discusión sobre nuestras respectivas madres, no que se tomase libertades con mi... persona...

—¡Que le den por el culo! —dijo el enfadado italiano mientras se quitaba a Stephen del regazo y abría la puerta trasera de la limusina alquilada.

—Mire, ni persona ni nada, usted sólo es un jodido carroza disimulón.

—¿Y qué es un carroza disimulón? Curiosa expresión.

El conductor sonrió.

—Un carroza disimulón con un palo de escoba clavado en el culo —contestó el conductor cerrando de un portazo la puerta trasera y volviendo al volante.

Por supuesto, esa extraña experiencia estaba un poco borrosa en sus recuerdos cuando Stephen despertó tarde a la mañana siguiente con un intenso dolor de cabeza. Sólo recordaba que el conductor de una limusina de alquiler le había hecho insinuaciones de carácter atrevido en el viaje de vuelta desde el aeropuerto.

Era, de hecho, cuando despertó, demasiado tarde para llamar anulando el almuerzo del domingo; casi no había tiempo ni para preparar unos Bloody Mary. Tenía todos los ingredientes para los huevos a la florentina y, como la joven esposa del viejo Nat estaba en la lista de invitados, Stephen confiaba en que podría utilizarla como ayudante.

Acababa de salir de darse una ducha con el chorro más fino y enérgico, se secaba vigorosamente y buscaba su bata de seda de Cachemira, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Un momento! —gritó en el vestíbulo mientras se ponía la bata y se ajustaba al cuello un pañuelo blanco nuevo.

El timbre volvió a sonar y él gritó otra vez:

—¡Un momento! —mientras se examinaba en el espejo de cuerpo entero de la parte interior de la puerta.

Se examinó de dos modos, de frente y de perfil, y estuvo lejos de quedar insatisfecho, en especial por el modo en que la bata de seda de Cachemira le marcaba, de perfil, las nalgas masculinas pero prominentes con las que la naturaleza le había

dotado.

—Soy yo, Maude. Vine un poco pronto porque pensé que podrías necesitar una mujer que te echara una mano en la cocina.

Pero Stephen no la miraba, miraba a su acompañante, un chico con pantalones vaqueros, no más alto que Maude pero con un...

Y las palabras «Vaya, vaya» volvieron a explotar dentro de la cabeza de Stephen.

—Oh, te presento a mi hermano pequeño, Clove —estaba diciendo Maude—. Me detuve en la Asociación de Jóvenes Cristianos para recogerle porque es importante que tú y él os conozcáis antes de que lleguen los demás invitados, en especial Nat.

(«¡Vaya!»).

—Y ahora los dos me dejaréis la cocina para mí sola y os dedicaréis a conoceros un poco uno al otro. ¿Ha llegado tu madre de Palm Beach?

—El avión... hubo un retraso... ella no...

—Qué putada —dijo Maude con tono muy alegre en la voz—. Me refiero al retraso del avión.

Stephen se dio cuenta de que no había ido al cuarto de estar, como pretendió, sino que había vuelto al dormitorio. Oyó que la puerta se cerraba; y no la cerraba él.

—Mi hermana tiene razón, deberíamos conocernos mejor uno al otro si es que vas a dejar que me quede aquí.

Stephen se encontró tartamudeando un poco, pronunciando palabras sin haberlas pensado.

—Creo que debo de estar algo nervioso esta mañana.

—Tu madre viene a ver cómo te van las cosas, ¿eh?

—No hay nada que tenga que ver, nada en absoluto, pero su presencia altera mis costumbres. Oye, ¿qué estás haciendo?

—Comprobando el material —dijo el chico, Clove, echando el aliento en la nuca de Stephen y pasando la mano pequeña y caliente por la delicada curvatura de la espina dorsal de Stephen y llegando a la elipse de su trasero que el propio Stephen había admirado con satisfacción sólo unos minutos antes en el espejo de la parte interior de la puerta de entrada—. No está nada mal, diría yo.

—Sólo tuve tiempo de ponerme la bata de seda y este pañuelo blanco antes de que tu hermana apareciese en la puerta.

La pequeña mano muy caliente del hermano de Maude seguía comprobando el material, como había dicho él, pero con una presión creciente.

—¿Te importaría ir a la cocina y traerme un Bloody Mary... doble?

—Ahora nos entendemos, pequeño. Traeré dos dobles, y cuando vuelva tendrás que haber olvidado todo eso que viene a ver tu madre.

A Stephen se le ocurrió una idea astuta.

—¿Clove?

El chico se volvió desde la puerta para mirar a Stephen.

Con un susurro ronco, Stephen le dijo:

—Clove, no me lo preguntes ahora, pero cuando llegue mi madre quiero que hagas un aparte con ella y le digas que tú eres un secreto.

—¿A qué tipo de secreto te refieres?

—Clove, puedo hacer que te merezca mucho la pena si todo el plan sale bien. Quiero convencer a mi madre de que eres un hijo secreto mío, nacido hace quince años, y que tu madre fue una tal señorita Sue Coffin, de Nantucket Island.

Los ojos de Clove se entrecerraron con una mirada de astucia. Sentía una clara atracción hacia el engaño como práctica vital. Naturalmente que no comprendía en absoluto el objetivo de este engaño concreto, pero implicaba un truco para engañar a alguien y eso le atrajo de inmediato.

—Deja que me haga a la idea. ¿Tú eres mi padre secreto? Y mi madre, también secreta, se llamaba...

—Sue Coffin, una joven que murió cuando naciste tú, Clove.

—Coño, qué fuerte, pero dices que me merecerá mucho la pena si acepto pasar por hijo tuyo. Bueno, qué date aquí, tumbate en esa cama, y yo traeré un par de dobles. Volveré enseguida y entonces podremos entrar en más detalles, papá.

Cuando se abrió brevemente la puerta para que saliera Clove, Stephen oyó cerca, pero como si fuera lejos, que volvía a sonar el timbre de la puerta.

—Nunca tuve una resaca así, vaya... —murmuró para sí mismo, falsamente, mientras se quitaba la bata de seda de Cachemira y se subía a la cama.

Debía de haber transcurrido una hora cuando Stephen salió poco a poco y con inseguridad de su dormitorio en el que era probable que hubiera tomado tres y probablemente más Bloody Mary traídos por el hermano menor, un Ganímedes, de la esposa adolescente de Nat Webster, de Arkansas Ozarks.

Se dio cuenta de lo que le esperaba en el cuarto de estar: sólo sabía que todos sus colegas del bufete de Wall Street Webster, Eggleston, Larrabee y Smythe estaban allí reunidos con sus respectivas esposas.

—Bien, quiero que sepáis... —se oyó decir a sí mismo con una voz lenta y mal articulada cuando se unió bruscamente a la reunión.

Nat Webster, el viejo sabueso, fue el primero en hablar.

—No creo que quieras que sepamos una cosa bastante jodida que no sabemos.

—Quiero que sepáis que perdí el sentido en el dormitorio y que no sé cómo pasó.

Nat Webster estaba de pie.

—Si te dejas caer por el bufete mañana hacia mediodía, creo que el documento oficial de tu dimisión estará listo para que lo firmes. ¿Queda entendido, Ashe?

Luego se dirigió a la puerta diciendo:

—¡Vámonos, Maude!

Maude dio un beso fraternal en la pálida mejilla de Stephen mientras respondía lánguidamente a ese requerimiento. Luego murmuró en voz alta y amable:

—Gracias por recoger a Clove. Será mucho mejor para él que vivir en la asociación.

—¡Maude! —gritó Nat Webster desde la puerta.

Ella lanzó un beso a los invitados que se quedaban y se dirigió ondulante a la puerta.

Eggleston, Larrabee y Smythe ya estaban de pie, y sus mujeres, hablando entre ellas en susurros, se estaban poniendo las pieles.

Ahora entró Clove. Se cerró ruidosamente la cremallera de la bragueta.

Smythe fue el último en marcharse. Se acercó a Stephen, que todavía seguía aturdido en el centro del cuarto de estar, y pronunció estas palabras de consuelo:

—Una pena, chico, tenías que estropearlo así.

La palmadita en el culo que siguió era de cariñosa despedida.

Un vértigo se apoderó de pronto de Stephen, que vaciló en varias direcciones, pero finalmente cayó hacia atrás en los brazos de Clove.

—Cama, cama, antes de mamá —se oyó implorar a sí mismo antes de que todo quedara en negro.

No se podría decir que Stephen emergiera por completo de la oscuridad cuando recuperó la conciencia en su dormitorio de soltero elegantemente amueblado. Sin embargo, la oscuridad no era total, una oscuridad monótona, aunque la habitación no estaba iluminada por el último vestigio de luz del día que entraba por las ventanas. El día se había desvanecido por completo y, para Stephen, tan precipitadamente como su futura asociación con el bufete de Webster, Eggleston, Larrabee y Smythe. Con todo, cuando se le dilataron las pupilas percibió aquellos resplandores irregulares a veces consoladores de luz sobre la parte este del río que dejaban pasar las ventanas del dormitorio, y también los desafíos más intensos que ofrecía el tráfico nocturno del domingo en dirección a la ciudad por el puente Triboro.

—¡Jesus K. Morris BROTHERS!

Esta extraordinaria exclamación no la provocó una valoración de su futuro en Wall Street y sus aspectos legales, sino una sensación física localizada concretamente, un jodido dolor donde nunca anteriormente lo había sentido.

Por encima de esta exclamación de congoja, Stephen oyó que desde el vestíbulo (¡gracias a Dios la puerta estaba cerrada!) llegaba la voz de su pariente más próximo, querido y todavía vivo, que no era otro que su madre. Era la voz de ella, claro, pero no con su habitual tono frío imperativo.

¿Con quién estaba hablando? ¿Consigno misma o con alguien más?

—Oh, nieto querido, creo que tu padre ya ha despertado, le oí en su dormitorio, vamos a entrar y...

—No, no, madre, hola, madre, no, no, ¡todavía no, querida!

—Hijo, hijo, Stephen, ¡qué historia tan triste y tan hermosa! Tu madre, claro, está

muy trastornada por la tragedia de la pobre Sue Coffin, pero comprende que prefirieras no hablar de ella. En lo que ahora hay que pensar es en proporcionar la educación adecuada a este adorable descendiente de un Ashe y una Coffin de los Coffin de Nantucket. Este secreto encantador tuyo, este adorable Clove Coffin Ashe va a ir a traerte a quién cuanto... Oh, Clove, todavía estoy hecha migas, claro, pero un poco superada por lo repentino de todo esto. Cariño, ¿crees que me podrías conseguir otros de esos maravillosos sustitutos de la aspirina que me diste cuando llegué, y puede que también uno de esos deliciosos Merry Mary para tragarlo?

Entonces por la puerta del vestíbulo, aquella frontera de un mundo en el que estaba encerrado con Stephen Ashe todo lo que quedaba de su concreta realidad, llegó la voz de Clove, su rudeza campesina, una entonación abrasiva, difícilmente reconocible, enmudecida y transfigurada, como si la hubiera adaptado de una partitura para un instrumento de metal a una para un delicado instrumento de madera.

—Mamita, conté con que querrías más y aquí están, sólo tienes que sacar la lengua y te pondré este nuevo tipo de aspirina y... ¡toma! ¡Deja la boca abierta para el Mary! Eso, eso, despacio, tómallo todo, ¡no dejes que se derrame nada! ¡Está rico, eh, mamita? Si el de la farmacia fuera Dios y el barman Cristo, no podrían hacer nada mejor, puedes apostar lo que quieras a que...

—Hijito, me temo que Stephen haya descuidado tu educación. No se pueden dar palmaditas a una dama en el pompis, no con esa especie de confianza, a pesar del... ¡parentesco!

Pero si había algo de auténtico reproche en el tono de mamá, inmediatamente quedó borrado por las risitas que siguieron, tímidas como las de una colegiala frívola.

Unos minutos más tarde, menos de los que se podrían suponer, Stephen había abierto la puerta del dormitorio sólo una rendija y exclamado:

—Hijo.

—Sí, papá.

—¡Stephen, hijo mío! —exclamó mamá con su voz extrañamente alterada.

—Mamá, siento que hayas descubierto mi, bueno, *secreto*, de este modo, pero si mi hijo te ha servido de ayuda... no me encuentro bien mamá. ¿Te acuerdas de aquello que yo llamaba laberintitis? Bien, pues lo tengo otra vez, se ha reproducido y... me afecta el equilibrio y si mi hijito me ayudara, yo, yo... me las arreglaría para que pudiéramos hablar de esto todos juntos.

Stephen oyó el sonido de un ósculo prolongado y húmedo en el vestíbulo. Se echó un poco hacia atrás cuando Clove cruzó la puerta del dormitorio a oscuras. Habiendo retrocedido en aquella dirección, Stephen fue andando marcha atrás hasta el banquito de debajo de la ventana del dormitorio, donde pronto encontró a Clove a su lado.

—¿Sabes? A los dieciséis años soy mucho más jodidamente listo que tú, papá. A

tu madre le gustan los tranquilizantes fuertes, y tomó uno con su primer Bloody Mary.

—¿Tranquilizantes?

—Sí, tranquilizantes. Y bastante fuertes.

—Sí, todo está muy tranquilo, casi desagradablemente tranquilo.

—Me has entendido mal, papá, pero da lo mismo. Creo que a tu madre ya le han pegado los tranquilizantes que tomó con una copa o dos. Mira, toma tú este otro tranquilizante y luego sal con tu madre.

—¿Para hacer qué?

—Mierda, ya sabrás tú qué hacer cuando te pegue éste, tómalo con un Merry Mary, como tu amable y vieja madre los llama.

Clove metió el tranquilizante en la boca entreabierta de Stephen, luego le puso el Bloody Mary en los labios.

—Y ahora traga despacio, papá, no babees. ¿Qué cajón de ese buró es el cajón lleno de cajones?

—El cajón de abajo.

—Bien, te vestiré.

Clove vistió a Stephen para su conversación íntima con su madre en menos tiempo del que un experto cocinero de comida rápida necesitaría para servir dos poco hechos con guarnición de patatas fritas.

—¿Cómo te encuentras, qué tal te ha pegado, papá? —susurró Clove.

—Ningún problema, ningún problema en absoluto —contestó Stephen con un aire inseguro de seguridad.

—Debe quedar en familia, pero me tocó sacarlo a relucir a mí. Y ahora vete con mamá.

Dirigió enérgicamente a Stephen hacia la puerta.

* * *

Mamá intentó ponerse de pie para abrazar a Stephen cuando éste entró al vestíbulo, pero casi cae a la moqueta. Clove la agarró por las nalgas y la entrepierna, y entonces Stephen fue testigo de una escena de cuya sorpresa ni siquiera le aisló por completo el tranquilizante tomado con un Bloody Mary doble. Ahora mamá estaba sentada en el regazo de Clove. Los dos sollozaban, con la diferencia de que Clove guiñaba el ojo y sonreía por encima del hombro de mamá.

Mamá emitió un sonido que era «higo, higo, higo», lo que sin duda era lo mejor, dadas las circunstancias, que era capaz de articular tres veces la palabra «hijo».

—Mamá, ¿me oyes? —gritó Stephen.

—¡Oh, higo, oh, higo!

—Papá —dijo Clove—, tu mamá es el tesoro escondido que llevo esperando toda la vida. ¡Entiende! ¿Te das cuenta, papá? ¡Tu mamá entiende y es tan condenadamente feliz que se ha quedado sin habla!

Mamá, en efecto, parecía estar desbordada de felicidad, pero no sólo estaba en brazos del chapero de Arkansas, sino en los de un sopor narcótico. Tras un breve coloquio entre Clove y Stephen, se acordó que la llevarían a su *suite* del Ritz Tower, donde ella solía alojarse cuando estaba en Manhattan, pues la habitación que ocuparía en el apartamento de Stephen era una cuestión ficticia.

Con recursos sin fin, Clove preparó a mamá para el traslado. Le puso sobre los ojos ciegos pero semiabiertos sus propias gafas de sol; le puso las martas cibelinas de ella y le colgó del hombro el bolso de cocodrilo.

—Y ahora, papá, vamos con ella. Tienes que estar abajo cuando la meta en la limusina, y tienes que decirle al conductor que la lleve hasta su habitación de ese hotel tan chulo donde para.

Mientras transmitía esta orden a Stephen, tenía la mano muy ocupada dentro del bolso de mamá, sacando de él unos bonitos billetes verdes.

—Mamá es muy mirada con su dinero.

—Por eso va cargada de él, pero, papá, esto tiene un precio, todo tiene un precio, es algo que aprendí en Arkansas Ozarks.

A última hora del día siguiente, después de una tarde entera de una conversación muy íntima entre Stephen y mamá y aquel tesoro de hijo llamado Clove Coffin Ashe, depositaron con todo cuidado en el reactor para Palm Beach a mamá, que mandaba besos a su «higo» y su «corderillo» incluso después de que el reactor hubiera despegado. En su bolso de piel de cocodrilo iba un frasco con cuarenta y nueve pastillas de aquel potente tranquilizante, la que hacía cincuenta la había tomado al comienzo de aquella tarde tan cargada de emociones y la había ayudado a pasar con un Merry Mary y ¡hale, oh, oh...!

Stephen, Clove y un diminuto cachorro de *pug* (un regalo sorpresa para mamá que asociaba esa raza canina con su querido Wally Windsor) compartían un compartimiento de tren hacia Miami que los llevaría a Palm Beach. Habían elegido el ferrocarril en lugar del avión porque el infinitamente precoz (e improbable) vástago consideraba que necesitaba un tiempo extra para preparar a su padre adoptivo para ciertas ideas, del tipo de proyectos, a las que se dedicarían conjuntamente durante su visita a mamá en el Golden Shore.

—Creo que el camarero oyó a ese jodido perro debajo de la fruta de la cesta cuando estaba haciendo las camas.

—Si oyó al perro en la cesta, el recuerdo se le borró por completo con esos veinte pavos tuyos que le di cuando se iba.

—Clove, no parece que te hagas cargo del hecho de que soy un parado y no puedo desperdiciar el dinero.

—¿Con todo ese dinero que te espera?

—¿Dinero de qué, Clove?

—Tío, ya sabes que sé que tu madre está sentada en un montón tremendo y no me refiero a su culo tan gordo.

—Clove, tú no sabes lo mirada que es mamá para el dinero, porque...

—Papá, no me sueltes rollos, lo que yo no sé, todavía no lo sabe ni Dios. Y ahora saca la lengua para tomar la pastilla. Eso es. Y ahora toma un trago de Wild Turkey. Muy bien. ¿Te encuentras mejor? ¿Te ha sentado bien? ¿Como cuando te enseñé aquello de Arkansas Ozarks?

Al intentar asentir con la cabeza, Stephen la movió haciendo una elipsis.

—Y ahora, papá, escucha simplemente, no te molestes en hablar. Tu mamá está ahí sentada encima de ese montón de dinero que tiene y colocada con los tranquilizantes, y lo que para ti y para mí es más importante, ¡mamá padece una *trágica enfermedad*.

—¿Una trágica enfermedad? No te sigo, Clove. Lo único malo que le pasa a mamá es una ligera afección asmática que los especialistas en alergia dicen que se debe a las rosas, de modo que tuvo que insistir al jardinero de Golden Shores para que quitara todos los rosales de dos hectáreas a la redonda.

—¡Cojonudo! —dijo Clove con una risita cruel.

—Clove, no debes decir vulgarismos de ese tipo mientras estás...

—Consolaremos a mamá en la última etapa de su trágica enfermedad asmática, papá.

En este punto el *filis-adoptif* de Stephen había hecho que éste dejara de prestar atención a las palabrotas porque el chico se quitaba poco a poco el taparrabos de delicada tela color carne.

«Santo Dios —pensó Stephen—, debes de haber dicho: *Que se haga Clove*, antes de decir: *Que se haga la luz*, porque este chico de Arkansas Ozarks ahora revela algo igual, o incluso supera, a todas las otras maravillas que hiciste en los seis días de la creación».

Stephen Ashe dio inconscientemente unos pasos para echar el pestillo a la puerta del compartimiento del tren que iba camino del sur, hacia mamá. Y pensó que sería mejor no entender del todo lo que Clove estaba diciendo, pues sus palabras iban al mismo ritmo al que se quitaba gradualmente el taparrabos.

—Papá, ya te lo he dicho, pero te lo diré una vez más —estaba diciendo Clove—. Tienes que dejar de disimular, quiero decir que tienes que dejar en claro del todo y definitivamente, y tienes que cerrar la puerta que te permitiría volver al escondite y olvidar que alguna vez habías disimulado, porque... ¡ahora escucha *esto!* ¡Estás solo en este tren con un *chapero asesino!* Y cuando este chapero te convenza de que mamá sufre una enfermedad trágica, lo mejor es que escuches las palabras de ese chapero con más atención que las de cualquier médico del mundo.

Trac-trac, seguían las ruedas del tren, sin variar el ritmo, pero Stephen sólo oía un

zumbido en los oídos tan leve como la música de última hora de la noche del río que se llamaba Este en cuya visión pasiva el placer de que le dieran frecuentes palmaditas en el culo había tenido lugar entre el almuerzo de un domingo y una cena fría extrañamente servida de mamá.

—Clove, no entiendo de qué estás hablando y quizá sea mejor así.

La respuesta de Clove sólo fue una sonrisa inefablemente inocente, pero desde la cesta de mimbre del Jardín del Edén de Hammacher Schlemmer, desde debajo de las manzanas, plátanos, melocotones y uvas sin pepitas, el cachorrillo hizo un sonido, una especie de «Wuf-wuf» que tuvo que pasar por una nota de protesta moral en ausencia de cualquier otra más acorde con la secuencia de acontecimientos que suceden en este mundo, de los cuales una y sólo una crisis no es el agotamiento de sus recursos energéticos.



Tennessee Williams (Thomas Lanier Williams; Columbus, EE UU, 1911-Nueva York, 1983). Dramaturgo, poeta y novelista estadounidense. Fruto de una decepción amorosa, a los once años empezó a escribir, tomando como modelos a Chéjov, D. H. Lawrence y el poeta simbolista Hart Crane. Se licenció en la Universidad de Iowa en 1940, el mismo año en que estrenó, sin éxito, su primera pieza teatral.

Vivió la bohemia de Nueva Orleans, hasta que, movido por un sentimiento de culpabilidad hacia su hermana, que había sufrido una lobotomía, escribió el que sería su primer gran éxito teatral, *El zoo de cristal* (1944), inicio de una ferviente producción que lo consolidaría como el más importante dramaturgo estadounidense de su tiempo.

Sus personajes se hallan frecuentemente enfrentados con la sociedad y se debaten entre conflictos de gran intensidad, en los que terminan por aflorar las pasiones y culpas en su forma original, ajena a los convencionalismos sociales. La intriga es escasa en sus obras, que se centran en la expresión desgarrada de los personajes, inmersos en un ambiente opresivo, y cuyos diálogos transmiten poesía y sensualidad.

El Sur natal proporciona a Tennessee Williams el escenario más frecuente para sus creaciones, como en su famosa pieza *La gata sobre el tejado de cinc* (1955), que sería llevada al cine en varias ocasiones (la primera en 1958, por R. Brooks). Sus obras alcanzaron durante los años cincuenta un renombre internacional, sobre todo *Un tranvía llamado Deseo* (1947), que le valió el Premio Pulitzer y también sería llevada a la pantalla (en 1952, por Elia Kazan).

Sin embargo, tras esta etapa dorada siguió una época dura para Williams, víctima de calmantes y drogas, solo y abrumado por las críticas adversas, en la que no consiguió escribir más que algunas piezas menores. En 1967 publicó el libro de poemas *In the winter of cities* y en 1975 sus *Memorias*. Murió solo en una habitación de hotel, tras ingerir un tubo de pastillas contra el insomnio.

Notas

[1] One arm, and other stories (1954): One arm / The malediction / The angel in the alcove / Chronicle of a demise / Desire and the black masseur / Portrait of a girl in glass / The important thing / The angel in the alcove / The field of blue children / The night of the iguana / The yellow bird. <<

[2] Hard Candy: A Book Of Stories (1954): Three player of a summer game / Two on a party / The resemblance between a violin case an a coffin / Hard candy / Rubio y Morena / The mattress by Tomato Patch / The comming of something to the widow holly / The vine / The mysteries of the Joy Rio. <<

[3] The knightly quest; a novella and four short stories (1966): The knightly quest./
Mama's old stucco house / Man bring this up road / The kingdom of earth / Grand.

<<

[4] Eight mortal ladies possessed; a book of stories (1974): Happy August the Tenth / The inventory at Fontana Bella / Miss Coynte of Greene / Sabbathath and solitude / Completed / Oriflamme. <<

[5] Escrito en castellano en el original. (N. del T.) <<

[6] Escrito en castellano en el original. (N. del T.) <<

[7] Escrito en castellano en el original. (N. del T.) <<

[8] Escrito en castellano en el original. (N. del T. <<

[9] Escrito en castellano en el original. (N. del T.) <<

[10] Escrito en castellano en el original. (N. del T. <<

[11] Escrito en castellano en el original. (N. del T. <<

[12] Escrito en castellano en el original. (N. del T. <<